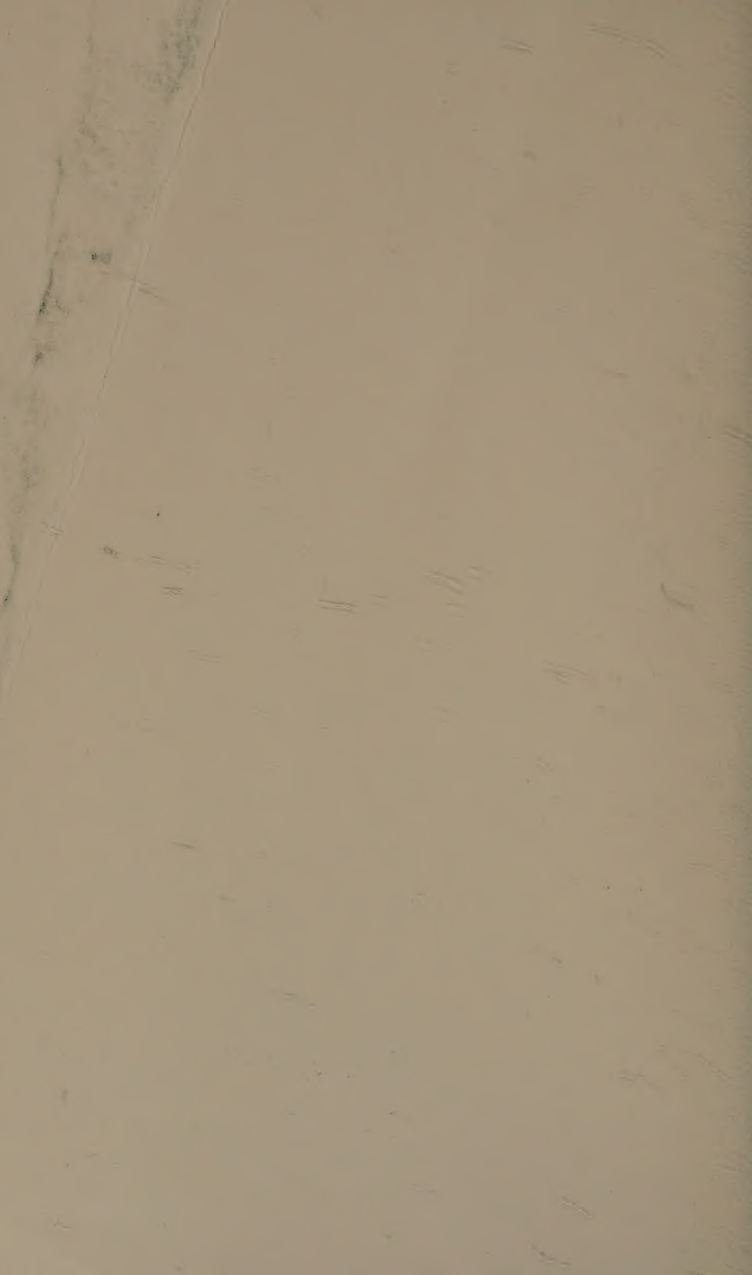


BEAU SABREUR

P.C. Wren





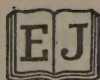
BEAU SABREUR

DENVER PUBLIC SCHOOLS
BILINGUAL RESOURCE CENTER

P. C. WREN

BEAU SABREUR

NOVELA



EDITORIAL JUVENTUD, S. A.

PROVENÇA, 101 - BARCELONA

Colección «Libros de Bolsillo Z», núm. 251

Título original: BEAU SABREUR

Traducción de José Fernández

© EDITORIAL JUVENTUD, BARCELONA (ESPAÑA), 1929

Primera edición, 1983

Depósito Legal, B. 21.827 - 1983

ISBN: 84-261-1967-0

Núm. de edición de E. J.: 6.967

Impreso en España - Printed in Spain

I. G. SOCITRA s/a - Arquímedes, s/n., nave 3 - L'Hospitalet de Ll. (Barcelona)

«Un hombre puede escapar de sus enemigos y hasta de sus amigos, pero ¿cómo logrará escapar de su propia naturaleza?»

NOTA

E*l autor quisiera anticiparse a alguna de las objeciones que pueden hacer ciertos críticos bondadosos que tan buena acogida y tantas alabanzas dedicaron a Beau Geste, El salario de la virtud y Los hijastros de Francia.*

Algunos de los sucesos mencionados en estos libros fueron calificados de imposibles.

¡Eran imposibles!

La única defensa que puede ofrecer el autor es la de que, aun siendo imposibles, ocurrieron en realidad.

Al criticar El salario de la virtud, por ejemplo, un distinguido literato observó que resultaba absurdo el hecho de que en la Legión Extranjera francesa hubiesen encontrado a una muchacha, y, sencillamente, añadió una imposibilidad a determinado número de improbabilidades.

El autor se allanó a la justicia de la crítica, y, entonces como ahora, tan sólo pudo defenderse débilmente diciendo que aun siendo el hecho del todo imposible, era, sin embargo, la pura verdad. Ofreció incluso acompañar al crítico, con gastos a cargo de éste, a la alegre ciudad de Figuig, en el África del Norte, y allí mostrarle la losa que cubría el sepulcro (con su epitafio oficial) de una muchacha que durante largos años sirvió en los espahís como soldado de caballería y que alcanzó los galones de sargento. Y hasta su muerte siguió combatiendo sin que nadie sospechara su naturaleza, es decir, que era una mujer europea.

Y en este libro no hay nada de lo que se relata como sucedido que no haya ocurrido en realidad, incluyendo la adopción de dos ex legionarios por parte de una tribu árabe y su promoción al rango de jeques, y con tal poder que hasta fueron signatarios de un tratado con la República Francesa.

Uno de ellos fue llevado a un buque transporte de tropas y expresó tan ingenuamente su asombro ante las maravillas de

los rumís, que todos los que lo rodeaban se quedaron sorprendidos y admirados...

El lector puede estar persuadido de que tanto los sucesos narrados como las escenas y personalidades descritas en este libro no son hijos fantásticos de una imaginación atiborrada de escenas de película, sino un arreglo de sucesos verdaderos y la reunión de personajes reales, que positivamente han vivido, amado, luchado y sufrido, y de otros que, sin duda alguna, viven, aman, luchan y sufren en la actualidad.

La verdad es mucho más sorprendente que la fantasía.

PRIMERA PARTE

FRACASO

EXTRACTO DE LAS MEMORIAS, SIN TERMINAR, DEL MAYOR ENRIQUE
DE BEAUJOLAIS, DE LOS ESPAÑÍS Y DEL SERVICIO SECRETO
DEL EJÉRCITO FRANCÉS

LA FORMACIÓN DE UN BEAU SABREUR

CAPÍTULO PRIMERO

SURJO DE LAS PROFUNDIDADES

Comenzaré refiriendo el nadir de mi fortuna y así el lector verá cómo asciende hacia su cenit, y que al llegar a tan prominente altura fue coronada por el fracaso.

Contépleme el lector entonces vestido con un traje de faena, sucio, para el servicio de cuadra, calzado con zuecos de madera y tendido en un ancho tablero inclinado; mi cabeza, que estaba cerca de la pared, descansaba en un tablón un poco más elevado, de unos treinta centímetros de ancho y unos cinco de grueso, que hacía las veces de almohada; mis pies tocaban casi el borde inferior de aquel hermoso lecho, que mediría en total diez metros de ancho, por algo más de dos metros de largo. Era tan ancho como la habitación y se hallaba a unos sesenta centímetros del sucio suelo de ladrillos.

Entre mi amada persona y la cama de madera, pulimentada por el roce de muchos cuerpos sucios, no se interponía cosa alguna. Me cubría un trozo de harpillera procedente de un saco de pan, de un metro veinte de largo por sesenta centímetros de ancho, que en sus buenos tiempos contuvo numerosos panes de munición. Pero es preciso añadir que, como sustituto de sábanas y mantas o de edredones de pluma, era por completo inadecuado.

La noche era muy fría y debajo de mi traje de cuadra llevaba cuantas prendas tenía de ropa interior; mas a pesar de eso castañeteaban mis dientes y temblaba de pies a cabeza como si tuviese un ataque de fiebre.

No me era permitido usar ni el caliente traje del regimien-

to ni el capote, pues, por desgracia, estaba en el calabozo.

En éste estaba yo con un olor penetrante y desagradable.

Pero me equivoco. Y como deseo ser lo más exacto y veraz posible, añadiré que allí había también numerosos, hambrientos e insidiosos insectos, en cantidad desconocida, industriosos, ambiciosos y que lograban su propósito de comer, fuera como fuese.

Muchos de mis compañeros de filas se enorgullecen de ser hombres de inteligencia y razón, y por lo tanto tan sólo creen en lo que pueden ver. A mí no me es posible ver los insectos, pero ya sea inteligente o no, creo firmemente en ellos.

Aún hay algo más. Una rata acaba de atravesar, corriendo, mi cara... Me alegro mucho de que un animal tan antipático esté también encerrado. Lo merece. Aunque, de todos modos, me gustaría que no se hallara en el calabozo, porque en este momento me está mordiendo un rizo de mis cabellos. Y, si le doy un golpe, me lastimaré los nudillos de la mano contra la pared.

De pronto se abre la puerta de roble, de quince centímetros de espesor, y a la luz de una linterna que empuña el sargento de guardia veo que penetra en mi retiro un hombre, uno de mis hermanos de fatigas. Desplómase pesadamente y allí se queda, sumido en apacible sueño. No hay duda de que ha estado en adoración ante el altar de Baco, que es un falso dios.

La puerta se cierra con ruido y nos deja sumidos en la oscuridad a mí, al soldado borracho, a la rata y a los insectos.

Me estremezco, me revuelvo en mi lecho y me pregunto si aquel fuerte olor será el vencedor o mi orgulloso estómago se elevará victorioso sobre... Sí, ya se levanta... ¿victorioso?... No.

De nuevo se abre la puerta y entra un soldado dando con la mayor cortesía las gracias al sargento de guardia por todas sus bondades y atenciones. El sargento, con términos muy poco corteses, ordena al soldado que se quite sus calzones de lona.

Así lo hace y queda confirmada la sospecha del sargento, es decir, que debajo llevaba sus pantalones de uniforme. El sargento le confisca aquella prenda inferior, consigna al preso en las regiones inferiores, le impone dos días extra en aquella región y se marcha.

Cuando tras él se cierra de nuevo con ruido la puerta, el recién llegado enciende un fósforo, saca media bujía, le apli-

ca la cerilla y luego, con la mayor cortesía, me saluda e interpela del mismo modo al infeliz durmiente tendido en el suelo.

—Vamos a meter a éste en la cama — sugiere pegando la bujía en el tablón que sirve de almohada.

Yo me levanto y trasladamos al borrachín desde un suelo duro a otro que lo es más, aunque no sea, en verdad, un «lecho» tan húmedo ni tan sucio.

Es evidente que el recién llegado tiene un alma humanitaria y bondadosa. Y me reconvento a mí mismo por mi falta de corazón al dejar en el suelo al borracho.

Pero mi nuevo compañero no lleva estas virtudes al exceso, pues al observar que el borracho ha sido encerrado en el calabozo con su traje de calle (sin duda porque lo llevaron al cuartel inanimado), le quita la guerrera y lo cubre, en cambio, con su propia chaqueta de lona.

—Los borrachos no sienten nada — observa sentencioso —. Y en cambio, ¿por qué ha de sufrir frío un hombre que está sereno?

Ya no me reconvento por nada.

A la luz de su bujía me dedico a examinar el agradable agujero negro en que nos hallamos, con sus paredes adornadas por dibujos, poemas, aforismos y *obiter dicta*, que no recompensan el trabajo que uno se toma al leerlos.

Es un sótano renegrido, húmedo, lleno de insectos, de unos treinta pies cuadrados y ventilado por una sola abertura, enrejada y situada a bastante altura en una de las paredes, de modo que sería un lugar poco apropiado aun para albergar un caballo o un perro.

Estoy seguro de que el coronel Du Plessis, nuestro jefe, no permitiría que un caballo pasara allí una hora. Sin embargo, yo estoy condenado a permanecer quince días (a excepción de los ratos en que tendré que hacer ejercicio de castigo), pero he de confesar que me lo he ganado por mis propios puños.

El caso es que *j'ai tiré une bordée*, es decir, que me he ausentado cinco días sin permiso, o sea el período más largo posible sin ser declarado desertor y ganarme tres años de trabajos forzados en calidad de tal.

Es preciso añadir que no me quejo ni por asomo. Estaba ya enterado del castigo y lo acepté de antemano. Pero en mi caso intervenía una señora, la misma que nos hizo reír mucho al observar a De Lannec, con respecto a un mezquino político judío a quien ella conocía: «Cuando un hombre de porvenir visita a una señora que tiene pasado, no debe olvi-

dar el presente y fijarse en si es aceptable o demasiado caro.» Esa señora me había escrito, apelando a mi bondad, para que cuanto antes fuese a París y añadía que, según le constaba, tan sólo la muerte me impediría ayudarla en su terrible necesidad.

Y la muerte contuvo su mano hasta que pude justificar la fe de esa valerosa e inteligente señora; y ahora, después de este suceso, me manda sus pulgas, sus hedores y sus fríos, aunque ya demasiado tarde. ¡Querida Verónica Vaux!

Fuera se oye un gran ruido y mi compañero se apresura a apagar la bujía oprimiendo el pabilo con dos dedos.

No hay duda de que un tonto se rebela inútilmente contra el Hado y con mayor futilidad todavía resiste a la guardia.

Se abre la puerta y la víctima es arrojada al interior del calabozo con tremendo ruido. El sargento de guardia le hace varias promesas. Sin duda mi nuevo compañero se ha llenado el cuerpo de aguardiente barato en la cantina y le ha dado la borrachera por armar camorra.

Mi primer compañero vuelve a encender su bujía y entonces vemos un enorme y vigoroso soldado que está farfuleando en un rincón.

Y sin duda debe de ser una reunión de sus más encarnizados enemigos, porque, sacando un largo y horrible cuchillo de su cinturón, profiere un grito espantoso y se arroja sobre nosotros.

Mi compañero se apresura a apagar la luz y a saltar de la cama. Por mi parte salto como... si digo como una pulga, estoy seguro de hacer una comparación exacta, y voy de un lado a otro adoptando actitudes ofensivas contra cualquiera que se pueda acercar a mí. Y estoy seguro de que haré cuanto me sea posible y en la dirección en que me parezca más eficaz.

Tal vez el furioso borracho no ha encontrado ni al otro borracho tendido ni a mi compañero, el de la bujía, pero el caso es que hirió con tal fuerza, que clavó el cuchillo a gran profundidad en la madera de la cama. Y por más que se empeña no puede retirarlo.

Por mi parte estoy satisfechísimo de que mi orgulloso estómago, a pesar de las molestias que me ocasiona, no se haya encontrado entre el cuchillo y la cama.

¡Y yo que me figuré siempre que la vida en el calabozo era aburridísima a más no poder!

El embriagado camorrista estaba llorando, el propietario de la bujía roncaba, el otro borracho gruñía con la garganta

contraída y yo me había tendido de nuevo; pero esta vez sin mi harpillera de saco.

Muy pronto, el frío cruel, la humedad, las malignas pulgas, las furtivas ratas, el olor insoportable y mi orgulloso estómago se combinaron con el duro lecho y mis huesos doloridos para hacerme desear no ser como era, un pobre hombre sucio y enfermo, encerrado en un calabozo.

¡Y hace pocos meses yo estaba en el colegio de Eton! La verdad es que todo esto resulta muy divertido.

CAPÍTULO II

TÍO

1

Sin duda, el lector se extrañará de que un hombre sea, durante un año, estudiante en el colegio de Eton y al siguiente se convierta en soldado de un regimiento de húsares franceses.

Soy francés y me enorgullezco de ello; pero mi querida madre, que en paz descansa, era inglesa; y mi padre, como yo mismo, era gran admirador de Inglaterra y de las instituciones inglesas. Por esta razón me mandó a estudiar al colegio de Eton.

Al ocurrir la muerte de mi padre, poco después de que yo saliera del colegio, mi tío me llamó.

Mi tío ya era entonces general y el más joven del ejército francés; su esposa, hermana de un poderoso político que en aquella época era, y lo ha vuelto a ser, ministro de la Guerra. Mi tío es un patriota fanático y *La France* es su diosa. Por ella moriría a gusto y por ella también vería morir a cualquiera, aunque se tratase de una persona tan agradable como yo mismo. Cuando llegue su última hora estoy seguro de que tendrá un disgusto enorme si las circunstancias no le permiten decir: «*Muero... para que Francia pueda vivir*», afirmación que no convence a nadie si el moribundo está sentado en un sillón de ruedas, a los noventa años, y en Vichy o en Aix.

También es un verdadero y gran soldado y un hombre de visión muy clara; su mente proyecta grandes planes, se aferra a ellos con la mayor tenacidad y ve muy bien su desarrollo.

En fin, el caso es que me hizo llamar y yo, dejando a mi

madre en Devonshire, me dirigí apresuradamente a París y sin detenerme siquiera para *déjeuner* me encaminé a su vivienda en el Ministerio de la Guerra.

Aunque anteriormente pasé todas mis vacaciones en Francia, no le había visto nunca, porque él estaba sirviendo en el extranjero, de modo que, al hallarme ante él, observé con gusto que era mi *beau idéal* de un general francés, es decir, alto, enjuto, de rostro de gavilán y de aspecto orgulloso y dinámico.

Me examinó con la mayor atención, me acogió con frialdad y observó:

—Puesto que tu padre es leche derramada, según dicen los ingleses (1), es inútil llorarle. Ahora bien — continuó después de ese breve exordio —, tú eres francés y, además, hijo de franceses. ¿Vas a renunciar a tu glorioso derecho de nacimiento para vivir en Inglaterra, o te dispones a ser digno de tu distinguido nombre?

Le contesté que había nacido francés y que viviría y moriría siendo francés.

—Está bien — dijo mi tío —. En tal caso, tendrás que hacer tu servicio militar. Hazlo en seguida y siguiendo mis instrucciones. Llegará día en que seré el constructor que consolide el Imperio Africano de Francia y entonces necesitaré instrumentos *que sean eficaces en mis manos*; instrumentos en los que pueda confiar *absolutamente*. Si tienes ambición, si eres un *hombre*, obedéceme y sígueme. Ayúdame y yo te haré alguien. Abandóname y te destruiré.

Quedé mirándole con la boca abierta y con la expresión imbécil que a veces me gusta adoptar.

Mi tío se levantó del sillón que ocupaba ante su escritorio y empezó a andar por la estancia. Me parece que muy pronto me olvidó; de seguro prefería contemplar su espléndida visión del futuro que a su espléndido sobrino del presente.

—Francia... Francia... — murmuró —. Un poderoso Imperio... triunfante sobre sus celosos y ávidos enemigos... Inglaterra domina todo el este de Africa, pero ¿y el resto, es decir, desde Egipto al Atlántico y desde Tánger al Golfo? Marruecos, el Sahara, el Sudán, todo el enorme y pletórico Oeste... Tenemos ya Argelia, Túnez y algunos rinconcitos aquí y allá... pero no es bastante... eso no es nada.

Yo tosí y adopté una expresión más imbécil todavía.

—Francia está amenazada — continuó — por el descenso de su natalidad y la escasez de sus reservas de fuerza mo-

(1) Locución inglesa con la que se quiere expresar un hecho consumado y, por lo tanto, irremediable.

triz. Alemania está esperando *el día*... África es un depósito inextinguible del mejor elemento combatiente del mundo entero. El Sahara, con la irrigación conveniente, un inagotable depósito de víveres...

Como era la hora de almorzar, comprendí por mi parte que también necesitaba irrigación y aproximarme a un depósito de víveres inagotable. Si se disponía a mandarme al Sahara, estaba dispuesto a ir sin tardanza. Volví a asumir una expresión inteligente y murmuré:

—¡Ya lo creo, tío!

—Francia necesita expansionarse — continuó — o, de lo contrario, morirá.

Sentí la impresión de hallarme, acerca del particular, en la misma situación que Francia.

—El Sudán — añadió — podría convertirse en otra Argentina de trigo y ganado, en un Egipto productor de algodón y, además, ¡esos sudaneses!, ¡qué soldados para Francia!... Los beduinos deben ser domados, los *tuareg* quebrantados y los *senussis* conquistados. Por esta razón necesitamos emisarios debidamente instruidos para que actúen de embajadores secretos de Francia y trabajen entre las tribus. ¿Acabará el Oeste por cobijarse definitivamente bajo la bandera tricolor de Francia o dominará en él el verde pabellón del panislamismo?

En aquel momento el asunto me importaba muy poco. En cambio, me interesaban muchísimo más los proyectos de irrigación y víveres... trigo y ganado, convenientemente preparados, y tal vez un poco de sopa, pescado y un pollo.

—Es preciso que dispongamos de seguros caminos transaharianos; y luego la ingeniería y la ciencia agrícola sabrán convertir el desierto en un jardín, es decir, en el enorme huerto de Francia. Nuestra patria es un vergel y un trigal. Y hasta nos haremos dueños de los mismos rayos del sol para que su calor proporcione a Francia la mayor estación productora de fuerza motriz del mundo entero.

—¡Oh, sí, tío! — exclamé.

Indudablemente Francia tendría a su disposición todos los rayos del sol una vez que yo hubiese almorzado.

—Pero antes es preciso conquistar, valiéndose de la diplomacia. Hay que dividir y gobernar, y esa región, que es la más pobre y más estéril y deshabitada de la tierra, podrá convertirse en la más rica y fructífera... para que Francia pueda triunfar.

Con el mayor egoísmo pensé que si mi pobre y vacío estómago fuese en breve el más rico y el más lleno, yo también triunfaría.

—Ahora, muchacho — terminó diciendo mi tío interrumpiendo su paseo y atravesándome con su penetrante mirada —, voy a probarte y a darte la oportunidad, que pocos tienen, de llegar a Mariscal de Francia. Vete a la Jefatura de la División Militar del *arrondissement* en que naciste, muéstrales tus papeles y alístate como *volontaire*. Así tendrás que servir tan sólo un año en vez de los tres obligatorios para los soldados corrientes, porque eres hijo de viuda, te has alistado voluntariamente antes de la edad señalada por la Ley y puedes pagar la cuota como *volontaire* de mil quinientos francos. Yo cuidaré de que ingreses en los Húsares Azules y permanecerás un año en filas. No mencionarás a nadie mi nombre y recibirás el mismo trato que otro soldado cualquiera.

»Si cumples satisfactoriamente tu compromiso, al terminar el año ven a verme, y entonces te mandaré a África para que ingreses en los espahís y de este modo ya tendrás un pie en el primer tramo de la escalera. Allí aprenderás el árabe hasta que lo sepas mejor que tu propia lengua materna y llegarás a conocer a los árabes mejor de lo que te conoces a ti mismo. Entonces podré utilizarte.

—¡Oh, sí, tío! — contesté, respetuoso, aprovechando una pausa.

—¡Y algún día... algún día... juro que serás uno de los servidores más valiosos y estimados de Francia; llevarás una vida interesantísima, altamente útil y en extremo peligrosa! Serás probado como soldado de caballería, como oficial de espahís, como edecán mío, como emisario, como negociador, como oficial del Servicio Secreto y recibirás tal instrucción que estarás en situación de sucederme. Yo seré Mariscal del Gran Imperio Africano de Francia...

»Pero si de un modo u otro dejas de cumplir con tu deber o no sigues mis instrucciones, en cualquier fase de tu carrera, no volveré a acordarme de ti. Sé digno de mi confianza y te haré uno de los más grandes servidores de Francia. Y recuerda, muchacho, que tendrás que avanzar solo en el camino que para ti abro.

Permaneció silencioso durante algunos instantes, se relajó su orgulloso y fanático rostro, y una dulce sonrisa le había transformado por completo cuando me tendió la mano.

—¿Quieres almorzar conmigo, hijo mío? — me dijo bondadosamente.

—¿Almorzar..., tío? — repliqué —. ¡Ya lo creo! Muchas gracias. Creo que, en efecto, me convendría comer un poco.

CAPÍTULO III

EL HÚSAR AZUL

I

Magnífico! Sería digno de mi tío y dedicaría mi vida entera a mi patria (y, dicho sea de paso, no tenía inconveniente en llegar a Mariscal de Francia a su debido tiempo).

Me consideraba un muchacho afortunadísimo, pues sólo tenía que procurar portarme como mejor pudiera. Y era afortunado de un modo increíble, no tan sólo por ser sobrino de un tío dispuesto a protegerme, sino también por haber recibido enseñanza inglesa en deportes y toda clase de juegos. Había ganado el campeonato de boxeo (peso medio) y de esgrima de las escuelas públicas. Era un excelente gimnasta; desde mi infancia sabía montar a caballo, y gozaba de perfecta salud y de gran fuerza.

Dotado de muy buena figura a caballo, de excelente ánimo, de perfecta digestión, de amor por las aventuras y de un intenso interés por la vida, díjeme que poseía lo mejor en el mejor de los mundos posibles. En cuanto a «avanzar solo» me parecía magnífico... Y, desde luego, estaba resuelto a no ser uno de esos hombres que se dejan anular la carrera por una mujer.

2

Pocas semanas después me presenté a las autoridades militares correspondientes y recibí orden de comparecer ante el *Conseil de Revision* con mis documentos, en la Tenencia de Alcaldía del Distrito en que había nacido. Y en compañía de un centenar de jóvenes de todas las categorías sociales sufrí un examen físico y mental.

Poco después recibí la orden de presentarme en el cuartel de caballería para examinarme de equitación. Si fracasaba en la prueba no podría entrar en un regimiento de caballería como *volontaire* por un año.

Desde luego, salí airoso de la prueba y un poco después recibí mi *feuille de route* y la notificación de haber sido alistado en los Húsares Azules, de modo que debía dirigirme a sus cuarteles de Saint-Denis para presentarme.

Pasé este intervalo en parte con mi madre y sus parientes, los Cary, y en parte en París con un teniente llamado De Lannec, a quien mi tío nombró mi guía, mi filósofo y mi amigo, pues De Lannec trabajaba entonces a sus órdenes en el Ministerio de la Guerra. Debo a este caballero muchos buenos consejos e innumerables indicaciones que resultaron valiosísimos. También le debo la amistad de la querida e inteligente Verónica Vaux y, sobre todo, algún tiempo más tarde, la de Raúl d'Auray de Redon.

A De Lannec le debí también que si en mis días de recluta fui un tonto, a lo menos no fui un tonto sanguinario; y que lograrse evitar muchas de las trampas preparadas para los imprudentes por aquellos que sólo lograron ser precavidos a costa de dolorosas experiencias.

Gracias a él, también conocí la conveniencia de tomar de un modo permanente una habitación particular en un hotel de Saint-Denis, adonde podría ir a comer y a bañarme. Asimismo encargué un uniforme de caballería y unas botas a mi medida, procurándome, además, un buen equipo de efectos de uso y prendas de vestir, cuya pérdida ocasiona al soldado tantas molestias, disgustos y castigos.

3

Una hermosa mañana me presenté en las grandes puertas del cuartel de los famosos Húsares Azules, esforzándome en parecer más satisfecho de lo que en realidad estaba.

Vi un enorme patio que bien merecía el nombre de campo de ejercicio, de casi un cuarto de milla en cuadro. En el centro estaba la escuela de equitación y más allá había grandes edificios para los hombres y para los caballos. Éstos ocupaban la planta baja, y los soldados, los pisos. Tal disposición no me resultó agradable, según recuerdo (y continué pensando del mismo modo cuando ya vivía precisamente encima de los caballos y en una sala ocupada por ciento veinte hombres que no se habían lavado, ciento veinte pares de botas con las que se había trabajado en el establo, ciento veinte pares de manos que jamás se lavaban, y junto a las ventanas que estuvieron cerradas ciento veinte años para impedir la entrada de las emanaciones de la cuadra, pues ya eran más que suficientes las que atravesaban el suelo).

Entré por la puerta y del cuerpo de guardia, que estaba inmediato, salió un sargento.

—¡Eh! ¿Adónde se figura usted ir? — gritó.

—He venido a presentarme, mi sargento — le contesté con suavidad mostrándole mi *feuille de route*.

Él la miró y luego gruñó:

—¿De modo que es usted uno de esos benditos *volontaires*? Pues bien, caballerete, no los puedo ver ni en pintura, ¿se entera usted? Y usted tampoco me gusta; y no me agrada ni su cara, ni su voz, ni su traje, ni nada de lo que se refiere a usted. ¿Estamos?

Recordando el consejo de De Lannec, contuve la lengua. Es la única cosa de su propiedad que el soldado puede contener, pero un buen sargento no se deja derrotar con tanta facilidad.

—¡Me parece que no hay necesidad de que se esté usted aquí parado y con cara de idiota!

—No, sargento — le contesté.

—Le aconsejo que no me replique — rugió —. Ha empezado usted muy mal — continuó en tono amenazador, en tanto que yo no sabía si guardar silencio o contestarle —. Por mi parte procuraré que también acabe mal, *pékin*, estúpido. Y ahora en marcha. Eche a andar delante de mí.

—Pero, sargento — murmuré —, he venido a ingresar...

—¿De modo que me interrumpe usted? — gritó —. ¡Estamos frescos! Espere a llevar uniforme y le haré ver el fondo de una caja de piedra que conozco. Eso le enseñará a no contradecir a los sargentos. Y no siga de este modo, insubordinándose conmigo. Lleve inmediatamente su *feuille de route* a la oficina del pagador, que está en la calle de los Niños Abandonados. Cuando vuelva ya nos veremos las caras. ¡Maldita sea mi stampa!

En silencio di media vuelta y salí en busca de la calle y la oficina del pagador, comprendiendo perfectamente que era justo que empezara mi carrera en el extremo inferior de una escalera muy empinada, si había de acostumbrarme a observar la disciplina y aprender a dominarme.

Creo que por espacio de un segundo sentí la tentación de ir a tomar el tren para Calais y marcharme a Inglaterra en vez de buscar la calle de los Niños Abandonados y la oficina del pagador. (¿Serían aquellos niños de tal condición y de tales costumbres que mereciesen semejante calificativo o habían sido abandonados por los demás? Lo ignoraba, pero sintiéndome, a mi vez, como niño abandonado, me decidí por la última suposición.)

Aun cuando me figuraba lo contrario, pude observar que el cabo que ejercía de escribiente del pagador era un hombre cortés. Me preguntó a qué escuadrón me gustaría pertenecer

y yo le contesté que tanto me importaba uno como otro, con tal que no fuese el del sargento que estaba de guardia.

—¿Quién es? — me preguntó el escribiente.

Le describí al sargento como una fiera colérica, con bigote, cejas y cabello muy gruesos, como si perteneciesen a un cepillo, y de modales no mejores que sus excrecencias pilosas. En una palabra, un animal de pies a cabeza.

—Esta descripción convendría a cualquier sargento — observó sonriéndose el escribiente —. Pero creo que debe de ser Blüm. ¿Le ha oído usted exclamar: «Maldita sea mi estampa»?

—Precisamente — dije.

—Pertenece al tercer escuadrón. Por consiguiente, le haré ingresar en el segundo. Tome este papel y pregunte por el sargento mayor del segundo escuadrón. Y no olvide que si se lleva usted bien con el sargento mayor y con el *adjudant* de su escuadrón, todo marchará muy bien.

4

A mi regreso al cuartel volví a encontrar al simpático sargento Blüm en el cuerpo de guardia.

—¿A qué escuadrón va usted destinado? — preguntó.

—Al segundo, mi sargento — le contesté con la mayor inocencia.

—¡Maldita sea mi estampa! Es la peor noticia que podría usted darme. Me habría gustado que le hubiesen destinado al tercero. Yo le habría puesto en mi propio pelotón. Soy una especialidad en tratar debidamente a los aristócratas y a los *volontaires*.

—He hecho lo que he podido, sargento — le contesté con sinceridad.

—*Tais donc ta sale gueule!* — rugió.

Y volviéndose hacia el cuerpo de guardia, ordenó a un soldado un trabajo algo de basurero, es decir, el de hacerse cargo de mí y acompañarme a la oficina del sargento mayor del segundo escuadrón.

Seguí al soldado, un normando alto y rubio, a través del inmenso patio, entonces lleno de hombres en traje de faena, provistos de escobas, cubos o carretillas, que conducían caballos de la brida o manejaban las bombas para llenar de agua potable unos recipientes muy grandes, y que en general se dedicaban a los trabajos propios de los soldados de caballería.

—Sígueme, cerdo estúpido — dijo mi guía, mientras yo miraba a mi alrededor el agradable espectáculo de mi nueva vivienda.

Obedecí en el acto, pero mi Virgilio añadió:

—Aprisa, porque, de lo contrario, te echaré de cabeza al montón de la basura cuando te haya visto el sargento mayor.

—Mira, amigo y hermano de armas — le contesté —: vámonos en seguida al montón de la basura y veremos quién es el que va de cabeza a él. Te confieso que me asombra mucho que hayas salido de allí.

—Ya veo que eres uno de esos malditos camorristas — replicó el soldado.

Llamó a la puerta de una habitación pequeña y mal amueblada, que contenía cuatro camas, algunos efectos militares, una mesa y una silla. Allí también estaba el sargento mayor del escuadrón, hombrecillo de cabello gris y de cara flaca y ascética que adornaba un bigote de color gris de alambre y muy bien recortado.

Tenía un tipo distinto por completo del sargento Blüm. Era un perro que jamás ladraba, pero que mordía de firme. El sargento mayor Martín era frío, severo, autoritario y orgulloso, pero en sus maneras se mostraba apacible, distinguido y casi cortés.

—Un *volontaire* — dijo —. ¡Qué lástima! A uno no le gustan, pero no hay más remedio que soportarlos.

Tomó mis documentos, me hizo algunas preguntas y registró las respuestas en el *livret* o cuaderno del regimiento, que debe cuidar todo soldado francés. Luego ordenó a mi guía que me llevase ante el sargento De Poncey, con la mala nueva de que yo había de ingresar en su pelotón.

—Sígueme, camorrista — dijo el soldado, después de saludar al sargento mayor y de salir de la estancia.

El sargento De Poncey cumplía entonces su deber de imponer una penosa instrucción de esgrima, en la parte exterior de la escuela de equitación, a una escuadra de soldados castigados. Era un hombre de buena presencia y la expresión de su rostro parecía indicar que para él la vida no era más que dolor. Su voz era propia de una persona bien educada.

Los soldados, que vestían el traje de faena y calzaban zuecos, parecían estar desesperados.

No les faltaba motivo, porque habían pasado la noche en el calabozo. Se quedaron sin desayunarse, y en aquellos momentos practicaban un ejercicio que casi era una tortura. Por ejemplo: el sargento daba la orden; la escuadra la obedecía; y aquí habría terminado el asunto, pero algún pobre diablo,

enfermo y muerto de hambre, tal vez no era capaz de mantener por más tiempo extendidos su brazo y el pesado sable. Al observar el menor temblor y el más pequeño descenso de la hoja del arma, la voz monótona del sargento le decía:

—Soldado Ponthieu, dos días más de *salle de police*, por no estar quieto.

Luego daba otra orden que originaba otra queja y un nuevo castigo al más débil.

En una palabra, que estaban allí por castigo y sin duda alguna lo recibían.

Una vez la escuadra hubo regresado al calabozo, el sargento De Poncey me atendió. Ante todo mi miró de pies a cabeza.

—Un caballero —dijo—. Perfectamente. Yo también lo fui en otro tiempo. Venga conmigo.

Y me condujo a los *quartiers* del segundo escuadrón y a la parte de la sala en que dormía su pelotón.

Dos tabiques de unos dos metros y medio de alto dividían la habitación entres, y a lo largo de las paredes y de los tabiques había filas de camas. Cada una de éstas era tan estrecha que no resultaba incómodo comer sentado a horcajadas en ella, como si se estuviera montado a caballo, y con una marmita de *soupe* delante de cada uno. Así fue como durante un año comí cuantas veces no lo hacía en mi hotel.

De la cabecera de cada cama colgaba un sable de caballería, un saco con cepillos para limpiar los caballos y en general el equipo de limpieza. Además, había dos estantes en los cuales se hallaban los uniformes doblados y cubiertos por un saco de lona en el cual vi pintado el número de filiación de su propietario. Sobre ellos había un chacó y dos pares de botas. En los rincones de la sala y en sus correspondientes armeros veíanse las carabinas. Mientras yo miraba a mi alrededor, el sargento posó su mano en mi brazo.

—Pasaré usted aquí una temporada muy dura —dijo—. De modo que su única salvación está en ser más duro que las circunstancias.

—No tenga usted cuidado, que seré duro, sargento —contesté sonriendo; pues desde el primer momento me fue simpático el sargento De Poncey

—Lo peor de todo es que se adquiere el hábito, muchacho —me contestó—. La costumbre es una segunda naturaleza y, pasado algún tiempo, una primera naturaleza. Como ya le dije, en otra época yo fui un caballero y ahora voy a pedirle a usted que me preste veinte francos porque estoy en un verdadero apuro. ¿Quiere?

—No, sargento — le contesté, y observé que su triste rostro se ensombrecía por el dolor y el disgusto que le causaba mi negativa —, pero si me lo permite usted voy a darle cien francos. ¿Quiere usted?

—Tendrá usted en mí un amigo — me contestó.

Y positivamente el pobre diablo se ruborizó, supongo que a impulsos de la gratitud, del alivio y de la vergüenza.

En efecto, el sargento De Poncey me demostró ser un buen amigo mío y mucho más valioso cuando ascendió a sargento mayor, porque aun cuando ninguno de ellos tiene poder para permitir ciertas cosas, puede, en cambio, impedir que otra autoridad más alta que la suya se entere de que han ocurrido.

En aquel momento entró un cabo en la cuadra. El sargento De Poncey lo llamó y me entregó a él diciendo:

—Un recluta para tu *escouade*, Lepage. Un *volontaire*..., pero buen muchacho. Antiguo amigo mío... ¿Te enteras?

El cabo se enteró, porque no era tonto. Cuando el sargento De Poncey ya no estaba al alcance de su voz, añadió:

—Venga usted y sea también «antiguo amigo mío».

Y me guió para salir de los *quartiers* a través del gran patio cuadrado del cuartel y en dirección a la cantina.

El cabo Lepage era moreno, regordete, grasiento y no feo. Aunque era un hombrecillo de malos sentimientos, resultaba simpático por su invariable buen humor y por su honradez paradójica. Tenía todos los vicios imaginables y era capaz de cualquier maldad, a excepción de traicionar o desamparar a un amigo. Su educación no era muy completa, su profesión anterior fue la de empleado, y había sido uno de los adornos de la ciudad de París. Era mezquino, vicioso y borracho. Sin embargo, tenía un vigor y una agilidad notables y jamás estaba enfermo.

En la cantina se dedicó a beber coñac a mi costa y con la mayor franqueza me dijo que su buena voluntad y su benevolencia podían ser compradas por diez francos. Como es natural, me apresuré a hacer esta compra, y después de embolsarse la moneda de oro y de beberse la séptima copa de coñac, aquel hombre digno se informó acerca de si quería pasarme allí el día entero charlando o prefería ir a presentarme a la inspección médica, adonde estaba dispuesto a conducirme.

—Es la primera vez que oigo hablar de eso, cabo — contesté.

—Pues no será la última, señor Chorlito, a no ser que obedezca mis órdenes y cese de asistir a la taberna y de llevar una vida de licencia y de desenfreno — replicó el bueno de

Lepage —; y ahora, aprisa, perezoso pipiolo e indigno *volontaire*.

Me apresuré y el cabo Lepage, tras un esfuerzo para recobrar su aplomo, me condujo desde la cantina al dispensario, que estaba cerca. Encontramos que en aquel lugar no había más que un ordenanza.

—El cirujano mayor no ha venido todavía, cabo — dijo. Lepage se volvió hacia mí.

—Espero que otra vez me dejarás terminar tranquilamente mi café — contestó con aparente cólera y mostrando sus agudos dientes por debajo de su bigote lleno de cosmético —. Vete a cumplir con tu deber.

Y después de prometer yo al ordenanza que le pagaría una copa de coñac si iba a llamar al cabo tan pronto como regresara el médico mayor, emprendimos el camino de regreso a la cantina.

Al final dejé al cabo Lepage borracho en aquel sitio, sufrí un examen médico y convertí al cabo en un amigo para toda la vida, llevándolo de la cantina a su dormitorio, donde lo acosté.

En fin, una mañana muy divertida.

5

Nunca olvidaré el momento en que el *Sergent-Fourrier* me proveyó aquella tarde de ropa y efectos. Su almacén era una especie de tienda enorme en la cual el sargento sastre, el sargento zapatero, el sargento guarnicionero y el sargento almacenero eran sus ayudantes.

Me dieron un par de pantalones rojos para probarlos, a fin de averiguar la talla conveniente. Estaban tan tiesos y eran tan pesados y grandes como un traje de buzo, eso sin tener en cuenta que desde las rodillas abajo eran de sólida piel.

No eran pantalones de montar, sino unos calzones enormes, cada una de cuyas perneras tenía la misma circunferencia que mi cintura. Y, como en el caso de un axioma de Euclides, no era necesaria la demostración; pero como el sargento sastre me ordenó ponérmelos, obedecí.

Los pesados extremos inferiores, que, como ya he dicho, eran de piel, reposaban en el suelo y, en cambio, la cintura del pantalón me molestaba debajo del sobaco; aquel paño rojo, que casi tenía un grueso de dos centímetros y estaba duro y tieso como si fuese de madera, habría acabado por producirme una excoriación.

Miré, pues, por encima de la cintura del pantalón y sonreí al sargento sastre.

—Sí — observó —. *Excellent.*

Y también me dio una guerrera azul para ver si la talla me convenía. En este caso el único inconveniente fue que mis manos quedaban ocultas por las mangas y que en cuanto me abroché el cuello podía ocultar muy bien mi barbilla dentro de él. Agité mis alas ante el sargento sastre.

—Sí, puedes moverte con libertad con esta guerrera.

En eso tenía mucha razón, porque allí dentro había sitio para mí y para él, aunque este pormenor no le pareció demasiado importante.

La dificultad con que había de luchar yo entonces era moverme, porque los pantalones parecían dos piezas de armadura sin articulaciones, pero de un modo u otro atravesé el almacén en donde ya me esperaba el sargento zapatero con una serie completa de botas de todos los tamaños. La «serie completa» consistía en cuatro pares, y, de éstos, los más pequeños resultaban cinco centímetros demasiado largos, pero, en cambio, no me permitían la entrada del empeine del pie.

Eran unas extrañas construcciones de piel a las que con gran exageración se les daba el nombre de botas. Resultaban tan anchas como largas; tenían ambos extremos cuadrados; la caña mediría unos treinta centímetros y los tacones seis o siete. A éstos se habían clavado unas espuelas oxidadas.

Al parecer, el zapatero esperaba que me pusiera aquellas botas por debajo de los pantalones.

—Tienes los pies deformados, *espèce d'imbécile* — dijo el sargento zapatero en cuanto vio que a pesar de su serie completa no había ningún par que me sentara bien —. No deberías estar en el ejército. Los tipos como tú son una maldición y un castigo inmerecido para los buenos sargentos. Eres la vergüenza de la humanidad. Ponte el par más grande.

—Pero, mi sargento — protesté —, a lo menos son siete centímetros y medio más largas de lo que necesito.

—¿Y acaso la paja va tan cara en un regimiento de caballería, que no puedas llenar con ella la puntera de las botas, imbécil? — preguntó aquel hombre de brillantes ideas.

—¿Pero no ve usted que si intento andar se me van a caer de los pies? — indiqué.

—¿Y te olvidas de que las correas de los pantalones, que van por debajo de las botas, las mantendrán en su sitio, idiota de solemnidad? — replicó aquel príncipe de los zapateros —. Además, los pantalones ocultarán el hecho de que las botas sean un poquito más grandes.

Como me cabía el recurso de salir del cuartel y dirigirme a mi hospedaje, donde me esperaban todos mis efectos militares, la cosa no tenía para mí la menor importancia, pero ¿qué sería del pobre diablo que tuviese que aceptar todo aquello sin ninguna alternativa?

Mientras permanecía en pie haciendo esfuerzos para guardar el equilibrio dentro de aquel traje y de aquellas botas, el *Sergent-Fourrier* me dio un chacó de húsar que mis orejas sostenían con alguna dificultad. Me envolvió el cuello con una corbata azul, por dentro del cuello de la guerrera, y me ordenó salir para presentarme al capitán de semana que, incidentalmente, era el *Capitaine en second* de mi escuadrón.

Vestido como estaba, no me habría exhibido por gusto ni siquiera ante una mula, por miedo de que el pobre animal fuese víctima de un ataque de nervios a causa de la risa.

Andando como lo haría un buzo por la cubierta de un buque, emprendí la marcha hacia delante, levantando y dejando caer alternativamente una enorme bota, que colgaba al extremo de la enorme pernera del pantalón, a cada uno de los pasos que daba.

Mi paso se parecía mucho más a la marcha de un elefante trabado por la pista del circo, que al modo de andar propio de un bizarro húsar. Y a la vez me sentía humillado, encoherizado y más que ridículo.

Guiado por un ordenanza del almacén, llegué, por fin, ante la puerta de la oficina del capitán y, de un modo inesperado para éste, me presenté a su vista.

No sé lo que yo esperaba que hiciese, pero el caso es que no se desmayó ni rogó a Dios que le diese fuerzas para resistir mi presencia.

Me contempló como se suele hacer cuando a uno le ofrecen un caballo en venta. El oficial era joven, elegante, frío e inteligente; era un hombre delgado y guapo, y en su rostro, recién afeitado, se advertían algunas sombras azuladas de la barba; el rostro era de color blanco sonrosado. En sus maneras era siniestro y cortés, de un modo suave que apenas disimulaba su crueldad.

—¡Quítate esa guerrera! — dijo.

Obedecí en el acto.

—Sí. Los pantalones son demasiado cortos — observó, añadiendo —: ¿Eres tonto de nacimiento para presentarte ante mí con los pantalones tan cortos?

—*Oui, mon Capitaine* — contesté, persuadido de que, en realidad, era un tonto de pies a cabeza, tanto con aquellos calzones como con otros cualesquiera.

—Y fíjate en las botas. Cada una de ellas podría encerrar tus dos pies. ¿Eres tan imbécil como para presentarte a mí con botas como ésas?

—*Oui, mon Capitaine* — contesté, repitiéndome *in mente* que era un imbécil por estar allí con aquellas botas.

—Tomaré nota de eso, recluta — dijo el oficial.

Estas palabras me dieron a entender que había dicho bastante más que el escandaloso sargento, que me hubiese amenazado con castigos perfectamente determinados.

—Hazme el favor de largarte — continuó con voz suave y acerada —. Y vuelve con otras botas que sean la mitad de las que llevas ahora y con unos pantalones doble mayores. Puedes decir, también, al *Sergent-Fourrier* que muy pronto oirá algo que no le va a gustar. Ya haré yo de manera que se interese en vestirti bien.

Y, en efecto, se interesó en gran manera e interesó también a todos los ocupantes de aquel horrible almacén que apestaba a cuero corrompido, a telas, a metales y a gentes que no conocían la limpieza.

(Era indudable que mi ingreso en el servicio sería causa de un disgusto para todos ellos. Por mi culpa los sargentos serían objeto de una buena reprimenda y tal vez de castigos. ¡Buena me esperaba cuando estuviese en su poder!)

Un poco más tarde fui mandado de nuevo al cuarto del capitán, llevando la misma ropa que en mi primera visita. Me subieron los pantalones hasta la barbilla y los extremos inferiores de piel fueron sujetados por fuera para que cubriesen un poco más las botas; me metieron un trozo de tela en la espalda de la guerrera, me echaron hacia atrás las mangas y en la parte interior de los codos me hicieron un pliegue. En cuanto al chacó, se corrigió su tamaño por medio de una gruesa tira de papel de periódico que alivió a mis orejas de su peso.

—Te juro que si vuelves aquí sin que el capitán haya dado su aprobación, te vas a pasar el resto de la semana en el calabozo — me prometió el *Sergent-Fourrier*.

Le di las gracias y me alejé.

Mi capitán me miró con suavidad, a través de la mesa, mientras yo saludaba.

—Ahora los pantalones son demasiado grandes — observó — y la guerrera muy pequeña. Vamos a ver, recluta, ¿estás dispuesto a fastidiarme? — añadió —. Si es así tendré que tomar algunas medidas para evitarlo. Mira, hazme el favor de volver al almacén y dentro de poco iré para que el sargento me explique todo eso.

En espera de esta ocasión, el *Sergent-Fourrier* y sus mirmidones me dieron algunas explicaciones. Volvieron a mandarme ante el capitán con el mismo traje, pero esta vez los pantalones tan sólo me llegaban al pecho y en cuanto a las mangas de la guerrera las dejaron como estaban en la primera ocasión.

Mi capitán no estaba ya en su habitación y me apresuré a volver para decir la verdad, o sea que no había encontrado ninguna falta en mi equipo.

Entonces arrastré mi cuerpo fajado, crujiente y con los pies cargados de unas botas que parecían de plomo, para alejarme del almacén; además, iba cargado con otra guerrera, un nuevo par de increíbles pantalones y otro de botas imposibles, una chaqueta para hacer la instrucción, un quepis, dos trajes de faena para el servicio de cuadra, un capote, una enorme capa, dos pares de gruesos guantes de piel blanca, lo bastante grandes para el gigante Goliath de Gath, dos terribles camisas, dos pares de calzoncillos, un enorme par de zuecos y nada de calcetines.

La mayor parte de esta impedimenta iba metida en un enorme saco de lona. Con todo eso cargado a la espalda, parecido al *Christian* de Bunyan (1), aunque sin sentirme verdadero cristiano, me encaminé, tambaleándome, hacia mi sala.

Allí, el cabo Lepage, en un discurso cuyo compás llevaba por medio de algunos eructos aguardentosos, me informó de que debía marcar cada uno de mis efectos con mi número de filiación, usando para este objeto los patrones para estarcir que me proporcionaría el *Sergent-Fourrier*.

Comprendiendo que algo más que patrones me suministraría aquel hombre colérico e insociable, si de nuevo iba a su encuentro antes de que el sol se hubiera puesto sobre su enojo, me acordé de cierto consejo que en París me dio mi amigo De Lannec. Y miré a mi alrededor en busca de alguien que deseara un empleo lucrativo.

Sentado en la cama inmediata a la mía y ocupado en sacar brillo a su sable, vi a un muchacho de aspecto agradable. Su semblante era simpático, fuerte, tranquilo y reflexivo y tenía la lozanía propia del hombre del campo.

—Oye, amigo — le dije —, ¿quieres hacer por mí un trabajo y ganarte uno o dos francos?

—Sí, señor — contestó —. Y hasta, si quiere usted, dos tra-

(1) Héroe de la obra de Bunyan *The Pilgrim's Progress*, que representa las distintas modalidades internas y externas de la vida de un cristiano verdadero.

bajos y un franco o tres. Estoy muy mal de fondos y, además, tengo necesidad de convidar al cabo Lepage.

Supe que se llamaba Dufour, que era hijo de un tratante de caballos y que hasta entonces había tenido que relacionarse en gran manera tanto con los caballeros como también con los caballos.

A partir de aquel momento fue mi amigo y servidor hasta el día en que dio su vida por Francia y por mí, cosa de veinte años más tarde. Era muy inteligente, honrado y en extremo valiente: en una palabra, un alma noble, fiel y leal.

Entonces lo tomé a mis órdenes y su primer trabajo en el servicio fue marcar todo mi equipaje, limpiarlo y arreglarlo en *paquetage* en los estantes.

Luego me ayudó a ponerme tan presentable como era posible con el extraordinario uniforme que me entregaron (pues tenía que pasar ante el cuerpo de guardia vistiendo mi uniforme completo, ya que era mediodía), a fin de dirigirme a mi hotel, en donde me esperaban otros uniformes perfectamente cortados por mi propio sastre, así como unas botas de reglamento que me había mandado hacer en París.

No he podido comprender aún cómo conseguí pasar sin llamar su atención por delante del sargento de guardia con el sable cogido por una mano enguantada que me parecía estar dentro de un estuche de hierro forjado, con el enorme chacó tambaleándose en mi cabeza y con las gruesas espuelas de mis enormes e ingobernables botas enganchadas en los bajos de piel de mis gigantescos pantalones.

Sin embargo, lo logré con ayuda de Dufour; y algunos minutos más tarde me hallaba ya en mi habitación particular, librando a mi persona de todas aquellas horribles cosas.

Cuando estaba sentado tomando café, a las ocho y cuarto de la noche, después de cenar bastante bien y de tomar una botella de *Mouton Rothschild*, me entregué a mis ensueños de grandeza, pero me devolvió a la realidad el repentino son de las trompetas de los Húsares Azules que en la plaza tocaban *retraite*.

Eso significaba que dentro de un cuarto de hora volverían al cuartel para dar la llamada final a todos los soldados que no tenían pase para volver tarde y que, por lo tanto, debía apresurarme a regresar.

Mi viaje de regreso fue bastante diferente del anterior, porque mi uniforme, mis botas y mi chacó me sentaban perfectamente; mis guantes me permitían llevar el sable con facilidad. (*«En la mano izquierda, con el puño inclinado hacia el suelo y a seis pulgadas por detrás de la cadera; la punta del*

sable dirigida al frente del pie izquierdo», etc.) y me sentía capaz de saludar a cualquier oficial, sargento o cabo sin tener que limitarme a agitar ante él una manga medio vacía.

De nuevo me sentí hombre y casi soldado, de modo que mi ánimo alcanzó aproximadamente el mismo nivel que en mis antiguos tiempos del colegio de Eton.

Pero descendió al nuevo nivel del cuartel cuando entré en la sala en que había de vivir durante un año y se me pegó a la garganta el terrible hedor que allí reinaba. Mientras permanecía al pie de mi cama, según hacían todos los demás esperando que pasaran la lista de la noche, empecé a darme cuenta de que me encontraba muy mal; y cuando el sargento de semana hubo hecho su ronda y recibido el parte del cabo con respecto a los ausentes (que se hallaban en las cuadras, en el cuerpo de guardia, con permiso, etc.), estaba ya seguro de que me deshonoraría públicamente. Y, sin embargo, soy buen marinero.

En cuanto se hubo pasado lista, quedamos en libertad de hacer lo que nos viniera en gana hasta las diez de la noche, hora en que resonaría el toque de «silencio». Por eso pude salir al aire libre y así logré salvar mi honor y mi cena.

Como es natural, tuve que volver allí, pero ya no me vi obligado a permanecer firme mientras la cabeza me daba vueltas. Además, pronto observé que me sería posible soportar los hedores gracias a un pañuelo que tuve la precaución de perfumar.

Mientras estaba sentado en mi cama, que consistía en dos caballetes que sostenían dos tableros estrechos y un rollo de jergones de paja y de mantas, todo lo cual no era más ancho de setenta y cinco centímetros, contemplando a mis compañeros, en conjunto, y preguntándome dónde y cuándo se lavaban, me di cuenta de que un grupo se acercaba a mí, presidido por el soldado que había sido mi guía aquella mañana al conducirme a la oficina del sargento mayor del escuadrón.

—Éste es —dijo señalándome—. Es un *volontaire*. Es hombre peligroso, un camorrista indecente. Trató de tirarme a un montón de basura cuando yo estaba distraído...

—Miradlo —dijo un hombrecillo moreno y casi tan ancho como alto que, a pesar de eso, parecía muy vigoroso—. Miradlo. Se tapa las narices con un pañuelo perfumado para no sentir nuestro olor.

—La verdad es que no somos rosas. ¿Para qué ha de olerlos? —preguntó un tipo indecente que parecía un ratón, adelantándose hacia mí.

Pero tanto él como su grueso compañero fueron apartados

por un hombre de aspecto de luchador, como esos que se suelen ver en las academias de boxeo, de esgrima o de gimnasia.

—Mira, *volontaire* — dijo —. Has insultado a los Húsares Azules en la persona del soldado Mornec. Y, además, nos has faltado gravemente haciendo uso de un pañuelo en nuestra presencia. Soy el esgrimista campeón del regimiento y por eso te digo que tales insultos únicamente pueden lavarse con...

—Sangre — dije, disponiéndome a coger el sable.

—No, señor. Con vino — rugió el grupo a coro.

Me levanté, pues; cogí el brazo del espadachín y del soldado Mornec, y los tres precedimos a una alegre procesión hacia la cantina, en donde, con la mayor solemnidad y entusiasmo, bailamos el cancan, aunque, naturalmente, bebiendo de lo lindo.

Me parece que todo mi pelotón (es decir, tres *escouades* de diez hombres cada una) estaba presente cuando llegamos a la cantina, pero allí pronto creció su número con la presencia del resto del escuadrón.

Como el aguardiente se vendía al precio de un chelín el litro y el vino a cuatro peniques, no importaba gran cosa el convidar a todos aquellos muchachos ni tampoco había que temer que su capacidad para la bebida excediese a la mía de poder pagar su consumo.

Pero doy mi palabra de que los olores combinados de la cantina, o sea el humo de tabaco ordinario, de ajo, de alcohol, de guisote, de cebollas fritas, de vino, de grasa y de numerosos hombres eran bastante peores que el del dormitorio de mi escuadrón, y eso me convenció de que no tan sólo el soldado debía tener en su sitio el corazón, sino también el estómago...

El toque de queda me salvó de la muerte en la cantina y así volví gustoso a mi dormitorio, aunque ello tuviese que costarme la vida.

Al parecer, había ganado la popularidad y el aprecio de mis compañeros, porque no me hicieron víctima de ninguna de las novatadas usuales, tales como derribarme de la cama tirando de una cuerda atada a uno de los caballetes tan pronto como el recluta ha olvidado sus penas en el sueño.

De Lannec ya me había avisado acerca de las cosas que podían ocurrirme y por esta razón estaba dispuesto a poner buena cara a la mayor parte de las bromas de que había de ser objeto, aunque, por otra parte, me hallaba decidido a resistir posibles indignidades, aunque fuese preciso apelar al derramamiento de sangre.

Con ayuda de Dufour introduje mi persona en el lecho mal equilibrado sobre los tablones y me quedé dormido a

pesar de las agudas puntas de la paja, de serme imposible el revolverme en mi capullo, de los ruidos enfermizos de varios individuos que habían pasado la noche de un modo poco juicioso, de las patadas y del arrastre de cadenas de los caballos, del trompeteo del centenar de narices de los soldados y de la firme creencia de que a la mañana siguiente estaría muerto por causa de asfixia o de envenenamiento.

En una palabra, que todo era muy divertido...

CAPÍTULO IV

UN DÍA PERFECTO

I

A pesar de mis temores, me encontré vivo a las cinco de la mañana siguiente cuando el cabo de semana atravesó la sala gritando: «¿Hay alguien enfermo?»

Casi estuve a punto de contestar que, aun cuando de momento no estaba enfermo, temía estarlo en breve; pero me di cuenta de que el cabo tomaba nota de los nombres para el parte de la mañana destinado al sargento mayor y que su propósito no era averiguar cortésmente cómo estábamos después de pasar una noche en la atmósfera más mefítica en que un ser humano pudiera seguir respirando y viviendo.

En caballería no se pasa lista por la mañana, pero el cabo de semana anota el nombre de los que solicitan asistencia médica y el sargento mayor los separa de la lista de servicio de cada pelotón.

Durante media hora permanecí tendido en la cama y despierto, preguntándome qué sucedería si saltando de mi lecho fuese a abrir una ventana o la rompiese, suponiendo que no estuvieran destinadas a abrirse. Estaba a punto de hacer este interesante descubrimiento, cuando en el patio inferior sonaron las trompetas dando el toque de *réveil* y así salté de la cama a las cinco y treinta de una mañana muy fría.

El cabo Lepage se acercó a mí cuando contenía mi primer bostezo por miedo de aspirar mayor cantidad de aire venenoso de lo que era necesario, y me ordenó que me pusiera mi traje de faena y los zuecos y que apresuradamente me dirigiera a la cuadra.

Sin pérdida de tiempo me puse aquel traje digno de un basurero, y guiado por Dufour acudí rápidamente, a través

de la lluvia, hacia donde debía llevar a cabo una «agradable» tarea.

En la cuadra, el olor era distinto, aunque, a lo menos, homogéneo, de modo que en conjunto prefería las emanaciones de los caballos a las de sus jinetes (hay que tener en cuenta que todos los días limpiábamos a los caballos, pues así lo manda el reglamento. En cuanto a los hombres, dice lo siguiente: *«El cabo debe dormir en la misma sala que los soldados de su escouade y procurará que sus hombres se laven la cabeza, la cara, las manos y los pies.»* Esto sería una gran cosa si se cumpliera).

En la cuadra recibí mi primera orden militar.

—Limpia la paja que hay debajo de estos cuatro caballos — me dijo el sargento de cuadra.

Aquella tarea era muy desagradable; mas, sin embargo, necesaria. Puesto que tenía que hacerla alguien, ¿por qué no habría de ser yo? Sin duda alguna el estudio del arte de separar la paja sucia de la que lo está todavía más, así como limpiar el lugar del estiércol, es una parte muy importante de las enseñanzas militares.

Miré a mi alrededor en busca de algún instrumento, creyendo que una horquilla y una pala eran los instrumentos apropiados para realizar aquel trabajo.

—¿Qué demonios estás buscando, imbécil? — preguntó el sargento con mayor libertad de lenguaje que fraternidad e igualdad.

—¡Con qué hacerlo, mi sargento! — respondí.

—¡No quisiera Dios que te mate! — exclamó. Y en seguida rugió —: ¿No tienes manos, zoquete? ¿Acaso te figuras que vas a hacerlo con las uñas de los pies o con el cogote?

No tuve más remedio que obedecer. Con mis manos blanquísimas trabajé bien y verdaderamente y llegué a cargar carretillas hasta dejarlas colmadas. Empecé a entretenerme en realizar el trabajo de un modo artístico, construyendo pirámides en la carretilla, hasta que no tuve más remedio que volverme a mi compañero y decirle:

—Mira, Dufour, me estoy poniendo muy malo. ¿Cuál es el castigo?

El buen Dufour se apresuró a mirar a su alrededor.

—Eche a correr hacia la cantina — murmuró —. Yo podré limpiar fácilmente estos ocho caballos. Tómese un café caliente.

Cogí un cubo y atravesé el patio del cuartel como quien está ocupado en llevar a cabo un cometido importante y honorable a la vez. Si alguien me detenía y me interrogaba, estaba

dispuesto a decirle que iba en busca de un cubo de champaña para el baño del coronel.

En la cantina encontré a un hombre que se dedicaba a una profesión novísima. Se llamaba a sí mismo *El salvador de los Pecados egoístas*, y me explicó que la cosa más baja y más infame que podía hacer un soldado era *faire Suisse*, es decir, beber solo.

—Nadie tiene necesidad de hacerlo cuando yo estoy aquí —añadió.

Y así malgastaba su tiempo precioso y su energía en frecuentar la cantina en las horas en que pudiera estar desocupada, por si casualmente acudía un hombre a beber.

Tomé mi café y mi coñac y luego salí; respiré profundamente por espacio de unos minutos y pronto me encontré mejor. Cogiendo de nuevo el cubo volví a la cuadra tratando de tomar el aspecto de quien, gracias a pronto y decidido esfuerzo, acababa de salvar a la República.

Dufour terminó nuestro trabajo y me dijo que debíamos volver a nuestro dormitorio a tiempo para recoger los instrumentos de limpieza antes de que las trompetas tocaran «cuadra» a las seis de la mañana.

—Puede empezar con el caballo que le ha sido destinado —dijo Dufour—. Y tan pronto como el sargento haya vuelto la espalda, márchese y yo acabaré el trabajo por usted.

—De ningún modo —contesté—. Sé limpiar perfectamente un caballo. Lo que me puso enfermo fue llenar las carretillas de estiércol con mis manos.

—Ya se acostumbrará —me aseguró Dufour.

Lo dudé. «La costumbre es una segunda naturaleza», según me dijo De Poncey. Pero estaba persuadido de que jamás sería mi segunda naturaleza el andar entre estiércol con mis manos. Ni siquiera mi tercera naturaleza.

A las seis volvimos a la cuadra y el teniente de semana me señaló mi caballo y me ordenó empezar a limpiarlo.

Hay que tener en cuenta que soy muy aficionado a los caballos. Me inspiran afecto y los entiendo muy bien, y ellos, a su vez, me llegan a querer y me comprenden. Por esto no me apuró cuando mi caballo inclinó sus orejas hacia atrás, me mostró el blanco del ojo y me dirigió una cox al ver que me acercaba al pesebre. Eso significaba tan sólo que el pobre animal había sido maltratado por algún salvaje y que sentía miedo y no afecto hacia su jinete, y que el miedo y no el amor fue lo que motivó su conducta.

Yo no tenía más remedio que tratarlo amistosamente antes de que él me correspondiese de igual suerte, de modo que lo

primero que tenía que hacer era entrar en su compartimiento, cosa que él parecía decidido a evitar. En vista de eso, entré en el inmediato, salté al suyo y caí a su lado. Un minuto después estaba ya limpiándole, hablándole, acariciándole y ganándome su confianza.

Me juré a mí mismo no tocarlo siquiera ni con el látigo ni con las espuelas, porque uno y otras le habían torturado bastante. Era un animal de buena raza y, juzgando por su aspecto general, comprendí que no era un caballo vicioso. No puedo explicarme la razón de que comprenda los pensamientos y las sensaciones de un caballo, pero el caso es que los conozco perfectamente.

Lo limpié y arreglé por espacio de una hora, lo acaricié y lo acostumbré a mi voz, a mis manos y a mi olor. No puedo negar que esperaba alguna cosa desagradable cuando llegase la hora de llevarlo a abrevar, porque Dufour asomó la cabeza por el compartimiento y me avisó de que *Le Boucher* era un animal peligroso que había mandado a más de un hombre al hospital.

A las siete de la mañana nos dieron la orden de llevar los caballos al abrevadero y por consiguiente saqué a *Le Boucher* de su compartimiento. Cogí un mechón de su crin, salté sobre él, montándole a pelo, y me preparé para lo que pudiera ocurrir.

Retrocedió tanto que temí que se cayese; luego bajó la cabeza poniendo en alto sus cascos traseros, haciéndome temer que mi caída sería inevitable; luego empezó a saltar y a resistirse de tal modo, que no tuve más remedio que dar una exhibición de equitación.

Mas todo aquello no lo hacía con muy mala intención. Comprendí que obraba de tal suerte casi de un modo maquinal y tal vez también para averiguar qué clase de jinete era yo.

Después de aquel breve período de protesta, salió trotando hacia el abrevadero y ya no tuve en adelante la menor diferencia con *Le Boucher*. Por esta razón le cambié aquel nombre estúpido de *Carnicero* por el de *Angélico*, en parte también como tributo a una de las muchachas más lindas que he conocido, y haciendo justicia al verdadero temperamento de aquel excelente animal.

Después de «cuadra» me enviaron a recoger el resto de mi equipo, y así me vi provisto de carabina, silla de montar, cinturón para el sable, cartuchera y toda suerte de correas y arreos. Observé que mi silla era de fabricación inglesa, con el arzón trasero muy alto y recto, detrás del cual iba enrollada,

en forma de cilindro, la manta azul con el emblema del regimiento en cada uno de sus extremos.

También vi que la brida era de modelo inglés, no del noveno de lanceros, sino con freno y bridón, de tal forma que la cabezada del freno quedaba sobre el caballo cuando se retiraban las correas.

Eran las diez cuando recibí el total de mi equipo y el de mi caballo y por consiguiente había llegado ya la hora de almorzar. Nuestros trompetas tocaron «*soupe*» y todo quedó en el punto y lugar en que estaba.

Todos echaron a correr para dejar lo que tuvieran en sus manos a fin de unirse cuanto antes a la multitud que acudía a la cocina del regimiento, saliendo luego por otra puerta; al salir, cada hombre llevaba una *gamelle* (escudilla de hojalata) de *soupe* y una rebanada de pan. Después de lavarme las manos sin jabón, en el abrevadero, seguí a los demás. Ya en posesión de mi escudilla, me dirigí al dormitorio, la puse sobre la cama, me senté a horcajadas sobre ésta y empecé a comer.

No me pareció la comida del todo mala, y por otra parte estaba muy hambriento, a pesar de mis náuseas anteriores, para andarme con remilgos.

Una vez terminada la comida, el ordenanza del *Caporal d'Ordinaire* recogió las escudillas y las devolvió a la cocina.

Mi deseo inmediato fue, entonces, el de un buen lavatorio con agua fría y caliente y un barbero. Era el primer día de mi vida que me encontraba a las once de la mañana sin haberme lavado ni peinado, eso sin hablar de que tampoco me había bañado. En aquel momento deseaba poder afeitarme tanto como mi salvación eterna.

—¿Dónde está el lavabo, Dufour? —pregunté mientras éste escondía el pan sobrante detrás de su *paquetage*.

—Al lado del almacén de forraje —me contestó—, pero lo usan como depósito de granos. Hay un antiguo sargento en el hospital que se acuerda aún del día, anterior a la guerra franco-prusiana, en que ese local se usaba como lavabo, mas a partir de entonces nadie ha visto en él otra cosa que sacos de grano.

—¿De modo que no es obligatorio lavarse? —pregunté.

—Sí, señor. En verano todos tenemos que ir una vez cada quince días a las piscinas de natación.

—¿Y no se baña la gente voluntariamente?

—¡Oh, sí! —contestó Dufour—. Los que entran de guardia o cuando hay una formación se lavan la cara, y hasta hay quien se lava las manos y el cuello los domingos o cuando

ha de salir con la novia. No vaya usted a figurarse que somos sucios.

—Ya veo que no — contesté —. Y eso, ¿dónde puede hacerse?

—¡Oh, debajo de la bomba, tantas veces como usted quiera! — contestó.

Y, según vi, esto era la pura verdad, porque a nadie se le impedía lavarse utilizando el chorro de la bomba si lo deseaba.

A las doce, el cabo Lepage me ordenó presentarme a la inspección médica, porque tenía que vacunarme.

Después de esta operación, cuyo resultado benéfico para mi salud era dudoso, en razón de la probabilidad de contraer el tétanos u otra enfermedad grave además de la inmunidad con respecto a la viruela, volví a mi hogar ideal para habérmelas con el caos de equipo que adornaba la cabecera de mi cama. Y con ayuda de Dufour lo había reducido al orden y todo estaba limpio a las tres de la tarde, o sea cuando se oyó de nuevo la orden de «cuadra».

Después de «cuadra» nos formamos en círculos solemnes en torno de nuestros *Caporaux-Fourriers* para enterarnos de la orden del día, que se leía en voz alta mientras los sargentos mayores de escuadrón vigilaban a todo el mundo con profundo recelo y segura convicción de que estaba sumido en el pecado.

Según lo que pude entender, la orden de aquel día consistía en una lista de castigos aplicados a todos (y en virtud de todas las faltas militares concebidas e inconcebibles), incluyendo a los mismos oficiales, cosa que me sorprendió mucho.

Según me parece recordar, la lista decía así:

»*Chef d'Escadron* de Montreson, quince días de *arrêt de rigueur* por embriaguez y escándalo en la ciudad durante la noche pasada.

»*Capitaine Instructeur* Robert, ocho días de *arrêt simple* por haber prolongado su permiso de salida y por volver con el uniforme sucio.

»*Adjudant Petit*, cuatro días de arresto en su habitación, por haber permitido que ésta se hallara sucia.

»Soldado Leduc, ocho días de *salle de police* por haber mirado con resentimiento al castigársele a cuatro días de *salle de police*.

»Soldado Blanch, ocho días de *salle de police* por tener en su poder un periódico y leerlo en los *quartiers*.

»Soldado Delamer, treinta días extra de *salle de police*, impuestos por el coronel, por haber recibido otros dieciséis

días extra de *salle de police* de su capitán, quien se los aplicó por haberle castigado con otros cuatro días extra de *salle de police* el sargento Blüm, que le sorprendió durmiendo en la cuadra, cuando debía estar durmiendo en la *salle de police*.

»Soldado Mangeur, ocho días de arresto en el cuartel por haber sonreído cuando se le castigó a cuatro días de prevención en el cuerpo de guardia.»

Y así sucesivamente.

Cuando se hubo terminado la alegre formación quedé libre y, después de lavarme y embellecerme, pasé ante el sargento de guardia llevando mi uniforme completo, y fui en busca de mi posada, para cenar y poder estar tranquilo y solo.

CAPÍTULO V

BECQUE Y RAÚL D'AURAY DE REDON

1

Rápidamente me adapté a la rutina de mi nueva vida y no pasó mucho tiempo sin experimentar la sensación de que no había conocido otra.

A veces llegaba casi a estar desesperado, pero no tanto como me habría ocurrido en el caso de no tener mi habitación particular en el hotel y de no haber trabajado casi siempre con otros *volontaires* en una clase especial, eso además de la seguridad en un mundo de incertidumbre de que el año tan sólo tiene doce meses.

De las seis treinta a las ocho, nosotros, los *volontaires*, asistíamos a la «academia». De las ocho a las diez hacíamos la instrucción a pie; de diez a once almorzábamos; de once a doce volvíamos a la escuela; de doce a una hacíamos gimnasia; de una a dos, *voltige* (igual que si tuviéramos que exhibirnos en un circo como jinetes de alta escuela); de dos y media a cinco, otra vez «academia»; de cinco a seis, cena; de seis a ocho, instrucción a caballo... y después de esto, limpieza del equipo.

Pasó algún tiempo antes de que la vida empezara a parecerme monótona, y pocos días después de ocurrirme eso traté de endulzar mi tedio con el deseo de matar a un hombre, deliberadamente, a sangre fría y con el acero en la mano. Tal vez con estas palabras dé la impresión de que entonces era un joven sanguinario y asesino por temperamento, pero aun-

que así fuera, puedo asegurar que en aquellos días me asistía toda la razón para obrar de tal suerte.

Y la causa fue la siguiente:

Una noche, mientras me desnudaba para acostarme, se me acercó Dufour preguntándome si al día siguiente me gustaría pasar la velada de un modo muy interesante.

Al preguntarle, resultó que un soldado llamado Becque lo había abordado unos días antes invitándole a pasar una velada divertida, con él y con otros buenos muchachos.

Habiendo aceptado la invitación, Dufour pudo observar que Becque y los buenos muchachos constituían una especie de club o sociedad que se reunían en una sala situada encima de una taberna en la *rue de Salm*.

Becque parecía tener mucho dinero y también muchas ideas de un género interesante y curioso a la vez. Gradualmente, el intrigado Dufour se dio cuenta de que Becque era «un agente», un mensajero, un propagandista y un agitador.

Al parecer, su objeto era «agitar» al regimiento, y su mensaje era que la Ley y el Orden habían sido inventados por los bribones para esclavizar a los tontos.

Según comprendí, Dufour había representado el papel de campesino tonto, en lo que le ayudaba su aspecto, y adquirió todos los conocimientos y todo el vino que le fue posible; y contestó a la elocuencia de Becque tan sólo con profundas miradas, más profundos movimientos de cabeza y eructos mucho más profundos todavía a medida que avanzaba la velada; se desataron las lenguas y, a través de un resplandor vinoso, Becque se apareció a sus compañeros como el noble amigo de los pobres soldados que aseguraba ser.

Guiado por un amor laudable hacia la profunda filosofía política, y también por el deseo de beber en abundancia, Dufour asistió a la reunión siguiente de aquella noble hermandad y en él causó tanta influencia el encanto de la elocuencia de Becque que, de pronto, se levantó para abrazarle con el mayor cariño, aunque en seguida se cayó borracho perdido sobre un banco. Y a partir de aquel momento escuchó con toda su alma.

Después de su tercera o cuarta visita, preguntó al «buen» Becque si podía ingresar formalmente en la sociedad y, al mismo tiempo, presentar a un amigo, por quien podría responder, que se enteraría con el mayor interés de los altruistas sentimientos de Becque. ¿Querría ir yo?

Sí, no tenía inconveniente, aunque temía que si Becque se enteraba de que yo era un *volontaire* sería muy difícil persuadirle de que en mí había pasta de anarquista. No obstante,

podía probarlo y, según me aseguraba Dufour, aun en el caso de que fracasara, por mi cuenta podría apelar a la línea de conducta que me pareciese más apropiada.

A la tarde siguiente, después de ponerme el uniforme de que me hiciera donación el *Sergent-Fourrier* cuando ingresé en la milicia, acompañado de Dufour me dirigí a la cita. Becque no me conocía ni yo a él y recibí una cordial acogida. Al fijarme en aquel hombre comprendí que tenía alguna inteligencia, aunque tan sólo había recibido cierta educación. Su semblante era el de un malvado y fanático y poseía una constitución vigorosa y muscular.

Por mi parte fingí ser un soldado bobo y desprovisto de sentido común y me fijé muy bien en Becque y en su cuadrilla. Ésta se componía de hombres de tres categorías, según me pareció: la hez de los descontentos del regimiento, es decir, hombres que habían sufrido agravios reales o imaginarios y que no se sentían con ánimos para perdonarlos; en segundo lugar, hombres que en su vida privada eran «políticos» violentos y peligrosos y, por fin, los que irían a cualquier parte, estarían conformes con cualquier cosa y aplaudirían a cualquiera a cambio de una botella de vino.

Las palabras de Becque me interesaron mucho. Sin duda alguna era un monomaniaco impulsado por el odio, es decir, por el odio a Francia; odiaba a quienes tenían algo que él no poseyera, odiaba el orden, la disciplina y el gobierno, y odiaba a todos y a cada uno de los que no le concedieran su aprobación. Lo calificué como uno de aquellos lunáticos cuerdos afligidos por la manía de la destrucción; como egoísta enfermo, perro traidor y loco peligroso. Era, no obstante, hombre listo, elocuente, que poseía una vigorosa personalidad. En una palabra, un verdadero *agent-provocateur*.

Después de un rato dedicado a la ruidosa reunión de camaradas en el bar de aquel tabernucho, una parte de los concurrentes se dirigió a la habitación del piso superior, se cerró la puerta y se dio comienzo al objeto de la reunión. Al parecer, Dufour no había prestado aún su juramento de iniciado y, por consiguiente, él y yo tuvimos que cumplir con esta ceremonia. Se nos dio a elegir entre marcharnos inmediatamente o jurar sobre la Biblia, con terrible solemnidad, que nunca divulgaríamos el secreto de la sociedad y que no daríamos cuenta a nadie de su objeto ni de sus deberes.

La penalidad señalada al infractor de este juramento era la muerte inevitable.

Juramos, pues, y nos dispusimos a soportar una arenga de Becque acerca de los Derechos del Hombre, aunque siempre

refiriéndose, *bien entendu*, al hombre sin afeitar, sin educación, mal patriota e indigno.

Pasando de lo general a lo particular, Becque insistió con la mayor elocuencia contra todas las formas y manifestaciones de militarismo y nuestra estupidez al someternos a sus prácticas conduciéndonos como soldados disciplinados. Lo que debíamos hacer era demostrar nuestras ideas, ser insubordinados, perezosos, sucios, torpes y, como principio, rebeldes y pasivos.

Cuando hubiésemos difundido sus puntos de vista por todo el regimiento y cada uno de sus hombres hubiera escrito a otro soldado de otro regimiento rogando que él, a su vez, escribiese igual carta a otros de distintos regimientos, estaría ya a la vista el día en que se manifestara la rebeldía pasiva.

¿Qué eran un puñado de miserables oficiales y más miserables clases para oponerse a la voluntad de ochocientos hombres unidos y resueltos? Después de oír tales palabras, obrando como discípulo ignorante pero curioso, le dirigí humildemente la siguiente pregunta:

—¿Y qué será de Francia cuando su ejército se haya desbandado? ¿Qué me dices de Alemania?

La respuesta dio a entender su honorabilidad y la opinión que tenía de nuestra inteligencia.

—El ejército alemán hará igual que nosotros, amigo mío — contestó Becque —. Nuestros hermanos alemanes se unirán a nosotros. Lo mismo harán los italianos, los austríacos y los rusos, y así formaremos la Gran República del Proletariado Libre de Europa. Todos seremos dueños de todo y nadie oprimirá a nadie. No habrá ricos, ni pobres, ni policía, ni cárceles, ni leyes...

—Y tampoco trabajo — dijo un borracho entre dos eructos, pues tan magníficas promesas le arrancaron de los brazos de Morfeo.

Al disolverse la reunión cogí por mi cuenta al buen Becque y con acento misterioso y la mayor vehemencia le rogué que a la noche siguiente, a las ocho y cuarto, nos encontrásemos a solas junto al Hotel Coq d'Or. Le aseguré que de esta cita resultarían grandes cosas y él me prometió acudir. Logrado ya tal resultado, tomé mi sable, y arrastrando mis poderosas botas y mi crujiente uniforme me alejé de su maldita presencia, pues temía sucumbir a la tentación de agarrarle por el cuello y darle muerte.

A las ocho y cuarto de la noche del día siguiente estaba esperando a Becque ante mi hotel y en cuanto llegó le conduje, con gran extrañeza por su parte, a mi habitación particular.

—De modo que tú eres un *volontaire*, ¿no es verdad? — empezó diciendo —. Sin duda eres un espía... o...

—¿O qué? — pregunté.

Entonces hizo un movimiento que me pareció un signo secreto.

Con mi mano izquierda me froté el codo derecho, las dos rodillas, la parte superior de mi cabeza, el cogote y la punta de la nariz.

Becque me miró muy enojado.

Arquee las cejas en señal de interrogación y con la mano derecha me golpeé dos veces la espinilla izquierda, el corazón, el estómago y el asiento de mis pantalones. Con esto le demostré que también sabía hacer signos secretos. Luego llamé para pedir una botella de vino a fin de corresponder a su hospitalidad de la noche anterior... antes de habérmelas con él.

Cuando se retiró el mozo, me puse serio y empecé a tratar del asunto sin demora alguna.

—¿Eres francés? — le pregunté.

—Supongo que lo soy — replicó Becque —. Mi madre era alsaciana y mi padre parisiense. ¡Maldito sea...! Sí, soy francés.

—Bien — dije —. ¿Te han condenado o encarcelado alguna vez, justa o injustamente, o, de un modo u otro, has sido castigado por el Estado?

—¿Yo...? ¿En la cárcel...? ¿Qué quieres decir...? Si se exceptúa que todos nosotros estamos castigados por el Estado... La verdad es que no debería haber ningún Estado, ¿no es así?

—Y ahora dime: ¿profesas de todo corazón tus teorías de revolución, anarquía, asesinato, motín y la destrucción de Francia y de la República? — pregunté.

—Con todo mi corazón y con toda mi alma — contestó Becque, añadiendo —: ¿Qué te propones? ¿Estás haciendo el tonto, eres de la Tercera Central, o...?

—No te preocupes — le contesté —. ¿Estás dispuesto a morir por tu fe? Esto es lo que deseo saber.

—Sí — contestó.

—Pues morirás — le dije, levantándome al mismo tiempo para darle a entender que había terminado la entrevista.

Y abriendo la puerta hice seña para que saliera aquel tipo.

3

Como ya sabrá el lector, en aquella época el duelo no tan sólo era permitido, sino que, en determinadas ocasiones y en el Ejército francés, obligatorio tanto para los oficiales como para los soldados.

Se consideraba, con razón o sin ella, que la convicción de que una conducta insultante podía exponer a un duelo debía tender a impedir tal conducta y asegurar un comportamiento correcto entre las personas de un mismo rango.

(Por desgracia no se permitía a nadie batirse con una persona de rango superior al suyo propio. De no haber sido así, es seguro que entre los sargentos habría habido una mortandad extraordinaria.)

No sé si puede atribuirse al resultado o si es la causa de este sistema duelístico, pero el caso es que el uso de los puños es considerado en la caballería francesa como vulgar, bajo y propio de un rufián. En ninguna circunstancia dos soldados irían a zanjar sus diferencias detrás de la Escuela de Equitación, según el excelente sistema anglosajón. Si luchaban habían de hacerlo con espadas, con jueces de campo, con padrinos y cirujanos presentes y, en una palabra, con todos los requisitos debidos.

Así, pues, con un poco de cuidado por mi parte, pronto tendría al amigo Becque en donde me convenía; le daría un susto mayúsculo y tal vez le obligaría a dejar por algún tiempo su oficio de agitador.

Confíé a Dufour lo que me proponía y a la tarde siguiente, en vez de ir a cenar a mi hotel, salí en busca del bribón.

No me convenía encontrármelo en la cantina, en el patio ni en la calle. Necesitaba hallarlo donde el ojo de la autoridad pudiera impedir rápidamente cualquier impensado *fracas*.

Dufour lo descubrió haciendo una *corvée* de basurero en la Escuela de Equitación, bajo la vigilancia del sargento Blüm. La ocasión era excelente.

Cuando el grupo de soldados fue despedido por el sargento, Dufour y yo echamos a andar y pasamos cada uno por un lado de Becque, que llevaba una escoba. Inclinándose ligeramente, Dufour le empujó contra mí y yo le di tal impulso que cayó al suelo con las manos y los pies extendidos.

Se levantó de un salto y se arrojó contra mí amenazán-

dome con la sucia escoba como si fuese una bayoneta. Yo la sujeté con una mano y con la otra abofeteé el rostro del amigo Becque como otro miembro cualquiera de la familia de las serpientes, él escupió y luego, ya irritado, le di un tremendo puñetazo.

En el instante mismo en que caía de cabeza, el sargento Blüm salió de la Escuela de Equitación, atraído por los gritos de los compañeros de Becque y también de Dufour que, en verdad, había gritado con la fuerza de seis hombres.

—¿Qué es eso? — rugió —. ¿Sois pilluelos de la calle que se pelean junto a las cloacas, o soldados de Francia? Ocho días de *salle de police* para cada uno. ¿Quién ha empezado? ¿Qué ha ocurrido?

El excelente Dufour dio una versión completamente falsa del asunto y el sargento Blüm tomó nota. El soldado Becque había escupido en público sobre el *volontaire* De Beaujolais, quien, a su vez, lo derribó.

La orden del día siguiente, leída a la tropa por los *caporaux-fourriers*, contenía un párrafo, por orden del coronel, que decía:

«Los soldados Becque y De Beaujolais se batirán el lunes por la mañana, a las diez, con sable de caballería, en la Escuela de Equitación, en presencia del mayor de semana, del capitán de semana y de los segundos capitanes de sus respectivos escuadrones, de los médicos mayores Philippe y Patti-Reville y del profesor de esgrima, de acuerdo con el artículo 869 del Reglamento del Ejército, que dice: *Si un soldado ha sido gravemente insultado por uno de sus camaradas y el insulto ha tenido lugar en público, no ha de vacilar en pedir una reparación por medio del duelo. Debe dirigir la petición a su capitán, que la transmitirá al coronel. Pero no debe olvidarse que un buen soldado ha de evitar las peleas.* El duelista que salga victorioso será condenado a quince días de calabozo y el vencido a treinta días.»

4

Al entrar en la Escuela de Equitación en compañía de Dufour, el lunes por la mañana, me complació en extremo el ver que el sargento Blüm ocupaba el lugar del profesor de esgrima, enfermo en el hospital.

Este pormenor me convenía doblemente, porque mi cometido era mucho más fácil, y además el sargento Blüm se veía en una situación desagradable y arriesgada. En efecto, el profesor de esgrima, al ejercer de juez de campo, debía estar cerca

de los combatientes con una vaina de acero en la mano para impedir que se mataran uno a otro o que se hiriesen de gravedad.

De no hacerlo así, recibía un severo castigo y es preciso tener en cuenta que el escandaloso y fanfarrón Blüm no era *maitre d'armes*.

Según estaba mandado, los dos llevábamos el traje de faena y teníamos la libertad de calzarnos según mejor nos pareciera. Por esta razón me metí los pantalones de tela dentro de los calcetines y me puse un par de zapatillas de gimnasia.

Examinando con el mayor cuidado a Becque, llegué a la conclusión de que daría pruebas del feroz y desesperado valor de una rata acorralada y que si había dedicado tanta atención a la esgrima como a la cultura física y a la sedición anarquista, combatiría con la mayor eficacia. Me pregunté si sería buen esgrimidor y si tendría la costumbre, como yo mismo y otros muchos soldados, de completar voluntariamente la asistencia obligatoria a la Escuela de Esgrima aprendiendo a manejar el florete y el sable.

Cuando estuvieron presentes los oficiales y los espectadores autorizados en semejantes casos, recibimos la orden de desnudarnos de cintura arriba, nos dieron unos pesados sables de caballería y el sargento Blüm nos puso frente a frente, no sin recordarnos el imperativo deber de interrumpir el duelo en cuanto él gritase: «Alto».

Luego Blüm dio la orden de: «En guardia» y puso su vaina de acero debajo de nuestros sables cruzados. Durante todo el combate debía empuñarla para parar cualquier estocada dirigida a la cabeza o para desviar un golpe peligroso. (Y a pesar de todo llamaban *duelo* a esto.)

Lo que más temía yo era que aquel imbécil nos impidiera dar algún golpe bueno y que todo se limitase a que yo infiriese un arañazo a Becque o éste a mí. Ello sería bastante para dar por terminado el duelo en el acto, porque aquellos combates eran a primera sangre... y mi objeto era incapacitar a Becque y asustar y castigar a la vez a un enemigo traidor y viperino de mi amada Patria.

Clavé mis ojos en los vacilantes de Becque. Blüm dio la orden de «Adelante». Inmediatamente mi contrario se arrojó contra mí, haciéndome objeto de un ataque violentísimo y demostrando ser un combatiente muy bueno y decidido.

Me dediqué a parar sus golpes para defender mi vida y le dejé que se cansara el brazo y fatigase sus pulmones. Blüm me molestaba casi tanto como Becque, porque saltaba a nuestro alrededor gritando sin cesar queuviésemos cuidado y

golpeando nuestras dos espadas. Eso me hizo reír a la vez que me encolerizó, y él se puso furioso, porque no era asunto de risa.

—¡Alto! — gritó de pronto.

Yo di un salto hacia atrás en tanto que Becque me asataba un golpe a la cabeza después de haberse dado la orden.

—¡Tú, Becque! — gritó el sargento —. Ten más cuidado, ¿oyes? ¿Te figuras acaso estar sacudiendo alfombras en vez de batiéndote?

Becque estaba pálido y resoplaba como una marsopa. Hasta entonces no había hecho una sola finta, sino que se limitó a combatir con tremenda velocidad, fuerza y ortodoxia. Era un tirador fuerte y vulgar, no un esgrimador hábil.

Con tal de que ninguno de nosotros rozase el brazo del otro ni la sangre corriese prematuramente, podría llevar a Becque a la situación que me había propuesto, a no ser que me lo impidiese el imbécil de Blüm. Aquello era como pelear con dos hombres a la vez.

—¡En guardia! — gritó Blüm —. ¡Adelante!

Becque, instantáneamente, me atacó con un *coup de flanc* y cuando yo paraba dirigió una estocada a mi cabeza. Peleaba con más rapidez que en el primer asalto, pero con menos violencia y ferocidad. Era evidente que se fatigaba y que ya llegaba mi oportunidad. Habría podido tocarle una docena de veces, pero no era éste mi objeto. Un momento después tuve una tentación muy grande, cuando no me alcanzó la cabeza y por un instante se quedó al descubierto, pero la maldita vaina de Blüm se interpuso entre ambos en un segundo.

Becque respiraba con la mayor agitación y comprendí que había llegado mi vez de atacar... ¡Ahora...! De pronto Becque saltó hacia atrás y clavó en el suelo la punta de su sable. Aunque era por completo innecesario, Blüm golpeó el mío para inclinarlo al suelo y se interpuso entre ambos.

—¿Qué te pasa? — preguntó el mayor de Montreson.

—Estoy satisfecho — jadeó Becque.

Aquello era un ardid para descansar un momento.

—Pues yo no lo estoy — contestó el mayor frunciendo el ceño —. ¿Y tú? — preguntó señalándome.

—Es un duelo a primera sangre, mi mayor — contesté —. Y ninguno de nosotros está herido todavía.

—Eso es — replicó el mayor —. El duelo continuará inmediatamente, y si tú, Becque, retrocedes de ese modo, pronto tendrás que pelear con la espalda contra la pared.

—¡En guardia! — gritó el sargento Blüm. Y de nuevo izamos los sables —. ¡Adelante!

Becque inició otro asalto violentísimo y yo me entretuve en parar sus golpes hasta que me pareció que su brazo volvía a estar cansado; luego hice una finta contra su cabeza. Levantó el sable y Blüm hizo lo mismo con su vaina; pero con rapidez convertí mi finta en una estocada más baja, que atravesó el pecho de Becque por entre las costillas de la derecha.

Francia, mi hermosa Francia, mi segunda madre, ya tenía un enemigo menos por espacio de algún tiempo.

—Volveré a prestarte el mismo servicio cuando salgas del hospital, amigo Becque —dije, mientras él retrocedía tambaleándose.

5

Hubo un escándalo tremendo que terminó en un *conseil de discipline*, en el cual figuré como acusado, en tanto que Becque estaba en la enfermería. Pero como todo ocurrió de acuerdo con las órdenes vigentes y no se cometió la más pequeña infracción (a excepción, tal vez, de que los duelistas se batieron de verdad), no me condenaron, según me profetizaran alegremente mis camaradas, a tres años de castigo en las *Compagnies de discipline* en Argelia. Tan sólo me metieron quince días en el calabozo para enseñarme a no combatir de verdad en otro duelo; pero lo que más agradable me resultó fue que al sargento Blüm le castigaron con la retrogradación, es decir, que disminuyó de empleo.

Me vi obligado a adoptar las mayores precauciones cuando me hallaba en presencia del cabo Blüm, hasta que, como resultado de haber obtenido el segundo lugar en los exámenes de abril (en equitación, ejercicio, topografía, *voltige*, hipología y gimnasia) de los *volontaires*, me nombraron cabo.

Después de este ascenso la vida fue un poco menos complicada y aún mejoró cuando me puse a la cabeza de la lista de los voluntarios en los exámenes de octubre, porque entonces me ascendieron a sargento.

6

Después de pasar unas cuantas semanas entre la vida y la muerte, Becque empezó a restablecerse y el médico mayor Patti-Reville lo declaró fuera de peligro.

El mismo día recibí una orden, por medio del sargento De Poncey, para presentarme ante el oficial más joven de

nuestro escuadrón, el *sous-lieutenant* Raúl d'Auray de Redon, en su oficina, después de «cuadra».

—¿Y qué diablos significa eso, sargento? — pregunté.

—No sé más que tú mismo — contestó —, pero me consta que el subteniente D'Auray de Redon es uno de los más perfectos caballeros que Dios ha hecho. Con frecuencia me ha salvado del suicidio tan sólo gracias a una palabra bondadosa y a su espléndida sonrisa. ¡Ojalá todos los oficiales fueran como él!

A mí también me había llamado la atención aquel joven oficial y sorprendido su belleza. No quiero decir con eso que fuese guapo ni relamido, pero era un hombre hermoso. La belleza procedía de su interior e iluminaba un rostro perfectamente formado. En él se advertía la verdad, la fuerza, el valor y el cariño, que ardían como una llama dentro de la magnífica lámpara de su cuerpo. Irradiaba amistad, bondad, altruismo y, sin embargo, era el más rígido observador de la disciplina en el regimiento y precisamente por el hecho de que no necesitaba observarla, porque se atenía a ella de un modo instintivo y en todo lo que le importase. Y a pesar de la cariñosa bondad de su corazón era realmente un hombre fuerte, un león por su fuerza y su valentía. Tenía el noble impulso de los franceses y la fría y vigorosa decisión, así como la tenacidad, de los anglosajones.

Después de lavarme y una vez Dufour me hubo ayudado a vestir, me encaminé hacia el despacho del subteniente D'Auray de Redon.

Lo encontré sentado a una mesa y levantó los ojos dirigiéndome una mirada larga de aprobación en tanto que yo saludaba y me quedaba cuadrado.

—¿Me ha hecho usted llamar, *mon lieutenant*? — murmuré.

—En efecto — replicó De Redon, en tanto que sonreían sus brillantes ojos pardos a pesar de que su bello rostro continuaba serio.

—¿Por qué quisiste pelearte con ese Becque? — me preguntó de repente.

Me quedé sin saber qué contestar.

—El caso es, *mon lieutenant* — tartamudeé —, que lleva las uñas muy sucias.

—Es probable — observó De Redon —. Muy probable. De modo, pues, que vas a emprender una cruzada en los Húsares Azules en favor de las uñas limpias, y estás dispuesto a desafiar a todos los que no se adhieran a tan excelentes principios.

—No, *mon lieutenant* — admití.

—Pues entonces, ¿por qué te has metido con Becque y lo has escogido entre varios centenares de hombres que hacen lo mismo que él? — continuó preguntando De Redon.

—¡Oh! Es un individuo que come ajos..., además, a veces tiene una mirada muy desagradable. Luego da unos tirones crueles al bocado de su pobre caballo..., su madre era alemana..., se limpia las narices con el dorso de la mano... y cuando sonríe lo hace de un lado solamente, dejando al descubierto unos colmillos amarillentos y propios de un perro, *mon lieutenant* — contesté.

—¡Caramba! Me gustan todos estos pormenores que me proporcionas — observó el oficial con seco tono —. Ahora te daré otros, aun no siendo tan interesantes, que ya los conoces... Ese Becque, además de que come ajos, de sus miradas, de su sonrisa, de su madre alemana, de su sistema de limpiarse la nariz y de sus colmillos de perro, es un bribón sedicioso y un corruptor de soldados imbéciles. Tú has asistido a sus reuniones, has prestado el juramento de guardar secreto y fidelidad a su sociedad y luego te encerraste con él en una habitación particular que tienes en un hotel que podría nombrarte.

Me quedé mirando a De Redon presa del mayor asombro y dije lo que en ocasiones es lo mejor que se puede decir: nada.

—Ahora — continuó mi interlocutor — espero que contestarás sin tantos reparos a mis preguntas. ¿Para qué desafiaste a Becque después de haber ingresado en su pequeña sociedad a fin de fraguar una insubordinación en el regimiento y lograr la destrucción del Estado y la ruina de Francia?

—Por las causas que ya he mencionado, *mon officier*, y también porque me pareció mejor que descansara — repliqué —. Mi idea era la de amenazarle con un duelo por cada una de las reuniones que celebrase.

—¿Esto te proponías? — preguntó De Redon sonriendo —. Ahora deseo que me digas con la mayor exactitud lo que ocurrió en aquellas reuniones, lo que se dijo en ellas y los nombres de los soldados allí presentes.

—No puedo hacer eso, señor — contesté —. Según a usted le consta, al parecer, presté el juramento solemne de no revelar nada a nadie.

El subteniente Raúl d'Auray de Redon abandonó su silla y se puso en pie para acercarse a mí. ¿Acaso él, caballero, me pediría con amenazas que yo quebrantase mi palabra,

aunque hubiese sido dada a un pillo de siete suelas como ese Becque?

—No hay necesidad de que sigas cuadrado, Enrique de Beaujolais — dijo —. Y estrecha mi mano, que es la de un hermano del Servicio. Sí, ya te conozco, amigo. Te conozco por medio de De Lannec, aunque ignoro si tu tío se ha enterado de este hecho.

Tomé la mano que me ofrecía y con palabras balbucientes di las gracias por el honor que me otorgaba mi superior.

—No digas tonterías, querido amigo. Estoy seguro de que tú no tardarás en ser mi superior y eso sin que pase mucho tiempo. Y añadiré que admiro tu valor al empezar ingresando en filas para venir hacia *nosotros*... ¿Cuándo irás al África? Yo salgo el mes próximo... Espahís..., hasta que me perfeccione en los lenguajes y en los disfraces. ¿No te parece un honor muy grande el ser uno de los hombres elegidos por tu tío...? Y ahora volvamos a ese Becque. No tendrás necesidad de perseguirle más. Me he entretenido en practicar un poco de servicio secreto a guisa de experimento. Es mucho más fácil aquí, en Francia, de lo que será en África. En fin, estamos muy bien enterados acerca de Becque y en cuanto salga del hospital irá a un lugar en donde por espacio de dos o tres años nada distraerá su gran mente de los magníficos pensamientos que alberga. Tal vez sea un perro rabioso como dices, pero me parece que los jefes de este perro rabioso tienen la cordura necesaria.

—¿De modo que alguien le ha denunciado ya? — pregunté.

—No, mi querido De Beaujolais, todavía no. Pero alguien va a hacerlo pronto. Alguien que asistió a su última reunión y que estaba demasiado borracho para pronunciar juramento alguno. Y estaba tan borracho, que tan sólo fue capaz de reírse estúpidamente cuando le invitaron a jurar.

—¿Usted? — pregunté.

—Sí, yo — contestó el subteniente D'Auray de Redon —. «Y tampoco trabajo.» Ya recordarás que estas palabras fueron mi valiosa contribución a las grandes ideas que se expusieron aquella noche.

Tal fue mi primera entrevista con aquel hombre famoso y espléndido, a quien llegué a querer como pocas veces se quiere a un hermano. Y a su debido tiempo daré cuenta de mi último encuentro con él.

En su carta, De Lannec me informó que mi tío se había enterado del duelo, que ello pareció divertirle, y que no estaba disgustado conmigo por tal causa.

¡Pobre De Lannec! Escribía que le parecía como si se hubiese muerto su alma, y que su vida no era otra cosa que polvo y ceniza y un motivo de llanto y dolor; un desierto de pesar y de desesperación, en el cual no había ningún oasis de alegría o de esperanza.

Y así escribía por haber perdido a su adorada Verónica Vaux... Ésta había transferido su afecto a un coronel de cazadores de África, y se marchó con él a Fez.

CAPÍTULO VI

ÁFRICA

1

Al terminar mi año de voluntario, mi tío me expresó su satisfacción, aunque no sin cierto ceño, y me mandó inmediatamente a la Escuela Militar de Saumur, en donde alcanzan el grado de oficial los sargentos escogidos de caballería, de buena familia y de superior educación.

Nada de particular me ocurrió allí y me alegré, hasta que funcionó el telégrafo y recibí instrucciones de dirigirme a ocupar mi empleo en Argelia y presentarme al *Quartier des Spahis* en Sidi-bel-Abbès.

Nunca olvidaré el momento en que, por primera vez, contemplé mi nueva morada, porque se grabó de un modo indeleble en mi memoria.

Me quedé ante las grandes puertas del camino que separa los cuarteles de los espahís de los de la Legión Extranjera, y pensé en el día, tan cercano aún, en que todavía vestido de paisano me detuve ante las puertas del cuartel de los Húsares Azules en Saint-Denis.

Ante la garita pintada con fajas de color rojo, blanco y azul, vi a un gigante moreno y barbudo que llevaba un enorme turbante rojo por encima de la tela blanquísima de la *kafiya* que rodeaba su cara; le cubría el cuerpo una chaqueta de zuavo llena de medallas que dejaba al descubierto un

chaleco de alegre color y un cinto ancho y rojo; en cuanto a sus pantalones, eran enormes y casi parecidos a una falda con la que ocultara sus grandes botas de caballería provistas de espuelas. A la izquierda de su cintura pendía un tremendo y corvo sable de caballería y en la mano derecha llevaba una carabina.

«¿De modo que tendré que conducir, en las cargas de caballería, a unos guerreros como ése?», pensé, y a la vez me preguntaba si los habría parecidos en el resto del mundo.

Me saludó con impecable precisión y elegancia, sin adivinar probablemente cuánto me emocioné al devolver el primer saludo recibido de un hombre de mi propio regimiento.

En pie y junto a la abierta ventana de la *Salle de Rapport*, en las oficinas del regimiento y cerca de la puerta, divisé una elegantísima figura masculina, perteneciente a un oficial que vestía una guerrera blanca recamada de oro (que seguramente ocultaba un corsé) y que se adaptaba perfectamente a sus anchos hombros y a su estrecha cintura del mismo modo que el papel se adapta al muro.

Por debajo de un *tarbush* rojo oscuro sonreía uno de los rostros más hermosos que he visto jamás. Tan encantadora era la sonrisa y tan bella la figura de aquel hombre, que no podía ser otro que Raúl d'Auray de Redon, que estaba allí desde dos años antes de mi llegada.

Ahora sé que un hombre puede llegar a querer a otro con el cariño que, según se describe, existió entre David y Jonatán... No creo en el amor a primera vista; pero la atracción extraordinaria y la fuerte simpatía que experimentamos al conocernos D'Auray y yo puede decirse que en este caso se convirtió en cariño a segunda vista. Y aún hoy no puedo mirar el retrato de D'Auray de Redon, retrato de aquellos tiempos, sin experimentar una sensación dulce y amarga a un tiempo y sin elevar al cielo, casi inconsciente, una oración.

Junto al cuerpo de guardia había un grupo que me parece ver ahora, un *sous-officier* estatuario con la guerrera de un blanco inmaculado como sus pantalones, y zapatos y un *tarbush* (mal llamado fez): el ayudante Lescault; un sargento mayor, ya de alguna edad, que llevaba una chaqueta de color escarlata, calzones blancos de montar con doble galón negro a los lados y un quepis rojo con una faja de oro; un sargento árabe vestido como el centinela, a excepción de sus galones; y la guardia que me parecía ser una mezcla de árabes y franceses, porque algunos de ellos tenían el cabello tan rubio como yo mismo.

Más allá de este grupo se hallaba un teniente ocupado en

examinar un caballo que un mozo árabe tenía de la brida y no tuve más remedio que contemplar a aquel oficial, porque por debajo de la guerrera roja llevaba los colosales pantalones de los espahís, de color blanco y tan grandes como si fuesen una falda; se los había recogido en el tobillo para dejar al descubierto un par de zapatos muy puntiagudos. En la cabeza llevaba un quepis ladeado, de color escarlata y oro.

Aquéllos eran, pues, mis futuros hermanos de armas.

Miré más allá de ellos, hacia el jardín oriental con sus doseles de follaje entre las puertas y las distintas cuadras adornadas con una columnata y que albergaban los magníficos caballos grises, de raza árabe, pertenecientes al regimiento; y con la sensación de que me sería posible abrazar a todos aquellos hombres, eché a andar y entré en el cuartel.

2

Sin embargo, no transcurrió mucho tiempo sin que la vida en el depósito de Sidi-bel-Abbès resultara fastidiosa. Pronto se cansaba uno de las inocentes francachelas de nuestro club, el *Cercle Militaire*, y también de las más sórdidas que podían proporcionarnos los antros de placer de que se enorgullecía aquella ciudad de provincia en que nos hallábamos de guarnición.

Sin embargo, el trabajo me salvó del aburrimiento, porque trabajé con la misma intensidad que un camello ciego dedicado a sacar agua; pues además de mis deberes corrientes como oficial de caballería, me dedicaba a aprender el árabe.

También Dufour ingresó en los espahís, enviado por mi tío y a petición mía, y así los dos juntos continuamos nuestros estudios de idiomas y de disfraces. Por eso tampoco tuve ningún disgusto cuando, lo antes que le fue posible, mi tío hizo funcionar de nuevo el telégrafo para lograr que me mandasen a Marruecos.

En aquel país fascinador tuve una suerte extraordinaria, pues luego de llevar una aburrida vida de guarnición en Casablanca o, mejor, en Ain-Bourdja, fuera de sus muros, y en Rabat, Mequínez, Fez, Dar-Debibagh y otras partes, tuve la suerte, repito, de tomar parte en el sangriento combate de R'fakha y dar una carga al frente de un escuadrón; así como también representar un buen papel en las campañas de Chaiova en Settat, M'koun, Sidi el Mekhi y el M'karto.

Después de esta temporada de combates, una vez en Fez me vi capitán y en posesión de dos pequeños discos de metal

sostenidos por una cinta, destinados a colgar de mi guerrera; y en el desagradable asunto con la tribu Zarhoun (que se empeñó en cerrar los caminos entre Fez y Tánger, y entre Mequínez y Rabat) me dieron el mando del escuadrón que formaba parte de la columna mixta a la que se encargó el asunto.

En este escuadrón estaba, naturalmente, mi buen Dufour, ya con el grado de sargento y en posesión de la *Médaille Militaire* para premiar su valor. Referiré brevemente cómo la ganó, porque el recuerdo de aquel caso me atormentó de un modo cruel en la hora terrible en que tuve que abandonarle a la muerte, en vez de seguir a su lado, como habría deseado.

En aquel negro día volví a ver con brillantes colores la siguiente escena:

Yo daba una carga contra una gran *harka* de moros muy valientes y fanáticos, y como es natural iba a la cabeza de mi escuadrón. Nosotros no cargamos formados como los ingleses, sino que cada hombre obra por sí mismo, corriendo a rienda suelta y a la mayor velocidad de su espoleado caballo. Como yo era el que estaba mejor montado, no es de extrañar que me anticipara a los demás. La tierra parecía temblar bajo el torrente atronador del mejor escuadrón del mundo. Yo era en extremo feliz. Blandí mi sable y di un salto de alegría. Cuando estábamos a punto de chocar contra el enemigo, bajé la punta del arma y extendí el brazo (siempre conviene usar la punta hasta que uno se ve obligado a detenerse, mas entonces hay que utilizar el filo del arma con la rapidez del rayo). Los moros son tan astutos como valientes. Centenares de ellos se ocultaban en las rocas, en las grandes piedras y en *nullahs*, y apuntaban sus espingardas y fusiles europeos disparando sin cesar contra nosotros. Centenares de jinetes se dirigían a derecha y a izquierda para cogernos por los flancos y rodearnos, cuando el choque de nuestra carga sobre el cuerpo principal retuvo nuestro impulso y nos obligó a detenernos. Ellos ignoraban que pasaríamos a través de sus fuerzas como un cuchillo que atraviesa un queso, que luego nos formaríamos de nuevo y que volveríamos a cargar al retroceder. Y si aún así no conseguíamos derrotarlos, a lo menos les impediríamos seguir atacando y que pudieran apoderarse de nuestros silenciosos y casi indefensos cañoncitos de montaña.

Con el fragor del trueno avanzaba el irresistible alud de los soldados y de los caballos y, como un nadador que desde lo alto de un acantilado se arroja al mar, así nos lanzamos contra ellos, originando un terrible choque. Un moro enorme y su garañón de Berbería cayeron de espaldas cuando mi

buen caballo y yo nos arrojamós contra ellos como un proyectil, y a no ser porque llevaba el sable atado a la muñeca, lo habría perdido sin remedio al retirarlo de la herida que inferí al moro por debajo del brazo derecho.

Espoleé mi caballo, que saltó sobre el otro bruto y el jinete enemigo; asesté un estocada a otro enorme musulmán apuntando al centro de su larga barba negra aprovechando el instante en que pasó por su lado y así me metí en una masa sólida de hombres y de caballos. Esgrimí el sable con toda mi alma, hiriendo, parando y levantándome a veces sobre los estribos para acuchillar a los enemigos, hasta que por fin me abrí paso, y, clavando la espuela en el ijar de mi caballo, empecé de nuevo el galope. De pronto me di cuenta de que mi montura había sido herida y de que estaba a punto de caerse, pero sin tiempo para más sólo pude saltar por encima de su cabeza; me pareció que la tierra se levantaba y que venía a chocar contra mi rostro dándome también tan terrible golpe en el pecho que me quedé sin aliento y convertido en una masa de carne doliente.

¡Oh, qué agonía en la lucha que sostuve para respirar después de aquella caída que me rompió la mitad de las costillas, el brazo derecho y la mandíbula! ¡Y qué torturas me causó el peso del cadáver de mi caballo sobre mi pierna, rota por dos sitios!

¿Por qué no me degollaban? ¿Por qué no me atravesaban la espalda con las lanzas? ¿Por qué no me rompían a palos la cabeza? Levanté el rostro del polvo, me lo limpié con la manga izquierda y luego me incorporé un poco sobre el codo del mismo lado.

Yo constituía el centro de una terrible lucha y en pie y sobre mí, saltando sobre mi cuerpo, dando vueltas a mi alrededor y yendo de un lado a otro como un loco, vi a un gran atleta, a un héroe glorioso. Era Dufour. Y a pesar de lo dolorido y de lo mal herido que estaba, admiré la habilidad con que manejaba su sable, maravillándome también de su agilidad extraordinaria, de su fuerza y de su destreza. Pronto comprendí que podía hacer algo más en vez de limitarme a mirarlo. Aunque el caballo me tenía sujeto al suelo y a pesar del dolor y de mi estado, vi que podía ayudarle. Con infinito cuidado y a costa de extraordinarios dolores pude sacar mi revólver de su funda alegrándome de saber tirar tan bien con la mano izquierda como con la derecha.

Luego, echándome sobre el lado derecho y apuntando lo mejor posible y con la mayor rapidez en la molesta posición en que me hallaba, disparé contra un hombre cuya lanza

estaba a punto de clavarse en la espalda de Dufour; lo mismo hice contra otro que se aprestaba a herirlo con su enorme gumia; y también contra un tercero que le apuntaba con su espingarda; y luego, en cuanto me hube repuesto de un desmayo que me pareció mortal, disparé también a la cara de uno que consiguió evitar a Dufour y se disponía a hundirme en el pecho su corvo puñal.

Cuando apuntaba para disparar el último cartucho contra el hombre cuyo alfanje resonaba contra el sable de Dufour, regresó el escuadrón mandado por el teniente D'Auray de Redon y puedo jurar que nunca vi con más gusto el semblante de mi amigo Raúl.

Él y varios de los espahís, echando pie a tierra, dispersaron y persiguieron a nuestros enemigos, en tanto que Dufour se apoderaba de un caballo sin jinete y, según me contaron luego, me montó atravesado en la silla, subió a su vez en la grupa y galopó para regresar a nuestra posición.

Al parecer, estaba detrás de mí cuando cayó mi caballo y él se apresuró a desmontar y a rescatarme, pero en aquel momento fue atacado. No se preocupó en abrirse paso por entre los enemigos que lo rodeaban, sino que tan sólo procuró sostenerse en el mismo sitio, ocupado en defenderme hasta el momento en que fue el centro de aquella turbamulta de fanáticos, de quienes nos salvó Raúl gracias a su carga en el momento más oportuno. El pobre Dufour sangraba de, a lo menos, media docena de heridas en el momento en que se me llevó, pero ninguna resultó grave.

Sí, ésta era la escena que parecía arder ante mis ojos en el día terrible de que más tarde daré cuenta.

El Deber es un dios celoso y severo.

3

Me restablecí rápidamente y pude dar gracias al cielo y a nuestros magníficos cirujanos cuando comprobé que no quedaba, como había temido, cojo para toda mi vida.

Reanudé mi trabajo; pero mi tío, puntual con el programa de su vida, vino a África y me halló ya en situación de unirme a su Estado Mayor en calidad de oficial que conocía algo más que un poco el país, su pueblo y sus fascinadoras ciudades. Yo era entonces un oficial que sabía hablar árabe y todos sus dialectos vulgares como un indígena. Era ya capaz de ir errante de calle en calle y de zoco en bazar, como si fuese un mendigo; un pordiosero; un fanfarrón rifeño *askri* del *bled*; un nervioso y rastrero judío del *mellah*; un fanático de

Muley Idris, un camellero o un arriero a lomos de burro, y eso sin que hubiera de temer en lo más mínimo el ser descubierto.

Y creo que habría podido decirle, acerca de la política secreta de las tribus, cosas que desconocían todos los demás oficiales de Marruecos; podía haberle hablado de las intrigas y murmuraciones de las fanáticas multitudes de las ciudades importantes (como, por ejemplo, Mequínez, en donde relevé a mi antiguo amigo el capitán De Lannec y donde pronto viví como pordiosero judío, aunque sin cesar de mandar mensajes hasta el día de la rebelión y de la gran matanza), y las respectivas actitudes, en épocas distintas, de varias regiones del país y diferentes clases de gente con respecto al Sultán Abd-el-Aziz; el ex Sultán Muley Hafid, el pretendiente Muley Zine, su hermano, o el grande y poderoso morabito Ibn Nualla.

Mi tío quedó complacido de la herramienta que había forjado y que jamás dejaría de ser eficaz en sus manos, y así mi nombre pudo ser inscrito en los libros del *Bureau des Affaires Indigènes* en Rabat.

No creo haber inspirado celos a nadie cuando llegué a ser el mayor más joven del Ejército francés y desaparecí de entre mis compañeros para observar la marcha de los asuntos en Zaguig con el disfraz de un natural de aquella pobre ciudad.

Entré en ella a pie, con el aspecto de un montañés del Norte, y cuando pasaba por el arco de la puerta principal de las poderosas murallas, un camellero que estaba sentado junto a su bestia de carga se levantó y se acercó a mí.

Me tributó la excelente acogida que podía esperarse de dos amigos árabes que no se habían visto desde mucho tiempo atrás.

—Permíteme ser el orgulloso medio de dar a tus honorables piernas ocasión de descansar, hermano mío — dijo aquel hombre, en voz alta, cuando me abrazaba por segunda vez y con ambas manos me golpeaba la espalda —. Deja que mi camello te conduzca a la vivienda que honrarás con tu brillante presencia... Dios te haga vigoroso... así Dios te dé muchos hijos. Que Dios mande la lluvia sobre tus cosechas de cebada.

Y me llevó adonde estaba rumiando su camello arrodillado.

¿Podrá creérseme cuando diga que hasta que me hubo golpeado la espalda (tres veces con la mano derecha, dos con la izquierda), no conocí que aquel sucio, barbudo y desastroso camellero era Raúl d'Auray de Redon, a quien debía relevar? Precisamente el objeto de este relevo era darle la

oportunidad de hacer un largo, larguísimo viaje con la caravana de un tal Sidi Ibrahim Maghruf, un mercader árabe europeizado, en quien nuestro Servicio Secreto confiaba, si bien tan sólo hasta cierto punto.

Aquel hombre era, pues, Raúl, y en cuanto estuvimos en casa de Sidi Ibrahim Maghruf me contó todo lo que le fue posible acerca de la política local, de las intrigas y de los asuntos indígenas en general.

—Ya es hora de que obremos abiertamente y demos algunos pasos con firmeza — terminó diciendo —. Desde luego, ya se sabe que estamos a punto de llegar y que la misión militar será muy poderosa. También se espera que la seguirá una columna y que ésta impondrá eventualmente su *J'y suis... j'y reste*. En fin, estos animales se lo han ganado y lo tendrán. Pero me parece que, dado lo que está ocurriendo, cuanto antes se ponga manos a la obra será mejor.

»Y ahora voy a contarte una cosa muy curiosa, amigo mío. He asistido a unas reuniones muy interesantes y en una o dos de ellas vi a un fanático muy barbudo que arengaba a la reunión con la mayor volubilidad y elocuencia. Y me pareció que en su árabe notaba cierto acento raro. Logré que Sidi Ibrahim Maghruf me dejara llevar conmigo a su antiguo factótum, Alí Mansur, hombre de toda confianza, a una reunión que aquel elocuentísimo orador nos había ofrecido dar.

»Cuando el viejo Alí Mansur se hubo comido todas las frutas que le fue posible y ambos estábamos ahitos escuchando la arenga de nuestro huésped acerca de la grandeza del Islam y de la pequeñez y estupidez de los infieles, especialmente los *Franzawi* que habían conquistado Argelia y penetrado en Túnez y Marruecos y que también se proponían venir a Zaguig, pregunté al viejo Alí si no le parecía que aquel hombre hablaba un árabe muy raro y que cabía suponer que quizá fuera extranjero.

»—Sin duda es egipcio, turco o algo por el estilo — gruñó Alí —. Pero es un verdadero hijo del Islam y el padre de los pobres y de los oprimidos. *Wallahi*, estos melones, estos higos y estos dátiles son muy buenos. Alá se lo premie.

»Comprendí que yo estaba en lo cierto y que el árabe de aquel individuo era un poco raro. El caso es que empecé a seguirle y una noche le vi saludar a otro hombre con quien sin duda alguna se había citado en los jardines de la Zaouia. El otro hombre cruzó rápidamente las piernas al sentarse en el banco de piedra, como pudiera haberlo hecho un verdadero indígena. Pero el hombre de quien yo sospechaba no lo hizo con igual rapidez. Parecía doblar las piernas con alguna

torpeza y me figuré que, si nadie le hubiese observado, con gusto se habría sentado a la moda europea. En vista de todo eso, actué silencioso como un ladrón y, acercándome con los pies descalzos a la pareja, asesté a la cabeza de mi elocuente amigo un golpe con mi pesada matraca. Pronunció una palabra y de un salto se puso en pie. La caperuza de mi sucio albornoz me cubría el ingenuo rostro y, como ya oscurecía, tan sólo pude contemplar un momento su semblante y luego eché a correr apresuradamente. Como ya sabes, lo hago con bastante ligereza y por otra parte ya sabía lo que quería o, a lo menos, lo bastante.

Esperé en extremo interesado, en tanto que Raúl hacía una pausa y me miraba sonriente.

—Cuando a un hombre se le da un garrotazo en la cabeza, no hay duda de que si pronuncia una palabra a guisa de interjección, lo hará en su lengua natal — continuó Raúl —. Y si un hombre tiene, a veces, un ligero defecto en la mirada, éste queda muy exagerado en un momento de repentino susto, de sorpresa, de cólera o de otra emoción violenta.

—Es verdad — convine.

—Pues bien, amigo mío — dijo Raúl —. La exclamación de aquel hombre, cuando le golpeé, fue «Himmel!», y al volverse en redondo observé un pronunciado defecto en su ojo izquierdo. En realidad se puso bizco del todo.

—El primer pormenor es altamente interesante — observé —. ¿Qué puede deducirse del siguiente?

—Vamos a ver, Enrique — replicó Raúl —. ¿Recuerdas a un hombre..., no sé si la memoria me será fiel..., a un hombre que tenía las uñas sucias, que comía ajos, que maltrataba su caballo, cuya madre era alemana, que se limpiaba las narices con la manga, que ponía al descubierto unos colmillos de perro al reírse de lado y que tenía un defecto en la mirada? ¿Un hombre que estaba en los Húsares Azules hará cosa de unos doce años? ¿Te acuerdas ahora?

—¡Becque! — exclamé.

—Creo que, en efecto, se llamaba Becque — contestó Raúl.

—Pero, ¿por qué no se expresó en francés al ser agredido de un modo tan violento? — objeté.

—No es extraño si su lengua nativa era la alemana, pues su madre pertenecía a tal nacionalidad; además, él nació en Alsacia — contestó mi amigo —. Es indudable, pues, que el alemán debía ser su lengua materna. Gracias a su padre aprendió a hablar el francés perfectamente y ya sabemos que sus padres pertenecían a dos nacionalidades.

—En realidad puede tratarse de Becque — dije dudoso.

—Pues yo creo que es él —replicó Raúl—. Y también que tú eres el hombre que ha de convencerse de ello. ¿Qué te parece si se repitiese aquel duelo sin que el sargento Blüm viniese a interrumpirlo?

—Si realmente es él y yo puedo combinar las cosas, reanudaremos el duelo en el mismo punto en que quedó interrumpido a causa de las circunstancias que el señor Becque no podía modificar —observé.

—En efecto. Creo que el buen Becque debe morir —contestó Raúl sonriendo—. Como traidor, renegado y espía. Porque es todo eso, ya que su padre fue francés y él se alistó como soldado de Francia, vistió su uniforme y juró servir fiel y sinceramente a la República.

—¿En dónde vivió? —preguté.

—En París —contestó Raúl—. Allí vivió y se educó. Desde su juventud era conocido de la policía como criminal y anarquista, y parece que ingresó en los Húsares Azules gracias a haber robado o falsificado unos documentos personales con el nombre de Becque; creo que perdieron su rastro después que hubo cumplido la condena por instigación a la rebelión en los Húsares Azules.

Y así seguimos hablando gran parte de la noche en el gran jardín de Sidi Ibrahim Maghruf, alumbrado por la luz de la luna.

Al día siguiente, Raúl emprendió su viaje en el que había de pasar terribles penalidades, ya que iba como camellero a las órdenes de Sidi Ibrahim Maghruf, en dirección al lago Tchad y a Tombuctú, aventurando su vida en la empresa y sin otro recurso que su memoria para registrar y conservar las notas y observaciones que pudiera hacer.

4

En Zaguig no encontré ni rastro del hombre que podía ser o no aquel Becque. Tal vez se asustó ante el repentino e inexplicable ataque de Raúl y creyó que se había descubierto su secreto, o quizá se marchase a causa de la probable aproximación de las fuerzas francesas. También era posible que se hubiese alejado para dar cuenta de la situación en Zaguig o incluso que siguiese viviendo como antes en la población.

Sea como fuere, el caso es que no tuve noticias de él ni pude encontrarle y, por esta razón, pronto lo alejé de mi mente. A su debido tiempo fui relevado por el capitán De Lannec y volví a Marruecos, desde donde me enviaron al lejano Sur, ostensiblemente para organizar, con individuos de la

Legión Extranjera, las compañías de infantería montada en mulas, pero realmente con objeto de realizar una exploración, llegar a una inteligencia en la dirección de los territorios de nuestros vecinos del Sur y viajar desde el Senegal a Udaí, observando al mismo tiempo algo de lo que ocurría en Nigeria y el Camerón. Y permanecí en el Sudán bastante tiempo.

Allí me ocurrieron algunas extrañas aventuras, una de ellas en un fuerte llamado Zinderneuf (1), de donde salí *vía* Nigeria, en dirección a Europa, con un excelente inglés llamado Jorge Lawrence, que en Eton había sido mi reverenciado superior en categoría y a cuyo servicio estuve para llevar a cabo determinadas tareas (2).

En realidad, el mundo es muy pequeño, extraño y divertido.

Y a todas partes me acompañaba, «como auxiliar para un servicio especial del Departamento de Información», el buen Dufour, siempre valeroso y fiel, extraordinariamente hábil en imitar a cualquier indígena, y sería imposible exagerar sus buenos oficios. Tanto por su habilidad especial en disfrazarse como por la perfección con que hablaba los distintos dialectos árabes, valía tanto, si no más, que yo mismo, y a mí me resultaba muy agradable procurarle nuevas condecoraciones y nuevos ascensos, en compensación de sus merecimientos.

Y así el Destino, mi tío y mi propio trabajo, duro, peligroso y fascinador a un tiempo, me llevaron a la mayor aventura de mi vida y al supremo fracaso que fue la recompensa a mis trabajos en el punto más crítico de mi carrera.

Poco sospechaba yo lo que me esperaba cuando recibí el lacónico mensaje de mi tío, a la sazón comandante en jefe y gobernador general.

«Regresa inmediatamente a Zaguig y espera instrucciones.»

Zaguig, según me constaba por dolorosa experiencia, era una ciudad «santa» y, como muchas de ellas, estaba gobernada por algunos de los tunos menos santos de la humanidad que manchan la tierra.

¿Acaso no dice el proverbio árabe: *Cuanto más santa es la ciudad, peores son sus habitantes?*

(1) Véase la obra *Beau Geste*, en la que aparecen varios personajes de *Beau Sabreur*.

(2) En Inglaterra existe la costumbre de que los colegiales de los primeros cursos sirvan, en cierto modo, de asistentes a sus compañeros de los cursos más adelantados.

CAPÍTULO VII

ZAGUIG

I

Después de vivir en las encantadoras ciudades de Marruecos, me resultaba muy desagradable volver a Zaguig, que era la última de las conquistadas en nuestros puestos avanzados del Sahara y la menos subyugada todavía entre todos nuestros centros de expansión de la labor civilizadora de Francia; e inmediatamente después de los atrevidos moros, odiaba a los reservados, furtivos y malvados indígenas de Zaguig, que me recordaban a los gordos, rubios y falsos fezai.

No quiero decir con eso que Zaguig pudiese compararse con Fez o con Marrakex, aquella brillante joya sumergida en un océano de verdes palmeras, con sus maravillosos jardines, su arquitectura moruna, sus frescos mármoles, sus brillantes azulejos, sus puentes y sus encantadores y ocultos patios.

Aquel Zaguig, ahora ocupado por las fuerzas francesas, era un montón de cenizas habitado por sabandijas y además muy peligroso.

No me gustaba en manera alguna el estado de los asuntos, ni en lo más mínimo la descuidada y en exceso confiada actitud del coronel Levasseur, así como tampoco el hecho de que la pequeña guarnición estuviese tan diseminada; de igual manera no me satisfacía el saber que la señorita María Han-kinson Vanbrugh fuese, con su hermano, huésped del coronel Levasseur.

El lector ha de tener en cuenta que yo sabía muy bien lo que ocurría por debajo de la superficie y lo que yo no averigüé por propia observación personal me lo había dicho Dufour.

Cuando yo no era el mayor Enrique de Beaujolais, es porque me había transformado en aguador, y siempre que Dufour no era el ayudante Dufour de los espahís se dedicaba a vender dátiles y melones en el zoco. En las veces anteriores que habité en la ciudad, yo era un leproso ciego, cuando no me dedicaba a la distinguida ocupación de culi en el jardín de Sidi Ibrahim Maghruf, amigo de Francia.

Yo no podía hacer otra cosa sino comunicar mis informes

al coronel Levasseur. Él era comandante en jefe de las tropas y gobernador de la ciudad. Yo, en cambio, no era sino un oficial destacado del Servicio Secreto, enviado a Zaguig con objeto de hacer preparativos para seguir adelante «en servicio muy secreto» en cuanto recibiese la orden y mis superiores considerasen que había llegado la oportunidad.

El extracto de una carta escrita por mi tío en Argel y que encontré esperándome en Zaguig informará al lector de casi todo lo que yo conocía:

«...y, por consiguiente, mi querido Enrique, ha llegado ya tu oportunidad, es decir, el trabajo para el cual he forjado la herramienta... Si logras el éxito, habrás hecho algo importante en beneficio de Francia y ya verás que Francia no se muestra ingrata contigo. Pero fíjate en que tendrás que ser tan rápido y silencioso como inteligente y astuto y en que habrás de llevar a cabo tu cometido y lograr el éxito, o fracasar, completamente solo. Si te cogen y, después de vendarte estrechamente el cuerpo, te hierven en aceite, hervirás sin que nadie venga a vengarte. Ya comprenderás que una columna de tropas que operase en esa dirección suscitaría un verdadero clamor y el escándalo en la prensa alemana (y en la de uno o dos países más), y eso haría mucho daño a nuestra Patria, perjudicando e impidiendo mi trabajo en esa región durante muchos años. El Gobierno no es ahora muy firme, tiene poderosos enemigos y, por lo tanto, no debes ser la causa de que se encuentre el bastón para apalear al perro.

Por otra parte, espero la orden que sancionará el subsidio de un millón de francos, siempre y cuando esa Federación continúe siendo aliada de Francia y rechace todas las insinuaciones del Panislamismo. Éste es el temor, el peligro y la mayor amenaza contra nuestro joven y creciente Imperio Africano.

Dios quiera que logres el éxito y que llegues antes que Bartels, Wassmuss o cualquier otro emisario senussi.

Lo que me hace estar inquieto es lo que pueda hacer ese nuevo y notable Emir el Hamel el Kebir, que se anuncia a sí mismo como el verdadero Mahdi, a quien las tribus beduinas de esa región esperan siempre y que, como sabes ya, es una especie de Mesías.

Según ya estás enterado, se supone que aún está vivo el senussi Sidi el Mahdi, el más santo de los profetas mahometanos. Desapareció en el Garb, en su camino hacia Uadai, y se enterró en un ataúd vacío con enorme pompa y grandísimo fervor religioso en la santa Kufra. Reaparece de vez en

cuando en el desierto y dirige la palabra a los fieles... Entonces hay un recrudecimiento de fervor histérico en los lugares en que, según se supone, se ha manifestado.

Si este Emir el Hamel el Kebir se ha metido en la cabeza anunciar que él es el Mahdi en persona, nos ocurrirá lo mismo que a los ingleses con su Mahdi en Khartum (y aquel hijo de un carpintero de Dongola conquistó dos millones de millas cuadradas en dos años), porque habrá reunido la Confederación tribal más fuerte que se ha conocido.

En fin, espero que tú no serás un Gordon ni yo un Wolseley Kitchener, porque lo que ahora necesitamos es la paz, y nada más que la paz, con objeto de consolidar nuestro Imperio para luego empezar a trabajar y conseguir que el desierto florezca como las rosas.

Procura firmar un tratado con ese Emir, por el cual nos garantice la seguridad de las rutas comerciales y la amistad de sus tributarios y una neutralidad hostil con respecto a los senussis y a cualquier potencia europea en África. De este modo habrás creado un Estado tapón, precisamente donde Francia lo necesita más.

Incidentalmente te habrás granjeado mi gratitud eterna y mi aprobación ilimitada y todo lo que quieras pedir a guisa de recompensa por tan valioso servicio. Es preciso que tengamos paz en Oriente en vista de que el Rif siempre nos dará que hacer en Occidente.

La aprobación del subsidio llegará uno de estos días, de modo que tendrás tiempo bastante para hacer tus preparativos (en cuanto recibas aviso, emprende la marcha dentro de la misma hora, teniendo en cuenta que nada en absoluto debe retrasarla un solo minuto...); D' Auray de Redon llegó de Kufara con una de las caravanas de Ibrahim Maghruf y vio a ese Mahdi o profeta en persona. Él también le da mucha importancia y cree que eso significa que habrá un jehad tarde o temprano. Y ten en cuenta que este hombre puede ser Abd-el-Kedir, nieto del gran Abd-el-Kedir en persona, aunque creo que ese diablo sigue todavía en Siria.

Este individuo es ya un milagrero célebre y tiene una reputación tremenda como guerrero. Es, con respecto al Emir Mohammed Bishari ben Mustapha Korayim abd Rabu, lo que el águila comparada con el gavián... y hasta con un gavián muerto, de acuerdo con lo que dijo un árabe que se reunió con la caravana de Ibrahim Maghruf, fugitivo de una gran matanza en el Paso de Bab-el-Haggar, donde ese nuevo «profeta» destruyó al Emir Mohammed Bishari... Dicho árabe hablaba con tanto encono del «profeta» y tenía tales motivos

personales de odio contra él, que D'Auray de Redon se dedicó a cultivar sus malos sentimientos, hablándole de venganza y de oro, de manera que tal vez pudiéramos sacar gran partido de ese hombre... Te lo mandaré a Zaguig con D'Auray de Redon; este último te transmitirá la orden de salida y también todo aquello que no me atreva a escribir.

En conclusión, considera estas instrucciones como la cosa más importante del mundo para ti, para mí y para Francia...»

Unida a esta carta había una hoja de papel en la que estaba escrito algo que más adelante me hizo reflexionar de un modo furioso y que, al leerlo por vez primera, me entristeció y me deprimió. Me pregunté si sería una especie de aviso y si también serviría *pour encourager les autres*, porque no era muy propio de mi tío el darme noticias referentes al personal del Servicio Secreto.

En dicha hoja se leía:

«Sea dicho de paso, he roto con el capitán De Lannec, como le prometí (y te prometo a ti también) hacer con cualquiera que, de un modo u otro, no me guarde absoluta fidelidad... Desde luego, se trata de una mujer. Él había recibido mis órdenes más estrictas y absolutas para dirigirse en línea recta y sin perder un solo minuto a Muley Idris, la ciudad santa, y establecerse allí para relevar al capitán Saint-André, con quien era de la mayor importancia que yo tuviese una entrevista durante aquel mismo mes.

Al atravesar el Zarhoun, De Lannec se enteró, por medio de uno de nuestros amigos, de que una francesa estaba presa en un pueblo situado entre las montañas. Era «l'amie» de un oficial francés y fue raptada en la última matanza; luego la encerraron en el harén de un notable del lugar... Parece que De Lannec la había conocido en París... una tal Verónica Vaux... tal vez la había amado... y se apartó de su deber, pues malgastó una semana en rescatar a aquella mujer y otra en ponerla en lugar seguro; y sólo terminado eso fue tan amable como para dedicarse a los asuntos de su general, de su Servicio y de su Patria.

De Lannec ha sido expulsado.»

La verdad es que lo merecía. Sí, indudablemente.

Aunque tal vez la severidad fue excesiva. En realidad era una cosa muy triste, porque se trataba de un oficial que prometía mucho, un tigre en la batalla y un zorro en el Servicio Secreto; en todo el Ejército francés no existía un hombre más

valiente, más inteligente y más decente que él. Pero, sí. No hay duda de que lo merecía. Obró muy mal al anteponer sus sentimientos personales y la suerte de una mujer al bienestar de Francia, a las órdenes de su comandante y también a la abnegación tradicional del Servicio. Antes que su Dios-Deber, en una palabra...

Mereció su castigo... sí... Consideró que una mujer era antes que el Deber. De Lannec ha sido expulsado... El pobre diablo lo mereció.

Y entonces el demonio que mora en lo profundo de mi mente dijo al Ángel que gobierna en mi conciencia:

«Supón-te que la mujer cautiva que habitaba en la horrible e indigna esclavitud y en la tortura hubiese sido la hermosa, majestuosa y adorada dama, la noble esposa del severo general Bertrand de Beaujolais en persona.»

¡Silencio, maldito! Nadie es antes que el Deber.

El Deber es un dios muy celoso.

No había de pasar mucho tiempo sin que tuviera que acordarme de De Lannec.

2

Confieso que al principio sentí cierta antipatía por la hermosísima señorita Vanbrugh, cuando la vi por vez primera a la hora de cenar en compañía de su hermano y en casa del coronel Levasseur. Sea dicho de paso, su hermano era una especie de miembro honorario de la Embajada norteamericana en París y empleaba una licencia en compañía de su hermana, muy aficionada a las aventuras, y de la doncella-compañera de esta última, visitando Argelia y viendo algo del desierto. El coronel había consentido con alguna imprudencia en su visita a Zaguig «para ver algo del verdadero desierto y del naciente Imperio», según Otis Hankinson Vanbrugh le había pedido por carta.

Yo me imagino que los *beaux yeux* de la señorita María, a quien el coronel Levasseur encontró en París y en *Mustapha Superior*, tenían más que ver en el asunto que el deseo de corresponder a la hospitalidad de su hermano en París.

Sea como fuere, una muchacha no tenía nada que hacer allí y menos en aquellos momentos.

Es probable que mi antipatía inicial hacia María Vanbrugh se debiera a su curiosa actitud con respecto a mí y a que me resultó imposible llegar a comprenderla. Dicha actitud podía

definirse como de débil burla y leve diversión y, por mi parte, no estoy acostumbrado a considerarme como hombre divertido contra mi voluntad. En general, puede decirse que la gente ha tenido muy buen cuidado en no reírse de mí.

Pero no es así por lo que se refiere a María Vanbrugh y, por alguna razón que ignoro, fingía suponer que mi nombre era «Iván». Incluso aquella noche, durante la cena, mientras estaba sentada a la derecha de Levasseur y a mi izquierda, siempre que se dirigió a mí lo hizo llamándome «Mayor Iván».

Cuando le pregunté por qué me llamaba Iván, se sonrió mostrándome unos encantadores hoyuelos en las mejillas y contestó:

—¿Pero no es usted Iván, el de la canción? El coronel Levasseur me dijo que es usted uno de los oficiales más distinguidos del Servicio Secreto y creo que uno de estos secretos debe de ser...

Yo estaba tan extrañado como picado. Ciertamente he representado muchos papeles en el curso de mi vida aventurera, pero jamás mis deberes me pusieron en contacto con los rusos ni he adoptado el nombre y el disfraz de un ruso. ¿Quién sería aquel Iván? Sin embargo, si la broma le gustaba...

—¡Oh, vuelva usted a hacerlo, mayor Iván! — exclamó. — Eso ha sido deliciosamente francés y muy expresivo. Ustedes, los franceses, son capaces de hablar con los hombros y con las cejas con tanta elocuencia como nosotros, los bárbaros norteamericanos, con nuestras respectivas lenguas.

—Sí, en realidad somos unos extranjeros muy divertidos, señorita — observé —. Y si, como este Iván, he logrado hacerla sonreír, podré decir ya que no he vivido en vano.

—No, no ha vivido usted inútilmente, mayor Iván — dijo asintiendo.

Jamás había encontrado yo una muchacha más serena y más fría. Tal vez un hombre podría asesinarla, pero es seguro que no lograría hacerla ruborizar ni descomponerse en su serenidad mientras alentase.

Aquella mujer que hablaba lentamente, con la mayor apacibilidad, que jamás se apresuraba por nada, era algo nuevo y raro y, pese a mí mismo, me intrigaba sobremanera.

Antes de terminar la velada y antes, también, de que llegase la hora de marcharme de aquella ancha veranda, inundada por la luz de la luna, su voz intensa y de agradable tono, el extraordinario dominio de sí misma, su porte, su gracia y su perfección casi lograron vencer la antipatía que me inspiró, y ello a pesar de su molesta actitud de ironía burlona, de la

desdeñosa diversión que encontraba en mí y en todo cuanto decía o hacía.

Mientras me dirigía a mi vivienda, situada en Bab-el-Souq, me sorprendía a mí mismo murmurando: «¿Quién diablo será ese Iván?», y trataba de recordar una canción que había oído a ella una o dos veces cuando estaba sentado a su lado, resentido por sus burlas. ¿Cómo era?

*Hay héroes cabales de renombre y de fama
en las huestes que dirige el intrépido zar,
pero donde más ardía del valor la llama
era en el pecho de Iván Petruski Skivah.*

*Imitaba a Irving, sabía a euchre jugar
y también la guitarra española tocar.
La flor, en fin, del grupo moscovita
fue Iván Petruski Skivah...*

3

Era insaciable el interés y la curiosidad de la señorita Vanbrugh acerca de la vida de los indígenas. En realidad, aquella mujer era un signo de interrogación viviente y recurrió a mí, por consejo del coronel Levasseur, que estaba muy ocupado, para obtener las noticias y los informes que deseaba, porque se suponía que lo que yo no supiese con respecto a los árabes, desde cualquier punto de vista, no valía la pena de ser conocido.

Fui, pues, capaz de hacer aparecer en sus ojos una centella de alegría que materialmente pareció darles nueva luz, aunque ya eran tan brillantes como las estrellas, cuando le prometí llevarla a comer con mi antiguo amigo Sidi Ibrahim Maghruf.

En casa de éste le darían una verdadera comida árabe, a la moda del país, y podría darse cuenta exacta de cómo vivía un rico indígena, así como penetrar en los profundos arcanos de un verdadero harén.

Yo tenía confianza absoluta en el viejo Ibrahim Maghruf, porque le conocía ya desde hacía muchos años y le había visto en distintos lugares.

No solamente era, por sí mismo, un hombre honrado y digno de confianza, sino que, además, su hijo y único heredero estaba en Francia y la mayor parte de su dinero lo guardaba en bancos y compañías francesas. Era un viejo muy simpático y, al mismo tiempo, muy interesante... Sin embargo, después de dicho todo eso, hay que añadir que era un indígena y que su corazón seguía siendo árabe.

Resultaba difícil darse cuenta, al verle sentado con las piernas cruzadas sobre sus almohadones y tapices, en la sala de recepción franco-oriental, cubierta de azulejo, de su lujosa villa, que era un hombre que se lo debía todo a sí mismo, pues había llevado sus caravanas desde Siwa a Tombuctú y desde Uadia a Argel, combatiendo en un centenar de batallas para defender sus propiedades y su vida contra los *tebus*, *zouaías*, *chambaas*, beduinos y *tuareg*, los ladrones del desierto. En realidad había cumplido la máxima árabe: «*Un hombre no debe dormir sobre seda hasta que ha andado sobre arena.*»

Ahora se dedicaba a exportar dátiles a Francia e importaba géneros de algodón de Manchester, de modo que era un príncipe-mercader en el Islam. Yo tenía el agradable convencimiento de que el viejo Ibrahim Maghruf me quería por mí mismo sin *arrière pensée*, y esto aparte el valor que pudieran tener mis comunicaciones al Gobierno acerca de sus servicios, de su lealtad y de su influencia.

En aquella casa yo estaba seguro y también lo estaba en sus manos el hecho reservado de que yo era un oficial del Servicio Secreto de Francia; por esta razón, si en el máximo de la chismografía, de las investigaciones y de mi deseo de conocer lo que ocurría, yo le contaba el mínimo de la verdad, a lo menos no le mentía. Él, por su parte, según creo, correspondía con el máximo de verdad y el mínimo de mentira que puede existir entre un buen musulmán y un cortés, amistoso y útil infiel condenado al infierno.

Sea como fuere, mi disfraz, mis camellos *hejin*, de la mejor raza, abigarrados de blanco y gris, de ojos azulados, esbeltos y verdaderos galgos del desierto, capaces de recorrer de un modo continuado diez kilómetros por hora, así como mi equipo, cuidadosamente elegido y vigilado de día y de noche por mi ordenanza sudanés Djikki, estaban seguros a su cuidado.

4

Cuando llegué a las habitaciones destinadas a los Vanbrugh, en la enorme casa ocupada por el coronel Levasseur, a fin de llevarme a la señorita Vanbrugh a casa de Sidi Maghruf, encontré por vez primera a la bonita y atractiva Maudie, alma sencilla e inocente. Me recibió en la veranda, me acompañó a la sala y me dijo que la señorita Vanbrugh estaría lista dentro de un minuto. Y al ver a aquella muchacha me pregunté si sería tan aficionada al *flirt* como prometía su aspecto.

Maudie Atkinson, según supe más tarde, era una muchacha de Londres, una doncella de servicio, educada, que llamó la atención de la señorita Vanbrugh y conquistó su simpatía gracias al enorme valor, a la sangre fría y a la presencia de ánimo de que dio muestras en un incendio ocurrido en la casa de campo inglesa en la que se hallaba la señorita Vanbrugh como amiga de la familia. Maudie recibió graves quemaduras al salvar a una compañera de servicio y se fracturó un brazo cuando saltó por una ventana.

La señorita Vanbrugh visitó a la joven en el hospital y se dio cuenta de que cuando saliese de él carecería de casa y de trabajo, y por esto le ofreció un empleo de doncella de compañía. Pero, obrando de acuerdo con las democráticas costumbres de los norteamericanos, la trató más como compañera que como doncella.

En París, la señorita Vanbrugh le preguntó si quería acompañarla a África, y Maudie contestó: «¡Oh señorita!, es donde viven los jeques, ¿no es verdad?» Y cuando le aseguraron que no debía tener miedo de caer en manos de los árabes, contestó:

—¡Oh señorita, daría cualquier cosa porque me raptase un jeque! Son hombres encantadores. Los *adoro*.

Después de investigar el caso se vio que, según la creencia de Maudie, los jeques eran hombres muy ricos, que vestían de seda, que se perfumaban con esencia de rosas y que montaban en maravillosos corceles árabes, cuando no reposaban bajo tiendas de seda. En una palabra, que eran una especie de jóvenes Lochinvar (1) algo tostados por el sol y, como este caballero, muy aficionados a hacer el amor de un modo delicioso y casi imposible de expresar.

—¡Oh señorita! — añadió Maudie —. La montan a una en su silla y echan a galopar hasta la puesta del sol. Es inútil darles de bofetadas y tampoco hacen caso de una negativa cuando buscan esposa...

—O esposas — observó la señorita Vanbrugh.

—Si una es la primera, no, señorita. Suelen ser fieles. Y, además, casi le queman a una los labios con sus cálidos besos.

—Lo mismo te pasará si te tomas el té ardiente, Maudie. ¿En dónde has aprendido todo eso con respecto a los jeques?

—¡Oh, tengo un libro que trata de un jeque, señorita! Lo ha escrito una mujer... (2).

(1) Héroe de una balada inglesa «tan fiel en el amor como alevoso en la guerra».

(2) Se refiere a la novela titulada *The Sheikh*, de E. M. Hull.

—Me parece que esa autora no habrá salido nunca de su país, o que tan sólo habrá visto los jeques en el cinematógrafo — contestó la señorita Vanbrugh.

Cuando me contó todo eso, deseé que la autora de Maudie hubiera sido raptada por uno de aquellos ladrones sucios y malolientes del desierto, por aquellos rufianes piojosos, viles y asquerosos, como, por regla general, suelen ser los jeques, pues en nada semejan a esos tipos imaginarios y fingidos que aparecen en las novelas.

Aunque en algunas ocasiones la verdad es mucho más extraña que la ficción.

La cena fue un éxito enorme y no estoy seguro de quién gozó más con su compañero de mesa, si Sidi Ibrahim Maghruf o la señorita María Vanbrugh.

Al traducirle el cortés y sonoro «*Keif halak, Sitt Miriyam*» de Ibrahim («todo lo que hay en esta casa es tuyo»), ella contestó:

—¡Qué anciano caballero tan simpático! Parece muy inteligente y agradable. Me gustaría darle un beso.

Pero yo traduje sus palabras, diciendo:

—La *Sitt* admira todo lo que tienes y ruega que Dios te dé fuerza para gozar de ello.

Luego empezaron a cenar y el viejo Ibrahim hizo cuanto pudo para ponernos en peligro de muerte con el festín más grande y más noble que logró derrotarme en mi vida entera.

Una gacela entró con paso majestuoso desde el jardín, produciendo leve ruido al pisar el pavimento de mármol.

—Mayor Iván, el abuelo Maghruf no debería tener gacelas en su casa, sino serpientes boas — exclamó en tono quejumbroso la señorita Vanbrugh cuando en el mantel rojo y ante nuestros pies nos sirvieron el colmado y trigésimo séptimo plato de la cena.

Por fin terminó la fiesta y nos marchamos sorprendidos de ser capaces de llevar tal carga en nuestros estómagos y, aunque tambaleándonos, nos dirigimos a casa, a través de la noche silenciosa y alumbrada por la luna. Nos precedía Dufour y nos seguía Achmet (mi espléndido, fiel, cariñoso y querido servidor, cuya alma goce del reposo en Alá). Y también iba con nosotros Djikki, porque yo no deseaba aventurarme.

Para el día siguiente y una hora antes de la puesta del sol, el buen coronel Levasseur, en su suprema sabiduría, ordenó una parada de la guarnición entera, con objeto de saludar la bandera y, al mismo tiempo, «causar impresión en el populacho». A mí me pareció que la impresión que produciría en el populacho sería la de tener a sus órdenes una cantidad de fuerzas a todas luces exigua y así se lo dije.

Él me replicó ordenándome, oficiosamente, estar presente y de este modo contribuir a que la guarnición estuviese preparada para cualquier cosa.

El buen Levasseur no me tenía ninguna simpatía y yo me pregunté si sería a causa de la señorita Vanbrugh o si se debería al hecho de que, a pesar de llevarme veinte años, tan sólo había alcanzado una categoría militar superior en un grado a la mía. Por mi parte, tampoco sentía grande entusiasmo por Levasseur, que era hombre demasiado *du peuple*, con su cabello parecido a los rastros, los ojos saltones, la nariz gruesa, el rostro purpúreo y un enorme bigote semejante a los cuernos de un búfalo.

Sin embargo, debo ser justo con aquel valiente coronel, porque murió en Zaguig con la espada teñida en sangre en una mano y un revólver descargado en la otra, al frente de sus zuavos, sin contar con que, gracias a la orden que me dio, me proporcionó algunos de los minutos mejores de mi vida entera.

Maldiciendo a *ce bon* Levasseur, bajé ruidosamente los escalones de madera de mi alojamiento, vestido de gran uniforme, calzando espuelas de caballería y armado de sable y todo lo demás, y así salí a una callejuela estrecha y hedionda; torcí a la derecha y empecé a correr como creo no haber corrido en mi vida entera, antes o después, ni siquiera cuando gané en Eton al campeón del cuarto de milla, eso sin contar con que mi equipo no tenía nada apropiado para emprender una carrera.

Y si lo hice así fue por haber presenciado, desde lejos, una escena que me hizo circular apresuradamente la sangre por todo el cuerpo, para hervir por fin en mi cabeza.

Una mujer en traje de amazona montaba un caballo de gran alzada y era seguida por un grupo de hombres que, sin duda, iban a alcanzarla a pesar de que ella hacía galopar su caballo en un espacio abierto.

Uno de aquellos hombres consiguió emparejar con ella y agarrándose a uno de sus estribos con una mano, hundió con la otra un cuchillo en el corazón del caballo, precisamente en el instante en que ella le daba un palo en la cabeza con su látigo de montar.

Cuando el caballo cayó, la amazona dio un salto, echó a correr y se precipitó hacia la puerta abierta de una cerca de una casa europea.

Esto ocurrió en menos tiempo del que se tarda en contar, y en el instante en que atravesaba la puerta, perseguida por los árabes, yo me hallaba tan sólo a veinte metros de distancia.

Mon Dieu! ¡Cómo corrí y cómo bendije la exigencia de Levasseur, mientras corría! Porque tan sólo había una mujer en Zaguig que montase a horcajadas los caballos de los oficiales. Tan sólo una que llevase botas y pantalones, chaqueta larga y salacot blanco.

Pero, por bondad divina, llegué a tiempo para ver al último de sus perseguidores desaparecer en una escalera exterior de madera que conducía a la azotea de un almacén anexo a la casa, tal vez destinado a guardar leña y heno, y que, a la sazón, estaba cerrado y desierto, lo mismo que las calles, a causa de la revista.

Cuando registré la azotea, con los pulmones ardientes y la boca seca, vi a la señorita Vanbrugh en un rincón, cogiendo el látigo por la parte opuesta a la empuñadura y dispuesta a golpear con él a sus enemigos; con la boca cerrada y la cabeza erguida, daba la cara a los sanguinarios y bestiales fanáticos, que, según observé horrorizado, iban armados de gomas y también de largos cuchillos.

Este pormenor, teniendo en cuenta las órdenes dictadas acerca de la tenencia de armas, indicaba que el inevitable alzamiento y la matanza iban a empezar, si no habían empezado ya.

No había que pensar entonces en combatir de un modo caballeresco ni en entretenerme en delicadezas de ningún género, de manera que con mi sable atravesé a uno de aquellos hombres que gritaba: «¡Destrozad a esa... y echar su cadáver a los perros!» Y casi corté del todo el cuello de otro antes de que se dieran cuenta de que el ruido de pasos que oyeran a su espalda no era de uno de sus hermanos.

Mi impulso me hizo atravesar el grupo enemigo hasta llegar al lado de la señorita Vanbrugh y al dar media vuelta abrí una garganta por entero y atravesé de una estocada

otra sucia chilaba entre la quinta y sexta costilla de su dueño.

Entonces todos los restantes se arrojaron contra mí y no tuve más remedio que parar, parar y parar, si quería salvar la vida, y sin oportunidad de hacer otra cosa, hasta que, de pronto, uno de mis golpes cayó sobre la muñeca de un árabe y pude atravesarlo de una estocada mientras él, instintivamente, retiraba la mano.

Tan sólo quedaban dos enemigos, cuando yo recibía en la empuñadura del sable un golpe dirigido a mi cabeza; clavé la punta, con toda mi alma, en la cara de aquella bestia, aunque temí recibir una estocada del otro en el costado. Pero en aquel instante, con el rabillo del ojo observé que dos brazos cubiertos de una tela blanca cogían un cuello negro por detrás. Y cuando el espadón del desconcertado árabe se levantó, aunque involuntariamente por su parte, di un salto de lado y le clavé mi sable en el sobaco.

Hecho esto me senté, jadeando como un perro y esforzándome en recobrar el aliento, mientras de entre aquellos siete cuerpos, algunos de los cuales se agitaban todavía en el charco de sangre, un herido, que la perdía a borbotones, se arrastraba con los dedos de las manos y de los pies hacia la escalera. De haber sido yo un verdadero héroe de romance, habría tomado una actitud gallarda, apoyándome en mi ensangrentado sable y esperando el aplauso, pero la verdad es que me sentí malo y que empecé a temblar.

—Estos individuos son un poco atrevidos — observó una voz fría y tranquila.

Levanté los ojos, olvidando por un momento mis afanes para recobrar el ritmo de la respiración. La joven estaba pálida, pero tranquila y dueña de sí misma, aunque salpicada de sangre de pies a cabeza.

—Ha sido una lucha apurada, mayor Iván — dijo —. ¿Está usted herido?

—No, señorita Vanbrugh — contesté —. Tengo algún arañazo y alguno que otro corte, pero nada más. Y usted, ¿cómo está? Es usted la mujer más valiente y más serena que he conocido. Me ha salvado la vida.

—¡Tontería! — contestó —. Y ¿qué me dice usted de la mía? Yo sí que estaba en un apuro cuando apareció usted. Y no sabe lo furiosa que me sentí por no poder explicar a esas lindas criaturas que era la primera vez que salía sin mi lindo fusil. A punto estuve de llorar de rabia. Ahora, mayor, le advierto que voy a sufrir una ligera indisposición. Tengo

necesidad de volver a casa cuanto antes... ¡Mozo! ¡Traiga una jofaina!

Limpié la sangre de mi sable (y casi lo besé), lo envainé, recogí a la joven y la llevé como si fuera una niña a mi alojamiento. El hecho de no haber oído ningún disparo ni los aullidos de la multitud me demostraba que la revuelta no había empezado aún.

Achmet estaba de guardia ante mi puerta, pero Dufour había ocupado su lugar en la revista, según le ordené.

Tendí a la joven en mi cama, le serví agua y coñac y le dije:

—Óigame usted, señorita Vanbrugh, voy a hacer que venga aquí su doncella. No se atreva a salir de esta habitación hasta que vuelva con ella. Debo advertirle, también, que Achmet no se lo permitiría. Esta noche o antes, la ciudad se habrá convertido en un infierno y estará usted más segura aquí que en casa del gobernador, hasta que yo pueda obtener *burkahs* y *barracans* para usted y para la doncella y llevármelas a casa de Ibrahim Maghruf.

—Pero y esos magníficos soldados, ¿no contendrán a los árabes? —preguntó.

—Lo harán mientras vivan —le contesté.

Y me apresuré a salir.

6

Ni un alma en las calles. Esto era un mal síntoma, aunque resultaba afortunado para mi inmediato propósito de llevar a Maudie a mi alojamiento sin ser vista de nadie.

No tuve que ir muy lejos y di gracias a Dios al ver que estaba en casa. Otis Vanbrugh había salido. Observé que la doncella estaba entusiasmada y excitada, pero no asustada ni ansiosa, cuando le expliqué que seguramente habría una revuelta.

—Precisamente igual que le ocurrió a Jenny No-sé-cuántos, la muchacha escocesa, en la rebelión de los indios. Ya conocerá usted, señor, el sitio de Lucknow, las gaitas y todo lo demás. Yo sé algunos versos acerca de eso. Concédame algunos momentos, señor, y tomaré algunas cosas para la señorita María. ¡Dios mío, vaya una aventura!

Y mientras aquella animosa muchacha iba de un lado a otro, me pareció oír que murmuraba: «¡Jeques!»

¡Jeques! ¡Una aventura! *Une escapade...*! ¿Y si la casa de Sidi Ibrahim Maghruf fuese la primera en ser atacada e incendiada por una multitud sedienta de sangre, por pertene-

cer a un rico y renegado amigo del infiel condenado al infierno?

—¡Aprisa, Maudie! — le grité. Y su lindo rostro apareció entusiasmado por la esperanza de su «aventura». Llevaba una enorme maleta y después de tomarla la hice correr cuanto me fue posible en dirección a Bab-el-Souq.

—¡Oh Dios mío! Mire usted eso — gritó la pobre Maudie cuando llegamos junto al pobre caballo muerto y tendido en su ennegrecida sangre. Y también una *cosa* seguía alejándose y arrastrándose sobre sus manos y sus pies, no sin dejar una roja huella de su paso. Era indudable que bajó rodando la escalera.

Desapareció una parte del entusiasmo de mi compañera y en sus mejillas ya no se vieron los colores que las animaban...

Tomé una copa de coñac y volví a salir, esta vez en dirección a la casa de Sidi Ibrahim Maghruf. Era inútil ir antes a ver al coronel Levasseur. Ya le había dicho lo que tenía que decirle y él había reunido a todos sus hombres, por aquel momento al menos, precisamente donde debían estar, todos en el mismo sitio y bajo un solo mando; y si se producía el levantamiento mientras estuviesen allí, tanto mejor.

Vería a Sidi Ibrahim Maghruf y luego, tras pedirle prestado un caballo, iría al encuentro de Levasseur para referirle el ataque realizado contra la señorita Vanbrugh y para asegurarle, también, que el levantamiento estallaría aquella misma noche. Hecho esto le rogaría que obrase en consecuencia.

Como de costumbre, la casa de Sidi Ibrahim Maghruf parecía estar desierta, desocupada y muerta. Detrás de unas paredes altas y desprovistas de toda abertura alzábase una casa elevada y también sin aberturas, de manera que desde ninguna de las callejuelas inmediatas a la casa se habría podido ver una sola ventana.

Mi llamada especial con el pomo de la espada consistía en dos golpes fuertes, dos suaves y otros dos fuertes; y eso atrajo a un viejo tembloroso al postigo forrado de plancha de hierro de aquella puerta enormemente gruesa. Era el buen anciano Alí Mansur.

Entré en la casa y aquel viejo casi momificado, cuyos ojos eran aún vivos y que tenía todavía la inteligencia muy despierta, me dio un mensaje que seguramente era, palabra por palabra, lo mismo que su amo y señor le había encargado.

«Ya, Sidi, la protección del Profeta y el favor de Alá sean sobre la cabeza de tu Honor. Mi amo se ha visto obligado

a emprender un viaje a un lugar lejano y este esclavo está aquí solo con Djikki, el soldado sudanés. Este esclavo debe rendir fiel cuenta a Tu Excelencia de sus propiedades en las alforjas de los camellos, y Djikki, el sudanés, está ya preparado con los hermosos camellos. La casa de mi amo y cuanto hay en ella está a la disposición del Sidi, y estas palabras de mi amo son para el oído del Sidi: «*Chacales y hienas entran en la cueva del león ausente para robarle su comida.*»

En efecto. El astuto Ibrahim sabía mucho más de lo que me dijera. Desapareció a tiempo llevándose su familia y su dinero hasta que estuviese consumada la matanza de la pequeña guarnición y se terminara el subsiguiente pillaje. Luego se reconquistaría la ciudad, se daría una dura lección a los revoltosos y se instalaría una guarnición apropiada. Hay momentos en que es preciso correr como la liebre, y otros en que conviene perseguir con los perros.

No, aquél no sería un lugar apropiado para albergar a las dos mujeres.

Ordené al viejo Alí transmitir a Djikki el encargo de ensillar rápidamente un caballo y luego proporcionarme cuantas vestiduras de mujer le fuese posible — *tobhs, aabaia; foutas, guenaders, haiks, loughas, melah af, mendilat, roba, sederiya, hezaam, barracan* —, es decir, todo cuanto pudiese hallar correspondiente al tocado de una mujer.

Mi enorme sudanés, el soldado Djikki, haciendo muecas con su horrible rostro, sacó el caballo de las enormes cuadras reservadas para camellos, asnos, mulas, bueyes de noria, vacas de leche y cabras, e inmediatamente le di las órdenes más estrictas con objeto de que lo preparase todo para un viaje por el desierto a los diez minutos de haber recibido la orden.

—Siempre está todo preparado, Sidi — dijo haciendo una mueca —. Así sea sobre mi cabeza y sobre mi vida.

En algunas ocasiones siento cariño por esos enormes, feroces y fieles sudaneses a pesar de lo aniñados y perezosos que son (tenía particulares razones para querer a aquél). Son como *bulldogs* negros de raza inglesa, suponiendo que existan de este color.

De nuevo le dije por dónde debía hacer salir a los camellos cargados con el equipaje, es decir, por la otra puerta, en el caso de que la multitud atacara la casa.

Entonces volvió el viejo con el fardo de ropa y ordené a Djikki que echase a correr con todo aquello a mi alojamiento, lo entregase a su antiguo compañero Achmet y volviese sin perder un momento.

Monté a caballo y atravesando la ciudad, en la que rei-

naba tan extraño silencio, me dirigí al lugar en que el coronel Levasseur había formado sus tropas tan inútilmente, o sea en la enorme Plaza del Mercado. Sus fuerzas consistían tan sólo en su tercero de zuavos, una compañía de *Tirailleurs Algériens* — tal vez ninguno de ellos demasiado fiel cuando resonase el Grito de la Fe y los Mullahs saliesen de las mezquitas para capitanear la Guerra Santa — y medio escuadrón de *Chasseurs d'Afrique*. ¿Qué será toda aquella gente contra cien mil fanáticos, cada uno de ellos deseoso de obtener el perdón de sus pecados y alcanzar el paraíso matando a un infiel, a un *giaour*, a un *meleccha*, a un perro cuya sola existencia era ya una afrenta y una ofensa para el Dios Único?

Allí habría convenido que hubiese una fuerte brigada y una batería de artillería...

Es decir, que se repetía la antigua historia de que la obra de los soldados quedaba destruida por la mano del político; eso sin mencionar las vidas de los hombres.

Una multitud densa y silenciosa observaba la revista; estaban llenos de gente todos los tejados de las casas, así como también los balcones, pero no se veía a ninguna mujer. Además, habría sido posible andar por encima de las cabezas de la gente que llenaba la plaza y las calles que a ella conducían, a excepción de cuatro de ellas en cuyos extremos Levasseur apostó unos piquetes para la mejor dispersión de su pequeña fuerza una vez terminada la parada.

Tomé una de estas calles desocupadas y a través de un océano de caras hurañas llegué junto al gobernador, que estaba montado a caballo; tras él se veía a su *officier d'ordonnance* con un corneta y cuatro tambores de zuavos.

La banda del tercero de zuavos estaba tocando *La Marseillaise* y me pregunté si sus excitadoras notas ejercían alguna influencia en los silenciosos millares de individuos que, inmóviles, presenciaban el espectáculo, a excepción de que, de vez en cuando, sus ojos se volvían expectantes hacia el alminar de la mezquita principal. ¿Expectantes...? Así tenía que ser. ¿Hacia el alminar...?

Desde allí, sin duda alguna, se daría la señal. Desde aquel observatorio elevado, semejante al nido de una golondrina en la alta torre, el almuédano se asomaría a la puesta del sol y el profundo diapasón de su voz maravillosa pronunciaría con fuerza el *shehada*, la profesión de fe de los musulmanes: «*Ash hadu illa illaha ill Allah, wa ash hadu inna Mohammed an rasul Allah.*» Recitaría también la oración del *mogh'reb* y luego... luego levantaría los brazos hacia Alá, impetrando su maldición sobre el infiel; su voz se convertiría en un grito

para ordenar: «¡Matad! ¡Matad!», y de debajo de todas las sucias chilabas saldrían alfanjes y cuchillos y desde lo alto de cada una de las casas se dispararían numerosas armas de fuego... Me parecía estar viéndolo ya.

—Viene usted con retraso, mayor — gruñó el gobernador con acento acusador y ofensivo cuando me acerqué a él.

—En efecto, mi coronel — repliqué —. Pero estoy vivo y ninguno de nosotros lo estará dentro de poco si no toma usted mi consejo preparándose a ser atacado a razón de cien contra uno, antes de una hora.

Y le referí la aventura de la señorita Vanbrugh.

—Ustedes los del Servicio Secreto siempre están pensando en conspiraciones. Eso es obra de unos cuantos tunos — exclamó riéndose aquel hombre «sensato»; y diez minutos más tarde ordenó romper filas.

Los hombres se alejaron en cinco destacamentos hacia las cuatro puertas principales de la ciudad y al cuartel del coronel, respectivamente.

Cuando las tropas salieron de la plaza, la multitud, aún silenciosa, se reunió, y todos los ojos se volvieron unánimemente y sin desviarse hacia el alminar de la mezquita.

7

Volví hacia mi alojamiento, torturando mi cerebro en busca de lo mejor que podía hacerse con aquellas dos muchachas. Muy pronto la casa del gobernador sería el centro más enconado de la lucha y era mucho más probable que la casa de Ibrahim Maghruf fuese saqueada e incendiada.

Sí, indudablemente estarían más seguras en mi alojamiento, vestidas con trajes árabes y con Achmet para defenderlas con su lengua y con sus armas. Mejor habría hecho en enviar en busca de Otis Vanbrugh para darle una posibilidad de salvarse — en caso de que quisiera atender a razones — y defender de paso a su hermana..., pero mi casa era ya conocida como la vivienda del oficial *Franzawi*.

Yo mismo me hallaba en un dilema desagradable, porque no cumpliría con mi deber haciéndome matar en las calles de Zaguig cuando mi tío confiaba en mí para llevar a cabo el cometido más importante de mi vida y que, al mismo tiempo, coronaría todo el trabajo de la suya. Por otra parte, tampoco me sentía inclinado a permanecer oculto en la habitación superior y trasera de una casa, en compañía de dos mujeres y un paisano, mientras mis camaradas empeñaban su última lucha... ¡Maldición!

Al echar pie a tierra ante la puerta del callejón y en la parte posterior de mi casa observé a un árabe vestido con sucios andrajos, que estaba acurrucado junto a la pared, sobre una manta vieja y sucia de caballo y que a su lado tenía un bastón, un cuenco para pedir limosna y un rosario. Me tendió la mano, solicitando una limosna en nombre de Alá, el Misericordioso y el Compasivo. «*Bismillah arahman arahmin!*», dijo en árabe, y en francés: «*Marcha en seguida.*»

Los ojos de aquel hombre estaban inyectados en sangre y ribeteados de rojo, sus sarnosas y barbudas mejillas estaban flacas y hundidas, sus costillas se marcaban perfectamente a través de los agujeros de la asquerosa chilaba, y llevaba un trapo que no llegaba a cubrir su cabello lleno de polvo y revuelto. Cuando lo miré por tercera vez vi que era mi amigo el guapo y elegante capitán Raúl d'Auray de Redon.

Le guiñé el ojo, llevé mi caballo a la cuadra, situada a otro lado del patio, y subí la escalera de madera de la parte posterior de la casa. ¡Por fin había llegado! Recordé la carta de mi tío y las palabras subrayadas «*Márchate en la misma hora...*»

Me quité mi uniforme, me puse mi traje árabe, propio de un beduino de buena posición, completo desde un *kafiyeh* sujeto por un agal hasta las botas *fil-fil* de cuero rojo, y mientras hacía eso y me teñía el rostro y las manos, pensé en una docena de cosas a un tiempo y principalmente en la suerte que esperaba a las muchachas.

No podía dejarlas solas en aquella casa vacía y equivaldría a entregarlas a la muerte el hacerlas volver a la villa del gobernador.

Llamé a gritos a Achmet y así supe que habían entregado la ropa árabe a la señorita Vanbrugh.

—Corre a la casa de su excelencia el gobernador y di al *roumi american*i lord Vanbrugh, el hermano de la *Sitt Miriam* Vanbrugh, que venga aquí sin perder un solo instante. Añade que la *Sitt* corre peligro aquí. Monta el caballo que hallarás abajo y dáselo al *american*i...

¡Era horroroso! No tenía más remedio que huir de Zaguig, disfrazado, al mismo tiempo que mis hermanos de armas lucharían por su vida. Y me veía obligado a abandonar a María Vanbrugh a la muerte o a algo peor que la muerte.

De nuevo bajé corriendo la escalera, y una vez en el patio miré a mi alrededor. Al descubrir a Raúl, que se había sentado en la parte interior y junto a la puerta, le hice una seña. Volviendo a la casa tomé un pollo frío y un pan de mi despensa y seguido de Raúl volví a la habitación para hacer un

fardo con mi uniforme. Estreché la mano de mi amigo y le rogué que hablase mientras comía y en tanto que yo trabajaba. Me contó todo lo referente al encumbramiento del Emir y también me habló del gufa mientras dibujaba un detallado itinerario en mi mapa.

—Todas las tribus se han levantado al noroeste de esta ciudad —dijo después—. Y se apresuran para llegar cuanto antes. Ello ocurrirá hoy mismo, al ponerse el sol, como supongo que ya habrás observado.

—Sí. Y he avisado a Levasseur... Es un tonto de marca mayor... Dice que no se atreverán a hacer nada mientras él y sus zuavos estén aquí. Y no contento con eso los ha diseminado en pequeños destacamentos y, además, Raúl, aquí tengo a dos muchachas blancas.

—¿Dónde? —me interrumpió mi amigo.

—En la habitación vecina —contesté.

Y rápidamente le di cuenta de todo lo referente a ellas.

—¡Dios las ayude! —dijo—. Dentro de una hora estarán solas.

—¿Y tú qué vas a hacer? —le pregunté—. ¿Vas a salir conmigo?

—No. El general no quiere, según dice, que ese Emir pueda matarnos a los dos. Y cree que tú eres el hombre indicado para esta tarde; ahora ya no podemos contar con De Lannec. Te confieso haberle suplicado que me permitiese ir yo, en vista de que le llevé la confirmación de las noticias. Me contestó que tenías derecho a que se te diese esta oportunidad, no tan sólo por tu grado superior al mío, sino por tu hoja de servicios, eso sin tener en cuenta que resolverías el asunto mejor que yo. Además, añadió que, como de esta aventura podría resultar casi la muerte cierta, prefería enviar a su sobrino... Yo casi me eché a llorar, querido Enrique, pero tenía toda la razón. Tú eres el hombre indicado.

¡Alma noble y leal! ¡Fuerte como el acero, fiel y generosa, que ni siquiera conocía de nombre la envidia! Me dio cuanto auxilio le fue posible y todos los informes e instrucciones que podía proporcionarme.

—No. No puedo ir contigo, Enrique, he de reunirme con el populacho de la ciudad, para llevarlo engañado a los puntos menos indicados. He de introducir la confusión en sus consejos y hacer nacer rumores de que un numeroso ejército francés está casi a las puertas de la ciudad, y así sucesivamente... Luego he de regresar para dar noticias de lo sucedido aquí. Eso dará fuerza a la mano del general y le proporcionará la oportunidad de obtener más tropas destinadas a África,

de modo que el pobre Levasseur y sus hombres no tendrán...

Resonó un golpe en la puerta. Raúl se acurrucó en un rincón oscuro y entró Otis Vanbrugh seguido por Achmet.

—¿Dónde está mi hermana? —gritó mirando a su alrededor y viendo tan sólo a los dos árabes.

—Soy el mayor De Beaujolais, señor Vanbrugh —dije—. Su hermana y su doncella están en la habitación inmediata, ocupadas en vestirse de árabes. Esta noche habrá un levantamiento y una matanza. El peor sitio para usted y para su hermana será la casa del gobernador. ¿Quiere usted ocultarse aquí hasta que haya pasado todo y esforzarse en conservar la vida mientras llegan las tropas francesas? Levasseur empezará a telegrafiar en el momento en que comience la lucha, pero transcurrirán algunos días antes que puedan llegar las fuerzas de socorro, eso suponiendo que no hayan cortado los hilos telegráficos, de modo que usted y las dos jóvenes serán los únicos blancos que quedarán vivos en la ciudad si no se mueren de hambre y si no son descubiertos..., pero, en fin, la única probabilidad de salvación es ocultarse aquí con su hermana y su doncella.

—¡Nada de esconderme! —exclamó Vanbrugh—. Pelearé al lado de mi huésped y de sus hombres.

—¿Y su hermana? —pregunté.

—También luchará. Con un fusil en la mano vale tanto como un hombre.

—¿Y cuando llegue el final? —le dije tranquilamente.

—¿No hay probabilidades de salvarse? —inquirió.

—Ni siquiera la sombra de una probabilidad —le contesté—. Fíjese en que tan sólo hay cinco pequeños destacamentos diseminados y que cada uno de ellos se verá frente a diez mil hombres, tal vez. Quedarán materialmente aplastados por el número. Por otra parte, usted no ha visto nunca al populacho africano entregado a la matanza y al pillaje.

—Vamos a hablar con mi hermana —contestó saliendo de la estancia.

—*Un brave!* —dijo Raúl cuando salimos.

En efecto, lo era y también cortés, refinado e instruido, de aspecto ascético, y un hombre que realmente constituía un adorno en las cancillerías. Cuando lo vi por primera vez pensé en James Lane Allen (1) y en los «Cardenales de Kentucky», aunque ignoro la razón. Tenía los ojos y la frente

(1) Novelista norteamericano contemporáneo.

propios de un filósofo soñador, pero, en cambio, su boca y su barbilla eran las de un hombre.

En la vecina estancia había dos mujeres que cualquiera hubiese tomado por árabes. Cada una de ellas miraba a través de la pequeña abertura de la muselina del *bourkh* que las cubría desde la cabeza hasta los pies.

—Vamos a ver, Otis, dime qué sabes de todo *eso* — exclamó una de ellas dando una vuelta sobre su tacón.

—¡Oh señor! — añadió la otra —. ¡Es una aventura magnífica! ¡Vamos a ver jeques!

—¡Cállese usted! — replicó Vanbrugh.

Y se apresuró a exponer la situación a su hermana.

—¿Y qué dice el mayor Iván? — preguntó ésta —. A mí me gustaría mucho más irme con él. ¿Verdad que parece un árabe de cuerpo entero con ese traje tan astroso que lleva?

Por mi parte creo que habría palidecido a no ser por la pintura que cubría mi semblante.

—Voy a salir de Zaguig inmediatamente — dije.

—Supongo que *no escapará usted* — observó ella.

—El mayor De Beaujolais acaba de recibir órdenes — replicó Raúl en inglés — y no tiene más remedio que marcharse.

—Eso resulta muy conveniente para el mayor — replicó la señorita Vanbrugh —. ¿Puedo saber quién es ese noble personaje? — añadió refiriéndose a Raúl.

—Permítame que le presente al capitán Raúl d'Auray de Redon — dije señalando al asqueroso mendigo.

—No me lo presente usted demasiado cerca. Mucho gusto en conocerle, capitán. ¿*También se escapa usted?*

—No, señorita. No me escapo — contestó Raúl — y tampoco lo hace el mayor De Beaujolais. Se ve obligado a marcharse, en cumplimiento de su deber y muy a pesar suyo, dadas las circunstancias. Por otra parte, tendrá que afrontar peligros a lo menos tan grandes como los de Zaguig en este momento.

Por mi gusto habría abrazado a mi amigo. Mientras tanto, la señorita Vanbrugh reflexionó unos momentos y dijo:

—Pues, en tal caso, me parece que haría muy bien marchándome con él. Acompáñame, Maudie. Coge esa maleta. En cuanto a ti, Otis, supongo que te quedarás a luchar. Adiós, querido hermano. Te recomiendo que tengas cuidado contigo mismo.

Y diciendo estas palabras le rodeó el cuello con los brazos.

—*Mon Dieu!* ¡Vaya una muchacha! — exclamó Raúl.

—¿Ha oído usted hablar de la sartén y del fuego, señorita Vanbrugh? — le pregunté.

—Sí, y de toda clase de chismes de cocina. De todos modos, estoy ya cansada de esta alegre ciudad y tengo el deseo de visitar el lugar adonde va usted.

Vanbrugh se volvió a mí, suplicando:

—¡Por Dios vivo le ruego que se la lleve y también a Maudie!

—¡Oh, sí, señor! — exclamó esta última, pensando, sin duda, en los jeques.

—Además — añadió la señorita Vanbrugh —, hay que pensar en la reputación del mayor Iván. Es preciso acompañarle; no podemos permitir que vaya solo.

—Lo siento mucho, Vanbrugh — contesté —. No puedo llevarme a su hermana. Voy a cumplir una misión del Servicio Secreto, misión de la mayor importancia y en extremo peligrosa. Mis instrucciones son las de ir con tan poca gente como pueda, de modo que tan sólo me llevaré a tres indígenas y a un subordinado blanco como guía, sin contar a un camellero, el cocinero, etc. Es imposible.

(Enrique de Beaujolais no estaba dispuesto a cometer las locuras de De Lannec.)

Pero Vanbrugh me cogió aparte y murmuró a mi oído:

—¡Dios mío, recuerde que soy su hermano y que no tendré valor para matarla de un tiro cuando llegue el final! Usted no tiene nada que ver con ella y, además, yendo con usted tiene una probabilidad de salvarse.

—Es imposible — repetí.

Alguien subió la escalera y se acercó a la puerta. Era Dufour, vestido con traje árabe, pues volvía de su alojamiento, a donde fue a cambiarse de ropa.

—Me parece que deberíamos apresurarnos a salir, señor. Tan sólo aguardan la orden del almuédano. Cada uno de los destacamentos ha sido seguido hasta las puertas por centenares de personas.

—Saldremos dentro de pocos minutos, Dufour — contesté —. Vete a casa de Ibrahim Maghruf. Llévate a Achmet. No te olvides de nada, es decir, de las provisiones, del agua, de los fusiles, de las municiones y de las brújulas. Cerciórate también de que Achmet lleva mi uniforme. Iré a reunirme con vosotros dentro de diez minutos.

—Pues, en tal caso, el amable Achmet podrá tomar la maleta — dijo la señorita Vanbrugh señalándola.

Raúl me tocó el brazo.

—Llévate a estas dos muchachas en una *bassourab* — murmuró —. Eso haría, en cierto modo, más razonable tu marcha, pues parecería que te llevas el harén contigo. Luego tal

vez podrás confiarlas a una caravana que se dirija al Norte, prometiéndoles una recompensa enorme si las entregan sanas y salvas en un puesto avanzado francés.

—Me pareec mejor que Vanbrugh se las lleve hacia el Noroeste. Es un muchacho valiente y...

—Y no sabe una palabra de árabe. No tendría ni la más pequeña probabilidad de salir con bien. Ya te he dicho que toda la región está soliviantada. Ni siquiera podrían recorrer una milla. Ya es demasiado tarde.

—¿Y tú? — empecé a decir.

—No sigas, Enrique — contestó —. Ya sabes que yo no soy De Lannec. Mi tarea está aquí, en donde podré hacer mucho cuando se dispongan a dar el ataque. Las multitudes siempre siguen a cualquiera que tenga un plan definido, una voz potente y un poco de sangre fría.

—De Beaujolais, no puedo hacer más sino implorarle... — empezó a decir Vanbrugh.

—Muy bien — repliqué —. Siempre y cuando se entienda, con la mayor claridad, que no asumo ninguna responsabilidad con respecto a la señorita Vanbrugh, quien debe tener perfecta idea de lo que va a hacer, que no me desviaré ni por el grueso de un cabello de lo que considere mi deber, y que no lo haré ni siquiera para salvarla de la tortura o de la muerte.

Desde luego no había ningún inconveniente en sacarla de aquella ciudad en que pronto habría una matanza, pero yo tampoco era un De Lannec.

—¡Oh, mayor, veo que tiene usted mucha prisa! Ven, Maudie, y ten en cuenta que nos alejamos de la muerte cierta para ir a la destrucción segura. Por consiguiente, alégrate, muchacha, y no perdamos tiempo.

Me volví mientras Vanbrugh oprimía a su hermana sobre su pecho, y después de dar una última mirada a mi habitación, emprendí la marcha escalera abajo y salí a la desierta y silenciosa calle, esperando oír a cada momento el primer aullido de la multitud y el primer disparo.

¡Pobre imbécil de De Lannec!

CAPÍTULO VIII

«FEMME SOUVENT VARIE»

«En algún punto de aquella inmensidad, que carece de toda senda, es posible que encontremos la caravana del Anciano Profeta y podamos contemplar sus camellos.»

A. FARQUHAR

I

Formábamos una comitiva cuyo aspecto no llamaba la atención. Dos beduinos del desierto, es decir, Dufour y yo, seguidos por dos mujeres, muy envueltas en sus velos, y cerrando la marcha iba un mendigo quejumbroso, o sea Raúl.

No le permití a Vanbrugh acompañarnos a casa de Ibrahim Maghruf, en parte porque la única probabilidad que tenía de no ser destrozado en la calle era volver cuanto antes a casa del gobernador, donde a lo menos podría defenderse empuñando un fusil, a semejanza de sus compañeros; y también porque yo lo necesitaba para que transmitiese un mensaje final y una súplica al gobernador. Eso sin contar que no me convenía que pudieran ver a un europeo en casa de Ibrahim, suponiendo que la estuviesen vigilando.

Así, pues, me despedí de él dentro del recinto de mi vivienda, repitiendo mi sentimiento de no poder aceptar responsabilidad alguna por lo que le ocurriese a su hermana y seguro por otra parte de que daba el último adiós a un hombre heroico, que ya podía contarse entre los muertos.

No quiso oír una palabra acerca de mi proposición de escaparse de la ciudad, aventurándose a acompañarme hasta que estuviésemos lejos y separarse luego de nosotros para arreglarse como pudiera.

Me dijo que era incapaz de abandonar a unos amigos en peligro. Y después de estrecharnos en silencio la mano, nos separamos, él para correr a su muerte y yo para llevar a su hermana al desierto inhóspito y tal vez a poder de salvajes fanáticos, eso suponiendo que no la matasen o capturasen por el camino.

En casa de Ibrahim Maghruf reinaba una confusión ordenada y había huellas de una partida precipitada; mis espléndidos camellos de viaje estaban ya ensillados y los otros, destinados a llevar los equipajes, cargados con todo lo necesario para la empresa.

Allí Raúl me presentó a un enorme, vigoroso y arisco árabe que, al parecer, se llamaba «Suleiman el Fuerte», que había de ser mi guía. Era el mismo hombre que pudo escapar de las matanzas del nuevo Mahdi y que fue recogido por la caravana en que iba Raúl disfrazado de camellero.

Aquel Suleiman el Fuerte conocía al Mahdi, pues tuvo el honor de ser torturado por él mismo en persona; y, al parecer, tan sólo vivía con el deseo de vengarse. A mí me pareció hombre muy útil, porque conocía muy bien los pozos y las cisternas del camino, aunque, por otra parte, no me gustaba su cara y me propuse no confiar en él más de lo que fuese necesario. De todos modos me llevaría al Gran Oasis, porque tenía mucho que ganar al servicio de los franceses, es decir, buena paga, ascenso y una pensión, y, en cambio, no podía perder nada.

Por fortuna había camellos de repuesto, ya que además de los míos podía disponer de los que dejó Ibrahim Maghruf. Djikki y Achmet pronto armaron una *bassourab* (especie de tienda de forma algo redondeada) y la montaron en un camello para las jóvenes. Luego cargaron otro camello con algunos sacos más de dátiles, *girbas* de agua y sacos de arroz, de té, de café, de azúcar y de sal, así como también de provisiones en conserva.

Mientras yo ayudaba a las muchachas a meterse en la *bassourab* enseñándoles cómo debían sentarse allí con la mayor comodidad posible o, a lo menos, con menor incomodidad de la que podía esperarse, y les recomendaba estrictamente no abrir las cortinas hasta que yo se lo permitiese, Raúl me tocó el brazo.

—Vale más que te marches cuanto antes, mayor — me dijo —. Ya ha empezado. Escucha.

Mientras hablaba empezó a crecer un ruido, entre murmullo y aullido, del que hacía ya algunos momentos me había dado cuenta de un modo subconsciente. Era un murmullo semejante al que pudiera producir el mar lejano al romper sobre una playa llena de cantos rodados y que creció en intensidad hasta convertirse en un rugido terrible y amenazador, sobre el cual los gritos individuales se destacaban claramente como la espuma se divisa muy bien sobre las olas. Las armas de fuego disparaban con regularidad y muy pronto empezaron a oírse descargas cerradas.

—*En avant... marche!* — dije.

El fingido mendigo abrió la puerta de la cerca y salí, precediendo a los demás, montado en mi caballo gigante. Me

seguía Djikki llevando al camello que conducía a las dos jóvenes. Tras él iba Suleiman, que tenía a su cargo los camellos de carga, y le seguía Achmet. En cuanto a Dufour, iba a la retaguardia.

Por espacio de un minuto, Raúl corrió a lo largo del estrecho callejón al que teníamos que salir. Cuando desembocábamos a la calle que se dirigía a la puerta del Sudeste que, por suerte, no era ninguna de las cuatro en que el pobre Levasseur colocara a sus destacamentos, una multitud de gente de campo la atravesó blandiendo alfanjes, lanzas, espingardas y hasta buenos fusiles por encima de sus cabezas y gritando al mismo tiempo: «¡Mata! ¡Mata!»

—¡Alto...! ¡Atrás...! —grité a Djikki.

E hice parar a mi pequeña caravana en la desembocadura de la callejuela, preguntándome si nuestro viaje terminaría en Zaguig. Tenía mi fusil preparado, y Dufour, Djikki, Achmet y Suleiman se acercaron a mí empuñando los suyos.

La multitud llegó a donde estábamos.

—¡Adiós, Enrique! —dijo una voz desde menor altura de la que yo ocupaba.

Y al frente de las turbas se puso el capitán Raúl d'Auray de Redon, convertido en un asqueroso derviche, y empezó a dar vueltas sobre sí mismo. Luego, levantando con una mano el palo que llevaba y el rosario en la otra, gritó:

—¡La Fe! ¡La Fe! ¡Mata! ¡Mata! ¡Por aquí, hermanos! ¡Aprisa! Voy a enseñaros dónde están esos perros infieles... ¡Mujeres blancas...! ¡Botín!

Y echó a correr, seguido de la multitud, por un camino opuesto al que habíamos de seguir y a través de la calle principal.

Aquella fue la última vez que vi a Raúl.

Fue la última vez en que lo vio vivo un francés, a excepción de los rápidos instantes en que lo divisaron Levasseur y sus camaradas a la luz de las casas incendiadas, pues pudieron contemplar a un derviche que parecía estar loco y que arengaba a la multitud cuando ésta se disponía a atacar, o bien se llevaba grandes grupos de gente desde donde podían causar mucho daño a otro lugar en que no causarían ningún perjuicio.

Nadie podría censurar al pobre Levasseur porque se figurase que aquel hombre era un cabecilla fanático y ávido de sangre, que dirigía a la multitud, y por eso él mismo ordenó y dirigió la descarga que atravesó el pecho de mi heroico amigo e inmovilizó para siempre el corazón más noble que latió por Francia.

En cuanto la turba echó a correr detrás de aquel hombre que se había constituido en su guía, di orden de continuar la marcha y guíé a mis compañeros, al trote rápido de los camellos, hacia la puerta que debíamos atravesar para salir al exterior.

Respiré con mayor libertad en cuanto me encontré fuera de aquella maldita ciudad de la llanura. Por el camino se acercaba una multitud más reducida que la que primeramente habíamos encontrado, y me desvié para atravesar unos huertos, a fin de trazar una curva a través del arco del camino.

Unos cuantos bandidos se destacaron del grupo, en dirección a nosotros, capitaneados por un gigante de bestial aspecto que empuñaba una espingarda de seis pies de largo y que en la otra mano llevaba un enorme alfanje. No pude comprender cómo lograría emplear aquellas dos armas. Parecía amenazarme y en cuanto estuvieron más cerca levanté mi fusil.

—¡Id a Zaguig si queréis buen botín! — le dije con acento irónico —. ¡Allí encontraréis mucho más!

Algunos de los bandidos se rieron y la mitad del grupo retrocedió.

Sin embargo, su cabecilla clavó su alfanje en el suelo, se arrodilló y apuntó su larga espingarda a mi camello. Evidentemente su sistema primitivo consistía en matar las monturas de sus enemigos y luego cortar la cabeza del jinete en cuanto llegaba al suelo.

Pero los fusiles son armas mucho más rápidas que los *jezails*, los trabucos, mosquetes o arcabuces, y sin reparo de ningún género atravesé a aquel individuo de un balazo.

Mis compañeros, que, con la mayor disciplina, se habían abstenido de disparar, cosa que me complació mucho, se desquitaron del tiempo perdido y el resto de los enemigos emprendió la fuga, sin duda bajo la impresión de que habían tropezado con un grupo de *tuareg* cargados de botín.

Nuevamente reanudamos la marcha con la mayor rapidez, y me sonreía a mí mismo al recordar la voz que salió de la *bassourab*, en cuanto hube disparado, diciendo: «El mayor Iván merece un premio.»

Era evidente que las cortinas de las *bassourab* se habían abierto a pesar de mis órdenes.

El cielo se tiñó de rojo. El aullido de la multitud, el más

espantoso de los ruidos capaces de conmover el alma de un hombre, era cada vez más fuerte e intenso, en tanto que el fuego graneado de los disciplinados soldados contestaba a los mil disparos de las armas de fuego de los rebeldes.

En una revuelta del camino tropezamos con otro grupo, y me fijé en que ocupaban los caminos del Norte. No había tiempo para dar media vuelta y nos dirigimos hacia ellos.

—¡Aprisa, hermanos, o si no llegaréis tarde! — les grité.

Y a mi espalda mis compañeros gritaron: «¡Mata! ¡Mata!»

Así pasamos a través del grupo antes de que se dieran cuenta de que éramos muy pocos o, tal vez, por habernos tomado por lo que éramos en realidad, es decir, por un grupo bien armado que defendería, causando muchas víctimas, el botín que conducía.

Por otra parte, para aquellos montañeses, el resplandor de la ciudad incendiada era un atractivo que incluso habría sido suficiente para hacerlos salir de la tumba.

De nuevo seguimos la marcha y, a excepción de algún individuo extraviado que encontrábamos acá y acullá, atravesamos sin más tropiezo la zona peligrosa.

Al cabo de un par de horas nos habíamos internado de tal manera en el desierto que no parecía sino que estuviésemos a más de cien millas de la ciudad.

Sin embargo, seguimos marchando a la misma velocidad, alumbrados por la luz de la luna. Me esforzaba en olvidar lo que estaría ocurriendo en Zaguig y también el destino que, sin duda, encontrarían mi querido amigo y mis camaradas, a quienes el terrible deber me hizo abandonar en su última agonía. Ansiaba poder huir de mí mismo y con gusto habría llorado.

3

Después de medianoche solté las riendas y ordené descincar los camellos y acampar.

Antes de que pudiera intervenir Djikki hice arrodillar el camello que llevaba a las jóvenes, emitiendo un gutural «*Adar-ya-yan*», y ello ocurrió con tanta rapidez que la pobre Maudie fue arrojada de cabeza del lugar que ocupaba en la *bassourab*, yendo a caer en la arena, en tanto que una voz fatigada preguntaba desde dentro:

—¿Qué ocurre ahora? ¿Algún terremoto?

Maudie se echó a reír y la señorita Vanbrugh salió a ras-tras de la *bassourab*.

—Mayor — observó —. Estoy cansada del camarote que

me ha dado usted en el buque del desierto. Prefiero la cubierta. Después de esta noche no volveré a viajar en esta tienda oscilante. Además, aquí dentro no hay sitio para dos. Ni siquiera hay la comodidad necesaria para marearse como es debido.

—Tenga usted en cuenta, señorita, que viajará donde y como yo le indique — repliqué — hasta que tenga oportunidad de disponer otra cosa.

—Querido mayor Iván — contestó sonriendo —, no sabe cuánto me gusta oírle hablar así.

Y a pesar de lo fatigada que estaba tarareó unas notas de aquella irritante canción.

En un espacio de tiempo en extremo corto quedaron instaladas las *tentes d'abri* que debían haber sido para mí y para Dufour, pero las ocuparon las dos jóvenes. Se encendieron las hogueras e hicieron hervir agua para el té: una olla empezó a despedir aromáticos olores y su contenido de carne de cordero, arroz, manteca, vegetales y especias se cocía bajo la vigilante mirada de Achmet, que, al mismo tiempo, hacía asar un pollo.

Maudie deseaba servir a la señorita Vanbrugh y a mí mismo, pero su bondadosa ama y amiga le dio una orden distinta. Así las dos muchachas, Dufour y yo hicimos una *partie carrée* junto a una hoguera, mientras Achmet nos servía. Djikki y Suleiman dieron de comer a los camellos y luego llevaron a cabo lo que la señorita Vanbrugh describió como sus «tarefas domésticas» con respecto a otro.

En cuanto hubimos terminado de cenar, me ocupé en dar algunas instrucciones a la señorita Vanbrugh y a Maudie, indicándoles la conveniencia de economizar lo más posible el agua como la absoluta necesidad de obedecer mis órdenes con toda rapidez y exactitud.

Después de cenar, las dos muchachas se retiraron a las literas de campaña formadas con lona y algunos palos, y que pertenecían a Dufour y a mí mismo; yo, por mi parte, señalé las guardias de dos horas cada una a Djikki, Achmet y Suleiman, con algunas visitas de inspección de Dufour y mías a horas alternas.

Visité los camellos y el equipo, seguramente sujeto a unas estacas clavadas en el suelo, y vi que todo estaba en orden, según podía esperarse de gente tan práctica en el desierto como todos los que nos seguían.

Al parecer, ninguna de las *girbas* de agua perdía ni una sola gota del precioso líquido... y en vista de todo eso, me envolví en una manta y me tendí para contar las estrellas.

Buenos días, mayor Iván — dijo una voz fría al amanecer de la siguiente mañana, cuando yo estaba ocupado en distribuir la entrega de agua y de provisiones para el desayuno —. ¿Dice algo nuevo el periódico de esta mañana?

—Espero que usted y Maudie habrán dormido bien — repliqué —. ¿Tiene usted todo lo que necesita?

—No, bondadoso señor — contestó —. Quisiera tomar un baño caliente y un poco de té, así como disponer de una escalfeta y entonces ya vería usted como le ofrecería un excelente guisado.

Estaba tan fresca y lozana como la radiante mañana y tan linda en su traje árabe como en el que le era propio.

—Tal vez podrá usted bañarse dentro de una o dos semanas — le repliqué.

—¿Cree usted que será en un baño caliente?

—Sí. En una cacerola — le prometí —. Hoy — añadí — vamos a hacer una marcha forzada. Usted y Maudie volverán a meterse en la *bassourab*. Después de eso marcharemos al paso natural de los camellos que llevan los equipajes y por regla general viajaremos de noche. Entonces podrá ir según prefiera, hasta que nos despidamos.

—¿Y por qué quiere usted viajar de noche? — preguntó —. ¿Tal vez para satisfacer mis deseos?

—No, sino porque se goza de un poco más de fresco — repliqué —. Y los camellos marchan mucho mejor. De este modo no ven nada y no se entretienen en mordisquear las hierbas... Además, nuestros enemigos no podrán vernos.

—Desde luego. Por un momento temí que obrase usted así a consecuencia de lo que yo dije acerca de la *bassourab*, mayor, y que se dispusiera a salvar a las mujeres y a los niños...

—¿Cómo está Maudie? — pregunté.

—Bastante mal, pero animosa — contestó —. No está acostumbrada a montar y le duele mucho la espalda.

—¿Y a usted?

—¡Oh!, ya estoy habituada, porque casi puede decirse que crecí a caballo — exclamó riéndose —. Y, por consiguiente, podré envejecer montada en el camello. Ahora, mayor, le ruego que me deje teñir la cara y vestirme de hombre, así como también empuñar un fusil. Entonces Maudie dispondrá de toda la *bassourab* y podría ir con las cortinas abiertas.

—Ya pensaré en eso — le prometí.

Durante todo el día seguimos marchando, precedidos a gran distancia de Suleiman, que actuaba de explorador y de guía.

Aquella noche, después de hacer mis rondas acostumbradas, tuve una conversación con dicho individuo, que resultó sumamente interesante y me explicó muchos puntos dudosos.

En primer lugar me enteré de que el Emir el Hamel el Kebir había sido encontrado en el desierto y que nadie sabía cosa alguna acerca de él.

También gracias a las confesiones que, de mala gana, hizo Suleiman y siempre teniendo en cuenta el odio que sentía por el Emir, pude enterarme de que éste era un poderoso milagrero, que daba muestras de su poder ante los ojos de todo el mundo, invencible Comendador de los Fieles en la batalla y un hombre de gran capacidad y poderío.

Era evidente que su tribu lo adoraba, o, mejor dicho, la tribu de su adopción, a la que se apareció en el desierto, y era muy probable que considerasen su importancia actual, su éxito y sus riquezas como recompensa directa de Alá por su hospitalaria aceptación de aquel «profeta» cuando lo hallaron.

Reflexioné acerca de mis estudios sobre las campañas inglesas en Egipto contra Osman Digna y Mohammed Ahmed el Mahdi, y el Califa, y también de la suerte que hubiese hallado todo inglés que penetrase, en compañía de dos mujeres blancas, en el campamento de cualquiera de aquellos fanáticos y salvajes guerreros.

Pero cuando quise tener una idea de la personalidad y del carácter del Emir, Suleiman se limitó a gruñir:

—Es un traidor, hijo de Satanás. Envenenó al viejo jeque, cuya sal había comido, y también me torturó. ¡A mí, que debía haber sucedido al buen anciano, para quien era casi como un hijo...!

Esto sonaba bastante mal, pero como de toda historia hay dos versiones, pude comprender perfectamente que nuestro Suleiman mereciese, con toda justicia, un poco de tortura.

—Huí de la tribu — continuó Suleiman — y fui a ponerme bajo el amparo del Emir Mohammed Bishari ben Mustapha Korayim abd Radu, que me acogió e hizo derramar aceite y vino en mis heridas.

»Pero este Emir el Hamel el Kebir también mató a mi nuevo protector, cayendo sobre él a traición en el Paso de Bab-el Haggar. Y por esta razón tuve que huir de nuevo para

salvar la vida. Una caravana me encontró algunas semanas más tarde en el desierto y a punto de morir. Y me llevaron consigo. El hombre que me trajo junto a ti se mostró amigo mío desde el principio y me enseñó cómo podía ganarme la vida y, al mismo tiempo, lograr mi venganza sobre ese falso pretendiente y usurpador. Ese Emir el Hamel.

Y el cariñoso Suleiman escupió vigorosamente.

—¿Eres *Franzawi*, *Sidi*? — preguntó después de breve silencio.

—Como tú, trabajo para ellos — le contesté —. Pagan espléndidamente a quienes les sirven bien, pero, en cambio, su venganza es terrible contra aquellos que les hacen traición. Y su brazo es muy largo... — añadí.

—¡Alá los castigue! — gruñó. Y me preguntó —: ¿Enviarán un ejército para destruir a ese el Hamel?

—¿Cómo quieres que lo sepa? — le repliqué —. A nosotros nos corresponde tan sólo espíarle y comunicarlo a los *Franzawi*.

—Pues que se tenga cuidado con mi cuchillo — añadió ferozmente.

Entonces se me ocurrió que si yo hubiese sido un Borgia o mi nación otro país que podría mencionar, si fuese necesario, allí tenía, al alcance de mi mano, el modo de solventar el problema con que nos encontrábamos a consecuencia de la amenaza de aquel Mahdi.

—Los *Franzawi* no alquilan asesinos ni permiten los asesinatos — repliqué fríamente —. Tú vigila bien...

Y le dejé, revolviendo muchos pensamientos en mi mente.

¡Cuánto deseé encontrar una caravana amiga que se dirigiese al Norte y a cuyo jefe pudiese entregar aquellas dos muchachas, con ciertas garantías de seguridad y con la esperanza de que no correrían ningún peligro!

¡Pobre De Lannec! Pero yo no cometería ninguna tontería semejante.

5

Los perezosos días se sucedían uno a otro, seguidos por noches en extremo activas; las semanas se convirtieron en un mes y seguimos marchando en línea recta hacia el Sudeste, pero ninguna caravana alegró mis ojos ni tampoco apareció ningún ser humano en los distintos oasis que encontramos, a excepción de una tarde que vimos a un solitario

explorador *targui* (1) inmóvil en su camello mehari y apostado en una colina de arena.

En cuanto descubrimos aquel indicio amenazador ordené hacer una marcha forzada durante toda la noche y gran parte del día siguiente, esperando haber escapado sin ser vistos y sin que nos siguiesen.

La verdad es que durante aquellos días estuve muy preocupado. Mi ansiedad no se debía tan sólo a la suerte de los dos jóvenes, sino que también me molestaba el darme cuenta de que mis pensamientos se fijaban mucho más en María Hankinson Vanbrugh que en la importantísima tarea que me esperaba.

Mi mente estaba cada día más ocupada por aquella muchacha y menos por mi misión, de la que dependían la paz y la guerra, las vidas de millares de hombres, tal vez la pérdida o la adquisición de un Imperio, y ciertamente millones de francos y muchos años de trabajo de soldados y estadistas. Por las noches no podía dormir, pensando en aquella mujer y en el destino que le estaría reservado; y también reconviniéndome por el hecho de que absorbiese mis pensamientos, que debían haber estado concentrados en el Deber.

Y todavía aumentaba mis preocupaciones la conducta que ella seguía con respecto a mí.

Había momentos en que parecía aborrecerme y en otros, en cambio, estaba tan amable conmigo, que tenía que hacer verdaderos esfuerzos para no estrecharla en mis brazos. Eso era cuando me llamaba «buen mayor Iván» y me demostraba su gratitud, aunque Dios sabe por qué causa; tanto para Maudie como para ella la vida era muy dura, aunque sus valientes almas no se quejaban jamás.

También me dije que la suerte de su pobre hermano debía de ser un gran dolor para ella, y a eso atribuía sus cambios de humor y sus actitudes caprichosas con respecto a mí.

Jamás olvidaré una magnífica noche de luna llena, en que nos hallábamos junto a una fuente, al pie de unas palmeras, es decir, en uno de aquellos pequeños oasis que parecen un verdadero paraíso y que, por el contraste, hacen más terrible el desierto y lo semejan al mismo infierno.

La tarde empezó mal. Mientras encendían las hogueras, se daba de comer a los camellos y se armaban las tiendas, los dos jóvenes fueron a bañarse. Encontré a Maudie de vuelta del baño, y estaba tan lozana y bonita y mi alma turbada se sintió tan llena de admiración hacia ella, por su valor y por

(1) Singular de *tuareg*, que es el nombre plural de esta tribu.

su buen ánimo, que cuando se detuvo y con deliciosa sonrisa me preguntó: «Dispéñseme usted, señor. ¿Está casado el señor Dufour?», yo me eché a reír, y rodeándola fraternalmente con mi brazo le di un cálido beso.

Ella, con notable rapidez y violencia, me dio un bofetón.

—¡Maudie! —exclamé sorprendido—. Ha interpretado usted mal mi acto.

—Pues bien, así no volverá usted a interpretarme mal a mí —replicó, irguiendo la cabeza y alejándose muy dignamente.

Mientras lo hacía, una alegre carcajada que resonó entre las palmeras me dio a entender que la señorita Vanbrugh había sido testigo de aquel leve episodio romántico.

Aquella noche no se habló del asunto durante la cena; al terminar, me senté a solas con María Vanbrugh y pasé una de las horas más deliciosas de mi vida.

Empezó por hablarme de su hermano Otis y de las posibilidades de que aún estuviese vivo. Luego se refirió a sus padres y a otros hermanos, varón y hembra, que tenía.

Su padre era un hombre inabordable, de instintos feudales, y me enteré de que poseía millones de acres de tierra y centenares de millares de cabezas de ganado en el Oeste de Norteamérica.

Era viudo y, según me dijo, tenía el carácter tan malo como bondadoso era su corazón. La otra hermana, a cuyo nacimiento murió su madre, era, por extrañía que parezca, la niña mimada del padre de María y se quedó a cuidarle mientras María se marchó a viajar.

El hermano mayor era, al parecer, demasiado semejante a su padre para poder congeniar con él.

—No hay duda de que papá estuvo muy duro con Noel —me dijo—. Y éste, por su parte, hacía encolerizar a papá. No quería estudiar, sino que se dedicaba a recorrer los ranchos en compañía de los *cow-boys*, viviendo como si fuese uno de ellos y hasta dormía en su compañía. Si le mandaban a la escuela, se escapaba todas las veces que podía, y papá le encontraba siempre oculto entre los *cow-boys* cuando se figuraba que había ido hacia el Este.

»Papá estaba empeñado en que Noel recibiese una buena educación, ya que él, en su juventud, no la había tenido. Una buena mañana, mi hermano hizo enojar tanto a papá que, cuando se alejaba, mi padre le tiró el lazo, lo derribó de su caballo y luego lo azotó con su látigo. Entonces Noel, por un momento, pareció dispuesto a hacer uso de su fusil, pero lo arrojó al suelo y se limitó a decir: «Adiós, papá. No puedo aguantar más.»

»Y a partir de entonces no hemos sabido más de él. ¡Cuánto lloré! Yo adoraba a Noel, aunque tenía muchos más años que yo. Papá también le quería más que a Otis, a pesar de que éste no le dio el menor disgusto y estudió en Harward, y Noel, en cambio, debe de ser una mala cabeza si todavía pertenece al mundo de los vivos...

—¿Y nunca ha vuelto usted a ver a Noel? — pregunté, porque quería que siguiese hablando para oír su hermosa voz y contemplar su bello rostro.

—Nunca. Ni siquiera hemos recibido noticias tuyas. Tan sólo oímos hablar de él una vez. Nos dijeron que, después de haber recorrido todos los Estados, se alistó como soldado en un regimiento de caballería y que, luego, un tratante en caballos, a quien conocía nuestro superintendente, le vio a bordo de un barco que transportaba ganado a Liverpool.

—¿Y ahora recorre usted el mundo buscando al querido compañero de juegos de su juventud? — pregunté con alguna simpleza.

—No diga usted tonterías — contestó —. Casi he olvidado cómo era y estoy segura de que no lo reconocería si le viese. No obstante, me gustaría encontrar a mi querido Noel. No tenía más enemigo que él mismo y jamás cometió una acción baja. Y ahora, mayor Iván, hágale usted de sí mismo, es decir, del hombre severo, duro y terrible que hay en usted.

Para complacerla le hablé de mí como debe hacerlo un hombre cuando se encuentra con la mujer elegida. Y, poco a poco, le tomé la mano y ella no la retiró, sino que estrechó la mía mientras yo decía:

—¿No sabe usted que el diablo me tentó ayer noche para que diese la orden de ensillar y de dirigirnos al Norte a fin de ponerla a usted en lugar seguro?

—¿Y cedió usted, mayor? — preguntó apaciblemente y devolviéndome con su manecita la presión de la mía.

—Ni siquiera contesté al tentador — le repliqué en seguida —. Pero no puedo negar que estoy horriblemente preocupado, asustado y lleno de ansiedad con respecto a usted.

—¿Es muy urgente, mayor, el asunto a que está usted entregado? — preguntó.

—Mucho.

—¿Y su jefe espera que usted lo realizará con rapidez, sagacidad y acierto?

—Sí.

—Pues, en tal caso, desafíe usted al demonio y todas sus tentaciones, mayor — dijo —, y no permita que mi bienestar pueda amenazar el suyo.

—Así lo haré, señorita Vanbrugh —repliqué—. Pero si encontrásemos una caravana...

—¡Tonterías! Supongo que no hará usted conmigo como los hermanos de José.

—¿Cómo podría yo dejarla en poder de un hombre que, a juzgar por cuanto puedo creer, será un diablo verdadero? Antes me sentiría con valor para matarla de un tiro.

—Por mi parte estuve a punto de proponerle: «Hágame preparar un campamento junto al oasis y luego márchese solo», pero el caso es que no deseo que haga usted tal cosa.

—Eso mismo pensaba yo. Pero un hombre como ese «Emir» estará enterado de todos nuestros movimientos mucho antes que lleguemos a sus territorios. ¿Y qué será de usted si me prenden o me matan? Además, Dufour no querría dejarme y lo mismo harían Achmet y Djikki.

—Lo mejor será que siga usted adelante, igual que si yo no estuviese aquí, amigo mío, y yo le acompañaré a donde vaya para compartir su suerte. Siempre tendré el recurso de pegarme un tiro cuando me parezca llegado el momento conveniente. Por nada del mundo quisiera ser una molestia para usted, mayor. El deber ha de ser ahora y siempre antes que el placer.

Mientras decía estas palabras, oprimió su hombro contra el mío, con el mayor cariño, y yo le cogí la otra mano. Luego la atraje hacia mí. Casi besaba ya sus labios sonrientes... cuando, de pronto, retiró su mano y poniéndose en pie de un salto señaló el oasis muy excitada.

—¿Qué ocurre? —pregunté alarmado, porque mis nervios estaban debilitados por el poco sueño.

—Me pareció ver una especie de elefante alado dando corvetas por encima de los árboles. Algo así como una gamba voladora o una rata acuática en los aires, mayor Iván.

Y mientras yo me ponía furioso, ella se echó a reír y cantó de nuevo aquella maldita canción:

*Hay héroes cabales de renombre y de fama
en las huestes que manda el intrépido zar,
pero donde más ardía del valor la llama
era en el pecho de Iván Petruski Skivah.*

*Imitaba a Irving, sabía a euchre jugar
y también la guitarra española tocar.
La flor, en fin, del grupo moscovita
fue Iván Petruski Skivah...*

Aquella muchacha había estado burlándose de mí durante

toda la noche. Di la orden de ensillar y recorrimos una doble etapa hacia el sur del sol naciente (cuando se levantaba), con objeto de castigarla por su impertinencia y recordarle que iba en mi compañía tan sólo gracias a mi tolerancia. Pronto vería quién sería el último en reírse en mi caravana.

Mon Dieu! ¡Qué tonto fue el pobre De Lannec!

CAPÍTULO IX

LOS «TUAREG» Y «QUERIDO IVÁN»

I

Uno o dos días después, mientras proseguíamos el camino aprovechando el fresco de la tarde, Dufour, que iba a la retaguardia de la pequeña caravana, se acercó a mí.

—Nos siguen — dijo —. Creo que son *tuareg*. He mandado a Djikki para que explore.

—Pues si son *tuareg* rodearán nuestro próximo campamento y nos asaltarán de pronto — repliqué —. Hasta ahora nuestro viaje nocturno ha trastornado sus planes, porque no han tenido la oportunidad de sorprendernos a la hora del amanecer, lo cual es su maniobra favorita.

—Nos seguirán toda la noche y nos atacarán cuando crean que estamos muy ocupados en acampar, mañana por la mañana — observó Dufour.

—Veremos si conseguimos librarnos de ellos marchando en zigzag y describiendo círculos — repliqué —. Si no fuese por las mujeres, resultaría muy divertido dar un rodeo, situarnos a su espalda y entonces atacar. Supongo que se tratará de un pequeño grupo y no de una *harka*.

Se acercó María Vanbrugh, pues yo iba delante de todos, muy disgustado y separado de los demás hasta que Dufour se había reunido conmigo. La joven y yo habíamos terminado definitivamente.

—¿Qué ocurre, mayor? — me dijo.

—Nada, señorita Vanbrugh — le contesté.

—Pues yo creo que ocurre lo suficiente para que los hombres ocupen en ello sus cabezas y sus lenguas — añadió.

Nos alcanzó entonces el camello que llevaba la *bassourab* en que iba Maudie, pues habíamos aminorado la marcha, y nos detuvimos.

—¿Qué hay, señor Dufour? — oí que preguntaba Maudie.

—¡Jeques! — replicó maliciosamente Dufour.

Me pregunté si también él habría recibido algún bofetón. Miré a Maudie y me pareció que se ponía muy contenta.

Media hora más tarde, Djikki, que tenía ojos de lince, acudió corriendo al galope de su camello.

—*Tuareg* con el rostro cubierto por un velo — dijo —. Los Olvidados de Dios. Más o menos, son cinco manos de dedos. Como la luna creciente.

Por estas palabras comprendí que serían veinticinco *tuareg* y que avanzaban en línea semicircular, cuyos extremos nos envolverían en el momento oportuno.

No podíamos hacer otra cosa sino seguir marchando. Éramos cinco fusiles, o mejor dicho seis, contando a la señorita Vanbrugh. Y disparando al amparo de nuestros camellos podríamos dar buena cuenta de los enemigos montados que avanzaran al descubierto.

Tampoco creí que un grupo reducido como aquél se atreviese a atacar a una caravana de tan buenos y decididos tiradores como nosotros.

Pero, ¿y si lograban matar nuestros camellos?

—Continúen marchando detrás de Suleiman con toda la rapidez posible, señoritas Vanbrugh y Maudie — ordené —. Achmet las seguirá. Tú, Dufour, Djikki y yo, formaremos la retaguardia. No se alarmen si oyen disparos — añadí, volviéndome hacia las jóvenes.

—¡Oh mayor! Yo empezaré a temblar de miedo y el susto aparecerá en mi rostro — dijo María Vanbrugh arrastrando las palabras.

Sentí la impresión de que los labios de Maudie se abrieron para suspirar la palabra «¡Jeques!»

Marchamos en este orden durante una hora y luego dejé a Djikki en una duna, con orden de vigilar mientras durase la luz, pues me dije que tal vez podría divisar las siluetas de nuestros perseguidores sobre el cielo iluminado por el sol poniente y ver si había aumentado su número o cambiado su formación o dirección, y juzgar también si su marcha se había apresurado o, por el contrario, era más lenta.

—Tan pronto como oscurezca daremos media vuelta hacia la derecha por espacio de un par de horas y luego al revés, hacia la izquierda — dije a Dufour.

—Sí, señor — contestó éste —. En la oscuridad no podrán seguir nuestras huellas y mucho menos si vamos un poco de prisa.

Apenas acababa de pronunciar estas palabras, cuando resonó un tiro... y luego otro. Y a juzgar por el sonido fueron disparados por alguno de nosotros... Djikki.

Dimos media vuelta y retrocedimos siguiendo nuestras propias huellas. Pasamos junto al camello tendido de Djikki y vimos que el sudanés estaba echado junto a la cresta de una colina de arena. Se puso en pie y vino hacia nosotros.

—Tres — dijo —. Rápidos exploradores que preceden a los demás. He herido a un hombre y a un camello. Los demás huyeron. Cuatrocientos metros.

Para un sudanés fueron estupendos aquellos dos blancos.

—Esto, por lo menos, les demostrará que estamos sobre aviso — observó Dufour mientras avanzábamos con rapidez para alcanzar a los demás.

Tan pronto como fue de noche y reinó la oscuridad habitual en el desierto, alumbrado tan sólo por las estrellas, tomé la vanguardia de la caravana y torcí a un lado mientras pasábamos por un lugar rocoso que no dejaría huellas de las suaves patas de los camellos.

Durante dos horas seguimos aquella dirección, y luego dimos media vuelta para dirigirnos hacia la izquierda y en dirección paralela a nuestro primer camino.

Entonces me quedé en la retaguardia, dejando que Dufour me sustituyese en la vanguardia. Prefería confiar en su habilidad científica adquirida, que en el sentido de orientación en el desierto que tenía Suleiman. Me quedé atrás y me detuve hasta que apenas pude ver a Achmet en el horizonte, pues a veces se me aparecía como una mancha blanquecina y otras se siluetaba contra el cielo estrellado y de intenso color azul.

Era una enorme soledad. Universos más allá de otros universos. Una caída rítmica de patas suaves en la blanda arena. Un balanceo acompasado del enorme y caliente cuerpo de los camellos.

No me acusaré falsamente de haberme quedado dormido, porque no creo que lo hiciese, aunque varias veces me ha ocurrido eso yendo montado en un camello. Pero estaba, ciertamente, algo hipnotizado a fuerza de mirar a las estrellas y por el ritmo perfecto del trote incansable e invariable de mi camello.

Además hacía muchas semanas que dormía poco. ¿Tal vez cerré los ojos durante algunos segundos?

Sea como fuere, el caso es que, desde mi estado contemplativo, volví al fenómeno de la realidad, a interesarme en lo que me rodeaba; por fin me di cuenta de lo que ocurría y ello se agarró a mi corazón como si fuese una mano fría.

Primero me pareció notar que había alcanzado a Achmet y que me hallaba a pocos metros hacia su derecha. También me dije que Djikki o quizá Suleiman se encontraban a poca

distancia y a mi derecha... Luego sospeché que estuviese alguien a mi espalda.

Indudablemente me había situado en el centro de la caravana. Era curioso. Pero, ¿qué era aquello? Me froté los ojos al recordar de pronto que ninguno de nosotros llevaba lanza.

Entonces fue cuando se me enfrió la sangre en las venas, pues comprendí que mis compañeros eran los *tuareg*.

Hice un esfuerzo para recobrar el ánimo y para reflexionar rápidamente. Tal vez cada uno de ellos me tomaba por otro miembro de su banda que se hubiese adelantado y al que lograron alcanzar. O quizá se regocijaban al ver al imprudente a quien consiguieron engañar y que estaba ya en su poder.

¿Acaso se propondrían marchar a mi lado, silenciosos, hasta que la banda de los *tuareg* y la caravana no formasen más que un solo cuerpo... y entonces cada uno de aquellos bandidos elegiría a su víctima y le daría muerte?

¿Qué podía hacer? Yo llevaba el fusil atravesado sobre las piernas. No, sin duda no me había dormido porque, de lo contrario, se me habría caído.

Con lentitud volví la cabeza y miré a mi espalda. No pude ver a nadie más, pero como estaba muy oscuro era posible que se hallasen muy cerca de mí, eso sin contar a los tres que podía distinguir con la mayor claridad.

Achmet no estaba a la vista. ¿Qué haría?

¡Trabaja, cerebro, trabaja! La vida de ella depende de ti.

¿Acaso podría adelantarme a ellos lo suficiente para alcanzar la caravana, dar una orden rápida y hacer que mis hombres se volvieran a los enemigos dispuestos a darles muerte haciendo fuego a discreción?

De cualquier modo que fuese debería probarlo. Levanté el palo que colgaba de mi muñeca y el camello apresuró el paso en el acto. Nunca es necesario pegar a un mehari bien adiestrado. Los fantásticos jinetes de mi derecha y de mi izquierda conservaron sus posiciones.

No había ganado nada.

Era preciso que no se diesen cuenta de mi deseo de escapar. Ejerciendo una débil presión en la brida izquierda de mi camello, logré avanzar oblicuamente y de un modo muy ligero hacia la sombra que había a aquel lado. Estaba dispuesto a hablarle como si fuese también un *targui*, y eso en cuanto me hallase lo bastante cerca de él para disparar con seguridad en caso de que me atacase.

El resultado que advertí me demostró que el enemigo no me había tomado por uno de ellos, pues no pude acercarme

a aquel hombre ni alejarme del que estaba a mi derecha.
¡Ardid contra ardid...! Y la apuesta era la vida de María Vanbrugh.

Con suavidad tiré de las riendas y poco a poco acorté la marcha. Mis silenciosos compañeros de pesadilla hicieron lo mismo. Esto permitiría que la caravana se nos adelantase, dando a mis hombres más tiempo para la acción cuando llegase el momento de empeñarla.

Mi paso era cada vez más lento, hasta que me quedé atrás, cabeceando como un hombre dormido; pero, mientras tanto, mis ojos se esforzaban, por debajo del *haik*, en vigilar a aquellos demonios que me acompañaban.

Mi camello andaba ya al paso y de un modo gradual las dos sombras convergieron hacia mí para ejecutar un trabajo silencioso con su lanza o su alfanje.

¿Y el hombre que estaba a mi espalda? Los músculos de mis omóplatos se contraían mientras sentía la impresión de que el acero se hallaba a un metro de mi espalda.

De pronto me enderecé, levanté mi fusil y disparé con mucho cuidado, y con rapidez exenta de apresuramiento, contra el jinete que había a mi derecha. Apunté de manera que si no le daba en la cadera, por lo menos pudiera herir a su camello y tal vez a los dos. Cuando resonó mi fusil en el profundo silencio de la noche, me volví hacia delante. Entonces incliné el cuerpo para accionar el cierre de mi fusil y con la esperanza de evitar de este modo la lanza o la espada que el otro enemigo pudiera asestar contra mí.

Pero no fue así, sino que resonó un arma de fuego a pocos metros de distancia y sentí la misma impresión que si mi brazo izquierdo hubiese sido golpeado por un hacha enrojecida.

Con la mano derecha, que sostenía el fusil, hice dar la vuelta a mi camello y, en cuanto estuvo en la posición debida, disparé mi arma, sosteniéndola en la cadera, contra un camello que, de pronto, apareció ante mí. Apenas hube disparado hice girar de nuevo a mi montura y la obligué a emprender una rápida marcha.

Me colgaba el brazo izquierdo completamente inútil y sentía correr la sangre por mi mano, en un chorro continuo.

Eso era bastante desagradable.

Me puse el fusil debajo del muslo, con la mano derecha me levanté la izquierda, y me la coloqué de manera que quedase sujeta por debajo de mi barba.

Hice un esfuerzo para combatir la debilidad causada por la pérdida de sangre y me pregunté si Suleiman, Djikki, Achmet

y Dufour dispararían sus armas contra mí antes de darme el alto cuando me acercase a ellos.

Con seguridad había derribado los tres camellos a los que apunté, cosa nada difícil para mí a pesar de la oscuridad y de haber disparado desde lo alto de un camello, cuya respiración basta ya para desviar el tiro.

Estaba cada vez más débil... Era evidente que me moriría pronto... ¡Si, por lo menos, pudiese vendarme la herida e improvisar un cabestrillo...! A medida que desaparecía la insensibilidad del brazo, que me molestaba bastante, empecé a esperar y a creer que el hueso no estaba roto. Imagínese el lector una fractura del codo en el desierto y con necesidad de viajar de prisa y de modo constante.

De pronto observé tres masas oscuras y en línea.

—¡Mayor, grite usted! — exclamó una voz.

Obedecí con la mayor prontitud y al momento tres fusiles abandonaron la posición de fuego.

—¿Dónde está ella? — pregunté.

—La obligué a alejarse con Achmet con la mayor prisa posible — replicó Dufour —. Le juré que así nos sería más útil, hasta que veamos lo que se hace. ¿Qué le ha ocurrido a usted, señor?

Me apresuré a referírselo.

—No abandonarán nuestro rastro — dijo Dufour —. Estos tres hombres eran exploradores y sin duda había otros jinetes que los ponían en relación con el cuerpo principal. ¿Le parece a usted bien que los esperemos para matarlos uno a uno?

—No — contesté —. Nos rodearían y se apoderarían de los demás mientras nosotros esperásemos aquí. Pronto será de día.

Al primer destello de la aurora divisamos los camellos de carga de la caravana.

—Tendremos necesidad de abandonarlos — observó Dufour.

—No conseguiremos librarnos de los *tuareg* — contesté —. Es imposible en absoluto. Si nos atacan, como es probable, no tendremos más remedio que defendernos. De todos modos es posible que no lo hagan, porque hasta ahora han llevado la peor parte. Pero el *targui* es una bestia vengativa. Hay que recordar que no son beduinos.

Aumentó la intensidad de la luz y nos acercamos a los demás.

Le dije a Djikki que se quedase atrás y disparase su arma en cuanto divisara a los ladrones, con objeto de avisarnos, y

que luego procurase contenerlos mientras nosotros tomábamos las precauciones posibles.

De pronto me sentí aturdido y a punto de perder el sentido. Mi albornoz blanco producía muy mala impresión, porque desde la cintura hasta los pies estaba empapado en sangre. Sin duda la perdía en gran cantidad..., tal vez una arteria...

—¡Socorro!

Lo primero que noté es que estaba tendido y con la cabeza apoyada en el regazo de Maudie, mientras María Vanbrugh, con el rostro muy pálido, pero con las manos activas y hábiles, me vendaba el brazo y me lo sujetaba junto al pecho. Sin duda, para eso, rompió algunas de sus prendas de ropa. Sus ojos estaban fijos en el trabajo en que se ocupaba y los de Maudie en el horizonte. En cuanto a los hombres, se habían acurrucado cada uno detrás de su camello echado.

—¡Querido mayor Iván! —murmuró María mientras me vendaba

De nuevo cerré rápidamente los ojos, sin avergonzarme en lo más mínimo. Me resultaba muy agradable el reposar como estaba durante algunos minutos.

—¡Oh!, ¿está muerto, señorita? — preguntó la pobre Maudie.

—Espero que dentro de dos minutos estaremos muertos todos —replicó María—. ¿Tienes un imperdible? Estaremos completamente muertos... ¡Jeques, querida mía!... ¿Querrás que cuando llegue el final, Maudie, te pegue un tiro o te gustará más matarte tú misma?

—Si no la molesta, señorita, preferiría lo primero. Se lo agradeceré mucho, si esto no le causa inconveniente.

Pasaron unos momentos de silencio.

—¡Querido mayor Iván! —murmuró María con dulzura—. ¡Oh, me he portado muy mal con él, Maudie!... Sí, con el mayor gusto te pegaré un tiro... ¿Cómo es posible que yo haya sido tan cruel para tratarle de este modo? Es el hombre más valiente, más agradable y más severo...

Comprendí que era incorrecto lo que yo estaba haciendo y abrí los ojos, casi junto a los de María, cuyos labios estaban entonces... ¿Dónde estaban?

—Sí, señorita —replicó Maudie, sin duda porque sus ojos y sus pensamientos se hallaban a mucha distancia—. Es un verdadero caballero y muy guapo...

—Mira, ya se ha despertado —exclamó María echándose hacia atrás con rapidez—. ¿Ha dormido usted bien, mayor?

¿Cómo se encuentra? Tome un trago de esta bebida, que alegra y embriaga a la vez.

Y llevó a mis labios una taza que contenía coñac con agua. Bebí y me sentí mucho mejor.

—No sabe usted el susto que tuve, señor, cuando vi que se caía de cabeza desde lo alto del camello. Me salpicó usted de sangre — observó Maudie —. Fue un susto horroroso.

—Espero que ya se te habrá pasado, Maudie. Y en cuanto a usted, mayor, ha tenido mucha suerte, porque la herida le atraviesa tan sólo la carne y no hay ningún hueso interesado.

Entonces me senté y le grité a Dufour:

—Haz separar un poco más esos camellos. De lo contrario el enemigo podría concentrar el fuego y causarnos daños considerables.

Quería evitar que se pudiese creer que mi estado era malo y que las riendas del mando se escapaban de mis manos.

Mis hombres comían dátiles mientras vigilaban, y María abrió una lata de bizcochos y otra de sardinas.

—El mayor está de muy mal humor esta mañana — murmuró una voz junto a mí y debajo de un *kafiyeh* que movía la brisa.

Me puse en pie, esforzándome en sostenerme firme... ¡Magnífico! Ya fuese el alcohol o la idea de que había recibido un beso, el caso es que estaba entusiasmado. Comí vorazmente durante los diez minutos siguientes y bebí té frío contenido en una botella.

Hice una observación en voz baja, aunque audible, con respecto al beso que estuve a punto de recibir, pero María Vanbrugh me contestó:

—Se equivoca usted, mayor Iván Petruski Skivah. Me disponía a soplar una mota que tenía usted en la nariz.

Y dicho esto me pareció oírle tararear nuevamente la canción:

*pero donde más ardía del valor la llama
era en el pecho de Iván Petruski Skivah.*

... ..
*y también la guitarra española tocar.
Del grupo de la «Inteligencia» la flor
fue Iván Petruski Skivah...*

mientras se limpiaba las manos con arena y guardaba luego la yodina y la gasa boricada en el botiquín.

Logré montar en el camello y no tardé en sentirme mucho mejor, tal vez acuciado por la cólera contra mí mismo por

haber perdido el sentido. Sin embargo, la sangre es la sangre y se echa mucho de menos cuando se ha perdido en gran cantidad.

—Siga usted marchando en compañía de Achmet — dije a la señorita Vanbrugh.

Al mismo tiempo ordené a los demás que volviesen a montar en sus camellos.

—Nos quedaremos aquí mientras nos sea posible — dije a Dufour.

Y ordené a Djikki alejarse de nosotros tanto como pudiese, teniendo en cuenta que para este pormenor la discreción del senegalés era tan buena como la de otro cualquiera.

Entonces Dufour me dio importantes noticias.

A pocas millas al sudeste de nosotros había, según aseguraba Suleiman, una *shott*, o sea un lago de sal o marjal, que se extendía hasta la base de una cadena de montañas, y el paso que había entre ambos era muy estrecho.

Acamparíamos allí y si los *tuareg* nos atacaban, se verían obligados a hacerlo tan sólo en un frente muy estrecho y, por otra parte, no les sería posible rodearnos. El ir hacia el Norte, en torno del lago, o al Sur rodeando las montañas, requeriría varias jornadas.

—Será el mejor lugar para nosotros — terminó diciendo Dufour.

—Así es — repliqué —, suponiendo que los *tuareg* no hayan llegado antes.

CAPÍTULO X

EL ABANDONO

1

Aquél debía de haber sido uno de los peores días de mi vida, esto es ya decir bastante, a no ser por cierta exaltación y alegría que sentía en el corazón cuando pensaba en la mirada que había en los ojos de la señorita Vanbrugh en el momento en que abrí los míos.

Lo que hizo para mí tan terrible aquel día no era tan sólo el intenso dolor del brazo, que parecía latir al unísono con el movimiento de mi camello, sino el pensamiento de lo que podría hacer en el caso de que aquel paso fuese lo que yo suponía y si los *tuareg* nos atacaban con todas sus fuerzas.

Mi deber sería horrible y capaz de destrozarme el corazón, pues tendría que seguir adelante contrariando mis deseos y

dejar que mis hombres resistieran allí para poder yo escapar y cumplir la misión que se me había confiado. ¿Cómo podría abandonar a Dufour a la muerte para poder vivir yo? ¿Cómo dejar a Achmet y a Djikki, mis servidores y amigos?

Sin embargo, es inútil intentar siquiera el servir a la patria, en el Servicio Secreto, si los sentimientos particulares, los deseos, los amores, los pesares y las simpatías y antipatías pueden interponerse entre uno y el bien de una nación...

¡Pobre De Lannec! ¡Qué débil e indigno había sido!

Existía, sin embargo, un adarme de consuelo y era que nada se ganaría con que yo permaneciese junto a mis compañeros para morir con ellos. A ninguno le aprovecharía mi compañía, porque morirían del mismo modo.

Si los *tuareg* pudiesen, gracias a su número, vencer a cuatro, lo mismo derrotarían a cinco. Yo no podía salvarlos permaneciendo con ellos.

Pero, ¡qué horroroso sería para mí el ordenarles que defendiesen el paso mientras yo me alejaba sano y salvo!

¿Cómo podría darles la orden: «Morid si es preciso, pero no os retiréis... hasta que yo haya tenido tiempo de alejarme»?

Y las muchachas, ¿serían para mí una molestia en dos de los más rápidos camellos...? Tal vez alguno de los que constituían mi pequeño grupo, sin comprender mi deserción, se figuraría que combatía para salvar a las mujeres, a quienes me llevaría para ponerlas en seguridad... si decidía llevarmelas.

Aquello sería diez veces peor que el dejar a mis compañeros en Zaguig.

¿Cómo podría abandonar a María Vanbrugh..., tal vez para que cayese viva en las manos de aquellos bestiales diablos?

El lugar era realmente ideal para una acción de retaguardia y con gusto observé que los *tuareg* no se nos habían adelantado.

Elevábanse allí unas rocas muy altas e inaccesibles junto a un pantano maloliente, en cuyo borde había unos juncos secos que producían suave rumor al ser agitados por el viento.

Entre el pantano y los acantilados de roca había una faja de arena sembrada de rocas más pequeñas y que no tendría más allá de ochenta metros de anchura.

Allí acampamos, encendimos hogueras y nos preparamos para gozar de largo descanso, a no ser que atacasen los *tuareg*, hasta la noche.

Achmet armó rápidamente las pequeñas tiendas, instaló las literas para las dos jóvenes y desenrolló los «sacos de pulgas» y delgados colchones en tanto que hervía la olla. La escena tenía cierto carácter doméstico y pacífico que contrastaba con los temores de una muerte repentina o de una lenta tortura, que parecían muy cercanas.

Dufour en persona quitó las cinchas y dio de comer a los camellos, en tanto que Suleiman, encaramado en una roca, miraba hacia el desierto, pues era capaz de ver a doble distancia que Dufour y yo.

—Dentro de esta tienda, mayor —dijo una voz fría y dulce que de nuevo despertaba mi simpatía—, he hecho la cama tan cómoda como he podido. Diga usted a Achmet que le quite las botas. Dentro de diez minutos, más o menos, iré a curarle otra vez el brazo.

—¿Y usted? —repliqué—. No estoy dispuesto a quitarle la tienda. Ahora ya me encuentro muy bien. Gracias.

—Maudie y yo nos turnaremos en la otra cama —contestó—. Y usted va a meterse en «mi» tienda para descansar a su vez. ¿Qué sería de todos si se pone usted enfermo? Suponga que le da fiebre o que el brazo le duele tanto que le impida dirigir la defensa. Vamos a curarle otra vez la herida antes de que esos huraños *tuareg* vuelvan a disparar contra nosotros. Ya verá usted como una compresa fría le alivia mucho. En seguida voy, mayor.

Yo pensé en algo... que me aliviaría mucho más que el contacto de los dedos hábiles y fríos.

—No tendría inconveniente en que me hiriesen cada día si usted tuviera que curarme, señorita Vanbrugh —dije mientras obedecía su mandato y me metía en la tienda.

—Muy bien..., tal vez le complacerán después de almorzar, mayor, hiriéndole en el otro brazo —observó aquella joven sentimental.

—Pero, ¿no ha pensado usted —exclamé— que si no tengo brazo no podré...?

—Precisamente pensaba en eso, mayor —me contestó, mientras, para ocultar una sonrisa, se inclinaba sobre la malleta a fin de sacar el botiquín.

Apresuradamente tomamos nuestra comida, compuesta de dátiles, arroz, bizcochos y leche condensada. Después di mis últimas órdenes a Dufour.

—Defenderéis este paso mientras uno de vosotros esté vivo.

—*Oui, mon commandant* —contestó aquel valiente, con la misma indiferencia que si le hubiese dado la orden de ensillar los camellos.

—En caso de que los *tuareg* dejaran de atacar (cosa que no ocurrirá), los supervivientes que haya seguirán marchando hacia el Sudoeste, hasta que lleguen al Gran Oasis.

—*Oui, mon commandant.*

—Aunque Suleiman muera, no habría ninguna dificultad en llegar allí, pero mientras tanto haremos de modo que nos diga cuanto sabe acerca de los pozos y de las cisternas, aprovechándonos de que ahora todavía está bueno y sano.

—*Oui, mon commandant.*

—Temo, sin embargo, que no sobrevivirá nadie, pues seréis cuatro contra una *harka*, es decir, que estaréis en la proporción de cien contra uno..., pero es preciso que resistáis hasta que yo esté lejos... Ellos no darán ninguna carga mientras vuestros disparos sean rápidos y precisos..., pero cuando la den, acabarán con vosotros, como es natural... No huyáis en el último momento. Quedaos aquí para dar la impresión de que sois numerosos. Es preciso que no me persigan. Morid aquí.

—*Oui, mon commandant.*

—Perdóneme, mayor De Beaujolais — interrumpió la voz de la señorita Vanbrugh, fría e incisiva en extremo —. ¿Es posible que hable usted de abandonar a sus hombres...? ¿Que se disponga a dejarlos morir aquí, mientras usted huye? ¿Que les ordene que no se muevan de este lugar para aumentar sus probabilidades de salvación?...

—Daba instrucciones a mi subordinado, que se quedará aquí con los demás, señorita Vanbrugh — repliqué fríamente —. ¿Quiere usted hacerme el favor de abstenerse de intervenir?

En aquel momento las palabras de mi tío parecían arder ante mis ojos: «*Desde luego, se trataba de una mujer..., abandonó el cumplimiento de su deber... De Lannec ha sido expulsado...*»

La señorita Vanbrugh posó la mano sobre el brazo de Dufour.

—Si quiere usted hacerme un favor, señor Dufour, alísteme en sus fuerzas. Tiro muy bien — dijo —. Me sabrá muy mal morir junto a usted, pero sentiría infinitamente más abandonarle.

Y al mismo tiempo sonrió con dulzura a mi valiente Dufour. Éste le besó la mano con respeto y me dirigió una mirada interrogadora.

—¿Y Maudie? — pregunté a la señorita Vanbrugh —. ¿Querrá también ser una heroína romántica? Espero que podrá arrojar piedras mucho mejor que otros muchachos, por-

que, según tengo entendido, jamás en su vida ha manejado un fusil o una pistola.

—Lo que creo es que usted resulta el hombre más insufrible y detestable que he encontrado en mi vida — replicó la señorita Vanbrugh.

—Esto es muy interesante, pero no tiene nada que ver con el asunto de que se trata — le repliqué —. Óigame usted, señorita Vanbrugh — continué —. Si los *tuareg* nos persiguen, y acerca de ello no tengo ninguna duda, he de dirigirme en línea recta al Gran Oasis. Dufour, Achmet, Djikki y Suleiman contendrán a los *tuareg* tanto como les sea posible. Puede darse el caso de que mis hombres sean vencidos y muertos. Si aún están vivos cuando se apoderen de ellos, sufrirán indescriptibles torturas. Luego los *tuareg* me perseguirán o no, pero ya no tendrán grandes probabilidades de alcanzarme si he podido tomarles una buena delantera. Montaré en el mejor camello que tengamos y viajaré a marchas forzadas. Ahora bien..., no veo razón alguna para que usted y Maudie no me acompañen, mientras sean capaces de seguirme.

—¡Oh!, mayor, me temo que le molestaríamos mucho y pondríamos en peligro su preciosa vida y su seguridad..., tan importantes para Francia como para todo el mundo...

—Ya cuidaré yo de que no sea así, señorita Vanbrugh — repliqué —. Pero, como decía, no hay razón que les impida a usted y a su doncella el emprender la marcha conmigo... aunque le aviso honradamente la necesidad de que no interrumpa mi marcha por espacio de veinticuatro horas. Si pueden hacer lo mismo las tomaré con gusto en mi compañía. En realidad les ruego que se vengan conmigo... Por mi parte ya cuidaré de que no sean una molestia para mí ni una fuente de peligro para el éxito de mi misión.

—¡Oh!, con respecto a eso confío plenamente en usted, mayor De Beaujolais — replicó con amargo acento.

—Entonces estén dispuestas para emprender la marcha tan pronto como nos comunique Djikki la aproximación de los *tuareg* — dije —. Repito que ninguna razón aconseja que dejen de acompañarme.

—Muchas gracias, pero existe una razón. Por mi parte preferiría morir dos veces, que... y me quedo aquí — contestó la joven —. Hay para mí todavía algo peor que el caer viva en manos de esas bestias, y es... abandonar a mis amigos, el señor Dufour, a Achmet y a Djikki... Ni siquiera sería capaz de abandonar a ese feo Suleiman que tan fielmente me ha servido... Y tampoco podría abandonar a un perro.

—¿Y Maudie? — pregunté.

—Hará lo que tenga por conveniente — contestó la joven. Y volviéndose a Maudie, que escuchaba con la boca abierta, le preguntó:

—¿Quieres marcharte con el mayor De Beaujolais, hija mía, o quedarte aquí conmigo? Tal vez llegues a salvarte con este galante caballero, siempre y cuando no lo pierdas de vista. Quedarte aquí equivale a la muerte, pero yo tendré cuidado de que encuentres la muerte y no la tortura, querida amiga.

—¿Cree usted que los jeques no nos tratarán bien, señorita? — preguntó Maudie.

—¡Oh, los jeques! — exclamó impaciente la señorita Vanbrugh —. Éstos son animales de dos patas, idiota mía. Son lobos humanos, diablos torturadores y brutos que ignoran la compasión. ¿Qué es lo peor que se conoce en tu país?

—Los ladrones, señorita — contestó Maudie con prontitud.

—Pues bien, el peor ladrón y asesino que pudo ocultarse debajo de la cama o entrar por la ventana en plena noche, es un corderillo inocente comparado con el mejor de esos salvajes asesinos.

A Maudie se le cayó el alma a los pies.

—Pues yo me figuraba que serían jeques, señorita... como en el libro..., pero, sean lo que fueren, haré lo que usted haga, señorita, iré adonde usted vaya.

—Me temo que serás una de esas personas extrañas que, sobre toda otra consideración, creen en la fidelidad con respecto a los amigos y en la lealtad para los camaradas — dijo la señorita Vanbrugh golpeando la mano de Maudie —. Supongo, sin embargo, que harás lo que te diga, Maudie, ¿no es verdad?

—Lo que usted quiera, señorita, y muchas gracias — contestó la joven.

—Pues bien, te irás con el mayor De Beaujolais — dijo la señorita Vanbrugh —. Siento mucho que te marches con un caballero tan generoso y superior a todos nosotros... pero me disgustaría mucho más tener que pegarte un tiro.

—Sí, señorita, muchas gracias — contestó Maudie, en tanto que yo me levantaba y me dirigía a mi tienda.

Nuestro Servicio no tiene nada de fácil. El Deber es un dios muy celoso.

La señorita Vanbrugh me curó el brazo y, mientras tanto, no cruzamos la palabra. ¡Cómo la odiaba yo! ¡Qué injusta e ilógica era! ¡Mujer al fin!

Pocos minutos después, Suleiman dio un grito, pues acababa de ver a un jinete en el horizonte. Yo acudí a su lado.

—Es Djikki, el esclavo negro — dijo.

—Es Djikki, el sudanés, soldado francés, ¡perro! — gruñí.

Y no hay duda de que, de hallarnos en otra situación, le habría dado su merecido.

—¡Ya vienen! — gritó Djikki en cuanto su rápido camello estuvo más cerca.

En vista de eso, todos empezamos a trabajar como condenados, empaquetando y haciendo preparativos para la fuga y para el combate respectivamente.

—Ahora son más de diez manos de cinco dedos — dijo Djikki al desmontar —. Más de un batallón de soldados... Están siguiendo nuestras huellas y llegarán dentro de una hora.

—Señorita Vanbrugh — dije —. He de marcharme. Si usted se queda me iré a cumplir mi misión. Cuando la haya terminado volveré a este mismo lugar y me pegaré un tiro. Piense en Maudie, ya que no quiere hacerlo en sí misma ni en mí. ¿Quiere usted que la pobre muchacha encuentre, por fin, a algunos de los jeques del desierto?

—¿Puede usted abandonar a Dufour y a esos hermanos de color, mayor De Beaujolais? Por mi parte, quiero mucho a ese Djikki.

—Puedo, señorita Vanbrugh, porque *debo* hacerlo. Y si un soldado puede hacer eso, también podrá hacerlo una muchacha. ¿Qué sacará empeñándose en quedarse para morir?

—Pues disparar mi arma tan aprisa y con tan buena puntería como cualquiera de ellos.

—Mi querida señorita — dije —. Si cuatro fusiles no consiguen alejar al enemigo, tampoco lo lograrán cinco. Y si cinco lo consiguiesen, también podrán hacerlo cuatro. Por mi parte debo marcharme.

Con gusto habría llorado. Estábamos silenciosos y mirándonos uno a otro.

—Hágase lo que usted quiera, mayor. Supongo que tiene razón — contestó la joven en tanto que mi corazón volvía a cobrar ánimo —. Pero no puedo evitar el odiarme a mí misma y despreciarle a usted.

Todos trabajamos como esclavos para ensillar a los tres camellos más rápidos y para cargarlos con las cosas más indispensables. El cuarto, a pesar de ser un mehari, tendría que llevar una *tente d'abri*, una cama, agua y provisiones.

No tuve fuerzas para hablar cuando estreché la mano de Dufour ni cuando di unas palmaditas cariñosas en el hombro de mi espléndido Achmet. Djikki puso mi mano en su frente y en su corazón y luego se arrodilló para besarme los pies.

La única gota de consuelo que tuve en el amargo sufrimiento de aquel momento fue el constarme que aquellos nobles compañeros míos, tanto el blanco como el moreno y el

negro, sabían que yo cumplía con mi deber y que ellos cumplirían con el suyo obedeciendo mis órdenes.

A Suleiman le di la de luchar por su vida; era un recluta demasiado nuevo en el Servicio para que pudiera esperarse que luchase por un ideal.

La señorita Vanbrugh y Maudie montaron en sus meharis. Maudie se mostraba tan animosa y valiente como siempre y estoy seguro de que también estaba emocionada y esperanzada de hallar una aventura más tierna.

Me habría sorprendido mucho si en su cerebro, dado al romanticismo y nutrido de lecturas ridículas, no se figuraba a los infames lobos del desierto que tan de cerca seguían nuestra pista como una valerosa banda de fascinadores jeques persiguiendo a Maudie Atkinson, de cuya belleza y encanto habían oído hablar.

Suleiman volvió a dar un grito. Algo se movía en el horizonte.

Di la orden de marchar y dirigí la última mirada a mi alrededor.

Los camellos de mis hombres estaban debidamente protegidos contra el peligro. Cada uno tenía cien cartuchos, una *girba* de agua, un pequeño montón de dátiles y una posición inexpugnable detrás de una roca bien elegida.

Cuatro contra varias veintenas y quizá contra algunos centenares. Pero estaban en un paso muy estrecho y podrían resistir... si los *tuareg* se limitaban a disparar y no se sentían con valor para dar el asalto...

—Oiga usted, mayor — observó María —, hagamos de modo que estos bandidos oigan resonar seis fusiles casi al mismo tiempo. Tal vez, entonces, recordarán alguna cita pendiente en su poblado o que tienen que ver a un hombre, un negro u otra cosa cualquiera. Es posible que así se figuren que somos una tropa de vigilantes o una banda de feroces proscritos.

¿Debía seguir su consejo? Tal vez de esta manera aliviaría, aunque de un modo muy ligero, la enorme pena que sentía. Me resolví, pues, a ello.

Hicimos arrodillar de nuevo nuestros camellos, y nos reunimos con la guarnición del paso, con los hombres de aquellas pequeñas Termópilas africanas.

La señorita Vanbrugh escogió su roca, apoyó en ella su fusil, apuntó, levantó un poco la mira, y, en una palabra, llevó a cabo todos estos pormenores con la mayor serenidad y como si se tratara de algo corriente.

Maudie se sentó a mis pies, detrás de mi roca, y le enseñé a manejar el cierre de mi fusil para que me lo preparase des-

pués de cada disparo. Yo tan sólo tenía una mano útil y Maudie, por su parte, no había manejado un arma de fuego en toda su vida.

Esperé hasta que distinguimos formas humanas y animales en la nube de polvo que se acercaba, y ordené que se pusiera el alza a dos mil metros: «*Fixe*», mandé con la mayor frialdad para dar ánimos a mis soldados indígenas. «*Feux de salve.*» «*En joue...! Feu...!*»

Fue una descarga admirable, porque incluso Suleiman disparó al oír la orden de «*Feu*» y eso que no sabía ni una palabra de francés.

Repetimos la descarga tres veces y luego di la orden de un rápido *feu de joie* cuando el enemigo se hallaba a mil quinientos metros, de manera que los *tuareg* oirían por los menos diez fusiles y con esto se figurarían que éramos bastantes más.

Luego ordené a mis hombres que, sucesivamente, disparasen dos tiros con la mayor rapidez posible y eso cada vez que su compañero de la izquierda hubiese acabado de disparar. Ello infundiría dudas y cierta ansiedad con respecto a nuestro número.

Los *tuareg*, que se habían desplegado entre tanto, desmontaron y abrieron fuego contra nosotros. Eso me alegró porque yo estaba preparado casi para la improbable posibilidad de que diesen una carga feroz.

Ya era tiempo de marcharme.

—Monte usted en su camello, Maudie, venga conmigo, señorita Vanbrugh — grité. Y volviéndome a Dufour le dije —: ¡Dios te proteja, querido amigo!

Tuve que ir a donde estaba la joven americana y arrancarla de la roca en que se amparaba, disparando con el mayor cuidado y eficacia y de un modo metódico, cambiando de objetivo de vez en cuando, y en tanto que a sus pies y a su derecha había un puñado de cartuchos vacíos, sobre la roca y al alcance de su mano tenía unos cuantos cargadores llenos.

Jamás olvidaré el espectáculo de la señorita Vanbrugh vestida de árabe y luchando como un aguerrido soldado.

—¡*No quiero marcharme!* — exclamó.

La cogí con toda mi fuerza, la obligué a abandonar el lugar que ocupaba y materialmente la arrastré hasta donde estaba su camello.

—¡Adiós, hijos míos! — grité al alejarme de mis compañeros.

Anduvimos sin parar durante el resto del día y di gracias a Dios por no oír ya los disparos de las armas de fuego y de que las detonaciones muriesen a medida que la distancia las iba apagando y no por haber cesado repentinamente, porque eso habría significado que el enemigo había dado una carga y matado a los defensores de la posición.

Estaba amargado, me sentía desgraciado y me animaban salvajes sentimientos cuando, por fin, me vi obligado a soltar las riendas de mi camello. La señorita Vanbrugh soportó mi mal humor con mucha mayor dulzura de lo que la habría creído capaz.

De nuevo curó mi brazo (y casi deseé que no se curase mientras estuviese a mi lado) e insistió en que ella y Maudie se turnarían conmigo en la vigilancia. Y como me negué a ello, dijo:

—Muy bien, mayor. En tal caso, en vez de que uno haga guardia mientras los otros dos duermen, prestaremos los dos servicio de vigilancia y Maudie nos acompañará. Eso es algo semejante a lo que Euclides llama *reductio ad absurdum*, o sea una tontería.

Y nada fue capaz de conmoverla. Por mi parte tuve que contenerme para no exteriorizar mi cólera; mas como a consecuencia de la herida de mi brazo y de la que tenía en mi alma me hallaba ya en el límite de la resistencia, me vi obligado a ceder.

Hicimos cada uno una guardia de dos horas y la pobre Maudie tuvo que empuñar un fusil que le daba un miedo terrible.

CAPÍTULO XI

LA CRUZ DEL DEBER

1

Al día siguiente seguimos marchando sin parar y las jóvenes, gracias al duro ejercicio de las dos semanas anteriores, soportaron bastante bien el esfuerzo.

En beneficio de los camellos y no de aquellas dos mujeres valerosas, tiré por fin de las riendas para tomar un merecido descanso de cuatro horas junto a una cisterna.

Mientras iba de un lado a otro, inquieto y lleno de pena,

a causa de los pensamientos que ocupaban mi mente, pues no podía abandonar el recuerdo de aquellos hombres magnánimos de quienes me separaba, condenándolos a la muerte, María Vanbrugh salió de la pequeña *tente d'abri* que por mi deseo insistente ocupaban ella y Maudie.

—Vaya usted a dormir un rato — dijo —. Tendrá usted fiebre y la herida del brazo se pondrá peor. Es preciso que descanse alguna vez para poder continuar el esfuerzo.

—No puedo — le contesté —. Todos ellos eran como hermanos para mí y yo los amaba con todo mi corazón.

—Pues si no puede descansar, hable — replicó aquella mujer sensata —; hágale de ellos.

—Vaya usted a descansar por lo menos — le indiqué.

—Ahora ha llegado el turno de Maudie para tenderse en la cama — contestó —. Hágale usted de ellos. Siéntese aquí.

Entonces le hablé de Dufour y de sus fieles servicios por espacio de casi veinte años; le conté cómo expuso su vida para salvar la mía y eso más de una vez.

—¿Y Djikki? — preguntó.

—También — le contesté —. Es un soldado senegalés a quien tomé por asistente no sólo a causa de su gran fuerza y resistencia, sino por su valor, fidelidad y paciencia. Me acompañó durante una arriesgada aventura que tuve que correr al atravesar el Dahomey. Había allí cierto rey que nos molestaba un poco y cuyas amenazas nos resultaban desagradables. Se suponía que había comprado unos cañones Krupp por medio de una casa alemana de la costa.

»Nos cogieron en una emboscada en aquella selva indescriptible y tan sólo Djikki y yo salimos con vida. Nos llevaron a pie durante días enteros, golpeándonos a cada paso y pinchándonos con las lanzas para hacernos andar; por las noches nos ataban a los árboles y apretaban las cuerdas de tal modo que se nos hinchaban los miembros, y la piel se nos ponía azulada. Para comer nos daban entrañas, y agua, expresamente sucia, para beber. Y una mañana, cuando nos desataron a fin de reanudar la marcha en dirección a la capital del rey, Djikki arrebató un machete que empuñaba uno de nuestros enemigos y empeñó una lucha heroica, pues tenía que habérselas contra un grupo numeroso. A pesar de cuanto habíamos soportado, combatió como un verdadero demonio. Era algo homérico. Parecía un gorila que luchase con mandriles o un tigre contra perros.

»Aquella afiladísima hoja se levantaba y caía como el rayo, y cada vez que descendía, un brazo o un miembro quedaban casi desprendidos de un cuerpo; giraba sobre sí mismo,

saltaba, pinchaba y hería hasta que todos sus enemigos le dejaron el terreno libre. Su jefe se arrojó, gritando, contra él, pero Djikki le separó la cabeza de los hombros y sus compañeros echaron a correr. Mi fiel sudanés, cubierto de sangre y heridas, corrió también, pero... llevándome en brazos.

»Y cuando ya no pudo seguir corriendo, me dejó en el suelo, cortó las tiras de piel que me ataban las muñecas y los codos a mi espalda y las que me sujetaban las rodillas y los tobillos, penetrándome en la carne. Entonces se desmayó a causa de la pérdida de sangre.

»Al día siguiente yo estaba sin sentido, con fiebre, disentería y envenenamiento de la sangre, y Djikki, aquel ex caníbal negro, me llevó en sus brazos como una madre a su hijito, día tras día, durante cinco semanas, y además obtuvo comida para los dos... Entonces fue cuando probé la sangre caliente de los monos y la carne fría de los lagartos. Y cuando, por último, nos encontraron, por afortunada casualidad, cerca de un puesto francés, en el Gran Río, él, por su parte, según averigüé después, no había comido por espacio de tres días (aunque a mí no me faltó el alimento) y hacía ya cuatro noches que no dormía. Sin embargo, no me abandonó para salvarse, como podría haber hecho con la mayor facilidad.

»En vez de hacer treinta millas por día, comiendo todo lo que cogiera, se limitaba a recorrer diez conmigo en brazos y dándome todo el alimento que había podido alcanzar, fingiendo que él ya había comido. El doctor que había en el fuerte dijo que jamás había visto a nadie tan hambriento y demacrado y, sin embargo, capaz de sostenerse en pie... No, no me abandonó.

—Usted, en cambio, le ha abandonado — observó la señorita Vanbrugh.

—Sí, le he abandonado — repliqué.

—¿Y Achmet? — preguntó.

—El más fiel servidor que un hombre ha podido tener — contesté —. Me ha cuidado en fiebres, disentería, ceguera, heridas y en toda suerte de enfermedades con el mismo cariño y constancia de una mujer. Es un espahí y un valeroso soldado. Una vez tenía que hacer pasar mi escuadrón a través de un río profundo e infestado de cocodrilos; la corriente era rápida y venía muy crecido, de modo que resultaba peligroso pasar para quien no tuviese muchísima práctica en manejar el caballo y en ayudarle en su ejercicio de natación. Crucé el primero y regresé. Finalmente pasé el último y un enorme cocodrilo cogió mi caballo. Hasta entonces el saurio se había abstenido de atacar a nadie a causa del ruido que al cruzar

hizo el escuadrón. Me hundí en el agua con mi caballo, sin poder libertarme, pero Achmet espoleó el suyo para meterse otra vez en el agua, se echó a nadar en el lugar en que yo había desaparecido, y buceó buscándome y sin tener en cuenta para nada el peligro de los cocodrilos y de la rápida corriente. Ambos estábamos casi muertos cuando Achmet logró asirse de una rama colgante. Luego mis soldados nos sacaron del agua.

»También, en otra ocasión — continué —, Achmet y Dufour me salvaron la vida sin dudar y no tan sólo arriesgando la suya propia, sino a costa de horribles sufrimientos.

»Estábamos sitiados en un pequeño vivaque rodeado de trincheras, muriéndonos de hambre y casi muertos de sed. Todo lo que llegaba a aquel diminuto infierno era una granizada de balas durante el día y también durante la noche.

»Si nosotros hubiéramos sido de los que se rinden, tan sólo habríamos cambiado las torturas de la sed por las casi inimaginables de los cuchillos y de los hierros al rojo de los indígenas y de sus mujeres. Pero no nos rendimos y, día por día, aumentaban nuestros sufrimientos y disminuía nuestro número, porque muchos morían de hambre, de sed, de disentería, de fiebres, de insolaciones y de heridas, o por haber recibido una compasiva bala.

»La temperatura, durante el día, no era casi nunca mayor de cincuenta grados sobre cero, pero tampoco más baja y no teníamos donde resguardarnos del sol. Generalmente soplaban el *sirocco* a razón de cincuenta millas por hora y estaba tan caliente como el aire que sale de la puerta abierta de un horno; en tales casos el sol quedaba oculto por las negras nubes de polvo que el viento acarreaba. Con frecuencia no parecía sino que hubiese llegado la noche antes del mediodía; y los hombres, cuya ración de agua no era mayor de media taza de té por día, tenían que respirar aquel polvo. Nuestras bocas, los ojos y los oídos estaban llenos de él y por las noches oscuras aquellos diablos colocaban grandes *girbas* de agua donde, al amanecer, estuvieran a la vista de los desgraciados que se morían de sed. Hacían eso con la esperanza de que abandonásemos el abrigo de las rocas y de las trincheras de arena para encontrar segura muerte o la certeza de sufrir más horribles torturas..., pero mis hombres eran espahís y ninguno de ellos se quejó ni olvidó la disciplina para arrojar en busca de una *girba* y de la muerte.

»Dufour pidió permiso para salir a rastras por la noche y tratar de apoderarse de uno de aquellos odres, en los que tal vez quedasen algunas gotas de agua... o, quizá, poder coger

a uno de aquellos criminales en el momento de dejar una *girba* al alcance de nuestros ojos, pero no quise permitírselo. No quería aventurar la vida de Dufour contra la sombra de una esperanza de obtener un poco de agua... y quizás empozoñada. Tampoco me creía en el deber de ir yo, ni de enviar a ninguno de mis hombres restantes.

»Entonces Achmet se ofreció para intentarlo... Pero me alejo del asunto. Lo que quería decir era lo siguiente: tres días antes de que llegasen refuerzos recibí un balazo en la cabeza, y, durante aquellos tres días, Dufour no solamente sostuvo la defensa de aquel puesto, guarnecido por hombres moribundos, sino que dedicó *la mitad de su minúscula ración de agua* para mí y para mi herida... y Achmet amenazó con darle de cuchilladas cuando Dufour trató de impedir que contribuyese con toda el agua que a él correspondía.

»Al llegar la columna de socorro nadie se tenía en pie, a excepción de Dufour; pero varios de los que estaban tendidos vivían todavía y empuñaban sus fusiles dando la cara al enemigo.

»Dufour no pudo dar ninguna información al coronel que mandaba la fuerza, porque no le era posible hablar, y cuando se sentó para escribir la respuesta a una pregunta que le hicieron perdió el sentido y los médicos tuvieron que dedicarle sus cuidados.

—¿Y usted aceptó la mitad del agua de Dufour y toda la de Achmet? — preguntó la señorita Vanbrugh.

—Estuve sin sentido desde el momento en que me hirieron hasta el día siguiente de la llegada de la columna — repliqué — y no habría vuelto a la vida de no haber llegado un excelente cirujano mayor, ni tampoco hubiese vivido hasta entonces si Achmet no me hubiera bañado la cabeza, manteniéndomela limpia y «fresca» en una temperatura de cincuenta grados y durante una violenta tempestad de polvo. Todo eso lo supe más tarde de labios de un sargento de espahís, que fue uno de los supervivientes. Achmet no comió durante aquellos tres días y tampoco probó el agua. Y, sin embargo, también le he abandonado — añadí.

María Vanbrugh se quedó silenciosa por unos instantes.

—Mayor De Beaujolais — dijo por fin —. Suponga usted que tan sólo hubiese habido un camello cuando... se alejó del paso. Suponga también que los *tuareg* hubiesen matado a todas las demás monturas. ¿Se habría usted llevado aquel camello, marchándose solo?

—Sí — repliqué.

—¿Dejándonos a Maudie y a mí?

—Sin vacilar un momento — contesté.

Me miró largamente y con aire pensativo y luego, sin hablar, se volvió hacia la tienda en que dormía Maudie, soñando sin duda alguna en los jeques.

Con toda seguridad las habría abandonado. ¿Acaso sería otro De Lannec, olvidando el servicio de mi patria, poniendo en peligro sus intereses y su bienestar, faltando a las tradiciones de mi grande y noble Servicio, obrando en desacuerdo con la ardua y penosa enseñanza de toda la vida y traicionando también la confianza a mi general, y todo ello por una mujer?

Sin embargo, era para mí irresistible la idea de que aquella mujer pudiera estar luchando y gritando entre las viles manos de los inhumanos y lujuriosos diablos del desierto.

¡Y mi espléndido y valiente Dufour, sencillo e inflexible cumplidor de su deber, que me quería...! ¡Oh, mi fiel Djikki, de gran corazón, que hizo por mí lo que pocos hombres blancos podrían haber hecho! ¡Y Djikki también me quería! ¡Y mi estimado Achmet, fuerte, cariñoso y que, a la vez, era soldado, enfermera, servidor y amigo! ¡Él también me quería!

Sí, sin duda alguna me habría llevado el último camello y habría sido su único jinete para tener todas las probabilidades de llegar al Gran Oasis a marchas forzadas.

Y, desde luego, habría dejado a aquellos tres para que se muriesen mañana si lograban sobrevivir en el día de hoy.

¿Que mi comportamiento era duro?

En realidad, el nuestro es un servicio muy duro, un Servicio para hombres duros, pero un noble Servicio. Y el Deber es un dios celoso.

2

Un día muy fatigoso, cuando llegábamos a lo alto de la larga pendiente de una colina, vimos algo que me hizo frotar los ojos y decir: «Esto se debe a la fiebre o a la locura.»

Porque, a pocos centenares de metros de donde estábamos vi pasar un cuerpo de soldados montados en camellos, constituyendo una unidad disciplinada y que conocía muy bien el ejercicio, pues cuando nosotros aparecimos en su horizonte se desplegaron en línea, obedeciendo a una orden de su jefe, como si hubiesen sido espahís. Hicieron arrodillar sus camellos en línea perfecta y a intervalos regulares y se dejaron caer detrás de ellos apuntando sus fusiles.

Llegué a creer que nadie, de no tratarse de oficiales euro-

peos o de sargentos prácticos de enseñar el ejercicio, podría haber realizado aquella maravilla.

Levanté las manos por encima de mi cabeza y me acerqué a su jefe, porque era igualmente absurdo pensar en atacar que en defendernos.

Estaba cogido. Había caído en una trampa.

El jefe era un enano contrahecho, jorobado, que tenía una cabeza enorme.

—*Aselamu, Aleikum* — exclamé con amabilidad y al mismo tiempo en tono frío —. Te saludo.

—*Salaam aleikum wa Rahmat Allah* — gruñó el beduino con voz gutural y mirando ferozmente al grupo que formábamos yo y las dos mujeres cubiertas por el *bourkah* —. Te saludo a ti y sea contigo la paz de Alá.

—*Keif halak?* — continué —. ¿Cómo estás?

Al mismo tiempo me pregunté si habría llegado el final. ¿Se mataría la señorita Vanbrugh con oportunidad? ¿Terminaría allí mi misión?

Pero no, porque una disciplina como aquélla no podía compararse con el salvajismo cruel. Había una esperanza.

—*Taiyib* — replicó el enano —. Bien — y luego me preguntó si estábamos solos.

—Por completo — le aseguré, rechazando la idea de decirle que nos seguía un ejército de amigos.

Y, a mi vez, le pregunté, con floridos cumplidos hacia la disciplina y la corrección de este escuadrón, quién era él.

—Jefe de cien soldados en el ejército de mi señor, el Emir el Hamel el Kebir, jefe de los fieles y sombra del profeta de Dios — contestó con sonora voz.

Entonces, con falsa alegría y fingida sorpresa, le anuncié que era el emisario de una Gran Potencia ante la Corte del Emir.

Echamos a andar con ellos, en calidad de huéspedes-prisioneros de aquel feroz, rudo pero cortés árabe, rodeados por soldados armados de fusiles, cuyo equipo y cuya marcha y disciplina no podía menos de admirar.

¿Qué ocurriría si a aquel Emir que, al parecer, tenía un excelente ejército, le daba el capricho de predicar una *jihad*, una Guerra Santa, para establecer un Imperio Panislámico y anular el poderío de los infieles en África?

CAPÍTULO XII

EL EMIR Y EL VISIR

«Y alrededor el manto de Dios, de ilimitado espacio...»

A. FARQUHAR

I

En pocas horas llegamos al Gran Oasis, asombroso bosque de palmeras, de forma esencialmente cuadrada y de unas diez millas por lado.

Al ver a los habitantes beduinos de aquella región pude observar que era un pueblo en absoluto diferente del de Zaguig.

Allí no había ni rastro de aquella malignidad furtiva ni de aquel fanatismo receloso que tan peligrosos hace los lugares «santos».

En realidad nadie se fijó siquiera en nuestro paso a través de los poblados de tiendas y de los pequeños *qsars* de ladrillos de arena y barro cocido contruidos de un modo más permanente. En todas partes reinaba el orden y la limpieza, y eso me hizo frotar los ojos de nuevo y también suscitó mi admiración.

En la «capital», y después de ansiosa espera por nuestra parte, fuimos entregados a una persona de alguna importancia, a un *hadji*, a juzgar por su turbante verde, y después de una breve explicación que le dio el que nos había capturado, y a quien el del turbante verde llamó Marbruk ben Hassan, fuimos llevados a la tienda destinada a los huéspedes.

Con gran contento por mi parte, mis dos compañeras fueron alojadas en la misma tienda que yo, yendo a ocupar el *anderun*, o parte destinada al harén de una gran tienda, separada del resto por un pesado compartimiento de fieltro. Tal vez se supuso que aquellas dos mujeres eran mis esposas.

Aquella tienda destinada a los huéspedes estaba algo separada del enorme poblado y cerca de un grupo de las mayores y más elegantes tiendas que jamás vi usar a los árabes. No eran del tipo negro y bajo de los beduinos, achatadas y anchas, sino más bien del tipo pabellón, como las que usan los grandes caídes de Marruecos o el mismo Sultán.

A poca distancia había una fila muy regular de tiendas bajas y de piel de cabra, con seguridad destinadas a los soldados del cuerpo de guardia.

Algunas banderas que ondeaban en la punta de las lanzas hincadas en el suelo me dieron a entender que los pabellones pertenecían al Emir, y un soldado sudanés, que fue puesto de centinela a poca distancia de la tienda de los huéspedes, me indicó que, en realidad, éramos prisioneros del potentado.

El *hadji*, hombre de quien supe después que se llamaba Hadji Abdul Salam, y que era un *marabut*, o *mullah*, y un *hakim*, o doctor, volvió de anunciar nuestra llegada al Emir.

—Nuestro señor, el Emir el Hamel el Kebir, te ofrece los tres días de hospitalidad según manda la Ley del Corán y la generosidad de su corazón con respecto a todos los viajeros. Te verá cuando hayas descansado. Todo lo que él tiene es tuyo — dijo aquel hombre.

—Incluyendo el filo de su espada — me dije.

Pero eso era muy agradable. Pensé en el pobre Rohlf y comparé mi recepción en el Gran Oasis con la suya en Kufara, cerca de donde fue vilmente traicionado y muy mal tratado.

Poco después, dos mujeres esclavas negras trajeron unos potes de agua hirviendo al *anderun* y un muchacho me sirvió mi parte, aunque de modo mucho menos pintoresco, en latas de petróleo.

—¿Puedo entrar, mayor? — preguntó la señorita Vanbrugh—. He llamado a la puerta de fieltro, pero sin duda usted no me ha oído. Deseo curarle el brazo.

Le dije que me sentía mucho más satisfecho con respecto a ella, que en cualquier momento desde que emprendimos el viaje, porque empezaba a esperar y a creer que nos hallábamos en poder de un déspota ilustrado y compasivo, y no de un salvaje inculto y destructor, como había temido.

—¿Qué le parece a usted este hotel? — pregunté, cuando me sujetaba el vendaje con imperdibles.

—No lo hay semejante en Nueva York — me contestó—. Maudie está sentada en unos almohadones y haciéndose la ilusión de que ya se ha casado con un jeque.

—Pues yo voy a ponerme mi uniforme — anuncié—. ¿Querrán usted y ella ayudar a un inválido como yo, que tan sólo dispone de un brazo útil?

Así lo hicieron y cuando el Hadji Abdul Salam y un amable y anciano caballero, llamado Dawad Fetata, llegaron con otro *ekhwan* para llevarme a presencia del Emir, yo era de nuevo un oficial francés y me había bañado y afeitado, de modo que mi aspecto no era en absoluto indigno del papel que debía representar.

Sentados sobre unos tapices de pelo de camello amontonados sobre una alfombra, vi al Emir el Hamel el Kebir y a su Visir, el Jeque el Habibka, ambos majestuosos y magníficamente vestidos.

De una mirada me convencí que el Emir, cualesquiera que fuesen las pretensiones de su linaje, no pertenecía a la familia de es Sayed Yussuf Haroun es Sayed es Mahdi es Senussi, y que si pretendía ser el esperado Mesías, Sidi Saqed el Mahdi el Senussi era, en realidad, un impostor.

Y digo eso porque, sin ningún género de duda, pertenecía a la raza *targui*, pues de otro modo no tendría aquellos ojos grises de origen vándalo que tan corrientes son entre los *tuareg*, ya que entre ellos abundan los ojos azules y los cabellos rojizos.

Su rostro me gustó en seguida. Vi que aquel hombre de barba y cejas negras y de rostro de gavilán tenía un carácter vigoroso, gran fuerza y poder. Me habría gustado poder ver la boca oculta en la masa de los bigotes y de la barba. Era un hombre digno, apacible, cortés, fuerte y en ningún modo un fanático bravucón y rufián.

Renació mi esperanza en cuanto me vi ante él.

El Visir, por su parte, cuyo factor podría ser muy importante, pertenecía, probablemente, a la raza de los *tuareg* o de los beduinos berberiscos. También para un árabe del desierto era bastante rubio. Tal vez tenía un parentesco consanguíneo con el Emir, aunque por línea femenina.

Aquellos dos hombres se quitaron de la boca las largas boquillas de sus *narghilehs* y se quedaron mirándome sin separar los ojos de mí, con la mayor atención y, al parecer, con un asombro indecible, mas eran o demasiado estoicos o su buena educación no les permitía expresarlo de otra manera.

Supongo que la última persona a quien esperaban ver era a un oficial francés de uniforme, y se quedaron sumidos en estupefacto silencio.

Si la idea no hubiera sido demasiado absurda, yo casi habría llegado a figurarme que en sus ojos había una mirada de terror. Tal vez, por un momento, temieron que yo fuese el heraldo de un ejército francés que entonces tomaba posiciones en torno del Oasis.

Como el miedo es el padre de la crueldad, deseé que mi rápida impresión fuese falsa. Habría podido sacarles de su

pasmo entrando inmediatamente *in medias res* y anunciándoles sin demora el objeto de mi llegada, pero éste no es el sistema que debe seguirse con los árabes.

Tan sólo después de mil vueltas y revueltas puede llegarse al objeto propuesto y al asunto verdadero, fijo en la mente; debe preceder mucha *faddhling* (charla).

Saludé al Emir, dándole todos sus títulos honoríficos y en el árabe propio de las clases educadas.

Él me contestó con un acento que yo no conocía, sin duda el de los árabes clásicos del Heyaz, según supuse, y llamado por los árabes «La lengua de los Ángeles».

Después de cambiar varios cumplidos y de preguntarnos por nuestra salud respectiva, con repetidos «*Keif halaks?*» y «*Taiyibs*», le referí al Emir el ataque de los *tuareg* contra nosotros en el Lago Salado, y le di cuenta de mis temores acerca de la suerte de mis compañeros.

—¡Los Hijos de Shaitan y los Olvidados de Dios! ¡Ojalá ardan en Ebbis eternamente! ¿De modo que se han atrevido a acercarse a siete días de distancia de donde yo estoy? —gruñó el Emir golpeando una mano con otra.

En aquel momento llegó un joven negro.

—Mándame a Marbruk ben Hassan, el Jefe de Cien —ordenó el Emir.

Y cuando el deformado pero vigoroso lisiado llegó ante su señor, lo saludó con humildad y este último le dio una orden rápida.

—Cien hombres. Raciones para siete días. Vete al Paso del Lago Salado. Una banda de los Olvidados de Dios estaba allí hace tres días. Sal antes de una hora...

Luego habló en voz baja con él por un momento y aquel hombre se marchó.

El Visir no había dejado de mirarme, sin desviar la vista, pero no pronunció una sola palabra.

El Emir y yo sostuvimos una conversación insulsa y sin objeto alguno, que terminó con una invitación para festejar con él aquella misma noche.

—Tengo entendido que te acompañan dos señoras Nazrani. También estoy informado de que las señoras de los rumís comen con sus señores y en presencia de otros hombres. Me consideraré honrado si las *Sitts*, sin duda tus esposas, quieren embellecer con su presencia mi pobre tienda.

Una de las cosas que me gustó del Emir fue el modo caballeroso con que evitó preguntarme acerca de la asombrosa presencia de dos mujeres blancas. Y, en vista de eso, inme-

diatamente le conté la verdad, creyendo que era lo más prudente y seguro.

—Aquí no recibiréis el trato de que os habrían hecho víctimas en Zaguig —dijo el Emir cuando hube terminado la historia—. Los que vienen en son de paz, disfrutarán de la paz. Los que vengan en son de guerra, también alcanzarán la paz... es decir, la paz de la muerte —y su voz, al decir estas palabras, era acerada, aunque no amenazadora—. ¿Vienes en son de paz o de guerra, rumí? —me preguntó luego.

—Por mi cabeza y por mi vida, vengo en son de paz para traerte un grande y pacífico mensaje —le contesté y me pareció que tanto él como el Visir se tranquilizaban al oírme.

Eso me hizo pensar de nuevo en que tal vez se hubiesen imaginado la presencia o la aproximación de un ejército francés.

3

Aun cuando puedo olvidar otras cosas, siempre recordaré el *diffa* de alcuzcuz de aquella noche; un cordero relleno de almendras y de uvas y asado luego; *bamia*, vegetal favorito de los árabes; pollos guisados, un *pilaf* de arroz, nueces, uvas y carne picada; *kaibabs* de cabrito, requesón de leche de camella; una pasta semejante a los macarrones guisada en manteca, y fruta de sartén cubierta de azúcar. Entre uno y otro plato bebíamos en grandes cuencos zumo de limón a fin de estimular el apetito, que, realmente, necesitó tal auxilio a medida que transcurrían las horas.

Cuando estábamos ya hartos y a punto de reventar, con los estómagos dilatados y casi sumidos en el coma, vino la ceremoniosa bebida de té con manteca. Después de eso, el café. Y, por fin, nos ofrecieron grandes trozos de azúcar.

Tan sólo éramos cinco comensales: el Emir, el Visir, María, Maudie y yo. Nos sentamos con las piernas cruzadas en una alfombra y en torno de un mantel de algodón rojo, sobre el cual había una bandeja enorme de latón cargada de cuencos azules llenos hasta rebosar y, desde luego, comíamos con los dedos.

Cuando entramos con la señorita Vanbrugh y Maudie, y ellas dejaron caer sus *barracans*, exponiendo así los dos trajes parisienses que esta última metiera en la maleta en Zaguig, el efecto causado en los dos árabes fue eléctrico. Parecía que estuviesen soñando y contemplando visiones.

Creí que el Emir iba a desmayarse al mirar a María y observé que el Visir la devoraba con hambrientos ojos. Eso me hizo poner un poco nervioso.

—La señora Sitt Miriyam Hankinson el Vanbrugh — dije tratando de que este nombre pareciese sonoro e imponente — y la Sitt Moadi el Atkinson.

Supongo que eran las primeras mujeres blancas que aquellos árabes habían visto, y se quedaron mudos e insensibles al darse cuenta de su belleza.

El efecto de nuestros huéspedes no fue mucho menor en las dos muchachas. La señorita Vanbrugh se quedó con los ojos muy abiertos y fascinada al contemplar la espléndida figura del Emir, en tanto que la pobre Maudie no sabía, realmente, si aquello era verdad o tan sólo un sueño.

—¡Jeques! — murmuró —. ¡*Verdaderos jeques!* ¡Oh señor! — añadió dirigiéndose a mí —. ¿No le parece a usted que este hombre más alto es guapísimo?

Mientras tanto, el Emir, separando sus ojos de María, sonrió con amabilidad a la otra hermosa joven y murmuró:

—*Bismillah! Sitt Moad. Oua Aleikoume Esselema, 'lhamdoula* — y a mí, en su árabe clásico, me dijo —: Dulce como los dátiles de Buseima es su presencia.

Cosa que yo traduje debidamente.

Entonces María pareció recobrar la voz y observó:

—¡Caramba, mayor! Éstos son, sin duda alguna, verdaderos jeques, refinados, propios de la canción y de la historia.

Y antes de que pudiese impedirlo, ofreció su mano al Emir, mientras sus ojos centelleaban de entusiasmo.

Es probable que ni el Emir ni el Visir hubiesen estrechado hasta entonces la mano de nadie, pero la sonrisa de María, su gesto y su «Muy complacida en conocerle, Jeque» eran bastante elocuentes, y ambos árabes salieron medianamente airoso en aquella nueva ceremonia de los extraños rumís y de sus mujeres, algo descaradas, que se mostraban con el rostro descubierto.

En realidad, el Visir pareció comprender mucho mejor el hecho de recoger la mano de María que el de soltarla, y de nuevo me puse nervioso.

Cuando el Emir me dijo:

—Di a la otra señora, la Sitt Moadi, que ponga también su mano en las mías.

Yo lo traduje, figurándome que Maudie se desvanecería de placer y de confusión, pero el Emir no sólo le estrechó la mano, sino que la golpeó cariñoso y eso me hizo aumentar mis recelos.

Un árabe enamorado es en realidad un ser muy amoroso. En aquellos déspotas del desierto, el desear equivale a tomar,

y si para eso yo era un obstáculo, nada costaría hacerme desaparecer. ¿Qué sería entonces de las dos muchachas? Durante la cena se debilitó la sensación de extrañeza y de timidez y entonces me alegré de que el Jeque y su Visir no conociesen una sola palabra de inglés, porque la crítica de la señorita Vanbrugh fue de veras cruel y la admiración de Maudie extraordinaria a más no poder.

Yo estaba muy ocupado en trasladar las observaciones del Emir dirigidas a las muchachas y traduciendo con falsedad las de éstas acerca del aspecto, las maneras y las probables costumbres de sus huéspedes.

A veces el miedo me bañaba el cuerpo de sudor frío, pensando cuán absolutamente estaban aquellas dos mujeres en poder del Emir y de su Visir, pero cuando les miraba los rostros no advertía en ellos ninguna expresión malvada. Eran duros, tal vez rudos e implacables, pero con seguridad nada crueles, sensuales o pervertidos.

—Mayor — observó la señorita Vanbrugh —. ¿Cree usted que a estos jeques refinados les gustaría oír una canción? Dígales que es una acción de gracias después de comer.

Y antes de que pudiese expresar mi punto de vista acerca de la conveniencia de divertir así a nuestros huéspedes o de traducir su observación, oí de nuevo aquella canción que tan bien conocía, pero esta vez con las siguientes palabras:

*Los hijos del Profeta son fuertes y arrojados
y jamás acostumbran lo que es miedo a sentir;
pero el más valeroso de todos sus soldados
no hay duda que fue Abdul de Bul-Bul el emir.*

*Para infundir valor a los hombres de vanguardia
y gritar el «Attabio!» a los de retaguardia,
o un reducto asediar,
mandaban a buscar
a Abdul de Bul-Bul el emir!
a Abdul de Bul-Bul el emir!*

Los árabes la miraban con fijeza y casi con la boca abierta. Yo les expliqué que, después de comer, los rumís tenían la costumbre de cantar, y que aquella canción que mi compañera entonaba en honor de nuestros huéspedes describía la grandeza, la sabiduría, la virtud y el valor de otro famoso Emir.

Cuando, por fin, se nos permitió dejar de comer y unos servidores vestidos de blanco se llevaron los restos de la *diffa*, el Emir me rogó pidiese a María Vanbrugh que ha-

blase de su país y de su casa, para que yo le tradujese sus palabras.

Luego le hizo varias preguntas por mi conducto.

En cuanto la señorita Vanbrugh hubo terminado de hablar, el Emir indicó su deseo de que lo hiciese Maudie a su vez.

Pero ésta, que casi había realizado la ambición de su vida, se dejó dominar por la timidez y apenas pudo hacer otra cosa que balbucear de un modo incoherente, mientras con los ojos brillantes, ruborizada, con los labios entreabiertos y la respiración agitada, contemplaba al enorme Emir, tan guapo y magníficamente vestido.

El Visir, el Jeque el Habibka, apenas pronunció una palabra durante toda la noche, pero tampoco separó sus ojos del semblante de la señorita Vanbrugh.

En los momentos desagradables a que antes me he referido, comprendí que, en el peor de los casos, Maudie quedaría presa en el harén del Emir y María en el de aquel Jeque el Habibka, eso suponiendo que el Emir no se quedase con las dos.

Cuanto antes pudiera hacer bailar ante sus ojos el millón de francos y las enormes ventajas de una *entente* y una alianza con Francia, mejor; y cuanto menos vieran ellos de las dos jóvenes, tanto mejor también.

—Bueno, mayor. Ya es hora de que se acueste usted — dijo María —. Acuérdesse de que está enfermo.

—No podemos movernos de aquí hasta que el Emir nos lo indique — repliqué.

—Pues bien, me gustaría que ese tonto lo hiciese cuanto antes. Tradúzcale lo que digo, mayor, o sea que aun cuando se figure otra cosa, no es un caballero perfecto, porque, de lo contrario, se habría dado cuenta de que estoy derrengada de veras.

Por suerte, poco después el Emir insinuó que tal vez estaríamos fatigados, y aun cuando yo le aseguré que nadie podía sentir cansancio en su presencia, él me indicó que no le ocurría lo propio con respecto a mí.

La despedida probó con la mayor claridad que la mano de Maudie era muy del gusto del Emir, en tanto que la de María resultaba preciosa para el Jeque el Habibka. En los ojos de aquel hombre se advertía una mirada decidida.

Cuando entramos en la tienda de los huéspedes recomendé a la señorita Vanbrugh:

—Si alguien la molesta durante la noche, grite.

—¿Gritar? Nada de eso. Dispararé. Ya gritará el que venga a molestar. Buenas noches, mayor — contestó aquella muchacha independiente y valerosa.

Al día siguiente celebré una entrevista con el Emir, en presencia como siempre del Visir, y después de infinitos rodeos en torno del asunto principal llegamos a él por fin.

Le signifiqué con claridad que le ofrecía la amistad de un poderosísimo protector, una gran riqueza y todas las ventajas que resultarían si se establecía un camino de caravanas, debidamente guardado, desde el Gran Oasis a Zaguig, estableciendo relaciones comerciales entre su pueblo y el Norte.

Indiqué la posibilidad de que le proporcionásemos armas, incluso pequeños cañones y tal vez, más adelante, artillería ligera.

Estuve elocuente al demostrarle que la amistad de Francia le elevaría de tal manera, que podía alcanzar una segura independencia y que, en su carácter de protegido de Francia, podría beneficiar a su pueblo y darle todas las ventajas de la civilización.

El Emir repitió mi frase, pero en un tono especial:

—¿Las ventajas de la *civilización*? — murmuró —. La bebida..., la enfermedad..., la intranquilidad..., los cañones... ¿Acaso la civilización de los rumís ha sido siempre una ventaja para las razas de color que se han puesto en contacto con ella?

Los dos magnates se acariciaron la barba y me contemplaron pensativos durante largo rato. Le aseguré al Emir que podría escoger y elegir. Aislado como estaba su pueblo, no habría necesidad de establecer ningún contacto. Todo lo que Francia necesitaba era su amistad.

Con tal de que fuese leal y cumpliese exactamente las condiciones del tratado, podría emplear el subsidio como mejor le pareciese y hacer una severa elección entre las maldiciones y los verdaderos beneficios de la civilización occidental.

Sin duda podía darse cuenta de que el tratado tan sólo le reportaría ventajas. Nada más lejos del pensamiento del Gobierno francés que el de intervenir, y mucho menos conquistar o llevar a cabo una penetración pacífica. Todo lo que solicitábamos era que la Confederación por él gobernada fuese una fuente de fuerza y no de debilidad para nosotros, y que el Gran Oasis se convirtiese en un puesto avanzado de Francia, siempre en manos del Emir el Hamel el Kebir. E insinué que corría el peligro de que otras potencias se acercaran a él de un modo distinto, es decir, no ofreciéndole oro y protección, sino obligándole con sus ejércitos.

—Volveremos a hablar de estos asuntos —dijo al fin el Emir—. *Khallas!* Por hoy hemos terminado.

Aquella tarde convinimos en hacer una excursión a caballo, y montando excelentes corceles salieron el Jeque el Habibka y la señorita Vanbrugh; el Emir montaba un camello blanco e iba acompañado de Maudie, que, muy juiciosa, no quiso montar a caballo; y yo iba con un grupo de cortesés y refinados árabes, jeques de menor categoría, oficiales del ejército, consejeros, amigos parásitos y aduladores del Emir y del Visir.

Salimos del Oasis y nos aventuramos por el desierto.

Aquel paseo no me divirtió, porque al poco rato perdí de vista a las dos muchachas y no pude hacer otra cosa sino esperar lo mejor mientras temía lo peor. Las mujeres se dejan seducir por lo externo y engañar con la mayor facilidad por las maneras cortesés y galantes.

Era un consuelo para mí el saber que ninguna de las dos conocía una sola palabra de árabe, de modo que nada había que temer de los discursos convincentes.

Si uno de aquellos hombres hubiese querido hacerles el amor, no tendría más remedio que apelar al lenguaje de signos, y empezaba a estar seguro de que no debía temer en absoluto ningún caso de fuerza mayor, pues los dos hombres me producían la impresión de ser decentes y caballerosos de un modo innato.

Sin embargo, los árabes son los árabes y nos hallábamos en el Sahara, y cuando vi que el Emir volvía con la señorita Vanbrugh y el Visir con Maudie, lo que más deseé en el mundo fue alejarme en seguridad con mis compañeras y un tratado de alianza firmado.

Pero eso precisamente era lo que no podía lograr.

Una y otra vez solicité audiencia del Emir; pero siempre se me contestaba de que tenía que hacer, que dormía o que estaba ausente.

Una y otra vez, cuando era invitado a su mesa, cuando salíamos a dar un paseo o cuando estábamos *faddhling* con él, sentados en los tapices, tendidos sobre las alfombras y ante los pabellones, me esforcé en hacerle tratar el objeto de mi visita, pero en vano.

Siempre me contestaba lo mismo. «Hablaremos de eso mañana, *Inshallah*.»

Su eterno «*Bokra Bokra!*» era tan desagradable como el «*mañana*» de los hispanoamericanos. Y este «*mañana*» no llegaba nunca.

El regreso de Marbruk ben Hassan y su escuadrón de ca-

mellos me dio noticias que me deprimieron sobremanera y que ensombrecieron mi vida para mucho tiempo. Entonces comprendí el significado de la expresión «tener el corazón destrozado».

Era evidente que mis héroes lucharon hasta terminar el último cartucho y que luego fueron cogidos. Debajo de un gran montón de piedras, Marbruk y sus hombres enterraron los torturados y mezclados restos de Dufour, Achmet y Djikki.

No tuve la menor duda de que Suleiman había desertado, pues tan sólo se hallaron los restos de tres cuerpos y las huellas de un solo camello que se alejaba de aquel lugar en dirección al Sudeste.

El hecho de que no había combatido hasta el final y que luego evitó el ser capturado vivo por los *tuareg* quedaba demostrado por el detalle de que, donde él estuvo, había muy pocas cápsulas vacías, comparado con el número que de ellas quedó en donde mis hombres murieron. Además lo probaban las huellas que dejara el camello fugitivo.

Me retiré a mi tienda, diciendo que no quería ver a nadie durante todo el día y que tampoco deseaba tomar alimento.

Aqué! fue un día negro y espantoso para mí, es decir, para el hombre por quien aquellos humildes héroes combatieron y murieron; durante horas enteras tuve que hacer esfuerzos para contenerme a mí mismo.

A pesar de mi deseo vi a alguien, pues la señorita Vanbrugh entró en silencio, me curó la herida, de la que ya me restablecía con rapidez, y luego me dio unas cariñosas palmadas en el cabello y en la frente, con tanto afecto y con tanta simpatía comprensiva, que ya no pude resistir más.

La habría cogido en mis brazos; pero no debía aprovecharme ni de mi desgracia, ni de su simpatía; y, sin cruzarnos una palabra, aquella mujer bendita, hermosa y gloriosa regresó al *anderun*.

¿Lo comprendió al fin...? El Deber... Mi deber hacia mi general, mi Servicio y mi Patria.

Aquella tarde ella recibió la visita del futuro Jeque de la tribu, que fue la primera en acoger al Emir. Era un muchacho encantador y delicioso, y vestía como una persona mayor.

Con él llegó su hermana, una muchacha muy linda, la Sitt Leila Nakhla. Ésta se portó de un modo altanero, se mantuvo a distancia y expresó su desaprobación por todo, y, según pude enterarme, la visita no constituyó ningún éxito, aparte el natural resultado de la diferencia de lenguaje.

Las mujeres beduinas no van con el rostro descubierto por sus poblados y campos, pero pude ver a aquella «prince-

sa» árabe en una fiesta dada por su tutor, el anciano y agradable caballero de barba blanca Sidi Dawa Fetata.

Pronto fue evidente para mí que Sitt Leila Nakhla adoraba al Emir, que el nieto del viejo Sidi Dawad Fetata adoraba a Sitt Leila Nakhla y que esta última detestaba a nuestra Maudie, de quien muy pocas veces se separaban los ojos del Emir.

Aquel gorrión londinense era la odiada rival de una princesa que con ella se disputaba la mano de un poderoso gobernante.

¡Oh, Canciones de Arabia y Cuentos de la Feria de Cachemira! ¡Qué mundo este!

Pero más me preocupaba el amor que el odio, es decir, el amor que podía adivinar en los ojos del Jeque el Habibka cuando estaba sentado al lado de la señorita Vanbrugh y la obsequiaba con bocados escogidos que tomaba de los cuencos.

Yo le observaba como si fuese un lince, y él a mí, ¡cómo me odiaba!

Varias veces le vi abrir los labios para hablar, pero luego daba un profundo suspiro y no decía nada. Pero aun callándose decía mucho, incluyendo frecuentes repeticiones de la costumbre de los rumís de dar la mano, costumbre que el hombre interpretaba mal, pues la convertía en el hábito de coger las manos.

Había aprendido algunas palabras y, de vez en cuando, y en algo que él se figuraría ser inglés, repetía: «*Dem' la man', señorita.*»

¿Y María? Al parecer se divertía mucho, mucho más de lo que habría justificado todo lo que yo podía ver; y realmente estaba enojado cuando ella miraba al Jeque el Habibka — quien le tenía la mano entre las dos suyas — y tarareaba en voz baja, como si en vez de cantar hablase:

*Dijo el Bul-Bul: «¿Tanto te aburres
que a tu edad ya deseas morir?*

*Lo pregunto porque me has pisado
y ya sabes que soy el Emir.»*

El Bul-Bul empuñó su chibouque (1)

y se puso a gritar: «¡Alá Akbar!»

*Y también, deseoso de sangre,
agredió al valentísimo Iván.*

Eso no interesaba en nada a Sitt Leila Nakhla. Observaba

(1) Pipa turca de cinco pies de largo, de boquilla de ámbar, tubo de madera preciosa y cazoleta de arcilla cocida.

a Maudie en tanto que el joven Yussuf Latif Fetata no quitaba los ojos de Leila. A mi juicio esta niña era encantadora, pero me molestó bastante con sus constantes peticiones de que le tradujese cualquier palabra pronunciada por Maudie. Creo que la situación de Sitt en la tribu era única, a causa de su parentesco con el futuro Jeque y en virtud, también, de la bondadosa indulgencia del Emir, que la trataba como una niña.

El principal resultado de aquella fiesta fue aumentar mi ansiedad y mi decisión de terminar cuanto antes mi asunto y marcharme.

CAPÍTULO XIII

«ELIGE»

1

De pronto, y por desgracia, la actitud del Emir y del importantísimo y poderoso Visir empezó a cambiar con respecto a mí. Se mostraron ya menos amistosos y mi situación menos parecía la de huésped que la de prisionero.

El más tonto proverbio de la nación más tonta del mundo es: «Cuando te acercas a las mujeres te acercas a los disgustos.» Pero en este caso parecía ser perfectamente aplicable.

María y Maudie eran los disgustos, porque no cabía la menor duda de que el Emir estaba enamorado de Maudie y el Visir de María.

Me pregunté qué habría ocurrido si ambos se hubiesen enamorado de la misma muchacha. Estoy seguro de que uno de ellos habría muerto de repente, a pesar de que más parecían ser hermanos que dueño y servidor.

Con respecto a Maudie, no podía abrigar ninguna esperanza, porque la joven estaba entusiasmada y loca de alegría. Si alguna vez pude ver una muchacha apacible y al mismo tiempo exaltada, sensata y aturdida, y loca y cuerda a un tiempo, pero, sobre todo, feliz en extremo, ésta era nuestra Maudie.

Casi llegó a ser hermosa. ¡Cuántos de nosotros tenemos un bello sueño e increíblemente imposible y por fin vemos que llega a ser verdadero de un modo insospechado! Maudie había soñado en jeques perfumados con esencias de rosas, vestidos de seda, atrayentes, corteses y majestuosos, todo ello co-

mo resultado de la lectura de una novela idiota; y ahora un jeque perfumado con esencia de rosas, vestido de seda, atractivo, cortés y majestuoso, iba (según las palabras de Maudie) «detrás» de Maudie.

¿Y en cuanto a la señorita Vanbrugh? También era muy feliz durante todo el día, aunque se mostraba caprichosa. Y si bien no alentaba abiertamente al Jeque el Habibka ni podía decirse que flirteara con él, el caso es que le gustaba su compañía, así como la del Emir, y salía a dar paseos a caballo con cualquiera de los dos, sin sentir el más pequeño temor.

No hay duda de que aquellos paseos debían de ser silenciosos, y de que se valían tan sólo de un extraño alfabeto de sordomudos. Y tampoco quería prestar atención a mis palabras de advertencia.

—No se preocupe usted, mayor De Beaujolais — me replicaba —. Le aseguro que son muy buenas personas... Sí, los dos. Estoy tan segura con ellos como con usted mismo, y no puede negarse que en compañía de usted, mayor, estoy segura, ¿no es verdad?

Las mujeres siempre saben más que los hombres, hasta que se dan cuenta de que no saben una palabra. Otra cosa que tampoco me gustaba fue que se diesen fiestas a las que tan sólo estaban invitadas las dos jóvenes; luego ya las hubo siendo María la única invitada o Maudie sola.

Sin embargo, tales invitaciones eran otras tantas órdenes. Las fiestas se celebraban en el pabellón del Emir, que estaba a muy pocos metros de nuestra propia tienda. Yo cuidaba de que las jóvenes fuesen armadas con sus pistolas y, entre tanto, me hallaba dispuesto para emprender una acción rápida en el momento en que oyese un grito, siempre que una de ellas estaba con los dos hombres.

Es verdad que tampoco se observaba un gran secreto, pues los servidores entraban y salían con los platos y, a no ser que soplase un fuerte *gibli*, la entrada del pabellón estaba siempre abierta.

Yo, en cambio, me convertía más cada día en un preso, de modo que, cuando salía a dar mi diario paseo, tenía que hacerlo con Marbruk ben Hassan como escolta... para mi «protección».

Una noche, estando despierto, se me ocurrió la horrible idea de utilizar a la señorita Vanbrugh y a Maudie para apresurar mi objeto, pero tan sólo el pensar en eso me puso enfermo. ¿Cómo es posible que tan endiabladas ideas puedan ocurrírseles a las personas decentes?

«No se preocupe usted, mayor De Beaujolais — me replica-

ba —. Mi vida por Francia, pero no el honor de una muchacha.» Y me apresuré a arrojar de mí aquella idea vil. Poco después me quedé dormido y tuve un sueño muy curioso. Me hallaba en una enorme sala, mucho mayor que cualquiera de las construidas por los hombres. En el extremo hacia el cual miraba había unas enormes cortinas de terciopelo negro. Mientras las contemplaba, expectante, se abrieron y se recogieron a ambos lados, dejando al descubierto una enorme balanza de oro, en cada uno de cuyos platillos estaba sentada una mujer hermosísima.

Una de ellas tenía una figura noble y majestuosa. Llevaba el gorro frigio de la Libertad y comprendí que sería el Genio, la Diosa y la Personificación de Francia; la otra, una hermosa y suplicante figura, era María Vanbrugh.

Cada uno de aquellos bellos seres me dirigía una sonrisa de inefable dulzura y me tendía una amistosa mano. Entonces una gran voz gritó: «Elige». Y cuando di un paso hacia delante, cayeron las dos cortinas y el sueño se convirtió en pesadilla, en la cual un dios colosal y bronceado extendió una enorme mano, desde un cielo de bronce, para destruirme en donde estaba, es decir, en el centro de un ilimitado y árido desierto...

2

Una noche, el Emir y el Visir se acercaron a mí dispuestos a tratar claramente del asunto. No hubo *faddhling*. En cuanto les ofrecí asientos en las alfombras y mis últimos cigarrillos turcos, el Emir se fue al grano.

—Con respecto al tratado con el gran país de Vuestra Excelencia — empezó diciendo mientras mi corazón latía esperanzado —, lo firmaré, pero en determinadas condiciones, es decir, que añadiré otras a las que ya conozco.

Se detuvo y al parecer saboreando con el mayor gusto el cigarrillo turco.

—¿Qué condiciones son éstas, Comendador de los Fieles y Sombra del Profeta? — pregunté.

—Que te llevarás el tratado firmado y sellado por mí y testimoniado por mi Visir y doce *ekhwan* y dejarás en nuestras manos a las dos Sitts a quienes trajiste.

¡Por fin ocurría lo que había temido! Me hallaba frente a frente con un problema gravísimo.

—Eso es imposible, Emir el Hamel el Kebir — me pareció contestar después de un minuto de aguda agonía que me cubrió de sudor de pies a cabeza.

El Emir enarcó sus enormes y negras cejas y me dirigió

una mirada penetrante, parecida a la de un gavián, que expresaba sorpresa y cólera.

—¿Y por qué? — preguntó con apacible tono.

—Porque ellas mismas se pusieron bajo mi protección — repliqué — y yo las he puesto bajo la tuya.

—Y yo me limito a indicar la conveniencia de que continúen en ella — interrumpió el Emir.

—¿Durante cuánto tiempo? — pregunté con sarcasmo.

—A ellas les corresponde decirlo — replicó.

—Pues que lo digan — le contesté —. Emir, te he tratado como Jefe beduino, como verdadero árabe del desierto, como hombre caballeroso, honorable, hospitalario y grande. ¿Quieres, pues, a cambio de eso, hablarme de traficar en mujeres?

¡Al diablo su tratado y sus tribus! Pero me pareció ver el semblante de mi tío, las palabras de sus cartas y hasta ante mis ojos se presentaron todas las memorias y todo el trabajo de mi vida. Ninguna de aquellas muchachas era francesa. Yo no les rogué que me acompañasen y hasta incluso les insté a que no lo hiciesen. Les dije claramente que había que llevar una misión de importancia nacional... Y De Lannec... *De Lannec ha sido expulsado.*

Empecé a pasear por la tienda, en tanto que los dos árabes, tranquilos e imperturbables, me observaban acariciándose las barbas. Y yo razoné conmigo mismo, como debe hacerlo un francés, es decir, con lógica.

Aquella lógica gloriosa era el enemigo de la emoción y del sentimentalismo.

Al recordar de nuevo aquel momento horrible de mi vida, espero y creo que la consideración de mi absoluta ruina y de mi completo deshonor, la pérdida de todo cuanto hace apetecible la vida, mi caída desde un puesto honroso y digno hasta el nivel más bajo de la humanidad; mi renuncia de la ambición, de la recompensa y del éxito, creo y espero que todo eso no pesó en mí y que tan sólo fue como polvo en el platillo de la balanza.

Creo que, fríamente y sin subterfugio de ninguna clase, debía de haber contestado según convenía a los intereses de Francia, a las vidas de millares de hombres, a la pérdida de incalculables tesoros, sin tener en cuenta que esto influyese o no en los intereses de dos mujeres extranjeras.

¿Acaso millares de soldados franceses sufrirían heridas o la muerte, o bien aquellas dos muchachas entrarían en los harenes de unos jeques árabes?

¿Debería justificar la confianza que se tenía en mí o traicionarla?

«Necesito herramientas que no me hagan traición y en las cuales pueda confiar con toda seguridad», así me dijo mi tío, mi general y el representante de mi patria, y yo, con el mejor deseo y con toda libertad, me ofrecía como herramienta que no le haría traición y que le sería fiel.

Y si a veces es conveniente que un hombre muera en beneficio de todo un pueblo, ¿no lo era, también, que dos mujeres extranjeras fuesen sacrificadas para evitar una guerra y para salvar un Imperio? Dos vidas en vez de dos mil, de veinte mil o de doscientas mil.

¿Y si, como decía mi tío, siempre había peligro en Marruecos y en el Imperio francés africano, y si cada vez que surgiese uno de esos peligros aquella enorme Confederación Tribal se convertía en una fuente de peligros mucho mayores?

¿Para qué estaba yo allí? ¿Para qué había sido formado, enseñado y adiestrado y también martilleado en el duro yunque de la experiencia? ¿Para qué estaba en mi Servicio sino para llevar a cabo precisamente aquello que estaba en mi mano hacer?

Como hombre honrado y honorable debía tener en cuenta las órdenes de mi general, el honor y la tradición de mi Servicio y el bien de mi patria ante todo y por encima de todo el mundo.

La lógica me demostraba la verdad, mas, de pronto, me detuve en mi paseo, puse mi puño cerrado ante la cara del Emir y grité:

—¡Maldita sea tu negra cara y tu alma más negra todavía, perro indecente! ¡Sal de mi tienda antes de que te eche, cerdo innoble! ¡MUJERES BLANCAS! ¡Sois perros negros e hijos de perros!

Y, temblando de rabia, les señalé la salida de mi tienda.

Se levantaron y se alejaron y con ellos desaparecieron todas mis esperanzas de éxito. ¿Qué había hecho...? ¿Qué había hecho...? Pero María...

La dulce, hermosa, valiente y fascinadora María... ¡Y aquel perro de barba negra!

Antes podía hundirse Francia en el mar...

Pero ¿qué había hecho? ¿Dónde estaba lo acertado y dónde lo erróneo? ¿A qué voz había obedecido yo?

Sea como fuese, ello era indigno de mi gran Servicio. Por eso rompería mi espada y quemaría mi uniforme, confesaría lo que había hecho y luego me alistaría en la Legión Extranjera.

¡Oh, espléndido De Lannec! Desde luego, tenía razón.

Pero aquello representaba la ruina y el fin de Enrique de Beaujolais.

Entonces resonó una voz a través del compartimiento de fieltro tras el cual estaba el *anderun*, diciendo:

—Sus palabras me han sonado muy mal, mayor. Me alegro mucho de no comprender el árabe.

Yo, por mi parte, no estaba tan seguro de alegrarme de ello.

Y tan poco como ella comprendía el árabe me daba yo cuenta de si había... obrado bien o mal.

De una cosa, en cambio, estaba seguro. Yo era un fracasado... Había hecho traición a mi general, a mi Servicio y a mi patria... Mas a pesar de eso me daba cuenta de que no hice traición a lo más elevado de mi ser.

3

A la mañana siguiente, la señorita Vanbrugh me saludó diciendo:

—Mayor, no me ha felicitado usted todavía. Ayer me pidió en matrimonio un importante ciudadano de este poblado. Todavía me ruborizo... interiormente.

Yo estaba horrorizado. ¿Qué iba a oír?

—¿Y por parte de quién? — pregunté.

—Fue el Jeque el Habibka el Visir.

—¡Dios mío! — gemí —. Señorita Vanbrugh, tendremos que obrar con la mayor cautela.

—Lo mismo le ocurre al amigo Jeque — observó María.

—Pero ¿cómo hizo su proposición? — pregunté sabiendo que nadie podía haber traducido e interpretado su conversación a excepción de mí mismo.

—Pues por medio de signos y de gestos de admiración — contestó la joven —. Y le aseguro que se dio a entender con la mayor claridad.

—¿De veras? — tartamudeé sin saber cómo hacerlo para enterarme de si el rufián la cogió en sus ardientes y amorosos brazos para hacerle el amor de un modo feroz.

Se me cayó el alma a los pies, pero me hervía la sangre y entonces conocí aquella profundidad de aprensión temblorosa que es el verdadero miedo... El temor por una persona a quien... a quien estimamos.

—He de advertirle que no debe usted ser demasiado curioso con respecto al primer asunto amoroso de una muchacha, mayor; porque no se lo consentiré — replicó la señorita Vanbrugh.

—¿Llevaba usted su pistola? — le pregunté.

—Sí, mayor. No me dejaré coger desprevenida.

Entonces me dije que si el Jeque el Habibka el Visir estaba vivo debíase a que no se mostró violento.

Aquel día no se permitió salir a caballo para hacer ejercicio y, en cambio, apostaron a un enorme centinela sudanés muy cerca de la puerta de mi tienda.

Hasta entonces me sentí estrechamente vigilado, pero en la actualidad estaba bajo arresto.

En cuanto a las jóvenes, fueron invitadas o, en realidad, recibieron la orden de salir a pasear como de costumbre, y el lector ya se imaginará cuál era mi estado de ánimo.

Nada podía salvarlas. Nada podría proporcionarme el éxito de mi misión, a no ser la feroz codicia de aquellos árabes por el oro. Por lo demás, yo era un desgraciado e impotente muñeco en sus manos.

Y ahora que había insultado mortalmente a aquellos feroces déspotas, ¿qué podía hacer para proteger a la mujer, o, mejor dicho, a las mujeres a quienes llevé allí y cuya única esperanza y confianza estaba en mí?

Entonces comprendí que en mi mente se había realizado un cambio enorme y lento que se completó en el momento en que el Emir me ofreció venderme el tratado a cambio de los cuerpos de aquellas muchachas. Entonces me di cuenta de que, en vez de ser el destino de María Vanbrugh un cuidado más en el fondo de mi mente, principalmente preocupada por la firma del tratado, la suerte de éste no era más que la preocupación accesoria de una mente que casi no pensaba en otra cosa que en el destino de María Vanbrugh.

¿Cómo era posible eso?

Recuerdo que empecé sintiendo antipatía por ella. Hubo momento en que la odié y no hay duda, también, de que a veces ella me despreció con toda su alma. ¿Por qué la vida, el éxito, el deber y la misma Francia no pesaban nada en la balanza al lado de su seguridad?

¿Era De Lannec un loco, un frívolo, un hombre de voluntad enferma, desprovisto de sentido de la proporción, un junco roto y un traidor a su Servicio y a su patria, o bien un héroe generoso y un galante caballero?

¿Qué importaba la respuesta a tal pregunta si yo era un preso impotente, en absoluto indefenso, en poder de aquel Emir ultrajado... en tanto que ella paseaba con él a caballo, y los dos a solas?

CAPÍTULO XIV

UN SEGUNDO FACTOR

I

Aquella noche fui honrado por la visita de Hadji Abul Salam, el principal *marabut* y *hakim* de aquella tribu particular y hombre cuya inmensa influencia y poderío parecían desproporcionados con su virtud y con sus méritos. (Una de las cosas que la mente occidental no podrá comprender nunca es el modo como los orientales pueden divorciar la fe de las obras, el cargo de su poseedor y prestar invariable veneración al *santo sacerdote* aunque, al mismo tiempo, sepan que es un *hombre* indigno y desvergonzado.)

El buen Hadji penetró silenciosamente en mi tienda, en lo más profundo de la noche, y por esta razón estuvo a punto de recibir un balazo a través de su intrigante cerebro.

Observando que iba solo y que, al parecer, no llevaba armas, volví a meter la pistola debajo de mi almohada y le pregunté qué deseaba.

El reverendo padre en el Islam deseaba hablar en voz muy baja, si yo quería pronunciar un solemne juramento, comprometiéndome a no revelar nada de lo que él me dijera. Yo estaba más que dispuesto a ello y así hablamos de coles y de reyes y también de lacre y de por qué los cerdos suelen tener alas... Y poco rato después tratamos de asesinato o, mejor dicho, lo hizo aquel santo hombre, quien estaba seguro de que le guardaría el secreto o de que podría negar todo cuanto yo dijese contra él.

Yo tenía de nuevo un poco de fiebre y me hallaba sumido en la confusión mental naturalísima de quien ha visto derrumbarse de pronto el edificio construido durante toda la vida, aunque se sienta alegre en sus ruinas dando gracias a Dios por su fracaso. Y mientras su mente pronuncia una oración fúnebre sobre la tumba de todas sus esperanzas y de sus esfuerzos, su corazón entona un cántico de alabanza y de agradecimiento por haber salvado lo más elevado de su propio ser.

*Venid aquí y sentaos en el suelo
y del fin de los reyes referid las historias;
algunos de ellos acabaron destronados
y otros a manos de asesinos perecieron.*

Recordé esta cita de mis tiempos de Eton, cuando leíamos el *Ricardo II* de Shakespeare.

El reverendo padre pareció estar muy sorprendido y me dijo que tenía que hacerme una proposición.

Ésta consistía en que él me ayudaría a lograr la fuga y que yo volvería con un ejército para derrotar al Emir y poner en su lugar al Hadji Abdul Salam.

También me habló de que, probablemente, el Emir podría morir asesinado y a manos de un individuo llamado Suleiman el Fuerte «a quien yo conocía ya» y que a la sazón se hallaba en el Gran Oasis y *había visitado las tiendas del Santo Hadji*.

¿Querría yo, a la muerte del Emir, ayudar al Hadji a apoderarse del Asiento del Poder? Él podría envenenar con gran facilidad a Suleiman el Fuerte cuando hubiese ejecutado su venganza, haciéndose útil de ese modo, o bien lo denunciaría a la tribu del Emir, y así lo haría empalar vivo.

Aquel hombre piadoso me juró que sería un verdadero y fiel amigo de Francia.

—¿Como lo eres de tu amo el Emir? — le pregunté.

El Hadji me replicó que el Emir era un usurpador y que, por consiguiente, nadie le debía fidelidad.

Por otra parte, ésta era la única oportunidad que se me ofrecía, porque muy en breve yo sería condenado a muerte. Entonces el Emir podría enviar una diputación al Gobernador General del África Francesa ofreciéndole una alianza al recibo de un subsidio de un millón de francos y otras ventajas, jurando y perjurando que ningún emisario del Gobernador General había llegado allí.

También podía dejar de ocuparse del asunto, limitándose a conservar las dos mujeres y a matarme a mí, lavándose luego las manos por lo que se refiriese a los asuntos franceses, o, más bien, renunciando a ensuciarse las manos con ellos. También podría darse el caso de que Suleiman lo matase. Entonces se podría eliminar al Visir, y el buen Hadji, con el apoyo de los franceses, podría convertirse en el Emir y en el amigo de Francia.

—Aun suponiendo que me dieras el medio de escapar — le contesté en cuanto el buen Hadji hubo terminado —, el caso es que no me marcharía sin las mujeres. ¿No podrías lograr que viniesen conmigo?

Me contestó que ni quería ni podía. Entonces aquel hombre santo escupió y citó las poco bondadosas palabras del poeta árabe Imr el Kais:

*Uno me dijo: «cásate».
Yo le dije: «soy feliz».
¿Por qué acercarme al pecho
un saco de serpientes?
Así Alá maldiga a todas las mujeres.*

Junto a la entrada del *anderun*, donde estaban las jóvenes, dormían, atravesadas, dos fieles esclavas. Aunque consiguiésemos matarlas sin hacer ruido, sería imposible que tan numeroso grupo huyese de aquel lugar, pues para ello se necesitarían muchos camellos, gran cantidad de alimento y de *girbas* de agua. No; tan sólo podría ofrecirme la fuga a mí solo.

Él me visitaría por la noche y yo saldría de la tienda llevando su albornoz y su turbante verde. Por su parte, sobornaría o asustaría a cierto soldado árabe, a la sazón de guardia en el exterior, a quien se le había mandado vigilar mi tienda. Yo no tendría que hacer otra cosa que salir corriendo con dos buenos camellos para no perder la vida allí, y luego buscar mi salvación como pudiese.

En cuanto a las mujeres, no. Por otra parte, si llegaba a averiguarse que me había facilitado la fuga, los resultados no serían tan malos para él. Y no quería siquiera pensar en dar a las muchachas el medio de escapar.

No. A pesar de estar en extremo alarmado con respecto al destino de mis dos mujeres (y gracias al Misericordioso Alá eran verdaderas mujeres, merecedoras de que un hombre se preocupase por ellas), lo mejor que podría hacer era tomar en consideración su firme y generosa oferta, es decir, las cabezas del Emir y de su Visir, en un corcel, en tanto que el fiel amigo de Francia, el continuador de su poder, sería el Hadji Abdul Salam. El Emir había anunciado su intención de nombrar al jeque niño no tan sólo Jeque de su propia tribu, sino que también Emir de la Confederación. El Hadji sería el guía espiritual del joven príncipe, el tutor y el regente... hasta que llegase el momento de cortar el cuello del muchacho.

—¿De modo que Suleiman el Fuerte está aquí y se dispone a asesinar al Emir, no es verdad? —pregunté después de contemplarnos uno a otro en silencio por espacio de algunos minutos. (*Debo avisar al Emir tan pronto como sea posible.*)

—Sí — replicó el Hadji —. ¿Y qué será de ti entonces si yo soy tu enemigo?

—Me parece que me hallaré en la misma situación que ahora — repliqué bostezando con fingida indiferencia.

—¿Y tus mujeres? — preguntó el buen hombre.

Rechiné los dientes y tuve que contenerme, porque mis dedos deseaban agarrar el cuello de aquel bandido.

—Pues toma mi consejo y vete — continuó —. Vete con la seguridad de que habrás logrado lo que viniste a buscar, es decir, que existirá un tratado de alianza eterna e indisoluble entre los *Franzawi* y la Gran Confederación por medio de su verdadero gobernante, el Hadji Abdul Salam, Regente del Joven Emir, después del asesinato del Emir el Hamel el Kebir, impostor y usurpador. Y si no lo asesinan, no importa. Tú ven con un ejército y un millón de francos, como es natural; le matáis y nombráis al muchacho Emir nominal. Y yo juro por los nombres sagrados de Dios que Francia será para mí como mi padre y mi madre, y yo el más obediente hijo de Francia. Vete, Sidi, mientras puedes.

—Mira, Santo Hombre — le contesté —. Es preciso que en tu noble mente se graben dos hechos con la mayor claridad y firmeza. El primero es que no saldré de aquí sin las señoritas Sitts y el segundo que Francia nunca interviene en ningún asesinato ni trata con asesinos.

Entonces aquel reverendo caballero jugó su triunfo.

—Corres un peligro mucho mayor del que te figuras, Sidi — murmuró mientras sonreía de un modo avieso y me miraba con ojos de ferocidad —. Y nuestro honorable, gracioso y amable Señor, el Emir el Hamel el Kebir, está jugando contigo como el gato con el ratón. Porque ten en cuenta que *no eres el único ratón que ha caído en su trampa*. No, de ninguna manera. ¿Qué vale el cerebro de un rumí contra el de los árabes, los más sabios, inteligentes, astutos y antiguos de todas las razas de la tierra? Sabe, pobre loco, que aquí *en el Gran Oasis hay otros mensajeros de una Potencia distinta*, y que nuestro Señor les da audiencia diaria en su campamento.

Me puse en pie de un salto. Tal vez aquel sinvergüenza me decía la verdad... Un frío intenso me envolvió el corazón. ¿Qué probabilidades había de salir vivo de allí, en caso de que aquello fuese cierto, y de que mi locura hubiese arrojado al Emir en brazos de los agentes de otra Potencia?

Mi vida no era nada. Pero, ¿qué sería de María Vanbrugh en cuanto me hubiesen cortado la cabeza?

Me cubrí de sudor frío y me abandonó la fiebre. Mi cerebro recobró su lucidez y empecé a trabajar con mayor apresuramiento. Me sonreí con sarcasmo y moví la cabeza con incredulidad.

—¿Y si te enseño el lugar en que se alojan, Sidi? — re-

plicó burlón el Hadji —. Supón-te que yo te diese la oportunidad de *ver* a un rumí disfrazado y *de hablar con él*.

—Pues bien, en tal caso quedaría convencido —repliqué. Y añadí —: Tal vez eso cambiase mi actitud con respecto a tu proposición. Cuando haya visto a esos hombres y hablado con ellos podrás visitarme otra vez con gran ventaja para tu bolsa.

No tenía más remedio que infundir esperanzas a aquel bandido y combatir sus conspiraciones con mis astucias. Si para ello el cerebro de los rumís tenía que luchar con el de los árabes..., en fin, ya veríamos lo que viésemos.

—¿Qué clase de hombre es el jefe de esos emisarios de otra Potencia? —pregunté—. ¿Cuántos son? ¿Cuál es la actitud del Emir? Dime todo lo que te sea posible. Puedo comprar a alto precio una información verdadera.

—También pueden hacerlo los demás —objetó el piadoso Hadji—. Su jefe ya me ha mostrado un saco de buenas *medjidies* turcas y me lo ha prometido a cambio de mis buenos servicios.

—Pues yo puedo enseñarte un saco de algo bastante mejor que esas monedas turcas, sucias y despreciables, Hadji —contesté—, e incluso ponerte el saco en cuestión encima de las rodillas. Yo te daría hermosas monedas de oro puro. Monedas de veinte francos franceses. Son muy hermosas para hacer cadenas y ajorcas para las mujeres y aún más bonitas para comprar con ellas magníficos trajes, tiendas, camellos, armas, municiones, esclavos, alfombras, caballos...

Los ojos de aquel bandido brillaron de un modo extraordinario.

—¿Cuántas, Sidi? —preguntó.

—Tantas como te merezcas. Tantas como valga tu auxilio... Ahora, habla.

—Se trata de una pequeña caravana, Sidi —empezó diciendo aquel santo *marabut* —, pero va muy bien equipada. Hay mucho dinero tras ella. Jamás vi en mi vida mejores camellos ni mejores armas, y los camelleros que llevan contratados están muy bien pagados y contentos. Ignoro de dónde proceden en realidad. Pero tienen la bendición del Padre de los Fieles, el Vicario de Dios sobre la Tierra, que gobierna en Estambul, y el Gran Jeque de los Senussi. Así lo dicen claramente en *mejliiss* y lo prueban con documentos, pases, firmames y cartas, pero todas las noches hablan en privado con el Emir y con el Visir.

—¿Y qué es lo que ofrecen abiertamente? —pregunté al buen Hadji.

—La amistad y la protección del Rey de Reyes, el Sultán del Imperio Otomano, Padre de los Fieles, que reside en Estambul; y la amistad y la alianza del poderoso Jeque el Senussi. Se está formando una gran alianza panislámica que se está preparando para cierto Día de *Jehad*...

—¿Y particularmente? — pregunté.

—Eso no lo sé — contestó —. Tan sólo ese perro de Visir, y así los cerdos ensucian las tumbas de sus antepasados, es el que conoce la mente del Emir y él sólo le acompaña a las tiendas de los rumís. *Pero sé con seguridad* — continuó diciendo — *que me darán incontables riquezas si te enveneno a ti y a las dos Sitts*, pues dicen que éstas son espías de los franceses y que han sido enviadas para embelesar y engañar al Emir con sus encantos...

—¿Y cómo están enterados de nuestra presencia aquí? — pregunté con acento apacible, aunque me hervía la sangre.

—¡Oh, yo les visito...! Yo les visito y hablamos... Hablamos... — replicó aquel reptil traidor —. Ellos dicen que, si lo prefiero, podría matarte a ti y apoderarme de las Sitts para mi harén durante una temporada y que luego las mate o les corte la lengua. Las mujeres mudas son las únicas con cuya discreción se puede contar — añadió el Hadji riéndose muy alegre.

Yo pude sonreírme, aunque con mucha frialdad, en tanto que por dentro ardía de rabia, y cambié de asunto preguntando:

—¿Y sabes si esos emisarios son grandes hombres, señores, Sidis, nobles, oficiales o jefes natos?

—No — contestó el Hadji —, son hombres vulgares en grandes caballos. No andan, hablan, miran, dan, montan, comen u obran como hombres de noble cuna.

Por una rendija de la entrada de mi tienda pude ver que palidecían las estrellas.

—Es preciso que ahora mismo me lleves al lugar en que están acampados, Hadji — dije poniéndome el albornoz, el *haik*, el *kafiyeh* y las botas *fil-fil*.

El Hadji pareció quedarse algo sorprendido.

—No parecerá conveniente que ahora visite su campamento — dijo —. Pronto será de día.

—Tú no necesitas visitarlo para nada — le repliqué —. Llévame a donde yo pueda verlo y luego desaparece.

Aquel hombre excelente se quedó reflexionando.

—¿Cuánto, Sidi? — preguntó.

—Yo no soy como éstos — repliqué —, no enseño sacos de dinero a la cara de hombres piadosos y honrados y tampoco

regateo con ellos. Recompensó ricamente a los que me sirven bien, con la mayor generosidad, cuando su servicio está completo. Ahora haz lo que te digo o márchate y déjame dormir, porque esta charla me fatiga en gran manera.

Y dicho esto bostecé.

El Hadji se dirigió hacia la entrada de la tienda y allí habló con el soldado de guardia.

Volvió a entrar y dijo que había despedido a mi centinela a fin de informar al guardia del campamento de los emisarios de que en breve un hombre visitaría a éstos y que no debía darle el alto, porque iría de parte del Emir para tratar un asunto secreto. La contraseña sería «Estambul».

—Ese muchacho, llamado Gharibeel Zarrug, me es completamente fiel, Sidi — añadió —. Siempre que lo desees puedes mandarme tus mensajes por medio de su boca. Yo ya procuraré que con la mayor frecuencia esté de guardia en tu tienda.

En silencio permanecimos sentados algunos minutos, silencio que interrumpió el Hadji para pedirme que le dejara probar el *sharab* de los infieles. Di al excelente hombre una copita de coñac y creo que esto contribuyó a que se adhiriese a mis intereses, siempre y cuando no se opusieran a los suyos propios, quizá con más fuerza de lo que habría logrado el mismo oro. Advertí en él todos los estigmas del borracho que se entrega ocultamente a su vicio, y su lengua asomaba de continuo a sus labios como la de una serpiente.

Volvió el soldado y murmuró algo a su oído.

—Ven, Sidi — dijo el Hadji —. Te llevaré hasta donde estés seguro.

—¿Seguro yo o tú? — pregunté.

—En ninguna parte hay seguridad para *ti*, Sidi — contestó —. Toma mi consejo y huye para salvar la vida; luego podrás volver con un ejército y con un tratado que yo firmaré como Regente.

Me esforcé cuanto pude en tomar nota de la dirección de las estrellas, de los grupos de árboles, de las tiendas y de los regatos de agua, para tener la seguridad de poder hacer el viaje de regreso.

Cuando hubimos recorrido cosa de una milla, se detuvo el Hadji en la oscura sombra de algunas palmeras y señaló un grupo ordenado de tiendas que se empezaban a divisar desde donde estábamos.

—Ése es su campamento, Sidi — dijo el Hadji —. Y detrás de esas palmeras están las tiendas de sus criados, sus camellos

y el vivaque de una sección de las fuerzas montadas en camellos cuyo objeto es... proteger a esos emisarios.

Y, sin añadir otra palabra, el reverendo padre desapareció.

2

Atrevidamente penetré en la tienda principal, sin hacer caso del centinela que estaba a alguna distancia.

Dos hombres dormían sobre unos tapices, uno de ellos, sin duda alguna, oriental, y el otro de cutis algo más claro y con grandes bigotes y barba.

Examiné su rostro a la luz de la linterna que colgaba del poste que sostenía la tienda, pero no pude poner nada en claro, aunque sospeché que se trataría de un europeo disfrazado. Las manos de aquel hombre eran mayores que las de los árabes y, en sus mejillas, a juzgar por lo que de ellas pude ver, había más color del que podría esperarse de un indígena.

Me volví hacia la linterna, la descolgué y la puse ante su rostro, de manera que la luz cayese de lleno sobre él, en tanto que el mío quedase en la sombra proyectada por la parte superior de la lámpara, de construcción europea y del tipo que se suele vender en los bazares, como las que se ven colgando de los muros de los hoteles baratos de Túnez y de Argelia. Entonces resolví obrar a la ventura. Di un fuerte golpe en el pecho del durmiente, y cuando él abrió los ojos y se incorporó, le dije con frialdad:

—*Bon jour, mon cher monsieur Becque!*

Al parecer estuve acertado, porque él, medio despierto y cogido de sorpresa, exclamó:

—*Himmel!* — Luego, esforzándose por recobrar su lucidez, dijo en francés —: ¿Qué es eso? ¿Quién es usted?

Y dirigió la mano a la almohada, sin duda para sacar un arma.

—¡Quieto! — le dije con severidad apuntándole al mismo tiempo con mi revólver y de modo que viese muy bien el arma.

Mientras me miraba pude observar perfectamente que uno de sus ojos era bizco.

—¿Quién es usted? — preguntó de nuevo en francés.

Entonces otra voz exclamó en el mismo idioma:

—Quienquiera que sea usted, deje caer el revólver. ¡*Apri-sa*, que le estoy apuntando por la espalda!

Como un tonto y en mi excitación de haber descubierto a Becque, el hombre a quien Raúl d'Auray de Redon viera en

Zaguig antes de su ocupación por los franceses, es decir, mi antiguo amigo Becque, olvidé por completo al otro que también dormía en la tienda.

Me hallaba, pues, en un terrible dilema. Si dejaba caer mi revólver, estaría a merced de aquellos hombres, y si no lo hacía, probablemente me pegarían un tiro por la espalda, me enterrarían en la arena debajo de la misma tienda, porque aun en el caso de que no supiesen quién era, les constaba, gracias al traidor Abdul Salam, que en mí había un rival y un enemigo. ¿Quién, si no, podía hablar francés en aquel lugar?

Me harían desaparecer de su camino con la mayor facilidad.

Nadie, a excepción del bandido Abdul Salam, sabía que yo estaba enterado de su existencia y mucho menos que me metí en su tienda. El centinela no me conocía, gracias a mi disfraz, y podían explicar con la mayor facilidad un disparo de pistola, en caso que fuese oído y se pidieran explicaciones. Un incidente. Un tiro disparado a un perro paria o a un chacal que entró en la tienda y alarmó a uno de sus ocupantes al despertarse de repente.

Sencillamente, yo desaparecería y mi desaparición sería pronto un misterio olvidado y tal vez atribuido a una repentina fuga, a impulsos del miedo, porque ya se recordará que dirigí al Emir insultos inolvidables e imperdonables. Y luego, ¿qué sería de María Vanbrugh y de Maudie, es decir, de las espías francesas mandadas con objeto de seducir y engañar al Emir, para que firmase el tratado? *María Vanbrugh llegaría a figurarse que yo había huido, abandonándola, y ello en nombre del Deber.*

Todo eso pasó por mi mente con la rapidez del rayo. ¿Qué haría? ¿Qué pasaría si disparaba un tiro al corazón traidor de Becque y, dando media vuelta rápida, probaba de matar también al árabe?

No, él dispararía en el mismo instante en que yo lo hiciese contra Becque, y no era posible que errase el tiro a una distancia de un metro y medio. Ni yo tampoco, aun en tal situación, era capaz de disparar contra un hombre indefenso y tendido en la cama.

Tal vez lo hubiese hecho antes de que María Vanbrugh me enseñara a contemplar la Vida, el Honor y el verdadero Deber a una luz por completo distinta.

Entonces yo habría dicho: «¿Qué podría desear Francia de mí?» Pero ahora, en cambio, me preguntaba: «¿Qué le gustaría a María que hiciese?»

Y me parecía adivinar que ésta diría: «Viva usted si puede y muera si debe, pero no con la sangre de ese hombre indefenso en sus manos ni con el asesinato sobre su conciencia.» Y me diría eso, aun sabiendo lo que él había proyectado con respecto a ella y a su doncella.

Tal vez pasaron dos segundos, y la voz que sonaba a mi espalda volvió a hablar con acento amenazador:

—*Aprisa*. Voy a disparar.

—Yo también — contestó otra voz desconocida, de frío acento, en árabe.

Y aun en aquel momento tan crítico me extrañé de que el árabe que acababa de hablar hubiese entendido tan bien el francés, aunque a veces los actos son más elocuentes que las palabras.

Y reconocí la voz del Emir.

—Veo que esta mañana todo el mundo está dispuesto a disparar contra todo el mundo — añadió el Visir, inevitable compañero de su señor.

Sin dejar de apuntar a Becque volví la cabeza. Dos excelentes revólveres europeos amenazaban a aquel individuo que, muerto de miedo, dejó caer al suelo su reluciente pistola automática.

Yo me guardé la mía en la pistolera que llevaba debajo del albornoz. Era evidente que el Emir vino con objeto de hacer una de sus visitas a Becque y que lo hizo con la mayor oportunidad. O tal vez estaba tan bien servido, que se enteró de mi visita y acudió para sorprendernos a Becque y a mí.

—*¿Kief halak*, Emir el Hamel el Kebir? — dije fríamente —. El sonido de tu voz es dulce para mis oídos y la contemplación de tu rostro equivale para mí al primer rayo del sol que nace.

—En estas circunstancias no lo dudo, rumí — contestó —, porque estabas ya en las puertas de la Muerte. ¿Qué haces aquí?

—Visitando a un antiguo amigo, Sidi Emir — contesté —, y mi objeto era continuar una discusión interrumpida por las circunstancias, que no estaba en su mano dominar, hace ya muchos años.

El Emir y el Visir, con sus ojos penetrantes e inescrutables fijos en los míos, me miraban pensativos y en silencio.

—Explícate — dijo por fin el Emir.

—Señor Emir de Muchas Tiendas y Jefe de Muchas Tribus, Comendador de los Creyentes y Sombra del Profeta — dije —. Eres un hombre de honor, un guerrero, un hombre de tus manos, así como un hombre de tu palabra. Como yo, eres sol-

dado... Has de saber que una vez honré a ese perro, y por una razón excelente, crucé mi espada con él. Y ahora, por una razón mayor y más grande, quisiera volver a combatir con él y acabar por completo el duelo que empezamos hace tiempo. Y a ti, que amas a tu pueblo, te digo que ese perro traicionaría a su propio pueblo. Tú que respetas a las mujeres, debes saber que ese reptil blanco trata de consumir el deshonor y la muerte de dos mujeres blancas... Tal vez puedas creer que únicamente quiero matar a un hombre que es mi rival en tu favor y en tu alianza. Pero si sólo fuese eso no trataría de anularlo de esta manera. Lucharía noblemente con el adversario, procurando dejarlo en segundo lugar y vencerlo con armas correctas, pero como ha conspirado en secreto y de un modo indigno contra mi país que también es el suyo, contra las vidas y el honor de las señoritas Sitts y al mismo tiempo contra mi vida, solicito de ti el favor de permitirme luchar con él, cara a cara y espada contra espada, para poder castigarle y librar a mi país de un renegado matricida.

Los dos jeques se miraron en silencio, acariciándose las barbas. Sus miradas eran enigmáticas, inescrutables y algo burlonas mientras me contemplaban con la mayor fijeza.

—Las espadas son argumentos muy afilados y decisivos... y algunas disputas pueden zanjarse por su medio — musitó el Emir —. ¿Qué dice nuestro otro honrado huésped?

—¡Oh, que deseo luchar con él! — exclamó Becque —. Me proporcionará gran placer el matar a esa cotorra.

Y se volvió hacia mí, sonriendo de un modo que levantaba un extremo de su boca dejando al descubierto sus brillantes dientes, propios de un perro.

—De modo que eres el magnífico De Beaujolais, ¿no es verdad? — exclamó —. Perfectamente. ¡Vaya una sorpresa! ¡El *Beau Sabreur* de los espahís y del Servicio Secreto! ¡De Beaujolais, el héroe de Zinderneuf! Muy bien, amigo mío. Dentro de poco De Beaujolais quedará enterrado en la arena, con objeto de que los pajarracos no turben tu descanso y... para que tú no me molestes tampoco. El grande e inteligentísimo De Beaujolais... ¡Ja, ja, ja!...

Y aquel bandido se echó a reír a carcajadas.

(Pero, ¿cómo demonio estaba enterado del asunto de Zinderneuf?)

—Lucharéis en cuanto haya bastante luz — dijo el Emir — y se os darán espadas árabes. Es decir, armas extrañas para los dos, y por consiguiente, convenientes para este caso.

Y llamando a Yussuf Fetata, le ordenó pedir dos espadas de igual peso y dimensión y de forma semejante.

CAPÍTULO XV

LA HORA DE LA MUERTE

1

Media hora más tarde, Becque y yo estábamos frente a frente, en la sombra proyectada por un grupo de palmeras, a los rayos del sol naciente.

Íbamos desnudos de cintura arriba y tan sólo llevábamos unos pantalones árabes, muy anchos, y un calzado muy flexible.

Cada uno de nosotros empuñaba una noble espada de dos filos, flexible como una caña, afilada como una navaja y exactamente del mismo modelo que llevaron en las Cruzadas San Luis y sus cruzados. Y creo, incluso, que eran espadas de cruzados, porque existen en gran número en aquel seco desierto en donde nada se oxida y en donde una buena espada se estima, cuida y guarda más que una buena mujer.

Busqué un blasón caballeresco en la hoja de la mía. ¡Qué presagio habría sido para mí de haber encontrado el blasón de la familia De Beaujolais! (pues mis antepasados tomaron parte en las Cruzadas). ¡Qué coincidencia tan grande y tan maravillosa! ¡Qué historia digna de ser contada!

Pero seré sincero, admitiendo que allí no había ninguna señal particular. Tales cosas no suceden nunca en la vida real, aunque es un hecho cierto y sorprendente que un venerable amigo mío mató a un guerrero dahomeyano en el avance de Dodd, en el Dahomey, *y así se hizo dueño del mismo rifle Gras que él usó como particular en 1870!* (Lo conoció tanto por su número como por el agujero causado por una bala en la culata. Sin duda, fue vendido a aquella gente por algún tratante en armas de desecho.)

El único defecto que encontré en mi hermosa espada de cruzado fue el de no tener cazoleta ni cosa alguna entre la empuñadura y la hoja, a excepción de un travesaño en forma de cruz. Sin embargo, lo mismo le ocurrió al arma de Becque. Miré a éste y, como dicen los boxeadores ingleses, «estaba en forma», sus músculos eran excelentes y parecía muy animado.

Quedaba por ver si la extrañeza de nuestras armas redundaría en su favor como esgrimista más fuerte, pero menos hábil, o bien en el mío.

Escupió en la palma de su mano derecha, mostrándose grosero y vulgar como siempre, y blandió con fuerza la espada probando su peso y contrapeso.

En un pequeño grupo, debajo de los árboles, se hallaban el Emir, el Visir, el joven Yussuf Fetata (a cuya familia pertenecían las espadas), el vigoroso enano que me capturó, Marbruk ben Hassan, el criado particular del Emir, el R'Orab, el Cuervo, el egipcio-árabe, colega de Becque, y algunos soldados.

—Oíd mis palabras —dijo el Emir fijando en Becque su mirada de gavilán—, porque a la menor tentativa de lucha innoble os mataré a tiros. Cuando yo diga: *¡Adelante!*, empezad. Y cuando diga *¡alto!*, deteneos en el acto. No os mandaré abandonar la lucha mientras os sostengáis en pie, a no ser que uno de vosotros cometa algún acto indigno de un guerrero caballeresco.

Me incliné y con la espada saludé al Emir.

—*¡Adelante!* —dijo un momento después.

Becque repitió la táctica de nuestro duelo anterior. Se arrojó contra mí como un tigre, moviendo la espada con la rapidez del rayo, y yo me dediqué con toda mi atención a parar y a defenderme. A consecuencia de mi herida no gozaba de toda mi salud ni de todo mi vigor, en lo cual también tenían parte mis noches de insomnio y de ansiedad, y mi encierro en la tienda, de modo que si Becque se disponía a apresurar el final y a cansarse, yo me daba por contento.

Todos los críticos de mi «forma» han alabado siempre el movimiento de mis pies y yo usaba de éstos y de mi cerebro para no cansar mi brazo, porque la espada pesaba mucho.

Al terminar su primer ataque arrollador, cuando su espada cesó por un momento de levantarse y de caer como un mayal en manos de un loco, dirigí una finta a su cabeza y en el momento en que él levantaba la espada me tiré a fondo como si empuñase un sable. Dio un salto atrás propio de un gato y luego, con su espada, dibujó una cruz de Malta —cual si fuese un Highlander que empuñase una ligera *claymore*— cuando yo atacué.

Nadie podía atravesar aquella guardia, pero le hacía trabajar y fatigar su fuerza y su respiración; me complacía mucho que apelase a tan impresionante modo de esgrimir y por medio de ligeras y rápidas fintas le obligué a que siguiera del mismo modo.

De pronto su espada se levantó y se inclinó hacia atrás, como si se dispusiera a partirme el cráneo, y, juzgando que

tenía bastante tiempo para la maniobra, no paré, sino que salté hacia la izquierda y le asesté un rápido *coup de flanc* que le dio en las costillas, por debajo de su brazo derecho, que tenía levantado.

De haberlo dado un poco más arriba no hubiera vuelto a levantar el brazo, pero así y todo le inferí una herida por la que perdería bastante sangre. En el mismo segundo cayó su espada perpendicularmente sobre mi muslo derecho, cortándome una larga tira de carne, aunque sin tocar ninguna arteria o vena de importancia.

Yo hice derramar la primera sangre, por una fracción de segundo, infligiéndole una herida y, en cambio, recibí una rozadura.

—*¡María Vanbrugh!* — murmuré.

En los ojos de Becque observé repentino miedo, pero comprendí que tan sólo temía haber recibido una herida importante que le impidiese continuar la lucha.

Empezó a retroceder muy de prisa, hasta el punto de que, por algunos instantes, casi corrió hacia atrás. Y mientras yo le seguía con rapidez se acurrucó con la mayor habilidad por debajo de mi espada, mientras ésta le amenazaba, de lado, el cuello y, al mismo tiempo, se tiraba a fondo contra mi pecho. Un salto de lado me salvó a duras penas, porque la punta y el filo de su arma me hirieron el costado izquierdo y el filo opuesto me hizo un corte en la parte superior del brazo, mientras el arma reposó un instante contra mi cuerpo. Pero siempre ha sido mi fuerte la rápida *riposte*, y antes de que se pusiera de nuevo en guardia mi espada le produjo un corte en la cabeza.

Por desgracia, el golpe casi careció de fuerza, pues lo di cuando mi espada volvía para ponerse en guardia, de modo que más bien fue la empuñadura la que chocó contra su cráneo. De haberlo hecho la hoja de la espada por su centro, aun combatiendo tan cerca uno de otro y a pesar de que mi arma casi no tenía fuerza en aquel instante, el corte habría sido mucho más considerable.

—*¡María Vanbrugh!* — murmuré por segunda vez.

Entonces mi enemigo cambió de táctica y empezó a manejar la espada cogiéndola con ambas manos.

De este modo, un golpe afortunado podía amputar por completo un miembro o hacer saltar la cabeza, separándola del cuerpo, pero aunque la fuerza de cada golpe es doble en valor, disminuye a la mitad la rapidez de las paradas; y en vista de que mi adversario convertía su arma en una maza, yo

transformé la mía en un florete, en vez de seguir obediente su nueva táctica.

La lucha, entonces, era la de un rinoceronte contra un leopardo, de un perro vigoroso contra un gato diestro y tal vez de un Goliat contra David.

Hasta poco antes habíamos cruzado las espadas con la punta hacia abajo, como en la esgrima de sable; pero entonces yo empuñé la mía con la punta hacia arriba, como en la esgrima de florete; y daba quiebros y bailaba sobre mis pies, amenazándole siempre con tirarme a fondo.

¿Debía cortar o atravesarlo con mi arma?

Un corte de Becque significaría la muerte para De Beaujolais, y estaba muy seguro de que una estocada de De Beaujolais acabaría con Becque.

Mi enemigo forzó de nuevo la marcha del duelo. Se arrojó contra mí con un ímpetu de un toro, y yo le esquivé como si fuese un matador. Cien veces su espada pasó junto a mi cabeza como poderosa guadaña y con tanta rapidez que no me dio la ocasión de tirarme a fondo y darle la puntilla. Ambos jadeábamos y nuestra respiración silbaba a través de nuestras gargantas y bocas secas, en tanto que nuestros desnudos pechos se movían como fuelles. Estábamos cubiertos de sudor y de sangre y, con ojos brillantes y vidriosos, Becque gritaba con ferocidad, diciendo:

—¡Maldito seas, bailarín del diablo! ¡Así Dios te destruce...! ¡Ojalá reventaras, mono indecente!

Y a cada palabra acompañaba un tremendo mandoble.

Mientras tanto, De Beaujolais sonreía y murmuraba: «*María Vanbrugh, María...*» Pero puede creérseme cuando diga que De Beaujolais se debilitaba rápidamente, porque había perdido mucha sangre, su brazo izquierdo era un inútil peso de plomo y empezaba a ponerse torpe, enfermo y a punto de desvanecerse. Pero, de pronto, Becque, con una mirada infernal de odio y de rabia de su contorcido rostro, levantó una vez más su espada por encima de su cabeza, pero aquella vez lo hizo demasiado.

Estaba, pues, la espada sobre su cabeza y con la punta hacia abajo, por detrás de él, dispuesto a darme un golpe que me abriese el cráneo hasta la barbilla, pero en aquel momento incliné la punta de mi espada y me tiré a fondo rápidamente y con toda mi fuerza... ¡*María Vanbrugh!*

Había logrado la victoria porque mi arma salía como doce pulgadas por detrás de su espalda.

Se tambaleó y cayó. Entonces mis rodillas parecieron con-

vertirse en agua y a mi vez caí sin sentido y atravesado sobre su cuerpo.

«*¡Ya le llegó la hora a Becque!* — pensé al caer —. Y tal vez también a De Beaujolais.»

Recobré el sentido pocos minutos después para observar que el Emir en persona sostenía mi cabeza y derramaba agua fresquísimas y deliciosas sobre mi rostro, pecho y manos. El Visir, a su vez, me lavaba las heridas.

Becque no estaba muerto, pero lejos como se hallaba de cirujanos y hospitales, no había hombre alguno que pudiese sobrevivir largo tiempo tras haber sido atravesado por aquella enorme espada.

¡Pobre diablo! Porque, en realidad, era un diablo.

—La Sitt tiene vendajes y cordiales — dije al Emir mientras me ponía en pie.

Y él, en el acto, despachó a El R'Orab, el Cuervo, a fin de ordenar a las esclavas del *anderun* que rogasen a la Sitt que enviara lo que se necesitaba para curar a un herido.

Hice cuanto pude por el insensible Becque y luego volví a ponerme la chilaba, el *haik*, el *kafiyeh* y el albornoz, no sin antes beber una buena cantidad de agua fría y de haberme curado mis heridas, que sangraban.

Los árabes me rodearon felicitándome y me expresaron su admiración por la victoria. ¿Habrían hecho lo mismo si Becque hubiese ganado? Nada tiene tanto éxito como el mismo éxito. Todo se le concede al que lo ha alcanzado... *Vae victis*... Todo el mundo vuelve sus pulgares hacia el suelo para el que ha caído.

—¿Has enviado en busca de medicamentos para ti o para tu enemigo, Sidi? — preguntó el Emir.

—Para mi enemigo, Sidi — contesté —. Es la costumbre cristiana.

—Pero ten en cuenta que es tu enemigo — replicó el Emir.

—Cualquiera es capaz de socorrer a un amigo herido — añadí —, y si esto se considera una virtud, ¿cuánto más no lo es el ayudar a un enemigo caído?

Estas palabras eran bastante sentenciosas, pero muy convenientes para los que me escuchaban en aquella ocasión.

El Emir se sonrió y me estrechó la mano, según la costumbre europea, y el Visir imitó su ejemplo.

Gozaba entonces de alto favor y de la mayor consideración — por el momento — como vencedor de una empeñada lucha... *¡Por el momento...!* ¿Qué ocurriría al siguiente día cuando se hubiese enfriado su sangre caballeresca y se recordasen mis horribles insultos?

Entonces apareció María Vanbrugh, siguiendo a El R'Orab que llevaba el botiquín y una botella llena de un líquido blanco, gasa, algodón en rama y vendajes.

Ya debía haber comprendido que no se limitaría a mandarme lo necesario en cuanto oyese decir que estaba herido.

Contempló al semiinconsciente Becque, que ofrecía un espectáculo bastante desagradable, y luego fijó sus ojos en mí. Supongo que yo estaría desencajado y pálido y que en mi ropa habría manchas de sangre; además, todavía empuñaba la buena espada que quizá salvó su vida y su honor.

—¿Es obra suya? — me preguntó con voz fría y acerada. No lo negué.

—¿Más *Deber*? — preguntó amargamente y con voz de acento insultante —. Es usted un *Matador* de profesión, un *Asesino* pagado que obra en el sagrado nombre de su noble *Deber*. Diga a esos hombres que me traigan un poco más de agua y que hagan unas parihuelas con lanzas o postes de tienda y algunas alfombras.

Y empezó a trabajar como enfermera experimentada.

—Que rasguen en largas tiras un albornoz limpio u otra prenda semejante — dijo cuando me arrodillé para ayudarla —. Y luego apártese usted de mi vista, porque *me da asco*.

—¿También está herido? — me preguntó un momento después, al ver que salía un poco de sangre de mi muslo, de mis costillas y de mi brazo —. *Me alegro mucho* — añadió la señorita Vanbrugh —. Se lo tiene bien ganado. — Y unos instantes más tarde agregó —: Supóngase, por un momento, que fuese usted el que estuviera ahí tendido y moribundo.

Lo supuse y di gracias a Dios Misericordioso de que no fuese así, en bien de ella misma.

Cuando hubo limpiado, desinfectado y vendado la terrible herida de Becque, me ordenó decir a los árabes que lo llevasen a la tienda de los huéspedes, para tenderlo en mi cama, pues de esta manera ella podría seguir cuidándolo. Sus órdenes fueron obedecidas, y bajo su vigilancia el herido fue transportado con todo el cuidado posible.

Observé que el Emir mandó a Yussuf Fetata que se llevase al egipcio-árabe a la misma tienda que ocupaba y que dispusiera lo necesario para que no saliese de ella.

Cuando se hubo hecho todo lo posible en obsequio de Becque, pues estaba tendido en mi cama, inmóvil y respirando

de un modo imperceptible, María Vanbrugh se volvió hacia mí.

—Ahora voy a cuidarle *a usted*, señor Matador — dijo.

—Gracias, señorita Vanbrugh — le repliqué —. Pero yo mismo podré arreglarme los arañazos recibidos.

Me miró con expresión de duda. Su instintivo amor maternal y su caridad innata, que le impelía a socorrer a los heridos, parecía estar entonces en pugna con su odio, también instintivo, hacia el causante de aquellas heridas.

—Déjeme ver la herida del costado — dijo —. Aun cuando pueda cuidarse usted mismo la pierna, no le será posible limpiar y vendar como es debido una herida en las costillas.

—Daría cualquier cosa para no molestarla, señorita Vanbrugh — repliqué —. Sin duda el notable doctor Hadji Abdul Salam podrá cuidarme. Estos especialistas árabes tienen unos métodos muy notables, como el hacer que el enfermo se trague un versículo apropiado del Corán, escrito en un papel o trapo, después de ser bendecido y debidamente santificado... Me parece que esto me sería muy conveniente. Además, es posible que Maudie me ayudase si el doctor cree que un vendaje... — Pero entonces la pérdida de sangre, después de una lucha terrible y con el estómago vacío, produjo sus efectos en mi cuerpo ya debilitado, y me caí al suelo como si fuese un saco.

Cuando recobré el sentido estaban en la tienda María Vanbrugh y Maudie, que tenía el rostro pálido. Yo me hallaba tendido sobre algunos tapices con las heridas todas vendadas.

Mi querido Becque y yo estábamos uno al lado de otro.

—¡Coñac! — dijo María Vanbrugh a Maudie en el momento en que abrí los ojos.

Maudie echó un poco en un vasito y me lo dio. Me bebré el licor y pronto me sentí reconfortado. ¿Cuántas veces se repetiría este drama? Primero la bala de los *tuareg*; ahora la espada de Becque. ¿Cuál sería la tercera?

No debía tardar en saberlo.

Me senté, me puse en pie, algo envarado todavía, aturrido, magullado y mareado; pero, de todos modos, animoso.

—Échese usted en seguida, señor Matador — dijo secamente María.

—Muchas gracias, señorita Vanbrugh — contesté —. Estoy muy bien y no sabe cuánto lamento la molestia que le he dado. Estoy muy agradecido.

—No deseo su gratitud, Matador — interrumpió aquella joven, pálida, competente y enojada.

—No me ha dejado usted terminar la frase, pues iba a decir que estoy muy agradecido a Becque por haberme tratado tan bien — continué. Luego dije una cosa de la que siempre me he arrepentido, y cuando pienso en ello tan sólo puedo excusarme diciéndome que en aquellos momentos estaba un poco desequilibrado —. No ha pasado mucho tiempo desde el día en que estaba usted muy satisfecha de la habilidad que para matar tiene un Matador como yo, señorita Vanbrugh. Acuérdesse de que, en Zaguig, el Matador luchaba contra ocho y estaba en juego la vida de usted. Dispénsame por recordárselo... Estoy avergonzado...

—Estoy avergonzada... y humildemente le ruego que me perdone, mayor De Beaujolais — contestó con ojos cubiertos de lágrimas cuando le tomé la mano y la llevé a mis labios —. Pero ¿por qué... por qué... por qué tuvo usted que abandonar a todos aquellos hombres espléndidos, a aquel señor Dufour, a Achmet, a Djikki... y por qué ha tenido usted que matar a ese desgraciado? ¿No podría encontrar un deber que consistiera en socorrer, en practicar la bondad y el amor, en vez de ese Deber de ahora que le obliga a matar, a mutilar y a herir?

Sí. Empezaba ya a creer que podría encontrar un Deber que era el Amor.

3

Becque se reanimó aquella noche de un modo increíble. Su valeroso espíritu vaciló un momento, pero luego volvió a brillar y por fin ardió vivamente.

Yo me preparaba una bebida, pues tenía mucha sed, cuando él habló, diciendo:

—¿De modo que por fin ganó usted, De Beaujolais?

—Gané, Becque — contesté.

No quería alegrarme ante un enemigo caído, ni demostrar pesar ante un villano renegado y perro traidor que había proyectado la muerte, la mutilación y el deshonor de dos mujeres blancas (una de las cuales era María Vanbrugh).

—Este mundo es muy extraño — murmuró —. Usted estuvo a punto de pegarme un tiro aquel día y yo casi conseguí que le ahorcaran. Una casualidad extraordinaria me salvó y la suerte le salvó a usted.

Yo me figuré que estas palabras serían hijas del delirio de una mente febril... pero el maldito Becque no parecía estar delirando.

—¿Que quiere usted decir? — pregunté, más por replicar alguna cosa que por el deseo de hacer una pregunta.

—¡Ah, el magnífico De Beaujolais, *Beau Sabreur* de los Húsares Azules y de los espahís! ¡Estrella de brillo singular en el *Bureau Arabe*, en el Servicio Secreto y en el Departamento de Espionaje del Ejército francés en África! Se figura usted saber mucho y está muy satisfecho de sí mismo, pero ignora por completo quién transformó a sus hombres, de esclavos derrengados, en rebeldes sedientos de sangre, ¿no es verdad? Nunca estuvo usted tan cerca de la muerte como aquel día. Ignora usted, mi inteligentísimo amigo, que si los malditos árabes no hubiesen atacado en aquel momento, nada podría haberle salvado a usted... gracias a *mí*. ¿Ignora acaso que sus propios hombres estaban dispuestos a colgarle del asta de la bandera y luego incendiar el fuerte y alejarse? «*Otro motín en el descontento y corrompido Ejército francés.*» Éste sería el título que se vería en la prensa extranjera. Y esto alentaría en extremo a los enemigos de Francia. Habría sido magnífico, ¿no le parece?

Reflexioné intensamente registrando mi memoria.

Con toda seguridad nunca intenté pegar un tiro a Becque y aún era más cierto que nunca estuve en peligro de morir ahorcado a manos de aquel caballero.

A pesar de que, al parecer, gozaba de la plenitud de su inteligencia, debía de estar delirando y su mente se extraviaría en tortuosos callejones sin salida.

Reinó el silencio que tan sólo alteraba el zumbido de las moscas que yo procuraba alejar de su cara.

Pocos minutos después se abrieron sus ojos y me miraron cual si fuesen los de una serpiente.

—Hermoso e inteligente De Beaujolais — empezó diciendo de nuevo aquella voz preñada de odio —. ¡Cuán cerca estuve aquel día de apoderarme de ti y cómo he maldecido, desde entonces, a aquellos árabes, a aquellos demonios del infierno, que te salvaron!

Sin duda deliraba. De nuevo asusté las moscas que trataban de posarse en sus viscosos labios y se los humedecí con la punta de un pañuelo que sumergí en zumo de limón.

—¿Y cuándo y dónde fue eso, Becque? — pregunté con alguna indiferencia.

—Supongo que el poderoso guerrero, el *Beau Sabreur*, el cerebro del Ejército francés ha olvidado ya el ligero episodio de Zinderneuf.

¡Zinderneuf!

¿Qué podía saber aquel Becque de Zinderneuf?

¿Sería algún otro misterio que añadir a los que rodeaban el nombre de aquel fatídico matadero? (1).

¡Zinderneuf...! *Rebelión...*

...¿Qué fue lo que me dijo Dufour cuando ordené formar a mi gente, antes de entrar en aquel fuerte silencioso, guarnecido por los muertos, y en donde cada hombre estaba en pie y en su puesto? (los muertos no podían morir y los caídos no podían caer). Recuerdo que me dijo: «No obedecerán, *mon Commandant*. Están todos invadidos de *cafard* y, además, en extremo fatigados. Dispararán contra usted y desertarán *en masse...*»

¿Acaso aquel Becque estuvo allí? Era imposible por completo.

Y de nuevo empecé a forzar mi memoria, concentrando mi mente en los sucesos de aquel terrible día.

Desde luego, Dufour estaba allí...

Sí, y también aquel excelente sargento Lebaudy, según recordaba muy bien, el hombre de quien se decía que tenía la voz más poderosa de todo el Ejército francés.

También estaba el cabo Brille, tan amigo de castigar y a quien un día amenacé con hacerle probar la *crapaudine* (2) al sorprenderle en el acto de aplicarla sin motivo. Con la imaginación parecíame contemplar de nuevo su rostro... así como el del corneta que se brindó a entrar en aquella Casa de los Muertos. Desde luego, era uno de los tres Geste, según averigüé en Brandon Abbas, Inglaterra, cuando fui allí con objeto de ser testigo de la boda de Jorge Lawrence... Lady Brandon era su tía.

Sí. Y recordaba también a dos espléndidos soldados norteamericanos, con quienes hablé en inglés y a los que, por desgracia, mandé a la muerte, para que pereciesen de sed o a manos de los árabes en mi deseo de avisar aquella noche horrible a Saint-André y a sus senegaleses.

No podía recordar a nadie más... no... a nadie más.

Soltó una carcajada amarga y burlona que resultaba muy desagradable.

—¡Oh pobre tonto! — exclamó —. Conozco mucho acerca de Zinderneuf, pues allí estuvo usted a punto de bajar a su tumba... a la tumba que yo mismo excavé para usted. Sin embargo, este lugar servirá del mismo modo.

(1) Se refiere a un interesantísimo episodio de la obra *Beau Geste*.

(2) Castigo prohibido que consiste en atar los pies y las manos a la espalda de la víctima.

Preocupado con mi recuerdo de Zinderneuf, le contesté distraído:

—¿De modo que usted cree que encontraré aquí mi tumba, Becque?

—Lo espero de todo corazón — contestó —. Lo espero y creo firmemente que ese Emir hará con usted y con sus mujeres lo que le he recomendado. Y además traté de sobornarle para que lo hiciese.

Guardé silencio, pues aquel hombre se estaba muriendo.

—Aún no está usted fuera de peligro, Hermoso De Beaujolais, *Beau Sabreur* — continuó diciendo con voz amarga y cruel —. Mi compañero es muy inteligente, y, si no es valiente, en cambio tiene mucho dinero. Y puede pagar lo que sea necesario contra usted o contra cualquiera, y, si es preciso, doblará la suma. ¡Oh, por fin ganaremos nosotros! Y daría mi alma a cambio de poder ser testigo de la hora del éxito... para verle a usted empalado vivo, en un tronco de palmera afilado, y a sus mujeres del *Servicio Secreto entregadas a los soldados sudaneses*.

Me mordí los labios y guardé silencio, pues sin duda alguna aquel hombre se moría.

4

A pesar de la opinión que la señorita Vanbrugh expresó acerca de mí, tengo sentimientos humanos, y si lucho contra un enemigo, como debe hacerlo un soldado, me esfuerzo en no sentir rencor cuando ha terminado la lucha.

Mientras Becque estuviese despierto y conservase su inteligencia, me proponía permanecer a su lado, soportar su villanía y hacer cuanto pudiese para calmar los sufrimientos de su última hora. Algunas veces los hombres de su calaña cambian y se arrepienten en su lecho de muerte. No soy hombre religioso, pero con la mayor tenacidad practico lo que es bueno y honrado, y si la cercana muerte pudiese cambiar los sentimientos de Becque, yo por mi parte me sentía dispuesto a hacer cuanto pudiera para alentar y desarrollar aquellos sentimientos. Le saldría al encuentro, y si el cambio de su corazón fuese sincero le perdonaría en nombre de Francia y de María Vanbrugh.

—Está bien, Becque — le dije —. Haré todo lo que pueda contra su colega. Y daría cuanto pudiese por vivir hasta que llegue la hora del éxito y para verle a usted, no empalado, sino despedido y con un salvoconducto para regresar al punto de donde vino.

—Miente usted como un cochino — replicó mi caballeroso enemigo —. Me ha matado usted y ahora se sienta a mi lado para envanecerse.

—No diga tonterías, Becque — repliqué —. Me alegro de haber logrado la victoria; pero ahora estoy dispuesto a hacer todo lo que pueda para ayudarle o evitarle incomodidades.

—Ésa es otra mentira, cerdo hipócrita — me contestó Becque.

—No — insistí —. Es la pura verdad.

—Si es así, pruébemelo — replicó.

—¿Cómo? — pregunté poniéndome en pie para alcanzarle o hacer lo que pudiese desear.

—Mire, De Beaujolais — dijo —. Usted es un soldado... yo también. Hemos llevado una vida bastante dura y a mí me ha llegado la hora. Nadie puede salvarme. Aquí en el desierto no hay médicos, anestésicos, oxígeno ni antisépticos, y tal vez sufriré durante muchos días, herido como estoy. Usted está convencido de lo mismo. Por consiguiente, déjeme morir en seguida y como un soldado. No como una vaca enferma en la paja... Pégueme un tiro, De Beaujolais.

—No puedo — le contesté.

—¿Lo ve usted? A pesar de cuanto dice no es más que un hipócrita embustero que tan sólo sabe charlar — contestó Becque. Y luego, con amarga burla, imitó mi acento, repitiendo:

—*«Estoy dispuesto a hacer todo lo que pueda para ayudarle o evitarle incomodidades.»*

—No puedo asesinarle, Becque.

—Ya lo ha hecho usted — replicó —. ¿Acaso no puede completar su obra? No. El atrevido y hermoso De Beaujolais no podría hacer eso. Tan sólo puede envanecerse de su hazaña y envenenar las últimas horas del hombre a quien ha matado. Ése es usted y ésas son las perdidas que se ha traído de París.

Y al mismo tiempo escupió con desprecio.

—Una de esas mujeres, Becque — le dije —, le ha cuidado como podía haberlo hecho una enfermera y una madre. En su beneficio empleó su pequeña provisión de coñac, de agua de Colonia, de antisépticos y de material de cura.

—Sí. Para hacerme vivir unas horas más y gozarse en mi agonía — interrumpió.

Reinó el silencio en aquella tienda calurosa y poco alumbrada, y yo me senté observando al herido.

Poco después volvió a hablar diciendo:

—De Beaujolais, le dirijo la última súplica de soldado a soldado. No me deje vivir durante días enteros agonizando,

sabiendo que antes de morir me convertiré en un montón de carne gangrenada y corrompida... sabiendo que nada puede salvarme... Se lo suplico; a usted sobre cuya cabeza caerá mi sangre, a usted le ruego que me evite eso. Déjeme su pistola a mi alcance y permita que Becque muera como ha vivido, es decir, con un arma en la mano.

Reflexioné rápidamente aunque sin decidirme todavía.

—Hágame el favor, De Beaujolais... Me parece que no es mucho pedirle. Así continuarán sin mancha sus manos blancas, y salvará su conciencia del reproche de haberme dejado sufrir torturas que los mismos árabes me ahorrarían.

Entonces me decidí.

—De Beaujolais, si tan sólo tengo una sombra de esperanza de poder vivir no acceda a mi petición... Si no tengo ninguna esperanza, y ya sabe usted que no la tengo, tan seguro como el sol saldrá mañana, si es usted un hombre y tiene sentimientos humanos, déjeme su pistola. Puede volverse de espaldas si gusta. Hágalo, De Beaujolais, y moriré perdonándole y arrepintiéndome de mis pecados.

Le faltó la voz y yo tragué saliva porque sentía un nudo en la garganta. Luego me levanté y fui en busca de mi revólver, que estaba colgado del poste que sostenía la tienda. Mi espada había atravesado su cuerpo por debajo de los pulmones y penetrado en el hígado y en el estómago, interesando, probablemente, la columna vertebral. Era seguro que no abandonaría aquel lecho y que nada en la tierra podía salvarle, de modo que su muerte sería espantosa. En realidad era lo único que podía hacer en su obsequio.

Dejé el revólver junto a su mano derecha.

—Adiós, Becque — le dije —. En nombre de Francia y de María Vanbrugh le perdono el mal que quiso hacer a ambas. Personalmente no siento ningún odio contra usted... Adiós, valiente, adiós.

Y tocando su mano me volví de espalda.

La bala me pasó rozando por la oreja.

Me volví en redondo y arranqué el revólver de la mano de Becque.

—¡Traidor maldito! — exclamé.

—¡Imbécil! — me contestó con una desagradable sonrisa que me mostraba sus brillantes colmillos.

El centinela levantó la pieza de lona que cubría la puerta de la tienda y miró al interior: María Vanbrugh salió precipitadamente de la parte de la tienda que constituía el *anderun*, en el momento en que yo recogía mi revólver.

—¿Qué ocurre? — preguntó jadeante.

—Un accidente — replicó Becque —. Uno de los accidentes más desagradables que haya ocurrido jamás... Lo lamentaré durante todo el resto de mi vida — y se echó a reír.

No podía negarse la serenidad y el valor de mi queridísimo Becque.

—Me figuré, mayor De Beaujolais, que quizá se trataría de más Deber — observó la joven.

—En efecto, lo era, según yo lo concibo, señorita Vanbrugh — repliqué.

Y después de examinar los vendajes de Becque y de darle un trago de *soupe* caliente, hecha con nuestras pastillas de extracto de carne y un poco de coñac, la señorita Vanbrugh volvió al *anderun* y ordenó que me tomara la *soupe*, pues Becque no podía hacer más que probarla.

—¡De nuevo has logrado la victoria, perro! — exclamó Becque en cuanto nos quedamos solos —. ¡Qué estúpido fui al apuntarte a la cabeza sin tener en cuenta que mi mano temblaba! Pero tenía deseos de ver ese cerebro del que tan orgulloso estás. ¿Quieres matarme ahora?

—No — le contesté.

—Ya me figuraba que no querías. No tienes alma para eso. Además estoy convencido de que me pondré bueno. Fíjate, imbécil, en que ya respiro casi sin dolor. Mis pulmones están muy bien. La herida que me has causado no interesa ningún órgano principal. Y siento que me estoy curando.

El pobre diablo ignoraba, sin duda, que sus vendajes le cubrían una herida tan seguramente mortal que no daba lugar a duda. Y su charla de haber sido muy mal herido y de que iba a morir, aunque él lo creía una astucia, para engañarme, expresó en realidad una verdad absoluta.

—Dentro de una semana estaré de nuevo en pie, mono imbécil — continuó —. Todavía te daré algún disgusto. Y puedes creerme, hermoso De Beaujolais; la próxima vez que dispare contra ti daré en el blanco. Sin embargo, espero no tener necesidad de llegar a eso. Deseo que mueras de otra manera y luego yo haré lo necesario con respecto a esas pérdidas que has traído contigo. Ten la seguridad de que, de un modo u otro, lograré vencerte. Te lo aseguro, mi *Beau Sabreur*.

Se incorporó sobre el codo, apuntó su temblorosa mano a mi rostro, escupió y se cayó de espaldas sin vida...

CAPÍTULO XVI

POR MI DAMA

I

En cuanto, al amanecer, se llevaron el cadáver de Becque para enterrarlo, empecé a preguntarme si habían ocurrido, en realidad, los sucesos del día y de la noche anterior o si tan sólo eran imaginaciones de uno que deliraba, víctima de la fiebre.

Sin embargo, mis heridas eran verdaderas y aunque ligeras resultaban bastante dolorosas, pues sentía en ellas, de un modo insoportable, los latidos de mi corazón, y cada movimiento me resultaba una tortura.

Aun así no habría querido estar sin ellas, porque María Vanbrugh me las curaba tres veces todos los días y si bien es verdad que pocas veces oía su voz, en cambio sentía el bendito contacto de sus dedos.

Me cuidaba de un modo tan impersonal y frío como una reina que lavase los pies de un mendigo o como hacen cierta clase de cirujanos militares cuando curan a un soldado negro, enfermo.

Cuando se disponía a salir de la tienda, en la última de sus visitas, casi silenciosa, se detuvo en la cortina de la puerta y se volvió hacia mí, preguntando:

—¿Cuál fue, exactamente, la razón del disparo de ayer noche, mayor De Beaujolais?

—Pues que Becque me disparó un tiro — contesté —. Supongo que no se figuraría usted que yo disparase contra él.

—No lo sé, mayor De Beaujolais — contestó la joven —. No soy tan tonta como para poner un límite, cualquiera que sea, a lo que usted podría hacer en nombre de su Deber. Nada en absoluto me sorprendería ya acerca del particular.

—El deber de un hombre es su Deber — repliqué.

—¡Oh, de acuerdo! — contestó —. No quisiera que usted se desviase ni por el grueso de un cabello de su magnífico camino... pero desde el día en que me informó de que me habría abandonado a la merced de los *tuareg*, en el caso de no disponer de más de un camello, créame usted que he reflexionado... mucho... Sí, el deber de un hombre es cumplir con su Deber, y, si me permite hablar con tanta presunción, le diré que también el deber de la mujer es cumplir con *su* Deber.

—No hay duda de eso — admití.

—Y, por consiguiente, considero mi deber no seguir molestandole y así me quedaré en el Oasis con esos distinguidos árabes, *bajo la protección del Emir el Hamel el Kebir*.

—¿Cómo? — grité sobresaltado abandonando mi calma y mi cortesía habituales —. ¿Cree usted *deber* suyo el hacer eso?

Me sentía anonadado y empecé a temblar de horror y de miedo... Estaba enfermo de verdad.

—Creo que ya me ha oído usted — replicó fríamente la joven —, y espero que ya estará convencido de que siempre pienso lo que digo y que digo lo que pienso. Créame usted, mayor De Beaujolais... También tengo algunas nociones acerca de lo que constituye mi deber, y el mío es no impedirle que cumpla con el suyo.

Bebí un poco de agua, pero me temblaba tanto la mano que derramé mucha más de la que tragó mi seca garganta.

—Por consiguiente me quedaré aquí — continuó —. Y hasta me parece que prefiero el modo de pensar y los ideales de este Emir... Por lo menos estoy persuadida de que nada en el mundo le habría obligado a abandonar a una mujer a la muerte segura o quizás a algo peor... *Ni siquiera un tratado*.

Y el amargo desdén de su acento, al pronunciar esta palabra, fue terrible.

Su voz me hería y traté de hablar, pero no pude.

—Por otra parte, creo que aquí no correré un peligro mayor que el de salir de nuevo al desierto con un caballero que tiene unas ideas tan adelantadas con respecto a la importancia relativa de una mujer y de un pedazo de papel... Tampoco mi doncella se irá con usted. Prefiero confiarla, como lo hago conmigo misma, a esta gente que no tiene un modo de pensar tan complicado. Además, debo añadir que este Emir me gusta.

Recobré entonces la voz y aunque con torpeza, a causa de mis heridas, me arrodillé ante ella.

—Señorita Vanbrugh... *María*... — exclamé —. Esto es una crueldad inhumana... es una *locura*... piénselo bien... Una muchacha como usted... Una mujer fascinadora... *aquí y sola*... No está usted en sus cabales... piénselo... Un harén... y entre estos árabes... Antes sería capaz de pegarle a usted un tiro aquí mismo. Eso es una *locura increíble*.

—Sí... como usted mismo, mayor De Beaujolais — replicó alejándose de mí —, estoy ahora loca con respecto al cumplimiento del *Deber*. También es ahora una obsesión en mí (un buen ejemplo de la influencia de las personas que la acompañan a una). Y veo que mi deber es dejarle a usted libre del todo para que dedique todos sus pensamientos a los asuntos más importantes, dejándole asimismo en libertad para mar-

charse solo en cuanto haya terminado sus cosas, pues en adelante no quiero ser para usted motivo de nuevas molestias. Adiós, y como creo que ya no volveremos a vernos, muchas gracias por haberme traído aquí sana y salva y por haberme dado un alto ejemplo de la conducta que debe seguirse...

Ignoro lo que contesté y lo que hice. En aquel momento fui francés de pies a cabeza y di rienda suelta a mi emoción.

—*El deber ante todo*, mayor De Beaujolais. *Ambos* cumpliremos con nuestro deber. Diré al Emir el Hamel el Kebir que deseo quedarme aquí indefinidamente bajo su alta protección, y que, como espero, le dará a usted su precioso tratado y la despedida en seguida. Mi conciencia, despertada por usted, aprobará mis actos y lo que, según creo, es mi deber. Adiós, mayor De Beaujolais.

Estuve varias horas con la pistola en la mano y creo tener derecho a asegurar que ya sé lo que es sufrir. Y desde aquel día jamás he recriminado al desgraciado que se haya saltado la tapa de los sesos.

2

Aquel día no vi a nadie más, pero durante la noche el Hadji Abdul Salam me despertó de una espantosa pesadilla.

Una vez más volví a oír sus proposiciones y sus advertencias, aunque ahora modificadas por la muerte y eliminación de Becque.

Primera: ¿Querría yo, auxiliado por él, huir solo, en el acto, y volver con un fuerte destacamento francés para hacerle fiel servidor (aunque bien pagado) y vasallo de Francia y Emir Regente de la Gran Confederación? o,

Segunda: ¿Querría prometerle un gran saco de oro y mi auxilio para alcanzar la Regencia de la Confederación si él procuraba la muerte del Emir a manos de Suleiman el Fuerte y juraba solemnemente envenenar a dicho Suleiman tan pronto como yo considerase conveniente? (No podía envenenar al Emir porque aquel desconfiado personaje tomaba toda clase de precauciones para evitarlo.)

Al notar que yo rechazaba ambas proposiciones me advirtió con claridad que me exponía a una dolorosa y prematura muerte y también que mis dos mujeres se convertirían en esclavas del harén. Él estaba en situación de poder afirmar que el Emir había decidido matarnos a mí y al egipcio-árabe, guardarse el dinero, los camellos, las armas y los demás efectos de ambos, y luego aceptar el primer ofrecimiento del Gran

Jeque el Senussi, celebrando con él una alianza ofensiva y defensiva.

Le escuché paciente y con la esperanza de averiguar algo nuevo.

En cuanto hubo terminado le contesté con gran sequedad, le señalé la puerta y dije:

—Ahora, santo sacerdote, vete en paz antes de que yo cometa algún sacrilegio. En otras palabras: sal, asqueroso bandido y perro traidor, antes de que te pegue un tiro.

El Hadji salió y apenas estuvo fuera de la tienda cayó en brazos del Jeque el Habibka el Visir... y ya no volví a verle en esta vida y tampoco espero verle en la otra.

Supe que cayó enfermo y que no tardó en morir. Eso les ocurre a las personas que se atreven a contrariar los deseos de los Emires del Desierto.

Permanecí despierto hasta el amanecer, y era sin duda el hombre más apesadumbrado y desdichado de toda el África.

María Vanbrugh... Francia... Mi Servicio... Mi tío... Mi deber... Un déspota ultrajado, insultado e inexorable, un tirano feroz cuyo «honor» era su vida y en cuyas manos estaba el destino de las dos mujeres de cuya seguridad era yo responsable.

3

Las cosas llegaron a su estado crítico la noche siguiente.

El Emir el Hamel el Kebir y el Jeque el Habibka el Visir entraron en mi tienda y, como si no hubiese ocurrido cosa alguna capaz de interrumpir las relaciones más amistosas, se mostraron cordiales y agradables.

Demasiado amables, según me pareció, y, como conozco muy bien a los árabes, no pude desechar la sensación de que su visita no me traería nada bueno.

Estaba seguro de ello y no me equivoqué.

Después de saludarnos con gran ceremonia y de rehusar todas las pequeñas invitaciones que yo podía ofrecerles, el Emir dijo:

—¿Tiene Su Excelencia grande empeño en lograr el satisfactorio éxito de su misión?

—Sería muy ventajoso para tu pueblo y en extremo agradable para el mío — repliqué —. No puedo negar que este asunto me interesa en gran manera.

—¿Y le importa mucho a Su Excelencia el bienestar y la felicidad de Sitt Miriyam? — continuó con su voz sonora.

¿No había en ella una nota burlona?

—Tanto, que la estimo en mucho más que el tratado — contesté.

—La noche pasada Su Excelencia me llamó perro, cerdo y diablo maldito, según creo recordar — siguió diciendo el Emir —. Sí — continuó en vista de mi silencio —. Sí, Su Excelencia estima en mucho ambas cosas. Admira en extremo a esa hermosa mujer. ¿Tal vez la ama? *Es posible que incluso se resolviese a morir por ella.*

El Visir miraba al Emir, se acarició la barba y sonrió.

—Su Excelencia quisiera tal vez realizar alguna grande acción por Francia, pero quizá no la ama lo suficiente para querer morir por ella. Es posible que esa mujer sea como su Fe, ya que es un infiel. Sí. Puede ser que ella sea su Fe.

Los dos hombres se quedaron mirándome con los ojos de los orientales.

Hubo un corto silencio, una lucha de voluntades y un dramático forcejeo de personalidades.

—*¿Estás dispuesto a morir por tu fe?* — preguntó gravemente el Emir.

Yo me sobresalté como si me hubiesen pinchado.

¿Dónde había oído antes estas palabras? ¿Quién las pronunció?

Fui yo mismo. Usé las mismas palabras, dirigiéndome a Becque, muchos años atrás, en Saint-Denis. En fin, tal vez pudiese dar una prueba mejor que el mismo Becque, porque a ello había de ayudarme la mayor nobleza de mi causa.

—*Estoy dispuesto* — contesté repitiendo la misma frase del muerto.

—*Pues morirás* — dijo el Emir de la misma manera como yo a Becque.

Y juraría que cuando lo dijo cambió la cara del Visir, quien, colérico, se golpeó el muslo. ¿Sería mi amigo?

—Escucha — añadió el Emir —. Estas dos mujeres se marcharán libres, seguras, rodeadas de toda consideración y honradas como merecen, al día siguiente en que la muerte haya borrado los insultos que me dirigiste. Después de haberme llamado perro, hijo de perro y diablo maldito, creo que no podemos seguir viviendo los dos. Por otra parte, tampoco quiero matar por mi mano al hombre que ha venido en paz y ha comido mi sal. Habla, rumí.

—¿Y qué prueba y seguridad tengo yo de que cumplirás tu palabra, Emir? — pregunté.

—Ninguna, a excepción de que te la he dado — replicó —. Todos los que me conocen saben que jamás he faltado a lo prometido, y que nunca he dejado de cumplir mis promesas

o amenazas. *Si esta noche mueres por tu propia mano, tus mujeres blancas quedarán tan libres como el aire.* Yo, el Emir el Hamel el Kebir, juro por el Santo Corán, por la Barba del Profeta y por los Sagrados Nombres de Dios, que pondré en libertad a las dos Sitts en perfecta seguridad adonde quieran dirigirse.

—¿Y si rechazo tu bondadosa sugestión de que debo suicidarme? — pregunté sarcásticamente y a impulsos del miedo, del dolor y de la rabia.

—Pues entonces podrás marcharte libre llevándote el tratado firmado. La Sitt Miriyam entrará en el harén del Jeque el Habibka el Visir y la Sitt Moadi entrará en el mío.

—¡Hijo de Satanás! ¡Perro diabólico! — empecé a gritar.

—*Elige* y no pierdas el tiempo charlando — interrumpió el Emir.

Mi revólver estaba en su funda y la espada apoyada en el poste que sostenía la tienda.

Dejadme pensar... dejadme pensar, Dios mío. Si pudiese matar a aquel par de perros y al centinela que acudiese, tal vez hiciera salir a las muchachas de su tienda, las montaría en camellos y nos marcharíamos. ¿Tendría que luchar luego contra el cuerpo de guardia y los sudaneses que no estaban ni a cien metros de distancia y tal vez contra toda la multitud que acudiría corriendo? Pero tales cosas tan sólo suceden en los libros que lee Maudie.

No. Estaba por completo en poder de aquellos hombres. ¿Y qué sería del tratado, aun en el caso de que pudiésemos escapar?

—Puesto que acabas de darme tu palabra de firmar y observar con lealtad el tratado y, por otra parte, que las dos Sitts serán escoltadas y puestas en seguridad, ¿por qué no cumplir estas dos sabias y nobles resoluciones sin mancharlas con un asesinato? — pregunté.

—¿Acaso no castigas tú a los que te insultan mortalmente? — preguntó el Emir.

—Lucho con ellos — repliqué con el corazón esperanzado por esta idea —. Lucho con ellos y no los asesino. Lucha conmigo mañana, Emir, y si muero pon en libertad a las dos Sitts, que podrán llevarse el tratado firmado.

—¿Y si muero yo? — preguntó el Emir.

—Será la mano de Alá — repliqué —. Eso será una prueba de que has obrado mal. El Visir deberá tener órdenes para que podamos salir en seguridad llevándonos el tratado.

El Emir sonrió y meneó la cabeza.

—*Un hombre valiente* lucharía conmigo con la condición

de que las Sitts quedarían en libertad en cualquier caso, llevándose el tratado, y de que yo quedara libre si es que también venciera — dije.

—No lucho nunca con los que vienen a mí en paz y reciben mi hospitalidad — contestó el Emir con burlona sonrisa.

Era evidente que jugaba conmigo como el gato juega con el ratón al que se dispone a matar.

—¿No? ¿De modo que te limitas a asesinarlos?

—¡Nunca! — contestó el Emir —. Pero no puedo impedir que se quiten la vida si se sienten inclinados a ello. Si mueres esta noche, las Sitts saldrán mañana de aquí. *Ya sabes* que digo la verdad.

En efecto, lo sabía. Me levanté y mi mano se acercó despacio y de mala gana a la funda del revólver. La vida era muy dulce... con María tan cerca de mí y tan querida.

Así la empuñadura del arma... y estuve a punto de dar media vuelta rápida y dispararla contra el sonriente rostro del Emir, pero eso no podía conducir más que a lo peor. No había ni sombra de posibilidad de que la fuerza me permitiese alcanzar otra cosa que un gran daño.

—Tu revólver está descargado — dijo el Jeque —, pero los nuestros no.

En efecto, abrí el almacén y vi que no había ningún cartucho.

—Comete el asesinato, noble Emir, patrón y modelo de caballerosidad y ejemplo de hospitalidad — dije —. Pero recuerda que si las Sitts son víctimas del mal, jamás volverás a dormir sin que mi fría mano se agarre a tu cuello, pues no mereces el nombre de hombre, de musulmán ni de árabe... Eres un profanador del Corán, un maldito renegado y un enemigo de Dios.

—Si con esto te propones indicarme que deseas morir para que las Sitts queden en libertad y mi honor limpio de todo insulto... — replicó el Emir dando una leve palmada y en tanto que el Visir gruñía un juramento para su barba. ¿Sería mi amigo?

El esclavo destinado al servicio personal del Emir y a quien llamaba El R'Orab, el Cuervo, entró en la tienda y se inclinó profundamente.

—Trae el perro y un poco de agua — dijo el Emir.

El R'Orab, el Cuervo, salió de la tienda y volvió en breve con un perro paria atado por una cuerda y un cuenco de tierra cocida lleno de agua.

De su cinto sacó el Emir un frasquito lleno de un líquido

parecido a la leche y lo vació en el cuenco. El esclavo lo puso delante del perro y salió de la tienda. Sin duda alguna todo aquello se había convenido de antemano.

Como suelen hacer aquellos perros, éste empezó a beber con avidez.

Los árabes, imperturbables y con la barbilla apoyada en la mano, se quedaron observándole.

Apenas el perro había acabado de beber, cuando dio un estornudo, profirió un aullido ahogado, se tambaleó y cayó.

En menos de un minuto quedó muerto, aunque debo confesar que al parecer murió sin sufrimiento alguno.

Me levanté de nuevo y saqué el tratado de mi cartera y un poco de lacre y cerillas de mi maleta.

—*Firma el tratado* — dije — *y déjame marchar...*

El Emir, sonriendo con desdén, firmó con mi pluma estilográfica, selló el documento con una enorme y antigua sortija que tenía unos dibujos cabalísticos y unas inscripciones árabes también muy antiguas.

El Visir, haciendo una alegre mueca, testimonió la firma y ambas resultaban de una masa confusa de trazos arabescos que más bien podían llamarse rúbricas o marcas que firmas legibles. Y aunque pude comprender el desdén del Emir, no me expliqué la alegría del Visir.

De nuevo el Emir dio una palmada. Entró otra vez El R'Orab, el Cuervo, y se llevó el perro y el cuenco.

—Tráenos té — dijo el Emir.

Y el esclavo volvió trayendo cuatro tazas de té hirviendo con menta, inevitable acompañamiento de cualquier «ceremonia».

En una de las tazas, el Emir derramó el resto del contenido del frasquito y me la entregó.

—Habríamos bebido juntos — dijo — y tú de esta taza. Ambos hubiésemos deseado la prosperidad y la felicidad de las Sitts. «*Que las dos se casen con el hombre que amen*», hubiéramos dicho. Luego tú hubieses muerto como un valiente. Ahora arroja el veneno al suelo, ¡oh vendedor de mujeres!, y toma esta otra taza. Bebe té en nuestra compañía y, en cambio, brindemos por la prosperidad de nuestra alianza con Francia.

Bajo la mirada sonriente del Emir y los ojos fieros del Visir, dije en árabe:

—El tratado está firmado y debidamente testimoniado, Emir — y en mi propia lengua añadí —: *Felicidad a mi amada y éxito para mi patria.*

Y poniéndome en pie me bebí la taza de té envenenado. Me llevé la mano al cuello, traté de hablar y sentí que me ahogaba... Recordé a Suleiman el Fuerte y traté de avisar al Emir de su presencia y de su amenaza, pero me ahogaba... me ahogaba sin remedio. Vi que la tienda, la lámpara y los hombres empezaron a girar vertiginosamente a mi alrededor y se disolvían por fin. Y me di cuenta de que caía, de que caía a través del espacio interestelar, a la Eternidad... y mientras lo hacía observé que los dos árabes se ponían en pie de un salto, y, aunque ciego y moribundo, oí gritar a una mujer... y yo...

NOTA

Así termina de repente la autobiografía del mayor Enrique de Beaujolais, que empezó a escribir mucho después de haber abandonado el Gran Oasis y la compañía del Emir el Hamel el Kebir y de su Visir.

El repentino final de sus tareas literarias en un punto tan dramático de su historia no se debió tanto a su habilidad de escritor como a la destreza de un rifeño que le interrumpió con la mayor inoportunidad.

El mayor De Beaujolais, culpable del atrevimiento de escribir en una tienda a la luz de una lámpara, pagó la pena de tal acto y la bala de dicho rifeño fue a dar en su reloj de pulsera y en su brazo, distribuyendo las piezas del primero a través del segundo e incapacitando al mayor durante bastante tiempo para el manejo de la pluma o de la espada.

Ocurre, sin embargo, que el compilador de esta obra está en situación de continuar las memorias de su amigo, a quien ha llamado Enrique de Beaujolais, y de arrojar alguna luz sobre su crítica situación. Paradójicamente, la luz salió de lugares oscuros, es decir, de los corazones y de las bocas de dos Hombres Malos. Sus culpables labios completan la historia según se refiere a continuación.

* * *

La relación que sigue empieza en una fecha anterior en varios años a la visita del mayor De Beaujolais al Gran Oasis.

SEGUNDA PARTE

ÉXITO

SEGÚN EL RELATO DE DOS HOMBRES MALOS

CAPÍTULO PRIMERO

PERDIDO

I

Arena dorada y cielo de cobre; cielo de cobre y arena dorada; y nada más. Nada que descansara al dolorido ojo humano de toda aquella terrible e ilimitada extensión de tierra ardiente y cielo encendido.

Para el brillante e incansable ojo de buitre, punto diminuto suspendido y casi inmóvil en las empíreas alturas del espacio cósmico, había algo más..., la torcida, vacilante y bamboleante figura de un hombre.

El buitre esperaba y observaba, sabiendo por instinto maravilloso o mediante un proceso mental, más maravilloso todavía, que no tendría que esperar mucho. Cuando caía el hombre, el ave de presa, sin mover las alas, descendía describiendo una graciosa curva, y de nuevo se cernía inmóvil un poco más cerca de su presa.

Cuando el hombre se levantaba y seguía tambaleándose y por fin caía de nuevo, el buitre repetía su maniobra y otra vez se inmovilizaba casi, a menor distancia de su víctima...

¿Volvería a moverse aquella figura? ¿Estaría ya lo bastante débil para resistir sin protesta el ataque del pico feroz que arrancaría los ojos de la cabeza viva?

El buitre descendió todavía algunos centenares de pies.

2

Dando un gemido, aquel hombre postrado se levantó sobre sus rodillas y se volvió de lado, apoyó las manos en la caliente arena y, después de permanecer así arrodillado por espacio de un minuto, se esforzó de nuevo en ponerse en pie y con el mayor valor intentó encaramarse por la larga pendiente de arena suelta que tenía delante.

Por debajo del capuchón de su *kafiyeh* blanco, aunque muy sucio y sujeto con cuerdas *agal* de pelo de camello, su oscuro rostro era el de un cadáver, tenía los ojos vidriosos, la lengua, que asomaba, negra ya, y la piel reseca y muy tirante en las partes salientes de los huesos. A través de los desgarrones de su sucia chilaba aparecían sus brazos y sus hombros flacos y negros; sus piernas desnudas eran las de un esqueleto. Era un espantajo árabe, un *khaiyul* que aún tenía un destello de vida.

En lo alto de un montículo el hombre vaciló sobre sus pies, se protegió los ojos con la mano y miró hacia las emanaciones de aire caliente que tenía delante.

No había más que arena ardiente y cielo encendido... Ni siquiera un espejismo que le diese una débil esperanza, aunque fuese lo que en realidad era, es decir, una tortura más.

Se dejó caer sobre la arena.

Una hora más tarde el buitre hizo lo mismo y se dispuso, con la cabeza hundida y las alas plegadas, a continuar su paciente guardia con ojos que ni por un momento se apartaran de su presa.

Luego se acercó más al cuerpo estirando la cabeza con torpes movimientos, y cuyo corvo pico el deseo había abierto anticipadamente.

3

Alá! ¿Qué es eso? Mirad, hermanos. En aquel montículo de arena hay algo blanco y a su lado un buitre.

El que hablaba contuvo su camello y señaló el lugar indicado, con los ojos fijos en el distante punto en donde acababa de descubrir algo que hubiese sido invisible para los ojos de un europeo.

Dejando caer su extendida mano descolgó su rifle mientras los demás *tuareg* se detenían a su alrededor.

—Tal vez es una trampa —gruñó otro de los Lobos del Desierto desde detrás del grueso velo azul que ocultaba su rostro a excepción de los ojos. Era un hombre enorme, de aspecto más propio de la raza negra que de la de los otros.

—Pues entonces ve tú y hazla funcionar —dijo el jefe.

Y aquellos jinetes, que llegarían a la veintena, se quedaron inmóviles en sus camellos, en tanto que se alejaba su compañero de rostro oscuro.

Observando el terreno con el mayor cuidado desde lo alto de cada montículo de arena, dio una vuelta en torno del inmóvil bulto cubierto de andrajos, en tanto que el buitre agi-

taba con fuerza las alas para ponerse a una distancia conveniente.

Después de mirar largo rato y con la mayor atención a su alrededor, el jinete se acercó al cuerpo con el rifle preparado. Luego hizo arrodillar al camello.

Cuando desmontó, sus compañeros se aproximaron al lugar. Mientras tanto, el explorador dio vuelta a aquel hombre hasta ponerlo tendido sobre su espalda y observó que estaba desarmado, que no llevaba alimento, agua ni nada que tuviese el menor valor. Ni uno solo de sus harapos valía la pena de que nadie se molestase en quitárselo.

—Se trata de un miserable *miskeen* — dijo el explorador al jefe cuando éste se acercaba —. Ni siquiera tiene un *mitkal* ni una bolsa vacía.

—¡Maldito sea este hijo de Satanás! — replicó el jefe, que escupió luego.

—Tal vez encontrásemos algo en su camello si siguiéramos su huella hasta donde dejó su esqueleto — indicó un bandido flaco y de rostro de halcón que se esforzaba en que su hermoso y blanco mehari pisotease el cuerpo de aquel desgraciado.

—Sí, un saco de perlas, imbécil — exclamó el jefe, y añadió —: Bueno, vámonos. Supongo que no vamos a perder todo el día charlando en torno de esta carroña.

Cuando se alejaba la banda, el negro saltó sobre su montura arrodillada cuando ésta iba a ponerse en pie y entonces emitió un alegre grito. Y, ya fuese por juego o como prueba de su disgusto hacia aquel hombre tan pobre, descargó el rifle contra su cuerpo.

Éste se contrajo y se estremeció, y mientras el bandido se alejaba se retorció volviendo el rostro hacia el suelo, con gran disgusto del buitre que lo estaba observando.

Ni uno solo de los que componían aquella cuadrilla de bandidos con el rostro cubierto por azules velos, los terribles «Olvidados de Dios», miró a su alrededor, y todos siguieron alejándose con cruel indiferencia por el espantoso destino de aquel semejante suyo, habitante del Desierto, como si a ellos no pudiese ocurrirles lo mismo algunos días más tarde.

La vida humana es muy poca cosa en el Desierto.

CAPÍTULO II

EL HAMEL

I

Hacia la tarde de aquel mismo día, una caravana del desierto de árabes seminómadas, «pacíficos» pastores, armados hasta los dientes y deseosos de no pelear con enemigos de mayor fuerza que ellos, seguían el mismo camino que los bandidos *tuareg*.

Los capitaneaba su anciano Jeque, hombre venerable, de barba blanca, con el noble rostro de un patriarca bíblico y mucha de la filosofía, opiniones, ideales y costumbres de aquéllos; es decir, que era un moderno Abraham, Isaac o Jacob. A su lado cabalgaba un Esaú, un hombre muy velludo y cazador poderoso ante el Señor. En su oscuro rostro no había nada noble, a no ser que una mirada vigorosa y animada por salvaje determinación pueda dar a un hombre un noble aspecto.

—Sin duda, estamos mucho más seguros siguiendo las huellas de esos hijos de Shaitan, esos Olvidados de Alá, que así ardan todos en Gehenna (1) — dijo el Jeque a sus compañeros.

Y, volviéndose sobre su camello, miró hacia atrás, en dirección a la larga y rezagada columna en la que las oscilantes *bassourabs* demostraban que las más estimadas y honradas mujeres viajaban ocultas a los ojos de los hombres.

—Tienes razón, ¡oh sabio anciano! — replicó el corpulento joven —. Ninguna bala entra por el agujero hecho por otra y no hay cuchillo o lanza que vaya a dar en una herida de la que mana sangre. Ninguna otra partida de bandidos seguirá a ésta, ni tampoco esos Enemigos de Dios volverán sobre sus huellas.

Como el sol empezaba a ponerse, el anciano Jeque se preparó para ordenar que la caravana hiciera alto por aquella noche, a fin de que se dijeran las oraciones *asha* en cuanto todos hubieran desmontado y, arrodillados en las largas filas detrás de su jefe, le siguiesen en su devota súplica a Alá, con las cabezas inclinadas sobre la arena en dirección a La Meca; pero entonces los ojos de su compañero, llamado Suleiman el

(1) Sinónimo de infierno.

Fuerte, se fijaron en el montón de harapos que había en la distante colina de arena.

—¡Por la Barba del Profeta! — exclamó señalándolo —. ¡Un hombre! Y tal vez no esté muerto, porque, de lo contrario, ya lo devoraría ese buitre.

—Si es uno de los Olvidados de Dios, pronto estará muerto — dijo el anciano Jeque llevando la mano a la empuñadura de plata del corvo puñal, sujeto en la parte delantera del ancho cinturón que le rodeaba la larga y blanca chilaba por debajo de su albornoz.

—Esperemos que no morirá tan pronto, padre mío — gruñó Suleiman.

—Puede vivir lo bastante para sufrir algo de lo que mi hermano sufrió en manos de los *tuareg* antes de que su alma valerosa fuese al regazo del Profeta. ¡Así los perros profanen las tumbas de sus abuelos!...

Ambos se encaminaron al lugar en donde estaba tendido aquel hombre, seguidos por algunos de los guardias de la carayana, guerreros armados con fusiles de chispa, rifles o largas lanzas y espadas rectas y pesadas.

—No es ningún *targui*, sino una víctima de los *tuareg* — dijo Suleiman deslizándose al suelo desde lo alto de su camello sin hacerle arrodillar previamente —. Mira, le han disparado un tiro y apenas ha perdido sangre.

—Quizá no esté muerto todavía — añadió después de acercar el oído al corazón de aquel hombre y apoyando la brillante hoja de su espada junto a la nariz del desdichado —. Tan sólo ha recibido un balazo en el hombro. ¿Le corto el cuello?

—No. Dale agua — replicó el Jeque. Y gritando: «*Adar-ya-yan! Adar-ya-yan!*» a su camello, le hizo ponerse de rodillas —. El que es misericordioso con los pobres necesitados, se hace grato a Alá. Que vaya uno de nosotros en busca de Hadji Abdul Salam — añadió volviéndose a los impassibles guerreros, que contemplaban el espectáculo con tranquila indiferencia, sin impresionarse ante aquella tragedia del Desierto y observando la agonía y la muerte de un semejante suyo con el mismo interés con que habrían visto caer al suelo un gorrión.

¿Acaso la exclamación: «Es un extranjero..., vamos a cortarle el cuello» no se basa en un principio seguro y útil?

Tomando su botella de agua, hecha con piel de cabra, y colgada en lo alto de la silla, el Jeque desató el cuello y derramó un poco del tesoro más deseado y precioso del Desierto en aquellos labios y lengua negros.

La idea del compañerismo emparenta a los hombres de un modo maravilloso, y el hecho de que aquel desgraciado fuese una víctima de los *tuareg* le granjeó una simpatía que, de otro modo, no hubiese obtenido, y fue objeto de una bondad que, de no ser así, no le habrían testimoniado. Los esqueletos y los cadáveres humanos, secos por el sol, son en el Desierto una cosa demasiado corriente para que nadie se moleste en mirarlos dos veces. Los hombres heridos son una carga inútil y los moribundos se mueren ya pronto.

Hadji Abdul Salam, hombre muy gordo y (para ser árabe) un sinvergüenza de carácter bastante alegre, viajaba al lado del camello que llevaba a sus dos mujeres en una *bassourab* (o tienda de forma semiesférica) de tela a rayas, de colores alegres, y asumiendo el aire de sabiduría examinó el cuerpo. Gozaba en la tribu de gran reputación por haber curado al Jeque de una enfermedad mortal, gracias al uso oportuno de un pelo de la Barba del Profeta, de una taza de agua en la que sumergió un papel que llevaba un versículo especial del Corán y la aplicación de un hierro muy caliente sobre el estómago del anciano caballero. También tenía una receta muy valiosa contra la oftalmía, murmurando otro versículo del Corán siete veces y escupiendo en los ojos del paciente siete veces después de cada una de las recitaciones.

Aquel sabio médico aseguró que el desgraciado había muerto.

—El hambre acababa con él — dijo —. Luego murió de sed. Y finalmente recibió una herida que acabó de matarle.

Tal dictamen satisfizo a todos los presentes, a excepción quizá del cadáver, cuyos párpados se abrieron y se cerraron, en tanto que la ennegrecida lengua se movió débilmente como si quisiera lamerse los labios.

—Pero lo he devuelto a la vida, como veis — se apresuró a añadir el doctor, cuya reputación aumentó considerablemente.

2

Y, en efecto, aquel desconocido estaba vivo, aunque apenas pudiese asegurarse tal cosa.

Por curioso e inconsecuente que parezca, y, sin embargo, es muy natural, el viejo Jeque tuvo el mayor empeño en que se restableciese el hombre a quien había salvado.

De este modo contrariaba sin duda a los *tuareg*, deshaciendo lo que ellos hicieron, salvando a una de sus víctimas. Y, además, aquel salvamento humano que acababa de reali-

zar, ¿no era una prueba de su propia virtud? El Jeque había llegado a una edad en que las pruebas de virtud pueden ser en breve muy necesarias en presencia de Alá.

Ordenó que aquel hombre enfermo y herido fuese envuelto en telas de las tiendas *feloudji*, soportadas por los postes de las mismas tiendas, y colgado al lado de un buen camello de carga *djemel*.

—Procura que ese hombre muera — murmuró Suleiman el Fuerte al camellero encargado del *djemel*, cuando la caravana reanudó la marcha después de rezar las oraciones de la tarde—. Si está vivo en la próxima parada, retuércele un poco el cuello. Va en ello tu cabeza.

¿Para qué añadir una carga y una boca inútil a una caravana que cruza un desierto sin agua?

Un poco más tarde el Jeque mandó llamar a su camellero.

—Procura que ese extranjero viva — le ordenó —. El socorro de los afligidos es agradable a Alá el Compasivo y el Misericordioso. Va en ello tu cabeza.

Abdullah, el camellero, tuvo la impresión de que las dos recomendaciones eran bastante difíciles de cumplir a la vez, pero el anciano Jeque seguía siendo el Jeque y mejor haría «oyendo sus palabras» y empleando la prudencia antes que el placer. Abdullah era prudente y, como todo el mundo, gustaba de hacer lo que más fácilmente podía realizar.

En la parada siguiente el desconocido vivía aún y se observó perfectamente que tragaba el agua que le ponían en la boca.

Suleiman el Fuerte miró a Abdullah el Jemman, el camellero, con sonrisa decididamente desagradable, y llevó la mano a la empuñadura de su cuchillo. El anciano jefe alabó a Abdullah y le dijo que había hecho muy bien. A pesar de eso, Abdullah sintió algunas dudas.

Después de algunas horas en que estuvo echado e inmóvil en el suelo, el desconocido se hallaba mucho mejor. Bebió leche de camella y abrió los ojos.

Al doctor Abdul Salam no le faltó tiempo para dedicar sus cuidados a la herida de aquel hombre.

Escribió una cita del Corán, muy poderosa, sobre un trozo de papel, y lo pegó con sangre y con saliva precisamente donde su influencia sería más beneficiosa, es decir, sobre el agujero causado por la bala.

Como ésta había atravesado el hombro del desconocido, el buen doctor confesó que era perder el tiempo en probar de extraerla con unas pinzas usadas en la reparación de las armas de fuego, y, además, explicó al viejo Jeque, mientras

ambos metían el dedo en el agujero, bastante grande, causado por la bala al salir, que dejaría la herida abierta durante algunos días, con objeto de que cualquier espíritu diabólico pudiese salir por allí, sin obstáculo, y que luego la taparía con un poco de arcilla, si eran lo bastante afortunados en hallarla en el próximo oasis.

Eso, según explicó, impediría de un modo eficaz la entrada de cualquier espíritu diabólico y de este modo el herido se restablecería sin ninguna duda. Y en todo caso lo que Alá quisiera sería una prueba de su voluntad. Sin duda ninguna. *Inshallah!*

El doctor pensó que el Jeque daba muestras de su estado senil al empeñarse de tal manera en aquel capricho; pero si el Jeque deseaba complacer a Alá, el doctor quería dejar contento al Jeque.

Después de otro largo descanso, en la parada siguiente, el desconocido estaba algo mejor, aunque su herida había empeorado. Bebió *halib* y agua con la mayor avidez y miró a su alrededor. Pero si podía utilizar sus ojos, no le era posible, en cambio, mover su lengua o no entendió lo que se le decía.

Después de cada parada se sentía un poco más fuerte, y cuando la tribu llegó a un oasis ya podía andar y lavarse la herida sin ayuda de nadie.

Sin embargo, el buen *hakim* Hadji Abdul Salam se lavaba las manos con respecto al paciente. Ya no quería asumir más responsabilidad por aquel imbécil que se figuraría saber más que el mismo doctor acerca del tratamiento apropiado para las heridas de arma de fuego; y que no podía o no quería tragarse las palabras del doctor, escritas en trozos de papel, preciosos *hejabs*, capaces de exorcizar a todos los diablos de la enfermedad y de la destrucción.

Al escuchar las quejas del médico, Suleiman el Fuerte ordenó no malgastar más palabras ni habilidad sobre aquel hombre, porque tan pronto como el Jeque se cansara de su capricho, él mismo se proponía curar al desconocido de toda molestia, y de un modo absolutamente radical. Tenía contra él una antipatía inexplicable, pero poderosa.

El desconocido iba mejorando día por día, y cuando la caravana llegó a su destino, unas semanas más tarde, al *qsar* de la tribu, podía montar en el camello y casi defenderse él solo.

Pero su herida empeoró y durante meses enteros pareció que se moriría por fin; pues no podía alcanzarse el agujero

que tenía en la espalda y, por el contrario, las moscas llegaban muy bien a él.

La tribu le llamaba *El Gherib*, el Pobre Extranjero, y *El Hamel*, el Hallado, el Extraviado, y esperaba a que el anciano Jeque se cansara de él.

3

A medida que pasaban los meses, el capricho del anciano Jeque parecía convertirse en afecto, y lejos de cansarse de aquel hombre y dejar de interesarse en su existencia, sin cesar le daba pruebas de afecto y de preocuparse por su bienestar. Y cuando, por fin, se repuso del todo, aquél le concedió un cargo de importancia.

El Hamel era, pues, el hombre a quien el Jeque se esforzaba en honrar, mientras Suleiman el Fuerte afilaba su cuchillo y esperaba la ocasión, pues el Jeque era ya muy viejo y su único hijo superviviente tenía muy pocos años.

Cuando el Jeque fuese a reunirse con sus padres, el extranjero moriría, pues Suleiman sería el Regente de la Tribu.

Sin embargo, resultaba innegable el hecho de que El Hamel era una persona muy notable. En primer lugar era uno de los afligidos por Alá y completamente mudo. Además, era hábil en extremo con un rifle en la mano y en arrojar el cuchillo. En tercer lugar era fuerte de un modo increíble, un notabilísimo jinete y un no menos hábil maestro de equitación, aun entre los jinetes árabes. Además, era un doctor mucho más notable que el mismo *hakim*; y, por fin, y esto era lo más pasmoso, un mago, y un mago de gran poder.

Este maravilloso y gran don se descubrió del siguiente modo: el Jeque había perdido su *djedouel*, su famoso amuleto; una caja de plata en la que se guardaba un Pelo de la Barba del Profeta, comprado en La Meca por una suma enorme, así como un extraordinariamente santo y poderoso *hejad* o encanto, el hueso o nudillo de los dedos de uno de los más santos *marabuts* que jamás han adornado la esfera terrestre.

Era seguro que nadie descendió a tanto como para robar tan sagradas cosas a la persona del Jeque, y, así, debían de haberse perdido, sin duda. Pero, sea como fuere, el caso es que habían desaparecido, y la emoción era grande en el enorme aduar. Y grandes las recompensas ofrecidas por su hallazgo.

En la tarde séptima a partir del día de la pérdida, El

Hamel, aquel hombre triste y silencioso, estaba sentado como de costumbre ante la pequeña y baja tienda negra que le habían destinado y miraba con los ojos perdidos en la lejanía con expresión propia de un hombre sensato y lleno de sabiduría. Con las piernas cruzadas sobre su pequeña alfombra rayada, silencioso e inescrutable, terminó de hacer una cuerda de piel de cabra para su sandalia, y de nuevo miró al infinito, observando, también, los movimientos de sus semejantes.

Junto a él y mirándole estaba un muchacho esclavo, pastor de cabras, llamado Moussa el R'Orab, Moussa el Cuervo.

El anciano Jeque, muy impresionado y triste por su pérdida, y más todavía por el nefasto augurio de aquel hecho, pasó por delante de El Hamel, quien le saludó con el mayor respeto.

El Jeque se detuvo, dio media vuelta, se sentó al lado de su protegido y se dispuso a distraerse con una buena *faddhl*, es decir, la chismografía, tan cara a su viejo corazón, así como también lo es para la mayor parte de los árabes. Y un poco de murmuración con aquel hombre, de tipo distinguido y agradable, era especialmente grata, pues la enfermedad del pobre desgraciado le impedía tomar una parte activa en ella y, en cambio, le convertía en un oyente ideal.

El Jeque siguió hablando... a propósito de su pérdida; Suleiman el Fuerte se acercó también, acompañado por su buen amigo Hadji Abdul Salam y, poco a poco, varios notables de aquel poblado de tiendas se reunieron al círculo, cada vez mayor, de oyentes y de los que hablaban, dando pruebas del mayor respeto.

Era la primera vez, a partir de la pérdida experimentada por el jefe, que las *faddhl* de la tarde tenían lugar en el exterior de la tienda de El Hamel, cosa que antes ocurría con frecuencia.

La charla proseguía de un modo interminable y la gran Luna llena se levantó en el cielo, iluminando el oasis y las ramas de las datileras, así como los centenares de tiendas de varios tamaños, bajas y negras cuando estaban hechas con pieles de cabra o de distintos colores si eran de tejido de pelo de camello; e inundando de luz los rebaños de cabras y de camellos, los grupos de gente que charlaban, las mujeres junto a las hogueras en que se hacía la cena, los que sacaban agua en el *shaduf* y el dilatado anillo que formaban los vigilantes centinelas.

De pronto el mudo levantó los dos puños cerrados por encima de su cabeza; señaló la Luna, luego adonde el Sol se

había puesto y abrió las manos dramáticamente hacia el cielo, en una actitud de ferviente súplica.

Pronto salió de sus mudos labios una masa de espuma blanca como la nieve, que resbaló por su barba negra, y echó los ojos hacia atrás, hasta que tan sólo quedó el blanco al descubierto.

Su aspecto era terrible y el Hadji Abdul Salam se dispuso a ejercer su profesión. Los que lo contemplaban gravemente se quedaron asombrados y maravillados ante aquella manifestación de la obra de los *djinns*, espíritus o diablos, y reinó intenso silencio.

Aquel hombre pareció reponerse, metió la mano en la tienda, sacó un cuenco de agua y bebió.

Luego se quedó mirando al suelo con los ojos salientes y a muy poca distancia de sus pies. Todos siguieron su mirada. Nada... nada más que la arena plana y hollada; allí no había ningún escorpión, ninguna víbora, ningún sapo cornudo.

El mudo empezó a hacer pases con sus manos por encima del lugar en que tenía puestos sus ojos. Luego derramó agua en el suelo, como si hiciese libaciones a la memoria de amigos desaparecidos.

Repitió los pases y el derramamiento de agua, hizo otras gesticulaciones hacia el mudo cielo y luego... ¿les engañarían sus ojos?, o bien, mientras aquel hombre permanecía sentado con ojos y manos dirigidos al cielo, en actitud suplicante... ¿no asomaba a través de la arena el brillo de algo plateado y *no surgía a través de la tierra, y a sus mismos pies, el perdido cofrecillo del Jeque*, mientras ellos estaban mirándole y llenos de incredulidad?

Así fue.

El numeroso auditorio permaneció unos momentos inmóvil y mudo, como si se hubiese convertido en piedra, y luego sintió un estremecimiento general. Se oyó un suspiro proferido por muchas bocas y, mientras la mano temblorosa del Jeque se acercaba hacia aquella cosa mágica, se oyó un fuerte grito y los hombres salieron corriendo.

El Jeque reunió todo su probado valor y cogió la caja con firmeza, la acarició, la abrió y la volvió a colocar en su lugar, junto al pecho. Luego se volvió y abrazó al mudo con tanta vehemencia y fervor como pudo haber abrazado a su esposa favorita.

—En adelante se le llamará Sidi y también El Mago —dijo—. El Mago Mudo, el Don de Alá.

Y abrazando de nuevo al Mago se levantó, dejó una bolsa de cuero llena de monedas en las rodillas de aquel hombre, pesadas *medjidies* turcas, y se retiró para orar a solas.

Entonces se desataron las lenguas.

—No, aquí no ha habido engaño alguno. No ha sido ninguna trampa propia de prestidigitador.

—Tenía las manos sobre la cabeza y los ojos fijos en el cielo cuando ocurrió la cosa.

—No. Él no arrojó ahí la caja ni tampoco lo hizo un cómplice desde la oscuridad de la tienda. Por el contrario, apareció de bajo la arena y se levantó con suavidad y sin interrupción hasta llegar a la superficie, y allí se quedó mientras todo el mundo miraba.

—Tampoco la enterró ni la hizo salir con la punta del pie. Sus pies no se apartaron ni un momento del tapiz en que estaba sentado y ni siquiera tocó la arena por debajo de la cual apareció la caja.

Era sencillamente un milagro extraordinario, realizado a la brillante luz de la Luna y ante los ojos de todos.

El mudo siguió sentado en silencio y sin moverse, con la mirada abstraída, en tanto que los demás empezaron a charlar y a gesticular, dividiéndose en pequeños grupos de hombres maravillados, discutiendo y gritando a causa de su excitación.

Entonces se postró para orar sobre el mismo sitio en que ocurrió el milagro, apoyando la cabeza en el suelo, y así lo dejó la asombrada multitud.

5

Así es, hermano — dijo asintiendo el Hadji Abdul Salam, mientras él y Suleiman el Fuerte, seguidos a respetuosa distancia por Moussa el R'Orab, el Cuervo, pastor de cabras y esclavo admirador de El Hamel, se alejaba en dirección de la tienda del primero.

—Es, como dices, tiempo de que muera.

—Daré a entender a ese maldito perro Abdullah El Jemal, el camellero, que si ese diablo mudo y padre de mil diablos no muere antes de la próxima luna, será la última que verá el mismo Abdullah — gruñó Suleiman rechinando los dientes.

No en vano se le conocía por el nombre de «El Ma'ian», es decir, el que tiene «El Ojo Malo».

—Tiene un poder maravilloso y la fuerza de diez hombres — observó el *hakim* —, pero hay bebidas mucho más poderosas que él. Un poco de una cosa que yo sé, en su alcuzcuz o en su requesón...

—Este astuto perro siempre hace probar cuanto come a Moussa, el cabrero — contestó malhumorado Suleiman —. Y el hambriento Moussa come de todo con el mayor gusto, sabiendo que nadie será capaz de envenenarle. No, eso es cosa de Abdullah. Una puñalada en la oscuridad.

—¿Y qué hará el Jeque? — preguntó sonriendo el buen *hakim*.

—Pues empalar a Abdullah después de oír mi declaración — replicó Suleiman —, y así, de un golpe, nos libraremos de dos estorbos.

Los dos caballeros siguieron discutiendo el asunto, sentados a la puerta de la tienda de Abdul Salam, en tanto que Moussa, el Cuervo, espía entusiasta de El Hamel, estaba echado detrás de la tienda y escuchaba fingiendo dormir. Suleiman sondeó a su huésped acerca de si estaría dispuesto a tomar en consideración un proyecto, por medio del cual el alimento sentaría muy mal tanto al Jeque como al Mago Mudo, en ocasión de su próxima invitación a comer, hecha por el Jeque a su nuevo y glorificado protegido. Entonces no habría nadie que probase antes la comida.

Pero Suleiman el Fuerte vio muy pronto que iba demasiado aprisa y que proponía a Abdul Salam una cosa muy arriesgada, algo muy peligroso para lo cual el *hakim* no encontraba razón urgente y de la que no podía resultar ningún beneficio personal. Y como desconfiaba del Hadji tanto como éste de él, Suleiman fingió que había hablado en broma y volvió a tratar del milagro, que calificaba de trampa grosera.

Pero ni él ni el digno doctor podían explicar, ni aproximadamente, cómo se había hecho la trampa, o exponer siquiera la más vaga teoría para dilucidar el misterio.

Tampoco eran capaces de hacerlo los pocos individuos que figuraban entre los íntimos y aduladores de Suleiman el Fuerte; y los demás de la tribu creían como un solo hombre en el Mago Mudo.

Sin embargo, existen personas que después de presenciar un milagro semejante en otras partes del mundo, dicen que el milagrero excava un hoyo en el sitio deseado y luego lo llena de una substancia que se hincha rápidamente en cuanto se humedece; algo, por ejemplo, como *bhoosa*, levadura, serrín, grano o salvado.

Aseguran que el taumaturgo oprime la substancia entre cuatro piedras, lo cubre todo con una capa de arena, coloca el objeto (que ha de salir milagrosamente de la tierra) sobre aquella substancia expansiva y lo cubre todo con polvo, tierra y arena. Y cuando llega la hora, poco después de humedecer la substancia en cuestión, aparece el objeto oculto.

Se dice que la Madre Tierra se ha desprendido así, felizmente, de muchos dioses de bronce para el mayor crédito y enriquecimiento de los sacerdotes falsarios.

Pero las personas que así hablan de substancias expansivas son, sin duda, groseros materialistas y no pertenecen al número de lo que se dejan convencer por los milagros.

Aquella noche, Moussa el R'Orab tuvo algo que decir a El Hamel, y este último sonreía afable mientras el muchacho hablaba y gesticulaba.

6

A medida que aumentaba el afecto y el entusiasmo del anciano Jeque, crecían los celos y la cólera de El Ma'ian, nombre por el que se conocía a Suleiman el Fuerte; y fue evidente para todos que el mismo *qsar* no podría contener por más tiempo a él y a El Hamel, El Hallado, El Mago Mudo, El Don de Alá.

El mismo Jeque comprendió con claridad que uno de ellos debía alejarse, porque Suleiman era cada día más truculento, insultante y exaltado; y el corazón del anciano estaba apesadumbrado, pues amaba a su fuerte y sabio Hallado, a aquel hombre corpulento, digno, fuerte y dotado de poderes mágicos a quien él mismo había encontrado y salvado; y, por otra parte, temía al poderoso e influyente Suleiman.

Mas era preciso que uno de ellos se marchase; de lo contrario, en aquella tribu, antes tan unida, habría disputas, luchas, partidos y facciones...

Fue Suleiman el Fuerte quien se marchó...

Y casi se alejó por el *sirath*, el puente que se extiende sobre el Infierno.

Una tarde, el mal genio que parecía arder detrás de sus crueles ojos, estalló por fin y se puso como un poseído por los *djinnns*.

El anciano Jeque se hallaba junto a la lanza (que hincada en el suelo ante su tienda enarbolaba su *bairaq* o estandarte e insignia de gobierno) hablando a El Hamel y a otros favoritos suyos.

Se acercó Suleiman llevando en la mano un *mish'ab* (palo para los camellos) y con el rostro desencajado por el furor. Le seguían el gordo y sonriente Hadji Abdul Salam, Abdullah el Jemmel y algunos otros.

Metiéndose en el círculo que formaban aquellos graves varones, Suleiman se situó ante el Jeque y soltó, indignado, un torrente de palabras amenazadoras, señalando al mismo tiempo al impassible y silencioso El Hamel, hasta el punto de que su mano temblorosa y extendida casi tocaba la cara de este último.

El Jeque lo rechazó con sequedad y levantó su mano.

—*Emshi!* — gritó —. ¡Vete, perro gruñón, o por la Barba del Profeta...!

Y entonces ocurrió lo imposible. Pues cuando el venerable Jeque pronunció la palabra «Barba», Suleiman, enloquecido por los celos, agarró la larga barba gris del Jeque con su mano izquierda, le dio unas cuantas sacudidas y levantó la mano derecha con la que empuñaba el *mish'ab*, como si se dispusiera a asestar un golpe.

Pero fue Sidi el Hamel quien se lo dio a él.

Con increíble rapidez y terrible fuerza golpeó a aquel loco irrespetuoso con su puño cerrado, y todos se quedaron maravillados al ver que Suleiman el Fuerte retrocedía tambaleándose y caía en apariencia muerto.

—Atadlo — tartamudeó el Jeque casi sin poder hablar a consecuencia de la rabia por aquel insulto imperdonable —. Lo haré empalar vivo o muerto.

Y el anciano temblaba de cólera e indignación.

Sidi el Hamel se aventuró a intervenir. Tocando su pecho y su frente saludó al Jeque, unió sus manos en ademán de súplica y luego, inclinándose, cogió a Suleiman por un brazo y, en parte arrastrándolo y en parte llevándolo, lo trasladó adonde las mujeres estaban agrupadas en torno del *jalib* para sacar agua del pozo, y el rodillo *darraja* crujía y gemía sobre el armazón *lidda*, mientras que un camello, enjaezado, tiraba calmosamente de la cuerda.

Al pie de una especie de empalizada de troncos de palmera hendidos, que contenía la tierra en torno de la boca de piedra del pozo, arrojó al hombre que llevaba, e hizo señas a los que se acercaron con cuerdas de pelo de camello para atarlo, con objeto de que lo sujetaran a la pared de madera.

El Hamel arrancó el albornoz de Suleiman, luego lo puso en pie y lo mantuvo tieso en tanto que los brazos extendidos de aquél eran atados a la parte superior de dos postes

y los pies, a su vez, quedaban sujetos a un tocón por medio de una gruesa cuerda.

¿Qué se dispondría a hacer el Mago? ¿Dejaría allí a aquel sacrílego villano y casi parricida, para que se muriese de sed y hambre, o se propondría matarlo como a un perro? Los hombres se agruparon a su alrededor dando rugidos de cólera y las mujeres se apresuraron a refugiarse en las tiendas de sus señores.

El Hamel arrojó el agua de un cubo a la cara de Suleiman y esperó. En pocos minutos recobró sus sentidos, abrió los ojos y miró a su alrededor. El Mago retrocedió varios metros e hizo señas a los curiosos para que se situaran a ambos lados. Y hecho esto, sacó su cuchillo.

¡Ah!, sin duda iba a dar una exhibición de su habilidad en arrojar el cuchillo, para hundir el arma en el negro corazón del perro que con tanta cobardía acababa de insultar a su Jefe y Amo, al representante de Alá en la Tribu, el Vicario del Profeta en la tierra y Dador de la Sal. Estaba muy bien.

El Jeque se aproximó, situándose al lado de El Hamel. Aquel grande hombre se quitó su albornoz, balanceó el cuchillo en la mano y con rápido movimiento lo arrojó.

Se interrumpió el silencio con el suspiro que todos dieron cuando el cuchillo se clavó, temblando, pero no en el ancho pecho de Suleiman el Fuerte, sino en la madera y junto a su oreja derecha.

El Hamel se había equivocado, pues aquella vez no dio en el blanco. Pero no importaba, porque aquello sería una tortura más para el maldito Suleiman.

Con alegre carcajada, Hadji Abdul Salam ofreció su propio cuchillo, con objeto de que El Hamel lo arrojase también.

—Éste está muy bien equilibrado, Sidi — observó.

El Hamel tomó el cuchillo, lo balanceó también en la palma de su enorme mano y con la rapidez del rayo lo arrojó.

El cuchillo se clavó temblando y asimismo en la madera, junto a la oreja izquierda de Suleiman el Fuerte.

Hubo otro suspiro de ansiedad y el buen *hakim* se rió con la alegría propia de una jovencita.

—Prueba otra vez, hijo mío, y quiera Alá guiar tu brazo — dijo el Jeque entregándole su gran puñal con empuñadura de plata.

—¡Acaba de una vez, maldito perro mudo! — gritó Suleiman el Fuerte mirando encolerizado a su enemigo, aunque su rostro estaba de color verdoso.

De nuevo el Mago tomó el arma, su cuerpo enorme y poderoso impulso y lo lanzó a lo lejos.

El pesado puñal fue a clavarse en el poste y encima de la cabeza de Suleiman, a la que apenas rozó. Las tres armas blancas parecían contener y rodear con un marco de metal brillante el rostro del condenado.

Entonces fue cuando los que contemplaban a El Hamel comprendieron que éste no erraba, sino que, por el contrario, cada vez acertó el blanco propuesto. Todos se maravillaron.

Suleiman el Fuerte estaba inmóvil como una estatua.

Abdullah el Jemmal ofreció con el mayor respeto una hoja cortante. Un momento más tarde ésta se había clavado junto al hombro de Suleiman, de manera que el filo quedó a una pulgada de la carne del condenado.

Otro cuchillo fue a parar exactamente en el lado opuesto. Ofrecieron doce cuchillos a El Hamel, y pocos instantes después estuvieron clavados a pares y a ambos lados de aquel hombre inmóvil.

—¡Basta! ¡Acabad de una vez, en nombre de Alá, el Misericordioso y el Compasivo!

Y cuando El Hamel levantó el otro cuchillo, Suleiman perdió el sentido y quedó colgando hacia delante, sostenido por sus ligaduras.

Pero El Hamel había oído de labios de Moussa el Cuervo un relato de conjuras para envenenar personas y lograr la muerte del bondadoso Jeque por medio de la más vil traición y de la mayor ingratitud que se puede soñar.

Se acercó, pues, a aquel hombre atado; de nuevo le arrojó agua al rostro y pronto Suleiman el Fuerte estuvo fuerte otra vez y se mantuvo erguido.

—¡Acaba de una vez, Sidi! —rogó—. ¡En el nombre del Profeta, acaba de una vez!

—*Así como tú querías haber acabado* —gritó Moussa el R'Orab señalando, y Hadji Abdul Salam miró al muchacho con expresión amenazadora.

El Hamel arrancó el puñal del Jeque de donde estaba clavado, encima de la cabeza de Suleiman, y éste cerró los ojos y esperó que le cortasen el cuello.

El Hamel llevó el puñal hacia donde estaba el Jeque y se lo devolvió a éste, tocándose al mismo tiempo la frente y el pecho.

Entonces hizo el gesto de un hombre que apunta un fusil para disparar y señaló en dirección a su tienda. Moussa el Cuervo se apresuró a ir allá y le trajo el magnífico fusil italiano de repetición que el Jeque había regalado a su favorito.

Los hombres sonrieron y aprobaron moviendo la cabeza. Así era como moriría Suleiman el Fuerte.

El Hamel tomó el fusil, lo apoyó en su hombro y apuntó a la cara del traidor.

—¡Mira a la Muerte cara a cara, perro! — gritó el Jeque. Y Suleiman abrió los ojos.

—¡Ahora acaba ya, Sidi! — suplicó —. ¡Por los sagrados nombres de Dios!

Y El Hamel disparó rápidamente cinco veces.

Suleiman el Fuerte cayó al suelo, pero ileso, con las cuerdas que sujetaban sus muñecas cortadas por las balas.

Entonces El Hamel señaló hacia el desierto.

—Sí, vete, perro — gritó el anciano Jeque —. Vete por el desierto, sin tienda y sin nada y aliméntate de carroña. Sin nada tuyo, vete antes de una hora.

Y El Hamel movió la cabeza de arriba abajo en señal de aprobación; se llevó la mano a través de la garganta de un modo muy significativo, y volvió a señalar hacia el desierto.

Entonces desataron los pies de Suleiman el Fuerte y entre maldiciones y golpes lo llevaron hacia sus tiendas.

Cuando se marchó, dentro de la hora que le había sido concedida, fue perseguido por numerosas pedradas, siendo de notar que las mejor dirigidas procedían de la mano del excelente médico Abdul Salam.

Pero Hadji Abdul Salam tuvo, en adelante, la sospecha de que El Hamel no le miraba muy bien y tal vez con espíritu más crítico de como un *mou'abbir*, un hombre piadoso e insinuado, debía ser mirado por un extraviado en el desierto...

Y así crecía la fama y el honor de Sidi El Hamel, el Mago, el Don de Alá, y su situación e importancia en la tribu aumentaban al mismo tiempo...

Cada día el Jeque fiaba más en él, y más también el Sidi se preocupaba del bienestar general.

Enseñó a algunos tiradores, hasta que, de éstos, unos cuantos llegaron a ser casi tan hábiles como él mismo, y muchos alcanzaron la misma destreza que Marbruk ben Hassan, el Cojo, que hasta entonces fuera, sin disputa, el mejor tirador de la tribu, y todos los que poseían armas de fuego consiguieron tirar mucho mejor de lo que es corriente en el desierto.

A pesar de que era mudo, también les enseñó con gran paciencia y a costa de mucho tiempo cómo atacar protegiéndose, para no recibir daño alguno, en vez de dar una loca carga en medio de una granizada de balas.

Después de formar escuadras de combatientes y enseñarles a batirse en línea, echados en el suelo, hacia avanzar a rastras a algunos, en tanto que los demás apuntaban sus fusiles contra el enemigo imaginario.

Cuando se detenían los primeros, avanzaban a su vez, arrastrándose, los que quedaban atrás, y así sucesivamente. Del mismo modo enseñó a los entusiastas fieles y soldados el arte de hacer fuego graneado y escalonado. Se fabricó un silbato de madera, semejante a una *quaita* corta, y con él les daba órdenes, situado a cierta distancia.

A unos cuantos elegidos les enseñó los rudimentos del ejercicio militar por medio de señales, y éstos aleccionaron, a su vez, a los demás compañeros. Hizo aprender, a los que montaban en caballos o en camellos, muchas cosas que ignoraban, tales como el tratamiento de las heridas; y se irritaba en extremo y se ponía amenazador contra todo aquel a quien encontrase ensillando un animal que tuviese alguna rozadura, o que no tratase de curar las heridas de las pobres bestias.

Hadji Abdul Salam, que no sabía otra cosa más que administrar *zarnikh*, una infusión ácida, a los camellos enfermos, y murmurar unos encantamientos sobre los caballos que sufrían alguna dolencia, contemplaba todo aquello con cara sonriente y ojos irritados. El Hamel también cuidaba a los soldados esclavos sudaneses del Jeque, entre quienes y los beduinos siempre hay celos, y constituyó con ellos un pequeño cuerpo de hombres montados en camellos, obteniendo así un núcleo de la *élite*.

Al mismo tiempo hizo algunas indicaciones, a fuerza de sonrisas y de amabilidades, a un hombre maravilloso y muy viejo llamado: «Yakoub-que-viaja-sin-agua» y también a su familia. Éste y sus tres viejos hermanos eran famosos por su privilegio de seguir viviendo, cuando se morían los demás, en caso de extraviarse en el desierto desprovistos de agua, o por haber encontrado el pozo seco al final de una larga y terrible jornada.

Un hombre ordinario logrará que una *girba* de agua le dure cinco o seis días en invierno y tres en verano, pero Yakoub y sus hermanos eran capaces de doblar este tiempo, y como un camello tan sólo puede transportar cuatro *girbas*, ya se comprende la enorme ventaja que ello representaba. Más tarde, El Hamel hizo de aquellos hombres una maravillosa sección de espionaje en el desierto, y así disfrazados de pobres e indignos mendigos recorrían los oasis, los aduare, los *qsars* y los campamentos del desierto, averiguando muchas cosas y proporcionando valiosísimas informaciones.

Y cuando apuntó el día cuya noche temía no ver, el Jeque reunió a sus *ekhwan* y a los jefes de más edad de la tribu en torno de su lecho y les ordenó considerar en adelante a Sidi El Hamel como Regente de la tribu durante los numerosos años restantes de la infancia y de la juventud de su hijo, y ordenó que su *aba* descendiese sobre los hombros del Sidi durante la minoría del muchacho.

En manos del Sidi dejó su sortija, en la que estaba grabado el sello sagrado como insignia de su poder y, levantando la voz, lo bendijo en el nombre de Alá y en el de Mahoma, su Profeta, terminando con las palabras «*Rahmat ullahi Allahim*», «La paz de Dios sea contigo».

Y el primer «amén» fue el de Hadji Abdul Salam.

Poco tardó el anciano en ir a reunirse con sus padres, y con grandes honores y mucho duelo fue enterrado en la *kouba* junto a la pequeña mezquita que había cerca del oasis y del *qsar*, es decir, el cuartel general y depósito y almacén de aquella tribu seminómada.

Poco después llegó el gran ayuno del Ramadán y al terminar aquel larguísimo mes, y en ocasión de la fiesta que señalaba su terminación, el Sidi (aceptado por todos como Jeque Regente) operó otro milagro maravilloso.

Lo realizó en sí mismo, porque mientras todos estaban aguardando la aparición de la luna nueva del próximo mes, avanzó ante ellos y extendió las manos hacia el horizonte.

Hecho esto se volvió a la expectante asamblea y señaló su boca. ¿Qué iba a ocurrir? Todos se quedaron mirándole en silencio y en extremo perplejos.

Salió la luna, y en aquel momento se realizó. El mudo Jeque Sidi El Hamel, el Mago, abrió la boca y con voz profunda y sonora entonó el *shehada*.

A través del vasto silencio del desierto y de la multitud sumida en el pasmo, resonaron las solemnes palabras: «*As hadu illa Illahu ill Allah wa as hadu inna Mahommed an rasul Allah*», y al volverse hacia la *kubla* de La Meca y cuando recitó la *fatha*, la primera *sura* del Corán, todos los oyentes inclinaron los rostros al suelo.

El Mudo había hablado.

En adelante, el Jeque Sidi El Hamel habló muy poco y con la mayor brevedad. Daba tan sólo órdenes muy concisas y respuestas secas, y hacía comentarios muy breves. Casi parecía

como si el hablar le hiciese daño y que su largo silencio, quizá de toda su vida, fuese la causa de su árabe especial, como el de quien ha habitado muchos años en un país extranjero, sin haber hablado una sola vez en su propio idioma.

Pero ahora que se había ya realizado el milagro y podía hablar, su gobierno y su influencia fueron aún más poderosos; enseñaba a sus guerreros con mayor facilidad. Regañaba y castigaba a los que obraban mal. Dio órdenes e instrucciones para realizar convenientemente la explotación agrícola, cuidar los animales, y lograr el mayor orden en la tribu; además dedicó todos sus desvelos a la cuestión sanitaria y a la crianza de animales domésticos y otorgó plena justicia a todos los prisioneros y cautivos, misericordia a los esclavos, a las mujeres y a los animales.

Por otra parte, no quiso actuar de *Imam* e iniciar las oraciones, pues confió este piadoso deber a Hadji Abdul Salam, que en tales ocasiones parecía un hombre tan santo como Sidi Mohammed ben Alí, el Reformador del Islam, a pesar de su cara redonda, regordeta y sonriente, de sus ojillos soñolientos y de sus gruesos labios; pues, ¿acaso no era él un *hadji*, un hombre que había realizado la *hadj*, o sea el viaje a La Meca, la Casa de Alá?

¿No era también un instrumento *zawia khouan*, un hombre verdaderamente santo?

¿Quién podía dudarle al oír su sonora llamada para la oración: «*Haya alla Salat!*» «*Haya alla falah!*» y cuando iniciaba las oraciones *fedjr*, *dhuhr*, *asr*, *mogh'reb* y *asha* por la mañana, a mediodía, por la tarde, al ponerse el sol y por la noche?

¿Quién tan fanático y buen musulmán como él y tan feroz contra los *Ahl Kitab*, el Pueblo del Libro (Judíos y Cristianos) y todos los demás *kafirs* imposibles de mencionar?

Así el buen Hadji Abdul Salam, el *hakim*, era el *imam* jefe, y convirtiéndose a sí mismo en la sombra del Jeque y en su eco, aspiraba a ser su *Wakil* y su Visir.

8

Pronto se pudo comprobar el valor de todas las innovaciones del Jeque El Hamel. Uno de sus maravillosos y viejos hombres del desierto, Yakoub-que-viaja-sin-agua, llegó una noche a pie, después de haber dejado su camello muerto a una jornada de viaje hacia el Noroeste, trayendo noticias de la gran banda *tuareg* que había señalado el campamento de la

tribu como extremo meridional de su viaje anual en busca de botín.

Si la tribu no se resistía se limitarían a descansar y a festejarlo ampliamente, a expensas de sus desgraciados huéspedes: se llevarían en los camellos de carga *hamla* todo su forraje y su cosecha de dátiles, después harían una selección entre los niños, los jóvenes y las muchachas y se marcharían con todos los camellos, caballos, asnos, cabras, tapices, ropa y dinero que sus propietarios no pudiesen esconder o llevar a alguna distancia.

En cuanto a la matanza, la habría o no... Probablemente no mucha, y ésta más bien como pasatiempo que por otra causa.

No podía pensarse siquiera en la fuga *en masse*. ¿Qué tribu, cargada con mujeres, niños, tiendas, efectos de toda clase, cabras, asnos, camellos, *hamla*, que andan despacio, puede huir ante una *harka*, que no lleva impedimenta alguna, de ladrones, semejantes al halcón, montados en rápidos meharis, que corren como el viento?

Los Olvidados de Dios, los Silenciosos del Velo Azul, dejarían en un depósito todo el botín conquistado previamente, guardado por sus preciosos y fieles esclavos negros (a quienes criaban en una especie de granja, como si fuesen ganado), y su rápido *raid* contra la fugitiva tribu se parecería al ataque de las águilas contra unos polluelos. Por otra parte, la mayor molestia que se habría ocasionado a los Dueños del Desierto no sería fácil de compensar. .

Los *ekhwan* se reunieron en la tienda del Jeque el Hamel, y cada uno de ellos habló expresando con sinceridad su modo de pensar. Y los ancianos fueron los primeros en hablar.

Algunos opinaban que se siguiese la antigua costumbre, abandonando el aduar a los rapaces hábitos de los *tuareg*. Cuanto antes obtuvieran lo que deseaban, antes se marcharían. Cuanto menos se los molestara, menos sangre se derramaría. Los elegidos, entre los jóvenes, muchachas y niños, serían mandados al desierto con los mejores ejemplares de camellos, caballos, asnos y cabras, pero no se llevarían muchos, no fuera que los *tuareg* sintieran recelo y torturasen a los ancianos hasta que uno perdiese el ánimo y confesara.

Algunos aconsejaban que se crease una fuerza imponente de hombres armados y montados en camellos y a caballo y también de tanta infantería como fuese posible, para apostarla ante los *tuareg*, con la esperanza de que, según había ocurrido algunas veces, los ladrones decidieran no provocar

a tan peligrosa fuerza, sino limitarse a robar de un modo razonable y prudencial, dejando a las víctimas un buen residuo de sus propiedades, estrictamente los medios de seguir subsistiendo ellos y la mayor parte de sus jóvenes parientes.

Uno o dos, incluyendo Marbruk ben Hassan, el Cojo, demostrando que las lecciones del Jeque el Hamel acerca de la táctica menor de la guerra había fructificado en ellos, deseaban luchar en realidad y recibir a los visitantes con descargas cerradas. Y si no lograban alejarlos, por lo menos morirían en defensa de las tiendas y los niños.

—¿Y qué será de las tiendas y los niños cuando hayáis muerto? — preguntó el Jeque el Hamel.

Marbruk ben Hassan, el Cojo, encogió sus hombros enormes.

—¿Qué será de ellos en cualquier caso, Sidi? — exclamó.

—¿Deberán nuestros ojos ser testigos de su envilecimiento, o, cerrados por una valerosa muerte, no serán su vergüenza ni su desgracia?

—¿Y qué dice a todo eso el buen Hadji Abdul Salam, Santo y Sabio? — preguntó el Jeque.

Aquel hombre santo y sabio creía lo mejor mover todos los hombres ricos e importantes de la tribu, es decir, todos los allí presentes, y pasar una temporada apartados con todo lo que poseían. Después de vivir algún tiempo en el desierto, hacia el Sudeste, podrían volver, consolar a los supervivientes y reparar en lo posible los males causados por los invasores.

Esto pareció muy bien a varios ancianos patriarcas que, muchas veces, habían visto a los *tuareg*, siendo víctimas de sus costumbres, y que, por consiguiente, no deseaban volver a verlos.

—Esos bandidos cortaron las manos de mi hijito y los pies de mi esposa favorita — exclamó lloroso un anciano de barba blanca —. Si yo hubiese huido en vez de combatir aún vivirían los dos.

—Sí, padre — murmuró Marbruk ben Hassan —, y aquel niño sería ahora abuelo y la hermosa mujer un saco de arrugas y sin dientes. No morimos más que una vez.

En cuanto todos hubieron hablado, dando el consejo que su experiencia, su valor, su esperanza y su prudencia les dictaban, el Jeque el Hamel levantó su voz y decidió el asunto:

—No huiremos — dijo — ni mandaremos al desierto lo mejor que poseamos. Tampoco abandonaremos la tribu, alejándonos con lo que nos pertenece. Y ni siquiera les presentaremos un ejército formado para imponerles respeto, quedán-

donos quietos mientras el enemigo nos roba. No defenderemos el oasis...

Todos se quedaron mirando en silencio a aquel hombre enigmático y fuerte, el Jefe Regente de la Tribu, el Jeque Mago.

—Saldremos al encuentro de nuestros enemigos — terminó diciendo — y, cayendo sobre ellos, los destruiremos por completo.

Y en el silencio que siguió, Marbruk ben Hassan disparó su fusil al aire.

—*Wallahi!* — exclamó —. ¡Nuestro Jeque es un hombre, por Alá!

—No dejaremos ni a uno solo con vida para que pueda referir lo ocurrido a sus compañeros — añadió el Jeque.

—*Inshallah!* — murmuraron los *ekhwan* dudando.

Y el Jeque se alejó, llamando a los jefes escogidos de los guerreros y al anciano explorador Yakoub, que debía ser su guía.

Dirigió a éstos una breve alocución, en frases cortas y secas, e ilustró lo que quería decir valiéndose del antiguo sistema de escribir en la arena. En torno de una piedra que representaba el campamento de los *tuareg*, describió un círculo con su cuchillo; otro, de menor diámetro, dentro del primero y, finalmente, un tercero dentro de los dos. Y a cada jefe de veinte hombres le habló sucesivamente, y ellos escuchaban sus palabras sonriendo y replicando

—*Hamdulillah!* Así será. *Inshallah!*

Una hora más tarde, aquellos hombres, seguidos, cada uno de ellos, por unos veinte guerreros, para quienes el Jeque también había dibujado un gráfico en la arena, se reunieron en el extremo noreste del oasis y, al mando del Jeque el Hamel y del anciano guía, emprendieron la marcha con el mayor orden alumbrados por la luz de la luna.

CAPÍTULO III

EL HABIBKA

I

Una vez más quedó demostrado que el ataque es la mejor defensa y que en el apotegma «ponte en lugar de tu enemigo y piensa lo que él puede pensar» queda expresado un magnífico principio estratégico.

El Jeque Mago estaba muy bien enterado de que los *tuareg* atacan al amanecer y de que, por consiguiente, esperan ser atacados a la misma hora.

Por esta razón él atacó al anochecer, cuando el enemigo encendía las hogueras, preparaba la cena, armaba las «tiendas» con mantas de camellos y ramas de artemisa, y mientras daban de comer y de beber a los camellos en el *ghadir* y los hombres estaban ocupados.

Aunque sabía muy bien que el modo correcto y ortodoxo de atacar es dar una loca acometida y llegar cuerpo a cuerpo, aprovechando la circunstancia de que los soldados montados pueden dominar mejor a los que están a pie desapercibidos y en notable desventaja, ordenó un ataque incorrecto y heterodoxo, pues formó un círculo completo con los soldados en torno del campamento *tuareg*, y, después de hacerlos ocultar convenientemente, ordenó que empezasen a disparar y a derribar todos los enemigos, que salían muy excitados, preparándose a recibir el ataque de enemigos montados... que no llegaron.

En vez de eso se vieron rodeados por un círculo, cada vez más estrecho, de tiradores que disparaban sin cesar y que no ofrecían ningún cuerpo concentrado contra el cual les fuese posible dar un contraataque.

Los disparos del enemigo no cesaban ni por un momento y, mientras tanto, algunos se acercaban a rastras, de manera que simultáneamente hacían fuego contra los *tuareg* y al mismo tiempo estrechaban el círculo en torno de ellos.

En todas direcciones se oían disparos y por todas partes se iban acercando aquellos enemigos invisibles.

¿A qué punto de aquel círculo ininterrumpido deberían arrojarse? ¿Dónde eran más densas las fuerzas del adversario y cuáles sus puntos más débiles? Era imposible averiguarlo.

De vez en cuando un valiente *targui* gritaba: «¡Seguidme, Ul-Ul-Ul-Ullah Akbar!» y avanzaba, al frente de algunos hombres armados de espadas, hacia un punto determinado de aquel círculo de fuego, pero ello tan sólo le servía para caer con sus compañeros antes de haber podido teñir sus armas en sangre enemiga.

El Jeque Mago recorría todos los puntos de ataque, y donde se detenía para vaciar el almacén de su rifle caían numerosos los *tuareg*. Parecía estar al mismo tiempo en todas partes y verlo todo de una sola mirada. Y no solamente dirigía la acción, sino que también combatía.

Era el único que permanecía en pie, porque ni siquiera uno de sus bien instruidos soldados levantaba más que la cabeza

del suelo, aun en los momentos que avanzaba arrastrándose unos metros, para poder disparar amparado en alguna mata o en una piedra más cercana a los enemigos. Éstos se perfilaban claramente sobre las hogueras del campamento, mientras luchaban a fin de apoderarse de sus cabalgaduras para montar en ellas.

Así ninguno de los atacantes pudo disparar contra el compañero que se hallaba en el lado opuesto del círculo, y ninguno sufrió tampoco a causa del mal dirigido fuego de los *tuareg*, que se esforzaban en evitar la táctica de sus adversarios.

A veces, un excitado partidario del Jeque Mago, estimulado por su presencia y por el deseo de distinguirse, se arrojaba, tratando de ponerse en pie junto a su jefe, pero de pronto se veía derribado al suelo y recibía la orden de seguir arrastrándose y disparando cada vez más cerca y con mayor precisión hasta que la táctica disciplinada y colectiva derrotase el esfuerzo individual, y sin coordinación alguna, y el excelente uso de un fusil afirmase su superioridad sobre la espada, la lanza y el arma de fuego disparada al azar.

Así se fue cerrando la red y ya se pudo adivinar cuál sería el final; de este modo, también, la inteligencia fría del Jeque Mago triunfó sobre el ardiente valor y la tradicional invencibilidad de los terribles *tuareg*.

Y cuando la batalla estaba ya casi ganada y la victoria era inevitable, la naturaleza humana triunfó de la disciplina, pues los soldados del Jeque, profiriendo gritos salvajes, se levantaron como un solo hombre y se arrojaron sobre los enemigos supervivientes, ya condenados a muerte.

Y hasta aquel momento no sufrieron ninguna baja.

2

Mientras la luna contemplaba la escena de la batalla y a los hombres del Jeque, borrachos de alegría e intoxicados por los vapores de la victoria, que festejaban y se regocijaban junto a las hogueras que encendieran sus enemigos muertos o prisioneros, éste vio algo más horrible que los cadáveres de los que murieron en el combate, mucho más que los montones de cuerpos muertos que se hallaban en número bastante crecido.

Había sido torturado un hombre. Sus torturadores estaban sin duda alguna entregados a su horrorosa tarea cuando se oyó el primer disparo del enemigo, pues el desgraciado vivía aún, a pesar de que eso pudiera parecer increíble, ya que no

tenía cara y había sufrido otras mutilaciones horribles hasta lo indescriptible.

El Jeque Mago acudió y con su fusil terminó los sufrimientos de aquel desgraciado. Luego se volvió hacia donde los gritos de algunos de sus hombres le indicaban haber encontrado a otra víctima del brutal salvajismo de los *tuareg*.

Aquel hombre atado como si fuese un animal que se dispusieran a espetar en el asador, estaba, sin duda, esperando su turno. Por fortuna no había recibido todavía ninguna herida, pero estaba casi muerto de hambre, de sed y de malos tratos.

El Jeque Mago se dedicó a cuidarlo especialmente. Tal vez recordó la época en que él mismo fue salvado de la muerte a la hora undécima, y quisiera tributar a aquel hombre, en apariencia moribundo, los mismos cuidados que él recibiera.

Con su propia mano derramó agua de su *zemzimayah* sobre el rostro y la boca del prisionero de los *tuareg*, cortó las cuerdas que lo ataban y le frotó los miembros. Y mientras hacía eso, en su rostro había una expresión de magnífica y tierna simpatía humana, y en sus ojos, en los que brillaba un destello generoso, una mirada de amor fraternal.

Levantó aquel cuerpo hasta dejarlo sentado, lo rodeó con sus brazos y ofreció una representación viva de una escena bíblica, de un padre que sostuviera el cuerpo de su hijo.

Por debajo de la máscara digna y grave del árabe, la emoción del alma se exteriorizaba buscando breve expresión en un momento de incontenible emoción.

La luna había visto muchas veces al fiero tigre acariciar con la pata a su cachorro indefenso, al salvaje león lamer a su herida compañera, al terrible y espantoso gorila llorar junto a su hermano muerto, y contempló entonces a aquel feroz vengador, manchado de sangre, sentado entre los muertos y mecer, como si fuese una nodriza, a aquel inanimado ser que se salvó de la matanza que él había hecho.

Después de acampar cerca de la escena de su victoria, de abandonar los cadáveres de sus enemigos a los buitres y a los chacales, así como de curar por su propia mano las heridas de sus hombres, el Jeque se dedicó a devolver a la vida al hombre a quien salvara del cuchillo de los torturadores.

Muchos habían muerto, por docenas se contaban los moribundos, y, sin embargo, se cuidaba a aquel hombre para devolverle la vida, como hicieran con él mismo; aquél sería el único a quien se haría retroceder de la puerta de la Casa de los Muertos y al que se arrancaría de las garras de la muerte.

Y como él mismo hiciera, aquel hombre casi muerto luchó

valerosamente por la vida, y un día abrió los ojos y se quedó mirando maravillado a su salvador.

El Jeque puso su dedo sobre los labios exangües, mandó alejar a todos sus hombres y permaneció largo rato con el salvado del océano, del desierto y de la tempestad de sus guerras...

Le llamaron *El Nazil*, el Recién Venido, y más adelante *El Habibka*, el Amigo, y se convirtió en el amigo predilecto del Jeque.

Y en honor de su increíble victoria sobre los temidos *tuareg* dieron al Jeque el Hamel el nombre de *El Kebir*, o sea el León.

Y así como el anciano Jeque se complació en honrar al hombre que encontró medio muerto en el desierto, o sea El Hamel, el Don de Alá, del mismo modo el Jeque Mago quiso honrar a aquel a quien había salvado, y al que devolvió la vida.

Cuando él y sus soldados regresaron al campamento del oasis, para ser saludados por el emocionante «*Ulla-la-een! Ulla-la-een!*», el agudo grito de las mujeres, que frotaban sus dedos de arriba abajo, contra los dientes de sus abiertas bocas, el Jeque hizo sentar a aquel hombre a su derecha, lo vistió con un traje limpio y respetable, y con su propia mano le daba de comer, de vez en cuando, ofreciéndole los mejores bocados de su propio guisado de cabra.

La tribu vio entonces que su Gran Jeque, el Gran Mago, el Don de Alá, y ciertamente el Amado de Alá, el Misericordioso y el Compasivo, se complacía en honrar al Desconocido, como él mismo fue honrado cuando era desconocido; y la tribu observó que entre el Jeque y aquel hombre, desprovisto de tienda, existía un fuerte lazo de simpatía, porque este último era también mudo como lo fue el mismo Jeque.

Tal vez el Jeque Mago le curaría de su enfermedad, del mismo modo como se curó milagrosamente a sí mismo.

Y, poco a poco, vieron que el segundo Desconocido tenía muchos puntos comunes con el Gran Jeque, pues también era un mago notabilísimo, un tirador estupendo y hombre que tenía una habilidad extraordinaria y sumamente curiosa con sus manos.

Como el Gran Jeque en persona, aquel hombre conocía la forma especial de *rabah*, según la cual se cierra la mano vacía, con el pulgar sobre los dos primeros dedos cerrados, y con ella se da un puñetazo disparando la mano en línea recta desde el hombro.

Era una magnífica y terrible forma de *rabah*, pues el hombre que recibiera un golpe tal se quedaba sin sentido y en apariencia muerto, aunque su enemigo estuviese desarmado; cuando no, en pocos minutos quedaba derrotado, sin fuerzas, cubierto de sangre, con los ojos cerrados, los dientes rotos y lleno de heridas y contusiones.

Tal vez el Gran Jeque y aquel desconocido procedían de la misma tribu, alguna lejana tribu meridional, muy hábil en la guerra, en la gran magia; muy fuerte y dotada de gran sabiduría.

3

La atención pública se sintió atraída, en primer lugar, por la notable facultad del desconocido que carecía de tienda, pues de un modo sencillo y maravilloso sacaba cartuchos de las orejas de Marbruk ben Hassan el Cojo.

Marbruk era uno de los mejores tiradores de la tribu, casi tan bueno como el Gran Jeque en persona, pues tenía una vista magnífica, manos, brazos y hombros en extremo fuertes.

Tal vez su terrible cojera le inclinaba a practicarse en el fusil con mayor aplicación que los demás, pues era la única arma que podía usar, ya que tan sólo avanzaba a saltos, como si hubiera sido una araña medio aplastada.

Un día, mientras el Jeque y ciertos ancianos jefes de los guerreros estaban sentados y se entregaban a la *faddhling* ante la tienda del Jeque, aquel Marbruk se levantó, acarició su querido fusil, enseñó su bolsa vacía de municiones y con un suspiro dio a entender que no las tenía.

En el acto el favorito del Jeque, el Desconocido, se levantó, y sacando la mano de debajo de su albornoz la llevó a la oreja de Marbruk y extrajo de ésta un cartucho.

Todos se quedaron con la boca abierta.

Sacó otro cartucho del mismo sitio y luego otro de la oreja opuesta. Todos contuvieron el aliento y Marbruk ben Hassan palideció.

El Desconocido sacó otros dos por debajo de las cuerdas de pelo de camello que sostenían el *haik* de Marbruk. Éste se quedó sentado y cubierto de sudor, en tanto que los testigos de aquella escena murmuraban maravillados:

—¡Magia! ¡Magia!

El Desconocido terminó su asombroso experimento mostrando su mano vacía y su brazo desnudo, cogiendo un cartucho allí en el aire mismo.

Hecho esto volvió a sentarse junto al imperturbable Jeque,

que sonrió con tolerancia ante aquel esfuerzo de un aprendiz adelantado de la ciencia y en el arte de los magos.

4

Durante mucho tiempo El Habibka continuó siendo mudo, y cuando varios *ekhwan* preguntaron al Jeque Mago si le curaría su mudez, replicó que tal era su esperanza y su intención.

Explicó luego que El Habibka pertenecía a su propia tribu, que habitaba en el Sur; una tribu de hombres poderosos en la magia y en la guerra, en la sabiduría y en el juicio, mas, sin embargo, muy afligidos por los *djinns* del desierto, celosos de los dones que con tanta largueza les concediera Alá, y que la más común de sus desdichas consistía en aquella mudez, casi incurable, que los aquejaba cuando contraían una grave dolencia mortal.

A pesar de todo, el Jeque no dudaba de que dentro de algún tiempo podría restablecerle la voz.

Cuando se lograra se observaría que El Habibka hablaría con palabras entrecortadas y de un modo raro, como le ocurrió a él mismo después de recobrar el habla y después de haber estado a punto de atravesar las mismas puertas de la Casa de los Muertos.

Aseguró a los *ekhwan* y a los jefes de veinte hombres, mientras estaba *faddhling* con ellos, que El Habibka sería verdadera torre de fuerza para la tribu, maravillosamente sabio en el consejo, un león en la pelea y el equivalente de diez sabios ancianos y de un centenar de guerreros.

También le complacía mucho hacer que El Habibka mostrase su asombrosa habilidad con el fusil, con el revólver, con el cuchillo y con una larga y delgada cuerda, en cuyo extremo había un nudo corredizo y un lazo, así como su habilidad extraordinaria en montar el caballo más salvaje y su maravillosa astucia, destreza y fuerza en la *rabah*; y, sobre todo, su estupenda magia.

Y, en realidad, la magia del Habibka hacía que sus asombrados espectadores se quedasen mudos de pasmo, a excepción de sus inconscientes murmullos cuando exclamaban «*Allahu Akbar!*» y «*Bismillah!*»

Las cosas que era capaz de hacer resultaban increíbles hasta que se veían. Tampoco le aventajaba el mismo Jeque Mago en sus conocimientos médicos, pues su primera gran curación, conocida de todos, fue seguida por otras muchas.

La primera prueba que dio de su ciencia fue la de salvar nada menos que a la hija del último Jeque, la Sitt Leila Nakhla, la «Hermosa y Joven Palmera» en persona. Ésta había estado poseída de un diablo que entró en su cabeza, causándole terribles dolores y dándole la impresión de que su cráneo iba a estallar.

Con objeto de evitar esta catástrofe se ciñó la cabeza con un grueso alambre de cobre, tan apretado, que se le había hundido en la carne. Pero eso no le produjo ningún alivio. La Sitt Leila Nakhla envió entonces un mensaje rogando que el Jeque Mago acudiese a su lado para practicar en ella su maravilloso arte, pues, de lo contrario, estaba segura de que moriría.

Y si no moría estaba dispuesta a matarse, ya que el dolor le resultaba intolerable y le era imposible dormir.

La vieja que transmitió este mensaje se arrojó a los pies del Jeque El Hamel el Kebir, que estaba sentado sobre un tapiz, ante la tienda, y hablaba en voz baja con el mudo El Habibka. La mensajera le imploró que fuese a curar a la Sitt, su señora.

Y el Jeque ordenó a El Habibka hacer uso de su magia. Ni tardo ni perezoso, aquel doctor en medicina y en todas las ciencias siguió a la vieja Bint Fatma a la tienda de la Sitt Leila Nakhla, en donde la encontró vestida y adornada con lo mejor que tenía, reposando en alfombras de pelo de camello, teñidas, y en blandos almohadones, esperando la llegada del Jeque el Hamel el Kebir.

El Habibka le tomó las ardientes manos y miró largamente a sus asustados ojos.

Luego profirió extraños sonidos, como suelen hacer los mudos, y con rápidos pases sacó del mismo cerebro de la joven y por sus orejas, su nariz, su boca y sus ojos, respectivamente, una hebilla enmohecida, una piedrecita redonda, una larga astilla de madera y, lo que probablemente le hacía más daño, un enorme y brillante escarabajo que zumbaba como si fuese un diablo y cuyo emisario seguramente era.

Llena de horror, la muchacha dio un grito y casi se desmayó.

El Habibka le quitó entonces el alambre fuertemente apretado, pues ya no era necesario, y tal vez para cerciorarse de que el aliento vital seguiría existiendo en la joven, aplicó sus labios con firmeza en los de ella, los separó después de producir un ligero ruido y luego se retiró presuroso de la tienda.

A partir de aquel momento, la Sitt Leila Nakhla ya no volvió a tener ningún dolor de cabeza y, como se comprende,

desde aquel momento aumentó de un modo considerable la reputación de El Habibka.

Muchos se extrañaban de que el Jeque el Hamel el Kebir no estuviera celoso y no hiciese cortar el cuello de aquel hombre que casi le eclipsaba por sus virtudes y por su ciencia curativa.

Pero, lejos de eso, el Jeque no iba a ninguna parte sin El Habibka y lo tenía siempre a su lado cuando, después de rezar, se sentaba ante su tienda, a la puesta del sol, y cuando sonaba la hora de tomar alimento y de gozar de la paz.

Pocos cantaban las alabanzas de El Habibka con voz más fuerte que el piadoso Hadji Abdul Salam y ninguno de aquellos que se extrañaban de este hecho conocía las largas y tranquilas conversaciones que el Hadji sostenía con un tal Abdullah el Jemmal, el camellero, y las tentadoras ofertas que hacía a este último para que se enriqueciese de una vez.

5

La esperanza y el deseo del Jeque el Hamel el Kebir de que su protegido El Habibka recobrase por completo la salud y el goce de todas sus facultades quedaron, al fin, satisfechos, y ello con extraña y dramática rapidez, porque de pronto Alá le concedió el uso de la palabra para que pudiese salvar la vida de su protector.

Sucedió así:

Una tarde, el Jeque el Hamel el Kebir, El Habibka, el Hadji Abdul Salam, el anciano Dawad Fetata, Marbruk ben Hassan y otros *ekhwan* y principales jeques de los guerreros habían estado paseando por debajo del oasis después de la oración *mogh'reb*, junto a la pequeña y blanca mezquita.

Fijando sus ojos en los regados campos verdes, con sus cosechas de cebollas, rábanos, ajos, calabazas y cebada; sobre las filas y montones de ladrillos de arena que se secaban al sol; hacia los grupos de mujeres que estaban junto al pozo con sus *tobhs* de color índigo, rojo o anaranjado; sobre los alborotados y ruidosos rebaños de cabras que levantaban el polvo acometiéndose, los notables se paseaban en animada charla.

En cuanto se extendió la oscuridad se disolvió el grupo a causa de los atractivos aromas culinarios que empezaron a elevarse por doquier, y el Jeque el Hamel el Kebir regresó a su tienda, pasando, al hacerlo, por delante de la que pertenecía a la Sitt Leila Nakhla, quien, con su hermanito y dos esclavas negras, estaba sentada en el exterior para ver pasar

y sonreír al jefe, como de costumbre, cuando se dirigía a su morada. El niño dio un salto y, corriendo, se acercó a El Hamel, empuñándose para jugar con su enorme puñal de empuñadura de plata, metido en la ornamentada vaina del mismo metal, y con el alma en los ojos, la Sitt sonrió a aquel hombre alto y espléndido, que se arrodillaba para abrazar al niño, al futuro Jeque, a quien quería y de quien estaba tan orgulloso como si fuese su propio padre.

El Habibka contemplaba la escena desde la puerta de su tienda y en sus labios se dibujaba una sonrisa enigmática, en tanto que sus duros ojos se suavizaban al contemplar a la hermosa Leila.

De pronto, gritó tres palabras en una lengua extraña y llevó la mano al cinturón de su *gandoura*, en el momento en que un hombre desnudo saltaba desde la negra sombra de las palmeras en dirección a la espalda del arrodillado Jeque, con un largo cuchillo centelleando en su mano derecha.

Al oír el grito de El Habibka, cuyas palabras comprendió sin duda alguna, el Jeque dio media vuelta, conservando al niño entre él y su enemigo, pero no se puso en pie.

La joven dio un salto hacia delante, como un tigre. Se levantó el agudo cuchillo del asesino, y el enorme puño del Jeque le golpeó con fuerza enorme por debajo de los huesos del pecho. Cuando retrocedía tambaleándose, El Habibka disparó por dos veces su pistola y tan sólo entonces el Jeque se puso en pie.

Pero El Habibka había hablado ya; una docena de personas le oyeron y el Jeque le entendió.

Por unos instantes este portento fue olvidado, pues la desesperada joven se arrojó al pecho del Jeque, le rodeó el cuello con los brazos y el mismo niño se agarró a él, alarmado, en tanto que los demás salían con objeto de apoderarse del criminal.

Apartando con suavidad a la niña y al niño, el Jeque gritó para ordenar que no se hiciese ningún daño al asesino, precisamente cuando El Habibka cogía la mano del Hadji Abdul Salam, en el momento en que el cuchillo de este hombre piadoso iba a entrar en el cuello del asesino y en el lugar más apropiado para cortar la yugular.

¡Era sorprendente ver con qué fuerza el Hadji luchó para ejecutar aquel acto de justicia, cómo El Habibka le retorció la mano, le obligó a soltar el cuchillo y a gritar de dolor!

Casi parecía que el Hadji tuviese el deseo de que no cogieran vivo al asesino.

Pronto se vio que los dos tiros del Habibka habían inuti-

lizado, pero no muerto, al criminal, y que cuando éste se recobrase del terrible puñetazo del Jeque, estaría en situación de explicar los motivos de su acto. O, mejor, se hallaría en situación de responder al tratamiento designado y aplicado con objeto de persuadirlo a hablar.

Cuando hubieron arrojado agua sobre aquel hombre, y así que lo ataron a una palmera situada detrás de la tienda del Jeque, quedó confiado a los excelentes cuidados de El R'Orab, el Cuervo. Entonces las mentes de todos estuvieron en situación de ocuparse de algo mucho más maravilloso, aunque menos excitante, y ocurrido pocos momentos antes, es decir, que empezaron a hablar de que El Habibka, El Silencioso, El Mudo, El Afligido por Alá, había sido objeto de la misericordia de Alá, que le devolvió el habla para que pudiese salvar a su amo.

Nadie durmió aquella noche y grande fue la *faddhling* que hubo en torno de todos los hogares, en especial cuando se difundió la noticia de que, por fin, el asesino había cedido al tratamiento de que fue objeto y confesó que fue enviado, con una misión de muerte, por el gran Emir Mohammed Bishari bin Mustapha Korayim abd Radu, a instancias y por intrigas de un tal Suleiman el Fuerte, a la sazón su Visir, Wakil y Comandante en Jefe, todo a la vez.

Por curioso que parezca, el Jeque el Hamel el Kebir no hizo torturar al asesino a fin de obtener informes de él, ni tampoco como castigo de su tentativa de asesinato.

El presenciar ciertos actos de magia, que ante sus asombrados ojos realizaron el Jeque y El Habibka, le convenció de que la confesión sería muy conveniente para su alma, y ello mucho más que la contemplación de los preparativos para su dolorosa destrucción física.

Y su historia resultó muy interesante, en especial aquellos capítulos que se referían a la intención que abrigaba el Emir Mohammed Bishari bin Mustapha Korayim abd Radu de reunir su ejército, nombrar a Suleiman el Fuerte Jeque Tributario de la tribu de que fue expulsado y añadir dicha tribu a la pequeña Confederación que entonces estaba bajo su mando.

En cuanto empezó a recobrar fuerzas y la esperanza de vivir, el mercenario asesino fue más comunicativo, y bajo la influencia de la magnánima bondad, de los experimentos de magia, capaces de hacer perder la chaveta a cualquiera, y del temor, siempre sentido, de ser víctima de horribles torturas, se convirtió en un instrumento del Jeque Mago como lo había sido de Suleiman el Fuerte y del Emir Mohammed que amparó a este último.

Muchos y largos fueron los Consejos celebrados por el Jeque, El Habibka, el sabio y anciano Dawad Fetata, Marbruk ben Hassan y una selección de los *ekhwan* y de los guerreros; y en cuanto se llegó a una decisión se dio una gran *mejliiss*, o sea una gran reunión pública, y los sabios y los guerreros del Consejo Superior arengaron a los asistentes, en tanto que el Jeque significaba su aprobación por la elocuencia de cada cual, con expresivos movimientos de cabeza.

Al terminar el mitin, el ex mudo El Habibka se levantó, y con voz quebrada y ronca por el desuso, con palabras entrecortadas y a veces casi incomprensibles, exclamó:

—*Hamdulillah! Hamdulillah! Ana mabsut! Ana mabsut!* — y después de recitar la *fatha* con los brazos muy abiertos, se dejó caer de cara ante el jefe con el cuerpo agitado por los sollozos, por una histérica carcajada o por un exceso de alegría que no podía contener.

Y la decisión del Consejo, aprobada por la *mejliiss*, fue que en la próxima estación de la siembra, cuando todas las tribus se diseminaban para sembrar la cebada destinada a la cosecha del siguiente año, la tribu emigraría y viajaría rápidamente, con dirección noroeste, hacia aquella tierra maravillosa, en donde se sabía que existían un centenar de millas cuadradas de palmeras y un lugar cubierto de verde y en el que abundaban la leche y la miel, el Paraíso de Alá sobre la Tierra.

Siempre el Jeque había mirado hacia el noroeste y siempre habló de las regiones situadas en aquella dirección, noche tras noche, a los asistentes al círculo *faddhling* y también a El Habibka, que le escuchaba con extraordinaria atención.

Mientras tanto, Yakoub-que-viaja-sin agua y sus arrugados colegas desaparecieron, y durante muchos días no se vio a ninguno de ellos. Cuando reapareció el primero habíase terminado ya una gran parte del trabajo preparatorio para organizar la emigración y la tribu estaba ya casi lista para emprender otro de sus numerosos viajes.

Sin embargo, aquel éxodo había de ser muy distinto de los anteriores, pues la tribu viajaría como un ejército acompañado por un enorme convoy de bagajes y de víveres, en vez de ser una dispersa multitud de hombres, mujeres y niños llevando sus rebaños.

Cuatro cuerpos de camellos, disciplinados y formados, constituían respectivamente la vanguardia, dos guardias de flanco y una poderosa retaguardia. Entre todos formaban los lados de un inmenso cuadrilátero, y dentro de él marchaban la tribu y sus animales, siendo cada familia responsable de su propio ganado y de su propia administración.

Por todo el *qsar* resonaban los molinos de mano, mientras las mujeres de cada tienda trabajaban en parejas en la molienda de la cebada a fin de llenar los sacos para el viaje, y en la tribu aumentaba el precio de la pez y del aceite de *zeit* para impermeabilizar las *girbas*.

Durante todo el día y toda la noche se hacían y cosían *khoorgs* para cargar los dátiles y el forraje de los camellos, pues la tribu «viviría sobre el país», donde pudiera, y se mantendría con sus propios recursos donde fuera necesario, teniendo en cuenta que cada uno de los camellos destinados a los guerreros se come un saco de dátiles todos los días.

En aquella temporada se trabajó mucho y con extraordinario ahínco, pero la alegría era general, pues el cambiar es la sal de la vida y, por otra parte, la tribu tenía una gran confianza en su portentoso Jeque, tan pródigo en ideas, en talento de organización y energía, como confiaba en extremo en su fiel teniente El Habibka, a la sazón Comandante Jefe de los guerreros.

Todo el mundo estaba seguro de que el Jeque Regente llevaría a la tribu con seguridad y sin pérdida a la conquista u ocupación del Gran Oasis, y que quien pudo derrotar una gran *harka* de *tuareg* aniquilaría asimismo a cualquiera que pudiera oponerse a su paso.

CAPÍTULO IV

LA CONFEDERACIÓN

I

A pocas millas del paso de Bab-el-Haggar, Yoluba, el negro esclavo Wadai y, al mismo tiempo, guerrero, que tenía casi siete pies de estatura y gozaba de gran fama por su excelente vista entre los hombres del desierto, que la tenían magnífica, estaba sentado de lado sobre su camello para poder observar el horizonte hacia el cual se volvían las espaldas de sus compañeros.

De vez en cuando, Yoluba de los Fuertes Ojos se detenía y hacía dar la vuelta a su camello mirando con fijeza a lo largo de la ancha pista trazada por la tribu emigrante. De pronto dio una virada y agitó su largo palo *misha'ab* hacia la cabeza de su camello, y al que hizo tomar un paso rápido, hasta situarse al lado del Jeque.

—Llega uno —dijo con la voz gutural de su gruesa gar-

ganta—. Un hombre pequeño en un camello muy grande. Llega muy aprisa. Será Yakoub-que-viaja-sin-agua.

Por orden del Jeque se detuvo la retaguardia, cambió de dirección y se desplegó. Todos los camellos se arrodillaron en línea y detrás de cada uno se apostó un hombre apuntando su fusil.

Ésta era una maniobra introducida por el Jeque y que cuando la comprendieron bien, sus hombres la aceptaron de muy buen grado.

Resultó ser Yakoub, que refirió una historia muy interesante.

—Bien hecho, buen y fiel servidor — exclamó el Jeque después de oírle—. Tuyas serán diez *medjidies* de plata y el mejor camello de que puedas apoderarte si todo marcha bien. De modo que el Gran Emir hará lo mismo que yo hice contra los *tuareg* y nos atacará a la hora de acampar, ¿no es verdad?

—*Ya*, Sidi. Pero nosotros rodearemos el campamento con fusiles y les esperaremos, *Inshallam!* — replicó Yakoub.

—Haremos algo mucho mejor que eso, padre Yakoub — replicó el Jeque.

Y mandó a tres de sus mensajeros, que tenían monturas especiales, hacia El Habibka, que mandaba la retaguardia, a Marbruk ben Hassan y a Yussuf Latif Fetata, que mandaban, respectivamente, las guardias de los flancos.

Las órdenes eran muy sencillas. La enorme caravana debía continuar lo más aprisa que pudiera a través de las profundas dunas y de la arena volandera, que constituía el único camino convertido en fino polvo por cincuenta siglos de tráfico de caravanas, en un país en donde nunca llueve, para llegar al paso existente entre las rocas de Bab-el-Haggar, que se extiende por espacio de varias millas y es un lugar muy quebrado, por el cual no pueden avanzar los camellos.

En el extremo más lejano de aquel paso, la vanguardia y las fuerzas de los flancos debían detenerse y esperar la llegada de la retaguardia, en tanto que la caravana seguiría hacia delante.

2

Pocas horas antes de la puesta del sol, el paso de Bab-el-Haggar se hallaba silencioso y en apariencia desierto, pero a un cuarto de milla hacia el noroeste de él estaban arrodillados en ordenadas filas los camellos del disciplinado cuerpo militar, y a su alrededor se habían depositado centinelas y guar-

días montados en camellos. En el distante horizonte, una enorme nube de polvo indicaba el paso de un número muy grande de hombres y de animales.

Una hora antes de anochecer, una *harka* típicamente árabe invadió como un torrente el ancho paso; centenares y centenares de guerreros muy bien armados, que montaban magníficos camellos, pardos, grises y blancos.

Al frente de los guerreros iba un grupo espléndido, y en éste se destacaba un hombre que llevaba un estandarte de seda verde, en el cual se veía un creciente y la divisa del Señor de Muchas Tiendas, el Emir Mohammed Bishari bin Mustapha Korayim abd Radu, jefe espiritual y temporal de una pequeña Confederación de tribus beduinas, pero que aumentaba con la mayor rapidez.

Los hermosos camellos del Emir y de su Jeque acortaron la marcha desde el trote hasta el paso en cuanto llegaron al área de las dunas de finísimo polvo, en donde los anchos pies de los camellos se hundían profundamente. El sol poniente se reflejaba en tonos encendidos sobre los ricos caftanes de seda, los alegres *kafiyeh*, sujetos con dorados *aglas*, los flotantes albornoces y las mantas de los camellos, adornadas con borlas que oscilaban continuamente.

Después de los jefes entró la masa de combatientes, valientes como leones del desierto y tan indisciplinados como los monos de las rocas.

—¡Maldiga Alá este rincón del infierno! Va a trastornar mi plan —gruñó el Emir, que era hombre impaciente, al observar que su camello desenterraba un pie tras otro en aquel polvo sin fondo.

—No hay necesidad de apresurarse, señor —replicó Suleiman el Fuerte, que marchaba a su lado—. *Inshallah*, nuestros caminos se parecerán hoy, aunque humildemente, a los del mismo Alá, porque, ¿no está escrito: «Alá vuela con alas de plomo, pero pega con manos de hierro»?

—Este maldito paso malogrará mis planes, lo repito —gruñó de nuevo el Emir.

Y así fue, en efecto.

Se oyó un sonido largo y semejante a un silbido, como el de una nota sostenida en una *quaita*, la flauta árabe, y cuando todos los ojos se levantaron hacia las rocas que limitaban y formaban el desfiladero, se oyó un repentino fuego de fusilería, y el paso se convirtió en un matadero.

Muchos apalearon sus camellos como si eso les pudiera dar alas o un terreno sólido que pisar. Otros dieron media vuelta

para huir por donde habían venido, y con ello aumentaron la confusión que ya existía.

Otros trataron de hacer arrodillar sus camellos para disparar amparándose en ellos contra el adversario bien oculto, pero pronto se convencieron de que por la espalda tenían asimismo otros enemigos.

—*Kismet* — gimió el Emir llevándose la mano a su pecho ensangrentado —. *El Mektub, Mektub...* — y cayó desde lo alto de su camello.

El hombre a quien habló, aquel Suleiman el Fuerte, hizo arrodillar su camello y luego se tendió a su lado fingiéndose muerto. Durante un breve espacio, aquellos hombres expuestos a los tiros de sus enemigos, procedentes de todas direcciones, replicaron atolondrados con sus armas y casi sin apuntar, pero no consiguieron acallar el fuego que contra ellos disparaban con gran precisión sus enemigos, que se hallaban a corta distancia protegidos por las rocas, apuntando con la mayor calma.

El fin inevitable llegó muy pronto, y el Jeque el Hamel el Kebir se apresuró a salvar cuantas vidas le fue posible.

Con gran sorpresa de los vencidos no se cortó ni una sola cabeza y a todos los heridos se dedicaron los mismos cuidados, como si se tratase de hijos muy queridos.

Pero la derrota fue completa, amarga e irreparable, porque ni siquiera un fusil, un paquete de municiones o un solo camello quedó en posesión de aquel ejército sin jefe, de la Confederación de Tribus, hasta entonces fuerte y arrogante en la poderosa mano del Emir Mohammed Bishari bin Mustapha.

Convencidos de la verdad del *vae victis* no tardaron los jeques de los presos en aceptar el pequeño cambio de plan, en virtud del cual las tribus confederadas quedaban unidas a la Tribu, en vez de ser la Tribu diezmada agregada a aquéllas.

Tampoco advirtieron pérdida alguna en cambiar la jefatura y el gobierno del Emir Mohammed Bishari bin Mustapha Korayim abd Radu por los del Emir el Hamel el Kebir, que les había vencido en la guerra y que se portó con la más noble magnanimidad con respecto a los vencidos, de acuerdo con la más pura tradición árabe, por regla general más honrada faltando a ella que observándola. Era sin duda alguna un hombre grande y notable, en quien se podía confiar para que aumentase la fuerza de la Confederación, hasta que viviesen todos en seguridad absoluta y sin ser molestados, dispuestos a

ayudarse unos a otros para cosechar donde hubiesen sembrado.

Así, pues, los jeques de las tribus dieron en rehenes a sus hijos y a sus hijas, sus rebaños y sus tesoros, y el Jeque el Hammel el Kebir se convirtió en el Emir el Hammel el Kebir, el Victorioso y el Bendecido por Alá, el Misericordioso y el Compasivo.

Como su tiempo estaba ya ocupado con trabajos de organización militar y civil, el nuevo Emir nombró a El Habibka Jeque Regente de la Tribu y dio una grande alegría a los *ekhwan* y a los guerreros prometiéndoles que él viviría siempre con la Tribu y no con ninguna otra.

En una gran *diffa* dada en honor del nuevo Emir por el anciano Dawad Fetata, la Sitt Leila Nakhla se complació en honrarle sirviéndole por sí misma.

El Emir comprendió muy bien el honor que se le hacía, pero no se fijó en que la joven oprimió contra sus propios labios y su pecho el cuenco en que bebió, y en adelante no permitió que lo tocara nadie.

Otras tribus nómadas y seminómadas, algunas movidas por su buen juicio y otras por miedo de ser destrozadas, mandaron emisarios al Emir proponiéndole unirse a la Confederación y gozar de su protección y amparo a cambio de sus tributos y de los servicios de sus hombres de armas.

Él las visitó, acompañado por su famoso cuerpo de soldados montados en camellos, que maniobraban y hacían el ejercicio como los *Franzawi* y otros soldados rumís que, según se decía, eran invencibles.

Lentamente, la grande y creciente Confederación se dirigió hacia el noroeste y en dirección al famoso Gran Oasis, de un centenar de millas cuadradas de palmeras y de verdes prados, donde el Emir el Kebir habló de construir un aduar permanente para que la Tribu ocupase la tierra y la poseyese, aumentando así su poderío y viviendo de la agricultura y de la cría de ganados, en plena seguridad, y constituyéndose en el centro y foco de una poderosa alianza tribal.

Incluso habló de la construcción de una ciudad amurallada, con un mercado para las caravanas, debidamente protegido, de un gran zoco que sería famoso bajo su sombra y atraería a las caravanas del norte cargadas de azúcar, té, tejidos de algodón, jabón, agujas, perfumes y sándalo; del sur traerían marfil, plumas y «huérfanos» sudaneses; del este, café, procedente de la Arabia, y del oeste los productos de Nigeria, del lago Tchad y Tombuctú.

Una ciudad amurallada con escuelas, mezquitas, *zaouias*,

serais, hammams, madressahs y casas frescas con hermosos jardines. Y los *ekhwan* se acariciaban las barbas y sonreían al oír las agradables fantasías del Emir.

Inshallah!

Y como al que ya posee, siempre se le da más, cada día era mayor el poder del Emir el Hamel el Kebir, pues todos los jefes se apresuraban a obtener su protección y su amparo; y su Confederación crecía como la calabaza de Jonás, hasta que su fama se extendió por toda la región, hacia el norte, el sur, el este y el oeste.

Y en el norte y en el oeste llamó la atención de algunos señores poderosos y muy interesados en aquellos asuntos.

El primer indicio de que el Emir había conquistado gran fama fue una insinuación procedente del Gran Señor de los Senussi, quien le mandó a uno de sus más importantes jeques, escoltado por un imponente séquito, que le llevaba regalos, saludos y proposiciones de celebrar una alianza ofensiva y defensiva y el cambio de rehenes para la mejor observancia.

Se reunió una gran *mejless*; el Emir escuchó las palabras de los emisarios Senussi y dio adecuadas respuestas.

Después de algunas semanas de conversaciones intermitentes, de mucho *faddhling*, de festejos y de ceremoniosas bebidas de té con menta, partió la caravana que acompañaba a la embajada, llevándose una grande impresión de la fuerza de la Confederación, de la sabiduría y grandeza del Emir, muchos regalos para el Señor de los Senussi y poca cosa más.

«El Emir consideraría y estudiaría el asunto con la mayor atención, conferenciaría con los jeques de sus tribus y mandaría mensajeros a la Santa Kufra para transmitir su respuesta.»

CAPÍTULO V

UNA VOZ DEL PASADO

I

El Emir el Hamel el Kebir y su Visir el Jeque el Habibka tenían la prudente costumbre de alejarse de todo el mundo para poder conversar con el mayor secreto acerca de los altos asuntos del Estado.

Así lo hacían, sentados en un tapiz sobre el cual había una especie de dosel sostenido por cuatro astas. En las esquinas de un cuadro imaginario estaban apostados cuatro centinelas sudaneses, separados uno de otro y de sus señores por

una distancia de un centenar de metros, con la orden de impedir que alguien se acercase sin ser invitado.

Hacia ellos, mientras estaban así sentados, se acercó una tarde el fiel servidor del Emir, El R'Orab, el Cuervo, escoltando al anciano pero firme y vigoroso jefe de los exploradores que formaban la sección de espionaje del Emir.

—Habla — dijo el Emir.

—Señor Jedive, tu servidor Yakoub-que-viaja-sin-agua tiene noticias para tu oído — anunció El R'Orab.

—¡Habla! — repitió el Emir dirigiéndose al anciano.

—Señor Califa, se acerca una pequeña caravana. Sus jeques son hombres extraños. Uno es egipcio o árabe-egipcio. Es de la gran Al Azhar *Zaouia* de El Cairo. El otro habla y se viste como los beduinos, pero sus maneras son extrañas... Los dos hablan en un lenguaje extranjero. Me cogieron y me obligaron a que fuese su guía — dijo el hombre sonriéndose y mostrando sus encías desprovistas de dientes —. Y yo dormí apoyado en la tela de su tienda en busca de calor y de abrigo contra el viento, pero sus palabras eran en una lengua extraña. Tienen mucho dinero y sus criados son fieles. Los camellos que llevan contratados no pudieron decirme mucho. Los alquilaron en Siwah y han venido por el camino de la Santa Kufra. Creen posible que su jefe principal sea un rumí, pero lleva papeles que los grandes jeques, los emires, los califas, los jedives y los príncipes besan y se ponen en la frente y en el pecho... Se dice que se les tributaron grandes honores en Siwah y también en la Santa Kufra, en donde los recibió muy bien el mismo Señor de los Senussi. Los dejé en el último pozo, huyendo de noche en mi rápido camello.

Tres días más tarde dos extranjeros muy bien barbados estaban sentados hablando larga y elocuentemente con el Emir el Hamel el Kebir y su Visir.

Llevó el peso de aquella conversación un curioso e híbrido producto de la moderna civilización, un estudiante de la gran Universidad Al Azhar de El Cairo y de la Sorbona de París. Había sido empleado en el *Bureau Arabe* y vivió en Argel. Dimitió su puesto y visitó Constantinopla, de donde se marchó a Bagdad. Y el deseo de viajar u otro motivo ignorado lo llevó de nuevo a Europa.

Cuanto dijo fue confirmado en pocas palabras por su jefe, hombre a quien el Emir y su Visir estudiaron con más cuidado que al voluble y cosmopolita árabe-egipcio.

Y lo que dijo era en extremo interesante y, al mismo tiempo, una historia que realmente intrigaba.

Habló a aquellos sencillos jefes del desierto de un Gran Rumí, Rey de Reyes, cubierto de brillante armadura, que, desde hacía mucho tiempo, fue inducido, por medio de un sueño que le mandó Alá, a comprender el error de su conducta y a abrazar la verdadera Fe. Tan grande era aquel Monarca que el mismo Padre de los Fieles le llamó hermano y le invitó a ir a Estambul para abrazarle. Era tan grande que una vez derribaron las murallas de la Santa Ciudad de Jerusalén para darle paso, cuando fue allí en peregrinación, para que no tuviera que utilizar una puerta común hollada por los pies de hombres ordinarios.

Los sencillos y devotos jefes, muy impresionados, estaban demasiado embelesados para poder hablar, hasta que, por fin, el Emir, acariciándose la barba, preguntó qué tenía que ver todo aquello con él.

Y entonces recibió la respuesta adecuada.

Influido por el conocimiento de que no hay más Dios que Dios y de que Mahoma es su Profeta, y conmovido, al mismo tiempo, al ver que el Islam gemía en la esclavitud... sí, ciertamente, debajo del talón de los rumí *Franzawi*, en África, este poderoso Rey de Reyes estaba dispuesto a rogar a su hermano, el Padre de los Fieles, en Estambul, que predicara una *jihad*, una Guerra Santa para derrotar a todos los opresores del Islam, en todo el mundo, y especialmente en Marruecos, Argelia, Túnez y los países adyacentes.

Y a todos los grandes Jefes, Emires, Jeques, Califas, Jeddies, Príncipes y Caudillos de las Confederaciones Tribales les mandaba aviso con objeto de que se preparasen para el gran Día del Islam, para el Día de la Creación del Estado Panislámico en África, a fin de destruir por completo y exterminar a los rumís. Ya la potencia islámica mayor de África, los Senussi, estaban obligados a obedecer las órdenes de Estambul y se esperaba y creía que el Emir el Hamel el Kebir atacaría a los franceses cuando los Senussi atacasen a los ingleses en Egipto... Mientras tanto, regalos, armas, dinero, promesas...

Una vez terminada la primera audiencia, y en cuanto se hubieron dado las órdenes para instalar el campamento destinado a la caravana de los extranjeros, el Emir el Hamel el Kebir y el Jeque el Habibka el Visir se quedaron mirándose largamente muy pensativos, con los ojos de uno fijos en el rostro del otro.

—¿No puedes recordarlo bien, Buddy?—preguntó el Emir.

—No, Jeque Hank —contestó el Visir—. Pero estoy se-

guro de haberlo visto antes. Ese hombre me preocupa, y estoy verdaderamente inquieto acerca de él.

El Emir sonrió y dijo:

—Ten la seguridad, muchacho, de que él estará en breve mucho más inquieto que tú. Acuérdate de Tokotú cuando tú y yo nos hallábamos en la Legión. Ese tuno se reunió con nosotros en Douargala con unos cuantos que vinieron del depósito de Saida. Todos los demás aseguraban que fue él y nadie más que él el autor del motín de Saida, aunque no se le acusó de tal cosa. En Tokotú llevaba la misma vida. Siempre tenía mucho dinero, y como lo gastaba se hizo famoso. Tengo la seguridad de que su verdadera profesión era la de amotinar a los soldados y la de buscar complicaciones y disgustos a los jefes. Por lo demás, un hombre valiente. ¿No te acuerdas todavía?

—No.

—Había servido en la caballería francesa, según dijo, y le encerraron unos cuantos años por haber tratado de rebelar la gente, y más tarde ingresó en la Legión para proseguir en su excelente tarea. Fue con nosotros desde Tokotú a Zinderneuf, aquel fuerte en que nuestros dos magníficos compañeros mataron a Lejaune, incendiándolo luego. Acuérdate de que allí fue donde nuestro amigo Bojolly quiso disparar su revólver descargado sobre este individuo y luego lo arrastró por negarse a obedecer sus órdenes. Más tarde él hizo cuanto pudo para originar una rebelión, y puede decirse que casi estuvo a punto...

—¡Rastignac! — exclamó el Visir dándose un puñetazo en la cadera —. ¡Rastignac el Rebelde! Buena memoria, Jeque Hank. ¡Ése mismo es! En el momento en que lo vi estuve seguro de que lo conocía. Había bebido demasiadas veces en su compañía para haberle olvidado. Tenía la costumbre de llevar una barba puntiaguda y un enorme mostacho lleno de cosmético con las puntas tan agudas que daban ganas de ponerle un par de corchos para que no lastimaran.

—El mismo, Buddy. Es el viejo Rastignac. Y me gustaría saber qué demonios hace ahora con este acompañamiento. La última vez que le vimos estaba a punto de ser juzgado por un consejo de guerra y ser condenado al Batallón Disciplinario.

—¿No sabes qué hace ahora? Pues supongo que ganarse alguna sucia cantidad de dinero. Y creo que será de la misma bolsa. ¿Qué haremos con él, Hank?

—Pues, mira, hacerle charlar todo lo que podamos. ¿Crees que nos habrá reconocido a alguno de los dos?

—De ninguna manera. Lo he estado observando con el

mayor cuidado. Acuérdate de que, en aquellos tiempos, llevábamos la cara afeitada y él, en cambio, tenía el rostro peludo a más no poder. Por eso hemos podido conocerle y por eso también él no lo ha logrado. Tú, por ejemplo, te pareces ahora mucho más a una cabra vieja, escondida en un matorral, que a un soldado, gracias a esas enormes patillas y a esa barba tremenda. ¡Hank! ¡Podríamos llamarte ahora Hank el Velloso!

—Pues, mira, tú, Buddy, tienes exactamente la misma pinta que un mono sobre un montón de heno. En realidad no eres un hombre con una gran barba, sino una enorme barba que contiene un hombre pequeñito.

Los dos ingenuos jefes del desierto se miraron uno a otro, con expresión crítica, en sus vigorosos rostros impasibles, sardónicos y duros: sus ojos eran enigmáticos, inescrutables y débilmente alegres.

El Emir mandó llamar a Yussuf Latif Fetata, nieto del alto Jeque Sidi Dawad Fetata, y le ordenó establecer una compañía de un cuerpo montado en camellos, al lado del campamento de los extranjeros, con objeto de honrarlos y protegerlos, y esta protección había de ser tan eficaz que ninguno de los componentes de la caravana pudiese abandonar su campamento ni de día ni de noche. Sus camellos debían ser «cuidados» en el *fondouk*, y, en cuanto a sus fusiles, también era preciso quitárselos para limpiarlos y «cuidarlos»; diariamente se les entregarían abundantes raciones de agua, pero tan sólo para un día (nadie podía alejarse del Gran Oasis sin disponer de rápidos camellos y de una buena provisión de comida y de agua).

—Así será, Sidi, sobre mi cabeza y sobre mi vida — dijo saludando el joven Latif Fetata, y se marchó para que los honrados huéspedes fuesen también honrados (y estrechamente guardados) prisioneros.

Pero, aunque a ellos no les era permitido abandonar su espacioso y cómodo campamento, otros, en cambio, podían entrar en él; otros que tuviesen asuntos oficiales de que ocuparse en aquel lugar, y nadie soñó en impedir que el influyente y piadoso sacerdote el Hadji Abdul Salam, principal *Imam* y jefe espiritual de su tribu, hiciese una visita de ceremonial para honrar a los distinguidos huéspedes del Emir.

En realidad hizo muchas visitas que no tenían nada de ceremoniosas, y en el curso de las cuales, aquel profeta, que no dejaba de ser honrado en su propio país, demostró que el honor no había de dejar de ser también provechoso. Cuando cierto soldado, un tal Gharibeel Zarrug, joven que temía y

reverenciaba al Hadji, y de quien, según las lenguas maliciosas, era hijo, estaba de centinela ante las tiendas de los jefes de la expedición, el piadoso Hadji los visitaba por la noche y entonces allí se celebraban curiosas e interesantes conversaciones.

Después de una de aquellas entrevistas confidenciales y de la salida del Hadji Abdul Salam, el egipcio-árabe, que usaba zapatillas de baile, medias de seda, perfumes, pomadas para el cabello y otros vicios europeos, y que deseaba en gran manera poder llevar un cuello alto y planchado, una levita, un *tarbush* y pasear por las calles de París, dijo a su colega y jefe.

—La cosa podía ir bastante peor. Este hombre sería nuestro en cuerpo y alma, no tan sólo por el dinero, sino también porque sabríamos demasiado acerca de él... Si matase a ese Emir y a su chacal, o los hiciera matar, él sería el poder oculto detrás del trono hasta que se sentase en él.

—Sí. Peor podría ocurrir — convino el otro —. Él sería el Regente de ese muchacho a quien cuida el Emir, hasta que llegase la hora de la muerte para el joven. Por mi parte no me gusta ese Emir. Habla muy poco y mira demasiado. Es un jefe enérgico y poderoso, que no se convertirá en instrumento de nadie. Y lo que necesitamos aquí es un instrumento.

—A mí tampoco me gusta — añadió el otro —. Y me parece que no ve con agrado nuestras proposiciones. Tengo la idea de que los franceses nos han precedido. ¿Cree usted que corremos peligro?

—Un peligro extraordinario, según creo — exclamó el jefe sonriendo burlonamente a su compañero, cuyas dotes, según le constaba, eran más bien las del zorro que las del león.

—Pues, en tal caso, convendrá ponernos de acuerdo con el Hadji en su próxima visita — contestó el egipcio-árabe —. Habremos merecido bien de nuestros jefes aunque sólo logremos hacer desaparecer a este Emir, enemigo potencial de gran importancia.

—Pues haremos algo mejor que todo eso — replicó su compañero.

CAPÍTULO VI

MÁS VOCES DEL PASADO

I

Pocos días después, el Emir el Hamel el Kebir estaba sentado sobre unos tapices y almohadones de su pabellón, en paz, prosperidad y paciencia, espléndidamente vestido y respirando dignidad, benevolencia y señoría.

A su lado, casi tan resplandeciente como él, se sentaba el Visir, conocido de todos como el Jeque el Habibka el Visir.

Ambos sostenían entre sus labios las boquillas de sus *narghilehs* y de ellas chupaban largas bocanadas de humo caliente.

Llegó un hombre corriendo, se detuvo y se postró.

—Habla, oh El R'Orab, el Cuervo.

—Señor — dijo aquel hombre —. El jefe Marbruk ben Hassan ha regresado sin haber perdido un solo hombre. Trae tres prisioneros, dos de los cuales son mujeres. El preso asegura que venía a presentarse al Emir para entregarle mensajes de los gobernantes de su tribu.

—Vete a ver al Hadji Abdul Salam y dile que el Emir le ordena recibir a esa gente y ofrecerles hospitalidad por tres días en la tienda de los huéspedes. ¿Acaso no somos todos huéspedes de Alá, según dice el Libro? Cuando hayan descansado y refrescado, que me traigan a ese hombre. He hablado.

El Emir y el Visir siguieron sentados en silencio, con los ojos fijos en el agradable espectáculo que tenían delante: una escena hermosada por las palmeras, por la verde hierba y el agua límpida del río, todo lo cual recibía entonces la bendición del sol poniente.

De nuevo se acercaron algunos hombres, en medio de los cuales iba un oficial francés que vestía su uniforme.

El hombro del Visir oprimió el del Emir.

—¡Por el Santo Moisés! — murmuró el Visir —. *Es el buen Bojolty...* Nos ha descubierto por fin.

—No hay cuidado, Buddy — murmuró el Emir —. Vamos a ver lo que ocurre.

Y con severa dignidad y tranquilos rostros, más inescrutables tal vez de lo que suelen ser los orientales, recibieron al oficial en abierta *mejliss* o *durbar*.

En cuanto el oficial francés hubo regresado a la tienda de los huéspedes, el Emir y el Visir se quedaron sentados, con las piernas cruzadas sobre los almohadones, y se miraron atentamente uno a otro.

—Bien, Jeque Hank, ¿qué te parece eso? — preguntó el Visir a su señor.

—Pues que todo se ha acabado — replicó el Emir —. Nuestra comedia ha terminado. Aquí tenemos al amigo Bojolly *con su grande y pacífico mensaje*. Puedes estar seguro de que será más grande que pacífico cuando lleguen sus tropas.

—Siempre acaban por cogerle a uno — reflexionó el Visir —. Me gustaría saber qué fuerzas ha traído consigo y dónde las ha dejado.

—Eso es lo que me extraña más, Buddy. Ten en cuenta que no hay columna del desierto, cuerpo de camellos, escuadrón de espahís o compañía de la Legión que pueda acercarse a tres jornadas de nosotros sin que nos enteremos de ello.

—Pues entonces ten la seguridad, querido Hank, de que si una pandilla de *tuareg* no es capaz de acercarse tanto, tampoco lo hará una columna de tropas francesas. Por eso me inclino a creer que anda buscándonos a nosotros.

—Naturalmente. Con toda seguridad que no persigue a ese Rastignac. Pero, de todos modos, nosotros seguiremos representando nuestro papel de jeques hasta que se hunda el infierno.

—Eso está bien, Hank, y hasta creo que estamos algo más desconocidos que el viejo Bojolly. Pero, ¿qué te parece si un día éste se levantara en plena *mejliis* diciendo: «Me levanto para hacer observar que he venido en busca de vosotros dos como desertores de la Legión Extranjera ante el enemigo. El Señor tenga piedad de vuestras almas pecadoras, amén. Y lo mejor que podéis hacer es seguirme sin resistencia, o, de lo contrario, llamaré a mi columna del desierto»? ¿Qué te parece, Jeque Hank?

—Pues que, en ese caso, le diríamos que el sol le ha vuelto loco y que mejor será que, en adelante, se abstenga de toda bebida alcohólica. Ten en cuenta que si no conocemos otro idioma que el árabe, no podemos ser desertores de la Legión Extranjera. También tenemos otro recurso — continuó diciendo —, y es hacer con él un paquete y marcharnos los tres a Egipto. Allí es territorio británico. Nos sentaremos junto a las murallas de Jerusalén y le cantaremos el *Yankee Doodle*.

¿Sabes si Jerusalén pertenece a la tierra de Egipto, Buddy?

—Sí... He oído hablar de los hijos de Israel, de la Casa de la Esclavitud, y de todo eso. Pero no tenemos necesidad de marcharnos. Soltaremos a los *indios* contra él en cuanto inicie la idea de llevársenos para meternos en un calabozo en Zaguig o en otra parte cualquiera. O también podemos dejar que nuestro antiguo Rastignac se apodere de él.

—Nada de eso, Buddy Bashaw. No hay que lanzar a los indios contra un blanco que esté solo. No. Y tampoco quiero ponerlos frente a frente de los cañones cristianos ni de la artillería civilizada, no obstante el haberme hecho presidente y todo lo demás. Piensa en que nuestros súbditos nos han entregado todo su dinero para hacer política sana, para que nos dediquemos al pueblo, para seguir la doctrina de Monroe y para no armar cuestiones con los extranjeros... No, me parece que no volveremos a las andadas. Ahora que sería muy gracioso que ese Bojolly *cogiese también a Rastignac*.

—Resultaría muy lastimoso tener que volver a vivir a salto de mata después de llevar una vida tan respetable.

—Ya comprendo que eso sería bastante duro para ti, Buddy, pero ten en cuenta que en nuestra vida hemos tenido épocas de prosperidad y de desgracia y que ahora estamos precisamente en peligro de vernos obligados a pasar una mala temporada.

—No hay duda de que ese Bojolly es hombre muy astuto y de que nos ha seguido la pista. Además da pruebas de ser muy valiente al venirse aquí derecho sin temor alguno. Se lo reconozco y no le tengo ninguna mala voluntad. Sin embargo, me gustaría darle esquinazo. ¡Y pensar que ahora estaba ya casi decidido a casarme y a establecerme de una vez!

—Otra cosa me preocupa a mí, Buddy. ¿Para qué habrá traído a estas dos muchachas? Me parece que ni la una ni la otra llevan etiquetas que digan: «*Un regalo procedente de Biskra.*» «*Para un mal Jeque.*» ¿No te parece?

—Nada de eso. Ten en cuenta, Hank, que Bojolly es francés, y la moral de ellos tiene cosas sorprendentes; creo que no tenemos que meternos en que nuestro antiguo jefe viaje con alguna comodidad. Pero si logra atraparnos y someternos a un consejo de guerra en Orán, que seguramente nos condenará a muerte, en tal caso pienso vengarme.

—¿Cómo?

—Pues en cuanto Bojolly haya terminado su declaración, me volveré a él y con la natural dignidad y el peso de la verdad, le diré: «Es usted un tío libidinoso.» Y nada más.

—Bueno, mira, hijo, ten en cuenta que todavía no ha dado

a entender sus intenciones. Le hemos convidado esta noche a cenar, diciendo que traiga a las muchachas. Hablaremos de cosas sin importancia hasta que entre Marbruk ben Hassan, pues ordené a éste registrar los alrededores para ver si encuentra el escondrijo de alguna escolta, y así sabremos si hay tropas francesas por las cercanías. Hasta entonces no tenemos más remedio que creer cierto todo cuanto nos diga. ¿Entiendes? Y ahora te convencerás de que este mundo es muy extraño. El mayor Bojolly y Rastignac, el rebelde, han venido a visitarnos a la vez. Se ve que hoy es nuestro día de recibo.

—Con gusto me pasaría sin todos estos refinamientos y sin toda suerte de cortesías, Jeque Hank — replicó el Visir —. De todos modos procuraremos que Bojolly y Rastignac no se encuentren por ahora.

3

Aquella noche, después del banquete y de la salida de sus invitados, el Emir y el Visir guardaron largo silencio, como si cada uno respetase los sentimientos de su compañero. Por fin, el Visir exclamó con acento de tristeza:

—Oye, Jeque Hank, hazme el favor de decirme si duermo. Dime si sueño o si veo visiones. Si estoy equivocado muérde-me, pero te aseguro que hoy creo haber estado hablando con una honrada y digna muchacha norteamericana, cuya mano he estrechado en las mías.

—Por mi parte estoy deslumbrado y aturdido, Buddy — murmuró el Emir —, pero certifico que, sin duda alguna, tuviste su mano entre las tuyas. Y creo que las tuyas fueron...

—Estaba escrito — pronunció el Visir con el mayor fervor —. Estaba escrito. Mira, Hank, no te enamores de esa hermosa muchacha, porque seríamos enemigos. Estoy enamorado, Jeque Hank, y eso por vez primera en mi vida.

El Emir profirió una sarcástica carcajada.

—Muy bien — exclamó —, y ayer estabas dispuesto a casarte con cuatro mujeres árabes y a llevar una vida respetable.

—Eso no era *amor*, imbécil. Ni nada que se le pareciese. Eso no es más que matrimonio y respetabilidad, en vez de tener que andar a salto de mata. Y ahora dime, Hank, ¿no vas a enamorarte tú también de esa misma flor maravillosa?

—No, Buddy. No voy a enamorarme de ella. Pero debo hacerte observar que el viejo Bojolly sí que lo está. Tengo la absoluta seguridad.

El Visir cerró su fuerte puño y lo blandió por encima de su cabeza.

—¿Cómo? —exclamó airado aunque en voz baja—. ¿De modo que ha venido aquí a prendernos y, por si fuera poco, va a quitarnos a estas muchachas ante nuestras mismas narices? ¿Lo crees capaz de eso? Mejor será que procuremos obligarle a que abandone su propósito. Echémosle de la ciudad, indicándole la conveniencia de que se aleje cuanto antes. Y mañana mismo voy a hacer una cosa, Jequé Hank. Voy a ofrecer mi mano a esa adorable muchacha norteamericana y a poner a sus pies mi corazón, mi vida y mi fortuna. Estoy seguro de que, después de eso, ya no volverá a mirar a ese maldito hombre.

—Ante todo debes tener en cuenta que tú careces de fortuna —replicó el Emir.

—Pues si ella me quiere, estoy dispuesto a conquistarla —replicó Buddy.

—Así me gusta, hijo mío. Te deseo mucha suerte y te prometo mi apoyo. Si la cortejas como corresponde a un caballero, yo te ayudaré. Y creo que lo mejor será que le cuentes nuestra historia verdadera, Buddy. Dile toda la verdad acerca de nosotros, de manera que luego no pueda llamarse a engaño.

—No hay duda, Jequé Hank. No sería capaz de engañarla por nada del mundo.

—No, hijo. Yo, en tu lugar, le hablaría, también, de esas cuatro árabes, con objeto de darle a entender cuán seriamente estabas ya inclinado a contraer matrimonio, y, además, le diría que ya estabas recogiendo algunos palitos para amueblar la casa.

—Mira, déjate de bromas, Jequé Hank. Nuestro caso es bastante desagradable. ¿Cómo quieres que le hable en nuestra jerga árabe, en tanto que el viejo Bojolly se despacha en inglés, francés y hasta en norteamericano? ¿Cómo quieres que le explique mis sentimientos en árabe? Ni siquiera me haría caso. ¡Maldición!

—Mira, lo mejor será que la raptés y te la lleves a Agades. Acuérdate de aquella negra que conquistaste. Entonces también estabas mudo.

—Eso no sirve, Hank. Este caso es completamente distinto. Piensa que ahora se trata de una persona. Por otra parte, tú no sabes lo que es amor, porque eres un viejo solterón. Nunca has estado enamorado.

—¿Enamorado yo? Nunca en la vida. Y, dime, ¿qué te parece la señorita Maudie Atkinson, Buddy?

—Pues que sería muy bonita si no estuviese aquí María Vanbrugh. Y como inglesa no está mal. Sí. Tal vez me habría

enamorado de ella de no haber conocido a la norteamericana.

—De eso no tengo ninguna duda, Buddy. Mira, tengo una idea —continuó el Emir—. Supón-te que le contemos la verdad a la señorita Vanbrugh acerca de nosotros, diciéndole que confiamos en su discreción para que no diga nada al viejo Bojolly hasta que éste dé a conocer sus verdaderas intenciones. Por mi parte estoy seguro de que no ha venido por nosotros y de que tampoco nos ha reconocido. Si me equivoco confesaré que es el hombre más astuto y más sabio en disimular de todos cuantos he visto en mi vida, y que nosotros somos unos niños inocentes a su lado, pues nos habrá engañado con su *grande y pacífico mensaje*. Esperaremos hasta que Marbruk esté de vuelta y entonces obligaremos a Bojolly a que ponga las cartas boca arriba. Pero, como te digo, no creo que el viejo zorro haya venido a buscarnos.

—Pues entonces, ¿a qué ha venido? —preguntó el Visir.

—Con esta pregunta me pones en un apuro —contestó el Emir sirviéndose un vaso de agua de limón que tomó sin el menor entusiasmo.

Reinó el silencio. El Emir y el Visir estaban sumidos en sus meditaciones y, de vez en cuando, el solemne rostro de cada uno se alumbraba con una sonrisa originada por algún recuerdo.

—Oye, Hank, ¿te acuerdas de cómo se ha burlado ella de nosotros? No sabes los esfuerzos que tuve que hacer para no echarme a reír cuando cantó aquella canción después de cenar. Esta mujer es un encanto. *Allahu Akbar!* Es una hurí.

—No hay duda, y también esa muchachita inglesa. «*¡Oh, señor! ¿No le parece que este más alto es un hombre guapísimo?*» Ése soy yo, Buddy Bashaw. No te olvides de ello. Este piropo ha sido para mí solo, y no sabes lo que me costó el contenerme para no ponerme a charlar con ella.

—*¿Un hombre guapísimo?* ¡Dios mío! —exclamó el Visir—. ¿Has visto alguna vez a un gorila, Hank?

—Y voy a decirte más, Buddy —observó el Emir—. Tengo la seguridad de que la señorita María Vanbrugh no es tan tonta como crees. ¿Qué te parece si estuviera divirtiéndose con nosotros?

—¿Cómo?

—Las mujeres son una cosa muy curiosa, Buddy. Ven mucho más a mayor distancia que los hombres. Están dotadas de una segunda vista y de un sexto sentido que vale por toda la inteligencia de un hombre. Es lo que se llama...

—Instinto —sugirió el Visir.

—Eso es. Pero también otra cosa. Intuición. Eso es. Y es-

toy seguro de que la señorita Vanbrugh nos ha adivinado.

—Pues, en tal caso, quizás avisará al viejo Bojolly... suponiendo que él no esté ya enterado.

—No. Creo que no. Estoy persuadido de que ella nos observará con el mayor cuidado y esperará a ver lo que ocurre. Y si nosotros no abrigamos malas intenciones hacia Bojolly, ella no nos hará tampoco ningún daño. Claro está que podré equivocarme. Usualmente estoy...

—Sin duda, hijo mío — replicó el Visir.

—Mañana procuraré quedarme solo con la señorita Vanbrugh — murmuró el Emir.

—Yo también — dijo el Visir.

Es decir, que aquellos dos hombres tenían la misma idea.

4

A la mañana siguiente, el Emir, en presencia del Visir, concedió una entrevista a su último visitante.

Más tarde, los dos gobernantes celebraron consejo.

—¡Ya te lo dije, hijo mío; ya te lo dije! No sospecha lo más mínimo de nosotros — exclamó el Emir en cuanto el oficial francés se volvió a su tienda.

—No. No nos ha conocido — añadió el Visir —. Lo adivinaste, y lo reconozco con el mayor gusto. ¡Gracias a Dios *no viene persiguiéndonos! Inshallah!*

—De ninguna manera — replicó el Emir —. Nos figurábamos que venía a buscarnos con la mitad del ejército francés, y tan sólo ha venido a traernos un millón de francos. ¿Qué te parece?

—¿Qué valor tendrá esto?

—Pues unos doscientos mil dólares. Es una bonita suma, ¿no lo crees así?

—*Hamdulillah!* ¿Y qué haremos con ellos, Jeque Hank?

—Pues, ante todo, ganarnos esta suma y luego dedicarla a hacer el bien.

—Es decir, a hacer el bien en nosotros mismos, ¿no es así?

—Tú lo has dicho. Tenemos que cobrarnos nuestro sueldo. El obrero bien merece su salario. Estas palabras son de la Biblia.

—Tienes razón, amigo. *Allahu Akur!* Sí, verdaderamente el rostro de Alá el Misericordioso y el Compasivo se ha vuelto hacia sus servidores, y Mahoma, su Profeta, ha hablado por nosotros como un hombre. Los pequeños profetas y los beneficios rápidos son dos cosas que contentan el corazón.

—Es verdad, hijo mío — dijo el Emir.

Y los dos se quedaron sumidos en sus reflexiones.

—Esta tarde saldremos a pasear — dijo el Emir por fin —. Tú irás con la señorita Vanbrugh y yo acompañaré a la señorita Atkinson. Pero tendrás que dejarme hablar un rato con la señorita Vanbrugh, por lo menos cuando emprendamos el regreso, y si veo que empieza a bromear y a burlarse de nosotros, se lo confesaré todo. Estoy seguro de que una muchacha norteamericana no se ensañará con dos pobres compatriotas que se hallan en una situación comprometida y mucho menos si están a punto de hacer un buen negocio y se disponen a cumplir honradamente sus compromisos.

—¿Y en cuanto a la inglesita? — preguntó el Visir.

—¡Por la barba del Profeta, es una muchacha bonísima! Estoy seguro de que no se meterá en nada y mucho menos cuando la señorita Vanbrugh haya hablado con ella. Entonces podré decirle lo que me propongo en buen lenguaje de los Estados Unidos y una palabra tras otra.

—Sí, y por la barba del Profeta y las patillas de Moisés, yo también le contaré alguna cosa interesante a la señorita María — añadió el Visir.

—Está bien, pero hemos de tener mucho cuidado, Buddy, porque no nos conviene que el mayor De Bojolly nos dé plomo en vez de oro. Y ahora créeme, hijo mío, la señorita Vanbrugh es para él y para nadie más.

—Pues antes de que sea suya soy capaz de cortarle el cuello al amigo Bojolly — gruñó el Visir.

—No cortarás nada, hijo — añadió el Emir —. Acuérdate de que a cada momento te enamoras. Ya comprenderás que no vamos a perder doscientos mil dólares y la oportunidad de seguir gobernando a estos *indios* durante toda la vida, porque tú no seas capaz de dominar tus pasiones. El viejo Bojolly ha venido aquí inocentemente, deseoso de darnos una fortuna, y, como es natural, nosotros no se lo impediremos. Si la señorita Vanbrugh te quiere, Buddy, yo seré el Jeque más feliz de todo el Sahara y, por mi parte, haré todo cuanto pueda para que lo consigas; pero si no te quiere, hijo, confórmate con la calabaza y con su saco de oro, y nada más. ¿Me comprendes?

—Perfectamente, Jeque Hank. Pero ¡por los noventa y nueve nombres de Alá, voy a pegársela al viejo Bojolly!

—Mira, cállate; piensa en que si ella está enamorada de Bojolly, no habrá nada en el mundo que le interese lo más mínimo, y cuanto mejor le tratemos a él, con mayor amabilidad nos acogerá ella. Así, pues, conquistala si puedes, pero si no resígnate y no lo des a entender a nadie.

—Me dices todo eso porque tú no estás enamorado, maldito político.

—¿Que no? En fin, creo que, entre los dos, yo soy el que tiene la cabeza más firme y que, gracias a mí, evitaremos el atravesar las puertas de la cárcel de Orán y, en cambio, nos meteremos en las del Banco de Francia, ¡oh Jeque el Habib-ka! Eres un enamorado ridículo.

5

Y está usted completamente seguro de que podrá representar la comedia hasta el fin y de que el mayor De Beaujolais no le reconocerá? —preguntó la señorita María Vanbrugh mientras, en compañía del Emir, daba un paseo a caballo.

—Completamente seguro —replicó el Emir—. Hemos engañado a los árabes cuando nuestras vidas se hallaban en peligro y, sin embargo, hemos salido con bien. Hace falta ser algo más que francés para...

—Tenga en cuenta que es uno de los hombres más inteligentes que he conocido —interrumpió la joven.

—Es verdad —observó el Emir—, pero no es árabe. ¿Por qué habrá de sospechar nada cuando vea que los beduinos nos consideran como compatriotas? Esta idea no le entrará siquiera en la cabeza. Hay que fijarse en que ahora no anda en busca de desertores europeos o norteamericanos, y que ni siquiera sueña en la posibilidad de que existan en estos lugares. Además, sepa usted que aquí tenemos a otro francés que ha dormido en la misma sala del cuartel que nosotros y ni siquiera se le ha ocurrido la idea de que no somos árabes.

—No comprendo cómo llegaron ustedes a este resultado.

—Es bastante fácil. Buddy y yo fuimos errantes por el Sahara durante algunos años, en compañía de dos muchachos estupendos, y con los ojos y los oídos muy abiertos. Fingimos la mudez, pero aprendimos mucho. Luego yo me extravié y esta tribu me recogió. Uno de mis pies estaba ya en el cielo y el otro a punto de seguirlo, mas, sin embargo, aún había vida en mí. Y continué siendo mudo hasta que tuve la seguridad de conocer el árabe mejor que el norteamericano. Lo aprendí en gran parte de un niño de tres años. A medida que él aprendía a hablar me practicaba yo también. Luego realicé un milagro en mí mismo y recobré el habla. Y aun entonces jamás pronuncié una frase y dije una palabra que no hubiese oído y que no supiese perfectamente. Era facilísimo. Estos pobres *indios* se figuran que yo pertenecía a alguna tribu desconocida; esto suponiendo que se preocupasen de ello al obser-

var que mi pronunciación era algo extraña o cuando no cumplía perfectamente con todos mis deberes religiosos, pero vencí con presteza esta dificultad, ya que durante años enteros estudié con tesón.

—No dudo de que, en muchas ocasiones, su vida habrá pendido de un hilo.

—Por lo menos nunca ha estado suspendida de una cuerda de fibras de palma, señorita Vanbrugh, a pesar de que lo merecía — contestó el Emir sonriendo.

—Y lo merece aún — replicó la joven —. ¿Y de dónde sacó usted a su amigo?

—¿A Buddy? Pues figúrese usted que somos amigos desde que yo era chiquitín. Hemos sido soldados, marineros, *cow-boys*, vagabundos, cuatreros, mineros, madereros, indios fingidos, prestidigitadores, legionarios y jeques. Cuando me extravié en el desierto él logró salvarse llegando a lugares habitados. Pero ¿qué cree usted que hizo? Pues se apropió de algunos camellos y de un negro y retrocedió a buscarme, en cuya empresa poco le faltó para perder la vida. Y, por mi parte, en cuanto gocé aquí de alguna autoridad, me apresuré a mandar exploradores en todas direcciones para ver si podían recoger a algún desgraciado moribundo que se hallase en la misma situación en que yo estuve. No me enteré de su llegada, pero, en cambio, supe que una banda de *tuareg* se acercaba a nosotros. Dio la casualidad de que se habían apoderado de él y tuve la suerte de poder rescatarlo con la mayor oportunidad, después de haber vencido a esos salvajes.

—¿Y qué clase de hombre es? Indudablemente tiene buen gusto, porque he sorprendido en él miradas de entusiasta aprobación cuando me mira. ¿Es hombre virtuoso?

—No. No merece este nombre. Confieso que ha faltado a todos los Mandamientos y que es capaz de volver a quebrantarlos. Carece de todas las virtudes que conozco, a excepción de que es hombre valiente, leal, agradecido, y que se puede confiar en él. No cabe decir nada mejor de Buddy, sino que es más valiente que cualquier león, porque un león carece de imaginación; además, nunca cometió una bajeza, ni dejó de cumplir su palabra o de ayudar a un amigo. Es tan sólo un hombre muy inteligente y de gran corazón, que desconoce el significado de las palabras miedo, desaliento, fracaso, egoísmo o bajeza.

—Comprendo que hace usted todo lo posible para que a mí también me guste — dijo la joven, sonriente —, y por eso le censura alabándole al mismo tiempo. Por lo que me dice creo que debe ser todo un hombre.

—No. No le alabo, pues yo soy muy semejante a él y por eso me conviene y me gusta la compañía de Buddy. En cuanto a que a usted le guste, creo que es cosa inevitable, aunque debo añadir que el día en que se casara usted con él sería el peor de mi vida.

—No se preocupe, señor Emir. ¿Y qué ocurriría si ustedes dos se enamorasen de la misma mujer? —preguntó la señorita Vanbrugh.

—Pues que la pobre muchacha se quedaría viuda antes de casarse. Yo no querría hacer desgraciado a Buddy y él tampoco a mí.

—¿Y cuánto tiempo se propone usted continuar en la comedia que está ahora representando?

—Pues hasta que el muchacho tenga la edad adecuada para sentarse en el taburete de su antecesor. Prometí a su anciano padre que cuidaría de su hijo a pesar de todo, y no debo olvidar que existen uno o dos tiburones que quieren desposeerle de lo que le pertenece.

—¿Y su amigo continuará con usted?

—Con toda seguridad... a no ser que usted se lo lleve.

—Puede tranquilizarse acerca del particular, señor Emir.

—O a menos de que el mayor De Bojolly se nos lleve a los dos rodeados por un destacamento de *goums*.

—¿Y para qué querría hacer eso? —preguntó la joven.

—No es que quisiera hacerlo, pero eso sería su penoso Deber, cuando se averiguase que somos dos embusteros estadores y, además, norteamericanos, un hombre alto y otro bajito reclamados por haber desertado de la Legión. Nos probarían muy fácilmente todo eso en cuanto nos afeitasen las patillas. Por consiguiente, si algún día se enoja usted contra nosotros y se lo dice... nos dará mucho que hacer.

—Es la última cosa del mundo que pienso decirle, aun suponiendo que fuesen ustedes mis peores enemigos. Por otra parte, sería capaz de dar cualquier cosa para que obtuviese el éxito en la negociación de ese tratado. No sabe usted lo que eso significa para él. Ha empleado su vida entera, vida tan dura como la de usted, a fin de prepararse para realizar esta empresa. Y él, personalmente, no tendrá ninguna ventaja, puesto que todo es para Francia. Es un hombre que no piensa más que en Francia... y en su Deber. Su único deseo es decirse que ha podido hacer algo por Francia y que su labor no ha sido inútil. Su tío es Comandante en Jefe y Gobernador General y casi un dios a los ojos del mayor De Beaujolais. Y hasta llego a figurarme que preferiría una palmada cariñosa de su anciano tío a la misma Gran Cruz de la Legión

de Honor. Y usted, ¿cómo conoció al mayor? — preguntó luego la joven.

—Él era jefe de un destacamento de la Legión Extranjera.

—¿De modo que ustedes sirvieron bajo sus órdenes?

—En efecto.

—Pues me extraña mucho que no les haya reconocido.

—Hay que tener en cuenta que entonces nos afeitábamos el bigote y la barba. Y no hay que olvidar que una buena barba y un *kafiyeh* cambia por completo a un hombre. Sin embargo, podría... aunque por regla general nadie ve más que aquello que va a buscar.

—Debía de ser muy agradable servir a sus órdenes — dijo la joven.

—Por nuestra parte ocultábamos el júbilo que esto nos producía — replicó el Emir —. Y aun a veces desertábamos.

—Espero que usted firmará ese tratado

—Sin duda. ¿Por qué no? Con tal de que no haya «penetración pacífica» ni las ventajas de la civilización, lo firmaré. Francia nos protegerá y nosotros impondremos la paz y la tranquilidad en esta región del Sahara. Francia nos permitirá alcanzar la prosperidad y nosotros nos enriqueceremos, porque las rutas de las caravanas y las rutas comerciales estarán abiertas y serán seguras.

—¿Quiere decir que usted y su amigo se enriquecerán? — preguntó la señorita Vanbrugh.

—Espero que reuniremos un modesto capitalito. Tenga en cuenta que si nos dedicamos al negocio de ser jeques no lo hacemos tan sólo para mejorar nuestra salud. Pero lo que quería decir es que esos *indios* prosperarán y reunirán algún dinero. Me gustará mucho abdicar en favor del joven Jeque, cuando éste haya llegado a la edad conveniente, dejándole en buena marcha los asuntos del Estado, como me agradará también haber sido uno de los pocos hombres blancos que han dejado a los indígenas en mejor situación que cuando los encontraron. Ya comprendo que esta idea es una tontería por mi parte.

—De modo que quiere usted lograr que nazcan dos tallos de hierba donde antes sólo había uno.

—No precisamente de hierba, sino de *loobiyeh*. Es mucho mejor para el pasto de los animales.

Así hablando se acercaban a las últimas palmeras de la parte que ocupaban en el Oasis.

—Pues entonces, trato hecho, señor Jeque — dijo la joven —. Usted hará todo lo que pueda para que el mayor De Beaujolais crea que ustedes dos son árabes legítimos y, además, firmarán el tratado con él y lo cumplirán honradamente.

Por mi parte haré todo cuanto pueda en favor de ustedes.

—Sin duda, me gustará mucho más verme frente a frente de unos cuantos sacos de moneda de veinte francos que de un pelotón disparando sus fusiles. Todos tenemos que ganar por una parte y todos tendríamos que perder por otra.

—Esto es verdad, aun incluyendo a sus amados árabes. No puedo ocultarle que tendré un poquito de miedo mientras no nos hayamos marchado, pero no sabe usted lo que me divierte ver con cuánta solemnidad representan ustedes el papel de jeques.

—*Bismillah arahman arahmin. En nash teyibin hena* — murmuró el Emir el Hamel el Kebir cuando se acercaban a las tiendas.

—Ciertamente — replicó la señorita Vanbrugh —. Usted lo ha dicho, señor Emir, y sea lo que fuere.

n

Al oscurecer, el Jeque el Habibka el Visir cenaba con su señor el Emir el Hammel el Kebir, como de costumbre.

En sonoro lenguaje árabe aquellos dos hombres graves discutían asuntos de importancia de la *haute politique* de la Confederación Tribal, hasta que los criados hubieron retirado la bandeja, llena de cuencos, y trajeron las tazas de tierra cocida, con café, y los largos *narghilehs*.

En cuanto estuvieron solos dejaron de expresar sus pensamientos en la antigua lengua de los fieles del Profeta.

El Emir, sonriendo alegremente, movió la cabeza.

—Yo tenía razón, hijo — exclamó —. Tan pronto como estuvimos solos dirigí una frase árabe a la señorita María Vanbrugh, tal vez la que mejor he pronunciado en toda la vida. ¿Y qué te parece que contestó? Vamos a ver, dímelo, padre de las mentiras e hijo de un cañón. «Bueno, cállese», me dijo. «Hable en su lengua materna y veamos lo que tiene que decirme. ¿Qué hay con respecto al mayor De Beaujolais?» Esto me dijo o algo por el estilo. Y la obedecí, pues no me sentí capaz de mirar cara a cara a esa joven y seguir fingiendo.

—¿De modo que le has hablado en norteamericano? — interrumpió el Visir.

—Te lo estoy diciendo, Buddy, y antes de que yo me diese cuenta empezamos a charlar como dos chismosas irlandesas.

—¡Es extraordinario! — exclamó el Jeque —. ¡Qué mujer tan lista!

—¿Por qué? —preguntó el Emir.

—Porque no quiso hablar una palabra en norteamericano cuando yo paseaba solo con ella. Únicamente conocía el francés. Ya ves. Sin duda me caló. Y cuando intenté chapurrear en inglés con ella, para darle a entender que también pertenecíamos a la Confederación Norteamericana, me dijo: «*Commonong-vous porty-vous? y Doo-de-la-day.*» Casi he olvidado el francés desde que dejé la Legión, pero comprendí que quería hacerme hablar y por esta razón le dije: «*You spik English... Las'nigth you spik'im*» y ella me replicó: «*Nong, Mossu. Vous étiez ivre.* (Esto significa borracho.) *Vous parlez Arabique*», y cada vez que yo trataba de decirle algo amable en inglés, ella me contestaba: «*Parly Arabique, Mossu le Sheikh. Je ne comprong pas Anglais...*» Y podría jurar que ella no conoce una sola palabra de árabe.

—¿Cómo lo sabes?

—Pues porque se habría caído del caballo si hubiese comprendido lo que yo le decía, y así me habríais visto esforzándome para hablar en claro norteamericano y ella rogándome, en francés, que le hablase en árabe. Y no pude sacar nada en limpio.

—¿Qué te parece? —preguntó el Emir sonriendo—. Pues bien, Buddy, mi caso fue mucho más agradable que el tuyo. Sí, verdaderamente, ¡oh Rosa de Delicias y Seductora de muchos... y tú, Hijo de Nadie y Padre de Centenares...!

—¿Le has hecho el amor, Jeque Hank? ¿Tú, Hijo de un Centenar y Padre de Ninguno? —exclamó el Visir en tono amenazador.

—Regístrame, hijo. Te aseguro que no tuve ni intención ni tiempo de hacerlo. Hablamos de asuntos muy serios, en norteamericano muy claro. Y ahora permíteme que te dé un buen consejo, hijo. Abandona tus ilusiones amorosas y escúchame bien. He dicho a la señorita María Vanbrugh que somos un par de tunos norteamericanos, aunque buenas personas y honrados. Por lo demás, le he dado a entender que somos unos impostores, y ella me contestó que ya se había dado cuenta.

—Supongo que hablarías por ti, Jeque Hank —interrumpió el Visir.

—Así es, hijo, pero la señorita María habló de ti —replicó el Emir.

El Visir, al oír estas palabras, se puso engreído y quedó muy satisfecho de sí mismo.

—Pues me dijo: «¿De dónde ha sacado usted a ese tipo que siempre va a su lado, señor Emir? ¿Se lo ha traído el

gato, vino en alas del viento, o lo dejó en la playa la marea?» Poco más o menos, éstas fueron sus palabras.

El Visir se quedó desilusionado.

—Entonces hablé por ti, hijo, y le dije: «El caso es que el pobre desgraciado no es tan tonto como parece, señorita María»; y ella me replicó con bondad: «No, señor Emir, estoy segura de que no podría serlo»; y hablé para hacerte justicia, Buddy, y le dije que no tienes igual en África..., en África entera...

El Visir sonrió satisfecho.

—...para cortar el cuello de una cabra y desollarla en el tiempo que otro emplea en afilar un cuchillo. Pero me has interrumpido y me alejo del objeto principal. En fin, que tuve que confesar que somos norteamericanos, muchacho, y que la policía nos busca por haber desertado de la Legión Extranjera. También le dije que el viejo Bojolly me había asustado bastante, añadiendo que tú y yo convinimos en que no tendríamos más remedio que enterrar al mayor en una sepultura solitaria del desierto; o abandonarlo todo y volver a vivir a salto de mata o declararnos vencidos y marcharnos sin hacer ruido. Entonces María...

—¿Por qué la llamas María, con esa familiaridad, Jeque Hank? — exclamó el Visir indignado.

—Pues, entonces, la señorita Vanbrugh puso sus cartas sobre la mesa sin reparo alguno. Bojolly no persigue a ningún desertor, pues está ocupado en algo que vale más. Tampoco sospecha la presencia de Rastignac. Y la historia que nos refirió acerca de *ser portador de un grande y pacífico mensaje*, no era ningún cuento, de modo que nos dijo la verdad entera en la grande y solemne entrevista que celebramos. Todo lo ocurrido se debe a que no tenemos las conciencias tranquilas, hijo. Él tan sólo piensa en la misión que ha de llevar a cabo en obsequio de su patria. Acerca de esto ha hablado muy poco con la señorita Vanbrugh, porque él es, ante todo, un diplomático...; sin embargo, ella está casi segura. Pero en realidad poco sabemos acerca del verdadero objeto de su misión. Este hombre es un personaje muy importante en el Servicio Secreto, algo más de lo que podríamos creer después de haberle conocido como mayor de un cuerpo de infantería montada.

—¡Por la Barba del Profeta y por el nombre de Alá, juro que le daré un buen disgusto! — interrumpió enojado el Visir.

—Pues bien, como iba diciendo cuando me interrumpiste con esta observación tan vulgar, la señorita Vanbrugh y yo hemos hecho un trato. Ella se compromete a no decir a Bojolly

que somos unos farsantes y unos desertores de la Legión, con tal de que tratemos al viejo Bojolly con la mayor bondad y aceptemos todas sus proposiciones.

—Aceptaremos esos doscientos mil dólares sin oponer la más pequeña resistencia — observó el Visir —, y creo oportuno hacer notar que los visires son tesoreros en este Estado rural y poco civilizado.

—De modo, Buddy, que de nuevo estamos en excelente situación. Todo lo que el viejo Bojolly quiere es hacerme aceptar sus proposiciones. Todo lo que hemos de hacer nosotros es firmar ese tratado, impedir que se enteren los Senussi y no tratar con otros extranjeros de menor categoría. Es decir, que no hemos de entendernos con nadie que no sea francés. Y ahora, ¿qué te parece? ¿Echaremos a puntapiés a Rastignac, diciéndole que se vaya mientras aún es tiempo o le conservaremos un poco más a nuestro lado, para ofrecerlo como cebo? De todos modos firmaremos el tratado de Bojolly.

—Y ahora dime, ¿podrás firmar «Hank», en árabe? — preguntó el Visir.

—Ciertamente. Y tú también firmarás «Buddy». Haz unos cuantos garabatos de arriba abajo, con los rabos vueltos hacia la izquierda, y luego escribe encima. Y también debe escribirse de derecha a izquierda. Vi que así lo hacía ese bandido de Abdul Salam. Nadie es capaz de falsificar la firma de un árabe, puesto que ninguno de ellos la hace dos veces igual, y nadie, tampoco, puede leerla, sin exceptuar el mismo que la ha trazado en el papel. Además, ya sabes que poseo la antigua sortija de sello del viejo Jeque... — e indicó una gran sortija antigua de sello que llevaba en uno de sus dedos, al que faltaba la última falange y que era el único en que se ajustaba la joya —. Pues bien, como quería decirte, Buddy Bashaw, la señorita María está tan empeñada como nosotros en que Bojolly se marche con el tratado firmado.

—¿Por qué? — preguntó el Visir.

—Según me figuro, ella le ama. Él le salvó la vida en Zaguig, matando a algunos moros que se proponían hacer una tontería. Luego la sacó sana y salva de dicha ciudad, en donde, sin duda, habrá muerto ya el hermano de la señorita Vanbrugh. Allí, probablemente, pereció toda la guarnición.

—El viejo Bojolly debía de considerar muy importante el hacernos una visita y para ello salió de Zaguig mientras sus compañeros luchaban.

—Sin duda, hijo. Por lo menos ahora has dicho una verdad. María, quiero decir la señorita Vanbrugh, añade que esta

empresa es la más importante de su vida y que si la lleva a feliz término ya habrá hecho su carrera. No quiso detenerse en Zaguig por nada del mundo, a pesar de que sus camaradas y el amigo de toda su vida se hallaban en el fregado.

—Pues entonces aumentemos un poco el precio, Jeque Hank. ¿Qué es un despreciable millón de francos para un asunto tan importante como éste? Hagámosle pasar unos días en la incertidumbre y así nos dará más dinero. Tú puedes decirle que hemos recibido otras ofertas.

—Bueno, hijo de la tentación y padre de alegres ideas. No nos apresuraremos. Ciertamente, me gusta tener aquí a estas muchachas, y hasta estuve a punto de llorar de alegría cuando entraron en nuestra tienda.

—Yo también, Hank. Sentí una conmoción interior y un nudo en la garganta. Estuve a punto de estrecharlas contra mi pecho. Todavía podría hacerlo...

—Nada de eso, hijo — le reprochó el Emir —. En nombre del Profeta haz que las Rendas de la Moderación contengan al Corcel del Atrevimiento.

—Quiero decir que con eso me proponía demostrarles mi respeto. Ya sabes que no soy ningún mormón. Si la señorita María se casa conmigo...

—Mira, no te hagas muchas ilusiones, Buddy, porque después sería peor. A juzgar por el modo como habló la señorita María comprendí que o se quedaba soltera toda la vida o será la señora De Bojolly por ídem, en caso de que el mayor tenga el buen sentido de casarse con ella. Por nada del mundo nos haría ningún mal, pero ante todo piensa en el viejo Bojolly.

El Visir se puso en pie y empezó a pasear por la tienda como un león enjaulado.

—Mira, Jeque Hank — dijo por fin —. ¿Qué te parece si le ofrecemos al mayor De Bojolly firmarle el tratado y que se marche dejando a las dos muchachas?

El Emir reflexionó un momento y dijo:

—Podemos indicárselo, pero no creo que acepte, y hasta voy a hacerte una apuesta de siete contra tres a que no accede. Estoy convencido de que no abandonará a las dos muchachas en un campamento de salvajes mientras él se marcha con el tratado. No hay cuidado, y, mira, te juego diez contra uno.

—¡Aceptado! — exclamó el Visir tendiendo la mano —. Dame esos cinco.

Lo hizo el Emir y luego el Visir añadió:

—Me gustaría mucho casarme con esta muchacha después

de recibir el millón de francos. A él le podremos recomendar que no venga a asustar a la gente; y no te olvides de que abandonó a Dufour, a Achmet y a los demás a la muerte mientras él tomaba las de Villadiego. Sin embargo, no apuremos las cosas, Hank — añadió —. Dejemos que Bojolly se ponga un poco inquieto. Representaremos ante él un papel de jeques feroces y traidores y fingiremos estar dudosos entre aceptar sus ofertas o las de Rastignac.

—Haz lo que quieras, hijo — replicó el Emir —, pero yo le prometí a la señorita Vanbrugh no rozarle siquiera el pelo de su abrigo.

—Es un hombre valiente y recto. Pero estoy seguro de que sería capaz de abandonar a las muchachas a cambio del tratado — dijo el Visir.

Reinó el silencio.

El Visir, apoyando la cabeza sobre las rodillas, que rodeaba con sus brazos, se quedó ensimismado de tal modo, que su amigo Hank comprendió que se había enamorado otra vez.

—Mira, Jeque Hank — dijo al fin —, es la niña más bonita que hay desde Egipto a San Francisco y desde el infierno al cielo. Sí, señor.

—¿María o Maudie? — murmuró el Emir desde lo más profundo de sus pensamientos.

CAPÍTULO VII

EL HOMBRE PROPONE

I

De nuevo el Emir el Hamel el Kebir y su invitada, la señorita María Vanbrugh, salieron a pasear juntos.

—¿Y por qué me consulta usted, señor Emir? — dijo la joven —. Al revés de usted, no soy casamentera.

—Si se refiere al pobre Buddy, tan sólo hablé por él porque usted le está destrozando el corazón, señorita María Vanbrugh. Y si la consulté acerca de la señorita Maudie Atkinson es porque ésta se halla a sus órdenes y no quisiera quitársela mientras viva usted en el desierto para que no se quede desaviada. Además, es usted mujer y seguramente sabe mucho mejor que un hombre rudo y ordinario como yo cuáles son los sentimientos de una joven y si la proposición puede resultar agradable. También es usted inteligente y verá si esto le conviene a una muchacha como Maudie, que hasta ahora ha

vivido siempre en alegres y populosas ciudades. Asimismo deseo saber si puedo persuadir al mayor de Bojolly de que la deje con unos pobres salvajes como nosotros. En una palabra, ¿qué piensa usted de esto?

—Pues bien, yo creo que *lo único que importa es el amor* — replicó la joven ruborizándose mucho —. Creo que el Amor es el Cielo y que el Cielo es el Amor. Y no tan sólo creo esto, sino que estoy segura, y si en realidad Maudie le ama a usted y usted ama a Maudie, yo le diría: «Hazlo y que Dios te bendiga, porque no es posible obrar de un modo más sensato.»

—Lo que me interesa en este caso es Maudie — dijo el Emir.

—Lo mismo me ocurre a mí. Y creo que sería feliz en extremo, pues tiene el alma muy romántica..., sin contar con que, además, es firme y leal como pocas. Estoy persuadida de que usted sería bueno para con ella y de que tendría una esposa espléndida. Esa muchacha vale tanto como pesa. Adoraría la tierra que usted pisara, porque está locamente enamorada del Amor. — Y al decir estas palabras la joven miró reflexiva al horizonte —. Pero acuérdesse usted — continuó — de que es muy sencilla y de que no compartirá sus altos ideales políticos ni sus aspiraciones, ni elevará para nada la vida que lleva ahora.

—Así lo creo y que Dios la bendiga — dijo el Emir.

—¿Y cuánto tiempo se propone usted engañarla y seguir fingiéndole que es un jeque de veras? — preguntó la señorita Vanbrugh.

—Hasta el día en que se canse de los árabes y de los jeques del desierto y empiece a desear que su marido sea un hombre blanco corriente. Tan pronto como advierta que echa de menos las tiendas, los cinematógrafos, los autobuses, los dulces, el piano y el canario..., entonces se convertirá en la señora Hank, de los Estados Unidos de la América del Norte.

—Esto es bastante sensato. Pronto necesitará a otra mujer para hablar con ella de trajes y de los escándalos del día, a pesar de que le quiera a usted con toda su alma.

—No hay duda. Pero puesto que estoy decidido a marcharme en cuanto ella se canse de la vida del desierto, ¿no opina usted que hago bien dejándola que crea...?

—Sí, en caso de que ella le ame. Ya ha visto cómo vive usted. Y, por otra parte, uno de los mejores deseos de su vida ha sido el ver a un jeque del desierto. ¿Quiere usted que le diga algo?

—¡No, por su vida, señorita María Vanbrugh! Haré que

su sueño se convierta en realidad. En el fondo todas las mujeres son muy primitivas y por una vez siquiera les gustaría ser raptadas. En cambio, cuando ya viven en la cueva prehistórica y han de dedicarse a las tareas propias de su sexo, lavando camisas y remendando pantalones; cuando ven que su marido se olvida la maloliente pipa en la alcoba y encima del tapete de terciopelo; cuando éste grita porque no encuentra sus zapatillas, entonces es cuando empiezan a cansarse de la vida primitiva... Sí, pero, a pesar de todo, siempre les gustaría ser raptadas por un hombre de las cavernas, fuerte y silencioso, aunque tan sólo fuese por un momento en sus vidas.

La señorita María Vanbrugh suspiró.

—En fin, espero que ustedes dos serán muy felices y si Maudie puede soportar la vida del desierto, su matrimonio será dichoso, pues han nacido el uno para el otro.

—¿Y acerca del mayor De Bojolly?

—¿Qué quiere usted decir?

—¿Estará conforme en dejarla aquí?

—Sí, en caso de que yo le persuada de que aquí será feliz... Para esos europeos aristócratas, Maudie no es más que una criada, y sus gustos son inexplicables. Además, si Maudie no quiere irse, él no se la llevará a la fuerza.

—¿Cree usted que la dejaría si se figurase que iba a pasarlo mal? *¿Las dejaría a ustedes dos a cambio de que yo le firmase el tratado?*

—Si me habla usted de ese modo, creo que no ha comprendido todavía lo que es un caballero —contestó la joven.

—No. Seguramente. No he tratado a muchos caballeros, señorita Vanbrugh, sino tan sólo a hombres corrientes y bajos como yo o como Buddy. Además, si he de decirle la verdad, *estaba pensando en Dufour y en los otros a quienes abandonó a la muerte* para obtener su tratado. Yo conocía al viejo Dufour. Era un hombre. Era sargento mayor con el mayor De Bojolly cuando éste mandaba la infantería montada en Tokotú. También conocí a Achmet. Era un hombre muy agradable y un magnífico pugilista...

—Sí, sí —interrumpió la joven—. Pero eso lo hizo cumpliendo con su *deber* y el Deber es un dios.

—Sin duda. Precisamente me refería a eso. ¿Acaso ese tratado no es también su Deber? ¿No es para él muy interesante? ¿No constituye su *Beau Ideal* como le llaman? Además, el mayor De Bojolly es francés y, como usted ha dicho, sería capaz de vender su alma a cambio de ese tratado para su amada Francia.

—Su alma, tal vez, pero no su honor —contestó con or-

gullo la joven, aunque el Emir, que la observaba con la mayor atención, la vio vacilar un momento.

—Siempre he desconfiado de la gente que lleva un paquete de honor en el bolsillo interior. He observado...

Pero la señorita María Vanbrugh espoleó su caballo hacia delante y se perdieron las sabias palabras del Emir.

2

La señorita Maudie Atkinson, nacida y criada en Cockaigne, estaba al atardecer en un montículo de arena del Oasis y miraba con melancolía al sol poniente.

Era una muchacha feliz, muy feliz, pero aún no estaba llena la copa de su dicha. Se daba cuenta de que, en cierto modo, había sido capturada por jeques, pero no por un jeque. Es verdad que aquel hombre alto y hermoso, aquel hombre guapísimo, en cuya presencia había banquetado tres veces, la miraba con entusiasmo, y la señorita Atkinson, que había crecido en Londres, tenía ya experiencia acerca del entusiasmo de los hombres.

Estaba dispuesta a jurar que lo observó en los ojos del gran Jeque, y además él le cogió la mano, se la acarició y se la golpeó con cariño.

Pero a la señorita Atkinson le faltaba algo. Echaba de menos a unos cuantos pajes y lacayos a quienes se pudiese dar orden de ir, venir, no obrar tan de prisa, preguntarles qué hacían, etc., hasta que acabase de caérseles por completo el pelo de la dehesa.

Por otra parte, tampoco parecía existir la esperanza de que el gran Jeque se ganase un bofetón y la orden de estarse quieto.

Con toda seguridad aquel hombre no raptaría con rápidos pies a una desolada damisela que huyese en busca de un lugar tranquilo, como tampoco parecía probable que luchara y pegase con suavidad a una ninfa que, riendo, quisiera rechazarle.

No era fácil que se portase de ese modo ni que la invitase a dar un paseo que debiera terminar en raptó.

No. Era un hombre tranquilo, de digno aspecto; altísimo, guapo y un jeque auténtico. Por otra parte, sus ojos parecían arder cuando la miraban. Exactamente igual a lo que escribió aquella señora en su precioso Libro de Jeques.

Y Maudie soñaba... y recordaba algunos pasajes de aquel libro.

«Con el ímpetu estruendoso de pesados cascos, el Jeque del Desierto se abatió sobre ella, y antes de que pudiese dar un grito se sintió mecida, como si fuese una ligera pluma, por el caballo de aquel hombre, que siguió corriendo por el desierto... Sin cesar continuaba la carrera hacia el sol poniente... y, mientras tanto, los ardientes labios de su raptor encontraron los suyos y parecieron beber ansiosos su belleza abrasando todo su ser con el fuego de aquel beso...»

¡Oh! ¡Qué delicioso sería!

Y cuando los labios de Maudie temblaban al pronunciar estas palabras, *hubo* una atronadora acometida de pesados cascos, dos manos enormes la cogieron por debajo de los brazos y se vio poderosamente levantada del suelo y sentada en una dura silla. Y el caballo emprendió a correr por el desierto, en dirección al sol poniente.

Maudie no se desmayó; estaba como anonadada por la alegría y por ver cumplida la esperanza que llenaba demasiado su corazón para que pudiese hablar. No obstante, hizo un llamamiento a su valor para levantar los brazos y los ojos.

Éstos pudieron contemplar los del gran Jeque en persona, y los primeros rodearon con fuerza el cuello de su raptor. Los labios de él encontraron los suaves de la joven, quien, dando un suspiro y estremeciéndose por la intensa felicidad, llena de gratitud por haber visto satisfecha la ambición de su vida, dio al gran Jeque en persona el primer beso de amor; un beso largo, interminable... Mentalmente daba también gracias a Dios por su maravillosa bondad.

Cuando Maudie volvió de nuevo a la tierra, admirándose de que ésta existiera todavía y de verse aún en los fuertes brazos de aquella Maravilla del Mundo, se secó los labios y la punta de la nariz con la manga de su *barracan*, suspiró y profirió un breve sollozo.

El Emir detuvo su caballo, desmontó y la hizo descender. Entonces sus rodillas la traicionaron y casi se dejó caer sobre la suave y caliente arena. El Emir se sentó junto a ella y le tomó la mano.

—¿Quieres casarte conmigo, Maudie divina?

Ésta se arrojó sobre su ancho pecho, exclamando mientras se abrazaba a su cuello:

—¡Oh querido Jeque!

—Nos casaremos aquí, de acuerdo con la ley musulmana —dijo luego el Emir—; más tarde iremos en busca de un sacerdote cristiano y nos casaremos un poquito más. Así tendremos dos fiestas nupciales, Maudie.

—Y también otra luna de miel, amado mío — replicó la joven.

Y se besaron hasta que ya no pudieron más.

Luego ella se separó de él y se quedó mirándole con el mayor asombro.

—Pero ¿cómo es posible que hables el inglés? — tartamudeó llena de pasmo.

—Pues verás, lo he aprendido desde que llegaste, para poder hablarte, Maudie — dijo el Emir con la mayor modestia y estrechándola en un enorme abrazo.

—Acuérdate muy bien, Maudie — le dijo con grave acento cuando se levantaron para marcharse —, de que el mayor De Bojolly no debe saber que he aprendido el inglés, porque entonces querría hablar siempre en esta lengua y me enredaría con sus palabras, ya que no soy más que un principiante. Además, podría figurarse que no soy un jeque verdadero.

—¡Oh! Él no es más que un franchute — murmuró Maudie lánguidamente.

3

En la parte destinada al harén, de la tienda de los huéspedes, había cuatro mujeres: dos blancas y dos negras.

Estas últimas eran esclavas, traídas como «huérfanas» del lago Tchad por una caravana *senussi* y vendidas veinte años atrás al viejo Jeque.

Los malos tiempos de los cazadores de esclavos, que incendian, pillan y saquean los poblados de los negros, han desaparecido ya para siempre, pero aún se trafica con negros y en especial con niños.

Éstos son vendidos por sus padres legítimos o adoptivos, en caso de ser verdaderamente huérfanos, a los tratantes de las caravanas, que los vuelven a vender con ganancia en los distintos oasis, donde no existen otros negros que los esclavos.

Si las autoridades europeas encuentran a un solo esclavo en una caravana, la confiscan por entero; pero ya se comprende que estas caravanas no buscan los lugares honrados por la presencia de las autoridades.

Y si éstas se empeñan en buscar a las caravanas, encuentran nada más que a unos niños adoptados muy felices, que miran a los blancos con sus enormes ojos desde lo alto de los camellos, o mientras juegan al lado de hombres bondadosos o cuando se acarician sus redondos vientres junto a las cacerolas en que se guisa la comida.

En cuanto a las autoridades árabes, menos escrupulosas, compran a aquellos vivarachos chiquillos y los tratan bien, pues constituyen una propiedad valiosa, y cuando crecen los hacen ingresar en el harén o en un regimiento, según sea el sexo, en donde pueden alcanzar altos rangos y gran poderío como jefes militares o como favoritas de un jeque y madres de futuros jeques.

Las cacerías de esclavos son la empresa más vil, más indigna y más criminal que el hombre haya podido llevar a cabo, pero existe bastante confusión con respecto a la esclavitud como institución árabe.

Ciertamente, las dos esclavas negras que estaban sentadas en el compartimiento del harén de la tienda de los huéspedes eran bastante felices, pues vestían unos trajes árabes muy bonitos; disponían de *henna* para las uñas y manos; de *hadida* para el cabello; de *djeldjala*, «gotas doradas»; rojo *khalouk*; *koh'eul* para los ojos y otros productos que, para las mujeres, tienen el mayor interés, los que guardaban en el enorme *bahut*, o sea el mundo o cofre que sacaron de las tiendas de Sidi Dawad Fetata.

Las cuatro mujeres charlaban, y los agudos sonidos de un dialecto senegalés se confundían con el acento *cockney* de Londres y los tonos refinados de las escuelas superiores de Boston; y aunque por su lenguaje estaban divididas aquellas mujeres, el interés de todas era el mismo, pues las esclavas les mostraban el uso de las telas, de los trajes, de las pomadas, de las pinturas y de los polvos que habían traído.

Entonces llegó el anciano Sidi Dawad Fetata, sonriendo con suavidad, diciendo que su luenga y blanca barba le permitía presentarse ante las mujeres y que sus ojos, debilitados ya por la edad, estaban deslumbrados por la belleza de las Sitts.

—*Salamounne aleikoume Esseleme, Sitt Roumya* — dijo —. *Marhaba, marhaba.* — Y siguió hablando para expresar la esperanza de que la vida fuese para ellas tan dulce como *Mekhtoume*, el Vino del Paraíso, y tan hermosa como las *jahwiyan*, margaritas del desierto; tan satisfactoria como los dátiles de Nabt al Saif y tan larga y suave como la cola del caballo del Profeta.

—Este agradable anciano nos dirige una hermosa arenga, Maudie, y es lástima que no comprendamos una sola palabra — dijo María Vanbrugh mientras sonreía graciosamente al visitante, quien no tardó en mostrarles algunos regalos. Unas *khamis* de plata, con el encanto de la Mano de Fátima; una caja también de plata, *maroued*, destinada a contener *koh'eul* para María, una tiara *sokhab* de pequeñas monedas y

un talismán *feisha* (para conservar el amor del marido) destinado a Maudie.

El anciano caballero anunció entonces una *diffa*, palmoteó, y las esclavas trajeron un enorme plato *sahfa* sobre el cual había numerosos y heterogéneos cuencos y bandejas de *berkouks* de pelotillas de arroz azucarado, alcuzcuz, habas, *cherchem*, requesones *leben*, un potaje de carne picada, *burghal*, una masa *asida* y cebollas, zanahorias *fatta* con huevos, extraños dulces, frutos y bebidas.

—Éste es un modo de morir como otro cualquiera, abuelito — replicó la señorita Vanbrugh cuando el anciano Sidi exclamó:

—*Bilhana!* Con alegría. *Bilshifa!* Con salud.

Y todos empezaron a comer.

—¿Cómo va eso, Maudie? — preguntó más tarde la señorita Vanbrugh cuando se vieron solas, comatosas, repletas y a punto de reventar.

—Me estoy redondeando, señorita — contestó Maudie —. Y si continuamos de esta manera pronto estaremos tan redondas como uno de esos encantadores niños árabes adornados con una sarta de cuentas. Por mi parte, perderé la figura.

—Pues pondremos un anuncio y ofreceremos una recompensa, Maudie... *Se ha perdido una buena figura. Quien la devuelva a la señorita Atkinson, en el número de la calle Alta del Campamento del Emir, situado en el Gran Oasis...*

—¡Oh señorita! — murmuró Maudie —. ¿Me permite que le diga una cosa? Poco tardaré en dejar de ser la señorita Atkinson.

—Ya me lo has dicho, Maudie.

—¡Oh, no, señorita!

—Sí, me lo has dicho todo. Desde que ocurrió estás loca por completo. Loca de atar. Pareces un patito moribundo en una tempestad de truenos. Acuérdate de que pretendías peinarme con el cepillo de los dientes y que ibas a pulimentarme las uñas con papel de lija. No sabes quién eres ni dónde estás y también ignoras si andas con los pies o con la cabeza. Pero, en fin, dímelo.

Y Maudie se lo refirió todo.

—Si ves al mayor De Beaujolais y le hablas no le digas que alguno de los jeques árabes conoce el inglés, Maudie — le advirtió la señorita Vanbrugh en cuanto ella hubo terminado su relato lleno de entusiasmo.

—No, señorita — replicó Maudie —. El gran Jeque tam-

bién me lo advirtió. Díjome que el mayor podría aprovecharse de su inocencia y obligarle a hablar inglés cuando trataran de asuntos importantes, para hacerle firmar algo desventajoso. ¿No le parece, señorita, que sería vergonzoso aprovecharse de eso?

—No creo que el mayor se proponga engañar al Emir, Maudie — dijo la señorita Vanbrugh con cierta frialdad —. Pero, en fin, sea como fuere, no digas una sola palabra acerca del particular.

—Antes preferiría la muerte, señorita — aseguró Maudie con la mayor vehemencia.

—Pues recuerda que si se te escapa morirás después — observó la señorita Vanbrugh —, porque tan cierto como ahora es de día, te mataré, Maudie.

4

Durante los días siguientes, el Emir observó un cambio en el carácter de su fiel Visir.

Tal vez nadie lo habría notado, pero el Emir, que amaba a su amigo con un amor que sobrepasaba al que se tributa a las mujeres incluyendo a Maudie, advirtió con claridad que el Visir estaba sufriendo y que era desgraciado.

Ya no volvió a cantar, en su retiro del desierto, su canción preferida:

*O ki yi yip; o ki yi yi,
O ki yi yip; o ki yi yi,
seguid marchando, mansos camellos,
que en el Oasis pronto estaremos.*

En una palabra, que no profería sonidos inútiles.

Sus ojos grises y de expresión dura, que veían tanto y decían tan poco, enigmáticos, irónicos, incomprensibles y alegres, ya no mostraban ninguna alegría.

El Emir estaba preocupado y oprimido por dos emociones y avergonzado de un modo razonable.

El objeto de sus pensamientos pasó en un caballo cubierto de espuma, mirando ceñudo ante él y sin dirigir la vista ni a derecha ni a izquierda. Parecía hombre peligroso.

—¡Oh, Sidi Visir! — exclamó el Emir —. Ven a *faddhl*.

Y El R'Orab el Cuervo echó a correr, cogió el caballo del Visir por la rienda y lo llevó a su cuadra de hojas de palmera entretejidas en el *fondouk* destinado a los caballos.

—Por suerte nos hallamos en un Estado Seco, Jeque Hank

—gruñó el Visir sentándose al lado del Emir—, pues, de lo contrario, esta noche dormiría la *laghbi*... *Hamdulillah!* Con seguridad me alejaría de las cisternas.

—¿Qué te ocurre, hijo? —preguntó el Emir, aunque lo sabía muy bien.

—Pues es el caso que voy a desafiar a ese especialista en jeques, Bojolly. *Rahmat Allah!* Poco me importa ya el tratado... Y pienso hablarle de modo que me comprenda.

—¿Qué ha hecho, hijo? —preguntó el Emir.

—Pues ponerme a mal con la señorita Vanbrugh. ¡Maldito sea!

—Sin embargo, estoy seguro de que habrá obrado con toda corrección.

—Quiero decir que, por su culpa, he hablado con rudeza a una señorita, quien sin duda ha visto lo ordinario y lo grosero que soy.

—Tú nunca has sido grosero con una señora, Buddy.

—Pues sí, señor. Lo he sido, Jeque Hank. Le pregunté si estaba comprometida para casarse con un perfumado y refinado oficial francés.

—¿Y por qué hiciste eso, hijo?

—Pues porque ella rechazó mi respetuosa proposición de matrimonio.

—Y entonces le achacaste la culpa a Bojolly.

—¡Claro!

—¿Y qué te contestó la señorita Vanbrugh cuando le dijiste eso? ¿Te habló entonces en buen americano?

—Naturalmente. Cuando empecé a referirme a Bojolly.

—¿Y qué dijo cuando le preguntaste si estaba prometida al mayor?

—Pues me dijo: *Mire usted qué magnífica puesta de sol, señor Hombre*, y que se figuraba estar paseando con un norteamericano cortés y refinado y que el mayor De Bojolly era el hombre más distinguido, noble y valeroso que encontró en su vida, y muchas gracias, pero que prefería volver sola al Oasis.

—¿Y tú qué hiciste, hijo?

—Pues le contesté que, según me figuraba, ella era norteamericana; y luego maltraté a mi caballo, obrando en eso como un coyote indigno que soy en realidad.

—De modo que ahora estás triste y avergonzado, hijo. Has maltratado a una mujer y a un caballo, es decir, las dos cosas mejores que hay en el mundo.

—No lo niego. Y te aseguro que si no me contuviera em-

pezaría a comerme la arena..., pero ahora voy a desafiar a ese Bojolly.

—¿Y a qué?

—A lo que quiera. Tanto me importa luchar con él con cuchillos, con revólveres y hasta con fusiles si lo prefiere. Tal vez le guste más emplear esa espada que no ha abandonado para causar sensación en nosotros y en las muchachas. Y si quiere lucharé con mi espada árabe contra la suya.

—¿Y tú qué preferirías, hijo?

—Luchar con el cuchillo. Hace ya tiempo que no lo hago. Además, resulta un arma muy satisfactoria para expresar los sentimientos propios a un hombre que no nos gusta.

—¿Y la señorita Vanbrugh, hijo? Recuerda que la señorita Vanbrugh, a quien tanto amas, cree que el mayor De Bojolly es el hombre más refinado, noble y valiente que ha visto en su vida. Ya te dije antes que no te molestaras, porque o moriría solterona o acabaría siendo la señora Bojolly.

El Visir dio un gruñido.

—Y ahora voy a decirte algo que será más conveniente para ti, Buddy Bashaw. No estás enamorado de nadie. Tan sólo estás celoso de un hombre que vale más que tú y que ha conquistado a esa mujer. ¿Quién fue el primero, él o tú? ¡Y ahora hablas de desafiar a Bojolly! ¿Por qué? Pues tan sólo porque no puedes separar a esa muchacha de él.

—¡Así me gusta, hombre! Que encima vengas insultándome —gruñó el Visir.

—Naturalmente. Ya que no tienes la inocencia de una paloma, ni la prudencia de una serpiente, por lo menos puedes tener el sentido común de un piojo. El viejo Bojolly trajo aquí a la señorita Vanbrugh y se dispone a llevársela de nuevo. Tú le hiciste una proposición de matrimonio y ella no la aceptó, dándote las gracias. Así, pues, no hagas más imbecilidades y avergüénzate de ti mismo.

—Está bien, pero mira, Jeque Hank, dices que estoy celoso de un hombre mejor que yo, ¿no es verdad? Pues bien, vamos a ver quién es mejor de los dos.

—Como gustes, pero no pienses siquiera en desafiar al mayor De Bojolly. No comprendo qué bicho te ha picado, Buddy Bashaw... *Wallahi!*

—¿Y por qué no he de luchar con él?

—En primer lugar, porque es nuestro huésped. Recuerda que va a darnos un saco de oro. Tampoco deseo que venga a buscarle un ejército francés; y, además, la señorita Vanbrugh opina que es el hombre más noble, valiente y...

—Pues, mira, de todos modos vamos a probarlo —inte-

rrumpió el Visir —. Vamos a probar a ese valiente. Veremos si es digno de la señorita Vanbrugh; porque yo creo que nadie la merece.

—A excepción de Buddy Bashaw. El Visir velloso y salvaje —murmuró el Emir.

Pero el Visir prosiguió aferrado a su brillante idea.

—Dices que es un hombre magnífico, y al parecer te complace la idea de que se case con la señorita María. Pues bien, le probaremos. *Inshallah!*

—Mira, hijo — interrumpió de nuevo el Emir —. Fíjate bien en esto. ¿Ves esta mano mía?

—¡Ya lo creo! *Allahbyjimony*. Podría verla a siete millas de distancia sin antejo alguno y entonces tal vez la tomara por una pierna de carnero.

—Pues bien, Buddy. Fíjate en esta mano mía — replicó el Emir con solemnidad —. Dios es testigo de que me la cortaría si ello pudiese hacer tu felicidad y la de la señorita María. Sin duda alguna lo haría. Pero aunque no tengo mucha más inteligencia que tú, estoy persuadido de que ninguna muchacha ha hecho jamás la tontería de casarse con un hombre al que no quiera. Y tampoco un hombre puede desear que una joven se case con él sin amarle. Por mi parte, más me gustaría que María y tú vivierais de pan de cebada y de carne de cabra, en una tienda miserable, a que ella se casara con el mayor y viviera rodeada de lujos, con tal de que te amase. Pero no tan sólo no te quiere, sino que jamás te querrá.

—Muy bien, «pastor». Pero ahora vamos a ver si ese astuto y sinuoso francés quiere de verdad a la señorita Vanbrugh. Ante todo vamos a apostarnos diez *medjidies* por tu parte contra cien mías.

—¿Por qué, hijo?

—¿Has olvidado ya la apuesta de que te hablé? Iremos a visitarle en plena noche y le ofreceremos entregarle el tratado firmado, sellado y testimoniado, con tal de que se marche mañana mismo dejando aquí a las muchachas.

—Ten la seguridad de que no lo hará.

—Pues si tienes razón ganarás tú la apuesta. Y poco después de eso haremos con él una prueba decisiva. Por mi parte estoy seguro de que perdería la vida por la señorita Vanbrugh o por otra muchacha bonita.

—De esto no hay duda, hijo. Por cualquier muchacha lo harías.

—Y si Bojolly quiere de verdad a la señorita Vanbrugh, démosle la oportunidad de que lo demuestre. Por su parte,

debería estar contento de tener tal ocasión. Sin embargo, no lo hará, y me apuesto cien contra uno.

—¡Aceptado! Dame esos cinco. Y deposita la suma — exclamó el Emir.

Los dos hombres se estrecharon la mano y el Emir añadió:

—Eso es robarte, hijo, y no debería hacerlo, pero conviene que aprendas.

—Pues si vives hasta la noche, ya verás como has perdido diez dólares. Jeque Hank — contestó el Visir.

—Viviré, hijo, siempre y cuando Rastignac no me haga alguna mala partida — contestó el Emir —. Podría envenenar nuestro café cuando vamos a visitarle, pegarnos un tiro cuando estemos desarmados, mientras creyese posible poder escapar y nombrar un Emir a su gusto. Y no comprendo todavía como no se lo he pegado yo, al enterarme de su intención de asesinar a Bojolly y de condenar a las dos pobres muchachas a una suerte horrible.

—Tampoco lo sé yo — replicó el Visir —. Y me prometo pasar un cuarto de hora a solas y en conversación confidencial con el amigo Rastignac cuando llegue la ocasión oportuna. Creo que habría un poco de conmoción en algunas tribus si desapareciese Rastignac.

—Más o menos pronto... un día le ocurrirá algo desagradable y en especial cuando estemos de acuerdo con los franceses, a lo cual debemos tender. Ese hombre es un coyote traidor y despreciable, y me gustaría mucho colgarle de un árbol.

—Es preciso convenir que tiene la cara y el corazón de un tiburón — observó el Visir.

—No, no. Esto es una exageración, hijo — replicó el Emir. — Nunca se ha visto un tiburón con una cara o un corazón tan propios de un tiburón como los de Rastignac. Sin embargo, es hombre valiente y merece morir como un hombre si no le dejamos marchar.

—Muy bien, Jeque Hank — exclamó el Visir —. Déjame a mí que me entienda con él. Cuchillo en mano.

—Ya veremos lo que ocurre con Bojolly antes de arreglar el asunto de Rastignac — replicó el Emir —. Me gustaría mucho ponerles frente a frente con el arma que elijan y decirles: «Ahora, pelead como queráis.» Pero antes diría a Bojolly que Rastignac nos ha ofrecido mucho dinero a cambio de que le matemos a él y nos quedemos con las muchachas.

—¡Rastignac! — gruñó el Visir escupiendo de un modo vulgar y muy ordinario.

—Eres un tío grosero — observó el Emir —. ¡Parece men-

tira que no te hayas refinado un poco a pesar de vivir conmigo!

—No — replicó el Visir en tono significativo.

CAPÍTULO VIII

LA MUJER DISPONE

1

Yoluba, el esclavo sudanés, de siete pies de estatura, estaba de centinela en la parte exterior de la tienda de los huéspedes y oyó un murmullo de voces más o menos elevadas en el interior. No le interesaban en lo más mínimo. En realidad, tan sólo le importaba en la vida el obtener el máximo de comida, de amor, de combate y de sueño. Y también la aprobación de su señor el Sidi el Hamel el Kebir, Comendador de los Creyentes y Sombra del Cielo.

Y para lograrlo era preciso obedecer pronto y con exactitud las órdenes recibidas.

Las que tenía entonces eran impedir al Sidi *Franzawi* que saliese de la tienda de los huéspedes, oponiéndose firme pero respetuosamente y diciéndole que debía continuar en el interior de la tienda, pues el Sol (o la Luna) daba mucho calor en el exterior.

De pronto cesaron las voces y el *Franzawi* dio un grito de cólera y siguió hablando sumamente irritado. ¿Debería entrar?

Pero no, porque el Emir y el Visir salieron en aquel momento.

—Has ganado, Jeque Hank — confesó el Visir cuando los dos entraban en el pabellón del Emir —. Bojolly ha hablado como un hombre. Hasta ahora ha salido bien de la prueba.

—Mira, puedes darme diez dólares, hijo — observó el Emir — y si quieres continuar con esta prueba me deberás un centenar. Si lo deseas te permito retirar la apuesta. En realidad me gustaría, porque la verdad es que siento gastar una broma tan desagradable a un hombre tan valiente como él.

—No te enternezcas, Jeque Hank — replicó Buddy —. Ya que es un héroe de novela, déjale que viva para representar su papel o que muera por esta causa. Además él no se dará cuenta de que es una broma. Y puesto que tanto te interesas por la señorita Vanbrugh, cerciorémonos, antes de dársela a él, de si

la merece. Luego podrás otorgarle su mano, bendecirles y hacerles un regalo de boda.

—¿Qué te propones hacer, hijo? — preguntó el Emir.

—Pues, mira, vamos a convertirnos a sus ojos en unos jeques feroces, mudables y traidores para darle el pego. Le haremos otra visita por la noche y le diremos que nos ha ofendido gravemente al llamarnos perros, cerdos y otras lindezas por el estilo. Que eso hay que lavarlo con sangre, pero como no queremos asesinar a un huésped, le propondremos que se pegue un tiro, y que entonces soltaremos a las muchachas y las llevaremos en seguida a una región civilizada.

—¿Y si se niega?

—En tal caso le diremos: «Muy bien, señor Rumí, siendo así, las jóvenes ingresarán en nuestros harenes, firmaremos el tratado y usted se podrá ir al infierno con él.»

—Y si nos dice: «¿Cómo puedo tener la seguridad de que cumpliréis vuestra promesa cuando yo esté muerto?»

—Pues le contestaremos: «No tienes más remedio que confiar en nosotros. No hay alternativas, pero cuando nosotros, nobles salvajes, juramos algo por el Corán, lo cumplimos a pesar de todo.»

—¿Y cómo lo haremos?... Ante todo, encargaré a R'Orab que, sin que él se dé cuenta, le quite los cartuchos de su revólver, y de ese modo podrá pegarse un tiro con el arma descargada; y cuando oigamos el choque del gatillo se ablandarán nuestros corazones de piedra y le abrazaremos con los ojos llenos de lágrimas. ¿Es así? — preguntó el Emir.

—De ninguna manera. Sería una muerte demasiado fácil. No hay ningún mérito en pegarse un tiro uno mismo. Además podría darse cuenta de que el revólver estaba vacío y así nos tomaría el pelo, riéndose de nuestra estupidez.

—¿Pues, entonces, qué?

—Le ofreceremos una muerte desagradable por medio del veneno.

—Corres el peligro de que se lo beba persuadido de que le engañamos y de que no ha de ocurrirle nada malo.

—¡Oh, el caso es que se convenza antes de que es veneno! ¿Te acuerdas de lo que le quitamos al viejo Abdul Salam? Ante todo le haremos ver cómo se envenena un perro.

—Entonces también le matará a él.

—No es eso, porque el veneno estará ya en el agua que tome el perro. Yo echaré unas gotas de leche en el cuenco, y el pobre animal se morirá en un abrir y cerrar de ojos. Luego echaré el resto de la leche en el café de Bojolly. Y ya veremos

lo que hace. Si bebe, tú ganarás cien dólares y Bojolly se casará con la señorita Vanbrugh.

—¿Y si no bebe?

—Le echaremos, diciendo a la señorita Vanbrugh que su héroe, que estaba dispuesto a vivir por ella, no se atrevió a morir por su causa.

—Mira, Buddy, te encargarás tú de decírselo. Yo me iré a dar una vuelta mientras tanto.

—Fíjate en que no le ponemos en peligro alguno y que no le causaremos el menor daño, ¿no es verdad?

—Nada en absoluto. Y tú te encargarás de transmitir a la muchacha la alegre noticia de que su héroe ha huido abandonándola, pues su piel corría peligro, llevándose el tratado firmado. Dame la mano, hijo, porque admiro tu valor.

—Pero será cierto, ¿no es verdad? — preguntó el Visir.

—Sí, hijo, y esto precisamente es lo que ella no te perdonará nunca — replicó el Emir —. Aunque estoy seguro de que te engañas — añadió —, porque Bojolly se beberá el fingido veneno con la misma tranquilidad que tú te tragas una copa de *whisky*; de manera que saldrá de ese compromiso mucho mejor que nosotros. A mí todo eso no me gusta, pero comprendo que no lograré convencerte de que no lo hagas. Lo que resultará es que María amará al mayor mucho más que antes, y nosotros quedaremos a la altura del betún. Y el mayor también querrá mucho más a María, después de haber querido morir por ella.

—Nada de morir — exclamó el Visir —. Te aseguro que ese hombre es un chisgarabís. Eso de beberse una taza de veneno a las tres de la madrugada es bastante más serio que el liarse a tiros. Además supón-te que sigue haciendo de héroe y se traga la fatal bebida para salvar la vida de su amada. En tal caso estoy seguro de que no se lo dirá nunca y mucho menos cuando se convenza de que todo ha sido una broma.

—No, él no dirá nada. Pero yo sí. Si Bojolly se decide a meterse en el cuerpo, y a altas horas de la madrugada, una taza de veneno, demostrará que es hombre valiente y yo haré de modo que todo el mundo lo sepa.

—Bueno, estoy seguro de que no lo hará, Jeque Hank, y así te aconsejo que no te gastes los cien dólares antes de cobrarlos.

El Emir se quedó reflexivo acariciándose la barba.

—*Wallahi* — murmuró —. Bien trabaja el que trabaja con Alá, como dice el Libro. Pero estoy seguro de que eso, por lo menos, hará desaparecer todas las dudas de la pobre muchacha, y por otra parte no la atormentará ya más el espectro

del pobre Dufour. Si no me engaño, ella odia a una pequeña parte de Bojolly y adora el resto de él con toda su alma. La broma es muy pesada, pero tiene la ventaja de que arreglará el asunto de un modo definitivo para la señorita María Vanbrugh. Si Bojolly es un solterón empedernido, que tiene su trabajo por esposa y sus ambiciones por querida, vale más que lo sepa cuanto antes. Ése, Buddy, es un juego muy bajo y ordinario... aunque esos individuos del Servicio Secreto se pasan la vida entera haciendo tratados y engañando a la gente. Naturalmente, éste es su oficio. Y, de vez en cuando, les está bien que les engañen a ellos. La verdad es que será sumamente divertido engañar al especialista en engaños.

—Tienes razón — replicó el Visir disponiéndose a salir —. Buenas noches, compañero. *Emshi besselema*.

2

Cuando el Emir y su Visir volvían de visitar el campamento del emisario del Sultán de Estambul y de su poderoso Hermano y de presenciar el ejercicio de los reclutas del cuerpo de los soldados montados en camellos, de inspeccionar el *fondouk* y los alojamientos y, en fin, después de hacer la mayor parte de las cosas que los gobernantes orientales suelen confiar a otros, que las dejan sin hacer, el Emir preguntó a su Visir si había dormido bien y si se despertó de mejor humor.

—Vamos a probar ahora al viejo Bojolly — replicó el Visir.

—¿Ya te has dado cuenta de que tanto si resiste como si claudica, ello no mejorará tus relaciones con la señorita Vanbrugh?

—Estoy convencido. No quiero saber nada más con mujeres. Tengo el corazón destrozado, pero me dominaré. No volveré a solicitar por dos veces a una mujer. La señorita Vanbrugh me dio unas calabazas tremendas. Claro que lo hizo con alguna amabilidad, pero de un modo indudable. Y cuando me refería a Bojolly, se enojó y reiteró su negativa. No, Hank. Mi corazón está destrozado, sin duda, pero miro a la vida cara a cara, como un hombre.

—Haces bien, Buddy. Ahora no pienses más en esa tontería con respecto al mayor, porque eso no te hará ningún bien.

—Por lo menos se lo hará a la señorita Vanbrugh si la libra de un cazador de fortunas, ¿no es verdad? Las muchachas norteamericanas deberían casarse con sus compatriotas.

—Y los norteamericanos con las muchachas de su país, ¿no es cierto? — observó el Emir.

—Tú lo has dicho, hijo. Y dime, ¿qué me cuentas de esa Maudie?

—Es una muchacha muy buena y muy bonita. Es una lástima que tengas el corazón destrozado, Buddy. Sin embargo, los norteamericanos deben casarse con sus compatriotas.

—Y los anglosajones deben casarse con muchachas de su propia raza. Nada hay que decir acerca de Maudie, si es inglesa. Y será una esposa bonita y sencilla para un hombre corriente.

—Tú eres un hombre corriente, Buddy — observó el Emir de mala gana —. Además es posible que Maudie esté ya prometida — añadió.

—No lleva ninguna sortija. Ya me he fijado en eso — replicó el Visir.

—Yo he conocido a algunas muchachas que tampoco la llevan, a pesar de estar prometidas — admitió el Emir.

—Bueno, porque su novio no valdría ni un centavo — exclamó el Visir poniéndose a cantar luego.

Era evidente que su corazón destrozado se reponía poco a poco y que la fría aurora del desierto es una hora muy agradable y estimulante.

El Emir sonreía con expresión de tolerancia al oír la canción de Buddy, pues cuando éste cantaba era señal que las cosas marchaban bien.

—¡Ojalá tuviese mi antigua voz! — observó el Visir.

—¡Bah! No te quejes, que ya es buena — replicó el Emir mientras el Visir volvía a levantar la voz para informar al Sahara de que:

*Conozco a un falso Jeque, un Jeque muy tunante
a quien le gustan mucho el vino y las mujeres;
llevando a una de éstas le vi muy rozagante
montado en uno de sus rápidos corceles.*

—¿Cómo sabes que cabalgo llevando a una muchacha conmigo? — preguntó el Emir cuando el Visir hacía una pausa para respirar.

—Lo ignoro — confesó el Visir —, aunque supongo que eres capaz de hacerlo. Muchas veces se dice la verdad cuando se quiere bromear.

—Tienes razón, hijo, y más de una vez se habla en serio cuando se bromea.

Siguieron andando y el Emir rogó:

—Canta un poco más, hijo. Tu voz me deleita. ¡Oh, padre de un millar de ruiseñores! Eso es muy conveniente para

estos caballos árabes, que suelen ser muy nerviosos. El canto les calma bastante.

Y el Visir continuó la historia, imitando a los trovadores antiguos que improvisaban sus canciones.

*Llevaba en la grupa a la joven raptada
y en la mano un frasquito de fuerte licor;
y besando el frasquito y luego a la bella
corría, bebía y hacía el amor.*

3

Junto a un canalillo trazado para regar algunos campos, estaba sentada la señorita Maudie Atkinson y esperaba con una actitud mental parecida a la que conoció toda su vida en la hora prima del día sábado, «Por lo que vamos a recibir...»

Saliendo de la tienda de los huéspedes, y esto después de observar mucho, consideró la doncella que el momento era propicio, cuando pasó por delante de las tiendas de su prometido (*¡su prometido!*) el gran Jeque, por lo que se dirigió despacio a un punto estratégico.

Una vez allí se quitó su *barracan* y apareció Maudie Atkinson llevando un traje muy bonito de algodón, medias blancas y zapatos del mismo color. Estaba segura de ser mucho más atractiva para los ojos árabes que presentándose como un montón informe de telas blancas y con unos calzones muy anchos.

La verdad es que el tal traje resultaba muy poco apropiado para una muchacha que tiene buena figura.

¿Vendría él?

Era seguro, si no tenía mucho que hacer, o no había de salir a pasear con la señorita María. ¿Cuándo se decidiría aquel guapo mayor a declarar su amor a la señorita Vanbrugh, que lo estaba esperando? ¡Oh, qué felices serían las dos y cuánta suerte habían tenido!

¿Vendría?

Osciló una sombra junto a ella y la joven se volvió.

¡Caramba, era el pequeñito...! ¡Estaba bastante bien con aquel traje de colores alegres!

—¡Buenas tardes, señor! —dijo Maudie.

—Buenas tardes, señorita —replicó el Visir—. ¿Quiere usted que vayamos a dar un paseo por debajo de los árboles?

—No tengo inconveniente —contestó Maudie apresurándose a levantarse.

—La he admirado a usted mucho desde que llegó, señorita — exclamó el Visir cuando empezaban a andar.

—¿De veras? ¿No me engaña? — exclamó Maudie.

—Es de veras. Desde el primer momento — replicó muy convencido su compañero —. En realidad hoy he venido a decírselo y a preguntarle si le parezco bien y no tiene inconveniente en que seamos compañeros.

—No me importa, señor — contestó Maudie —. Pero me extraña mucho que también usted hable inglés.

—Sí, señorita. El caso es que encargué un manual tan pronto como la vi a usted.

—¿De veras?

—Sin duda. ¿Me cree usted capaz de decirle una mentira? Ahora, que debo rogarle la mayor discreción para que no se entere el mayor De Bojolly.

—¡Oh, no, señor! La señorita Vanbrugh me dijo que me mataría si por mí... ¡Como si yo fuese capaz! Además, ahora apenas le veo. ¿Por qué le tienen ustedes preso?

—¡Oh, tan sólo queremos impedir que se escape y se las lleve a ustedes!

—Pues a mí no se me llevará, porque ya tendré buen cuidado — aseguró la señorita Maudie Atkinson.

—Si lo hiciese se me destrozaría el corazón. Señorita Maudie, ¿quiere usted casarse conmigo?

—¡Oh señor! ¿Por qué no habló usted antes? — replicó Maudie mirando al suelo y ruborizándose —. Estoy ya prometida al otro Jeque..., nos casaremos dos veces y tendremos dos lunas de miel. Es usted muy bondadoso, señor, pero tal como están las cosas...

Maudie levantó los ojos y vio que el Jeque había marchado ya.

Pocos minutos después el Visir asomó la cabeza por la tienda en que el Emir tenía su dormitorio y vio que éste se lavaba los pies antes de vestirse para ir a comer.

Dio un terrible rugido, le enseñó los dientes brillantes y miró a su señor, exclamando:

—¡Oh chivo libidinoso!

Pronunció estas palabras a través de sus dientes cerrados, silbándolas casi, y retiró de la abertura su cabeza, que se parecía mucho a la de la Gorgona.

Pero como era un hombre de noble conducta y muy generoso, ésta fue la única alusión que el Visir hizo acerca de la fragilidad de su señor.

Como era muy decidido y lento en aceptar la derrota, observó durante el curso de la *faddhl* de la noche:

—Oye, Hank, ¿te gustaría ser verdadero cuñado de un jeque?

—Mucho, Buddy. ¿Quieres casarme con alguna hermana tuya?

—No, hijo. Y si la tuviese sería bastante exigente acerca del hombre con quien quisiera casarse. No; me refiero a un jeque verdadero, y quería indicarte la posibilidad de que yo fuese su cuñado.

—Mira, no te entiendo. Habla claro.

—Pues hazte el cargo de que me caso con la señorita Leila Nakhla. Entonces sería cuñado del joven Jeque, ¿no es verdad?

—Sí, pero me parece que harías una estupidez.

—¿Ya vuelves a estar celoso de mí, Jeque Hank?

—Veo que se te ha metido el casorio en la sesera o, mejor dicho, en el lugar en donde deberías tener el seso. ¿Acaso te han aumentado el sueldo o sientes la primavera?

—En parte tú tienes la culpa por el mal ejemplo. Y también se debe al hecho de tener con nosotros a esas encantadoras muchachas blancas. Y por esta razón necesito casarme y tener un hogar.

—Bueno, ¿y desde cuándo estás enamorado de Leila? —preguntó el Emir.

—Pues, verás, desde esta mañana, por lo menos, Jeque Hank. Ignoro si se debe a tu mal ejemplo. Ahora voy a hablar con el viejo Sidi Dawad Fetata, con objeto de saber si le parece bien la alianza entre Leila y yo. Como tú le nombraste tutor, supongo que él me dará el consentimiento.

—No hay duda, hijo. Yo, en tu lugar, iría ya al bazar a comprar el regalo de boda. Podrías adquirir un juego de cuchillos para el pescado, un asador, un juego para licores, etcétera.

—Mira, Hank, si tu seso fuese un horno, no habría bastante fuego para chamuscar tu sombrero. Ahora mismo voy a hablar con papá Fetata.

Pero cuando, después de hablar con el Sidi Dawad Fetata de toda clase de asuntos de la tierra y hasta del cielo, de las

aguas subterráneas, el Visir preguntó, intencionadamente, acerca de la salud y la felicidad de Sitt Leila Nakhla, entonces oyó una cosa muy rara.

—Mi corazón está dolorido por su causa, Sidi — replicó el anciano —. Está poseída por los *djinns*. No puede dormir... Todas las noches se levanta de sus almohadones y sale a pasear a la luz de las estrellas. La vieja Bint Fatma la sigue y dice que la niña empieza a hablar con los espíritus y los *afrits*... También suele situarse cerca de la tienda del Emir, implorando la protección del Profeta y las bendiciones de Alá sobre él. No. Apenas duerme y tampoco come.

—El matrimonio obra maravillas en las mujeres — indicó el Visir.

—Ya, Sidi — replicó el anciano —. Pero el pálido novio de la pobre Leila será la Muerte. No vivirá lo bastante para casarse con mi nieto y el pobrecillo sentirá mucho su fin y también morirá... Yo ya soy viejo, Sidi; pero la tumba se cerrará sobre ella y sobre él, en tanto que yo seguiré arrastrándome por la tierra...

—Me parece que ese pájaro de mal agüero me ha dicho algo — murmuró para sí el Visir cuando se metía en su tienda.

5

Hadji Abdul Salam, doctor y santo, tenía visitas aquella noche.

—Con frecuencia duermen en el gran pabellón en donde han permanecido y *faddhled* hasta poco antes del amanecer — dijo al más importante de sus huéspedes —. Con mayor frecuencia aún duermen cada uno en su propia tienda. Usualmente hay un centinela sudanés entre la tienda de los huéspedes y las del Emir y del Visir.

—Pues esperaremos hasta que tu hombre esté de centinela — dijo Suleiman el Fuerte, apodado El Ma'ian —. O, si es un sudanés, podremos matarlo.

—Habría ruido y si te cogen no creo que salgas vivo por segunda vez. Ya saben que fuiste tú quien mandó al asesino del Emir Mohammed Bishari bin Mustapha abd Radu.

—No habrá ruido — dijo Suleiman el Fuerte.

—Además es preciso que ni el Emir ni el Visir profieran una sola voz al morir — avisó el buen Hadji —. Son leones poseídos por los diablos y cada uno de ellos irá a socorrer al otro.

—Perfectamente. Entonces toma tus precauciones, Abdu-

llah el Jemmal, con objeto de que tu hombre muera en silencio — gruñó Suleiman.

—Derecho al corazón, Sidi, o una cuchillada a través de la garganta, que le corte la cabeza de una vez — dijo Abdullah sonriendo —. Eso depende de la posición que haya tomado al dormir.

—No hagas chapucerías o, si no, el Hadji, aquí presente, pronunciará una maldición contra ti que te pudrirá la carne sobre los huesos.

—¡Oh, sí! — confirmó el doctor —. No saldrías vivo de ésta, buen Abdullah. La muerte rápida sería agradable en comparación de lo que yo haría contra ti en caso de que estropees nuestros planes.

—Y si lo hago bien tendré *medjidies*, camellos, mujeres, tiendas, es decir tanto como mi corazón desee, y seré un hombre importante en la tribu — observó Abdullah el camellero.

—De eso puedes estar seguro. Después de la aurora que vea la muerte del Emir y del Visir, ya no volverás a trabajar, Abdullah; ya no sudarás más ni tendrás más hambre ni sed, buen Abdullah.

—¿Lo juras sobre el Corán, Sidi Hadji? — preguntó el camellero.

—Te lo juro por el Corán, por mi cabeza y por mi vida y por la barba del Profeta y los sagrados nombres de Alá que no volverás a tener hambre ni sed una vez hayas matado al Visir.

—Sí — añadió Suleiman el Fuerte con mirada siniestramente burlona, fija en el alegre rostro del Hadji —. Yo mismo cuidaré de que no vuelvas a tener jamás hambre ni sed, buen Abdullah.

Y en una sonrisa que conquistó el corazón del camellero le mostró sus blancos dientes.

¡Qué delicioso era para él ser objeto de las sonrisas de los futuros gobernantes de la tribu y el saber que pronto se convertiría en persona importante!

—Y ahora no vuelvas ya a tu tienda — dijo el Hadji al despedir a sus huéspedes —, porque sería peligroso para ti.

—A veces me visitan, si bien lo hacen por la noche. De todos modos me parece que ese maldito El R'Orab el Cuervo me está espiando y también el viejo Yakoub. Que se anden con cuidado y que no se mezclen en lo que no les importa...

—Vete en paz y con la bendición de Alá; permanece escondido con los hombres de la caravana en el *fondouk* del zoco inferior. Gharibeel Zarrug te dará la orden... *Emshi besselema...*

CAPÍTULO IX

LOS AUTÓCRATAS A LA HORA DE ALMORZAR

I

Bueno, hijo Buddy, ¿qué te ha parecido ese duelo? — preguntó el Emir a su Visir cuando se desayunaban, después del duelo celebrado entre el oficial francés y *l'agent provocateur* del Este —. ¿Qué te ha parecido Bojolly con la espada en la mano?

—Reconozco que es la mejor pelea que he visto en la vida — replicó el Visir —. Por lo demás, nunca he negado que Rastignac y Bojolly fuesen hombres de pelo en pecho.

—Pues yo diría al mundo entero que si Bojolly se casa con la señorita María, ella tendrá un marido del que podrá enorgullecerse — interrumpió el Emir.

—Sí. Como hombre capaz de pelear hasta la muerte, no se puede negar, Hank. Pero te aseguro que las mujeres necesitan que su marido sea algo más que un matachín. Supón-te que le guste más pelear que dedicarse a su mujer. ¿Qué ocurrirá entonces, Jeque Hank? Y supón-te también que él considere a las mujeres como un estorbo para manejar la espada o la escopeta y un lastre inútil en la grupa del caballo.

El Visir se interrumpió y tristemente se entregó a sus reflexiones.

—No te entretengas, hijo — le dijo el Emir —. Me recuerdas a Abraham Lincoln. Esto es casi poesía. Puedo recitarte alguna cosa. Escucha:

*Blancas manos sujetan las crines del caballo
y siempre corre más quien corre más aprisa.*

—¿De dónde has sacado esto, Jeque Hank? — preguntó el Visir con recelo —. Supongo que esto no es del Corán; más bien me parece de Shakespeare.

—No, hijo. Esta vez te has equivocado. Es de Bret Harte o de Chaucer. En la escuela me lo hacían recitar. Hay mucho más:

*Al caerse al infierno o al caerse de un trono,
más de prisa se cae el que se cae solo.*

—¡Naturalmente! — comentó el Visir —, porque si no estuviera solo y se cayera sobre el compañero, tardaría más y caería en blando.

—Tienes razón como siempre, Buddy — admitió el Emir.
— Pero me he equivocado, porque debía haber dicho:

*Al subirse al infierno o al sentarse en un trono,
más de prisa lo hace el que siempre va solo.*

Sí. Así es el poema y, como te decía, es de José Billings o de un individuo llamado Dante. No me acuerdo muy bien. Así me lo dijeron en la escuela cuando tuve que aprenderlo.

—Pues yo no creo que exista tal poema ni que tú hayas ido nunca a la escuela, Jeque Hank. Esconde el rabo entre las piernas y da un alarido para que nos traigan un poco más de este potaje. Sí; confieso que Bojolly es un buen muchacho. Es un hombre recto y valiente. No tiene falta alguna, y te aseguro que me ha gustado mucho verle pelear. Mas, sin embargo, todo eso no le da los títulos suficientes para merecer a la señorita María Vanbrugh.

—Pues ¿qué le falta? — preguntó el Emir.

—Sencillamente, quererla más que a otra cosa cualquiera en el mundo entero. Le falta estar dispuesto a sacrificarle la vida.

—Lo haría, hijo.

—Eso no es nada. Tendría que estar dispuesto, y eso iba a decir cuando me interrumpiste, a sacrificar todas sus esperanzas en el ejército, todos sus ascensos y todas sus recompensas, es decir, todo lo que él llama su carrera y su porvenir. Y mandarlo todo al diablo por la mujer que ama, incluso a su patria.

—Sigue, sigue, Walt Whitman — dijo el Emir alentando a su amigo —. Voy a recitarte algo acerca de eso. Escucha:

*Dio el nombre de Paz a la soledad en que vivía
(principalmente porque allí no había policía),
olvidando al mundo y del mundo olvidado;
llevó a su amada a aquel lugar encantado
diciéndole: No tengo más que a ti, paloma mía, y eso es lo
[que los periódicos llaman
«El Mundo bien perdido a cambio del Amor» (1).*

Esto es de Byron, hijo. Pero no debes leerlo hasta que tengas algunos años más.

El Visir se quedó mirando largamente y con la mayor atención a su señor.

(1) Estos versos son de Walt Whitman, poeta americano famoso, que escribía sin métrica ni rima. Nosotros lo hemos traducido con la mayor fidelidad posible.—N. del T.

—¿Qué bicho te ha picado, tonto? —preguntó.

—La señorita María Vanbrugh —replicó el Emir—. Desde que llegó aquí no sabes cuántas veces me he sentado para recordar todas las cosas que aprendí en la escuela, y ahora me gustaría saber hablar con palabras escogidas, aprender muchas cosas y hasta saber tocar el piano.

—Bueno, ahora supónte que llevases un sombrero de fieltro, una bonita levita, unos elegantes pantalones, guantes blancos de cabritilla y calcetines de seda roja. ¿Qué sacarías de todo eso? Me parece que te ha dado una insolación o que te has tragado algún hueso de dátil que te ha trastornado el cerebro. Por consiguiente, déjate de tonterías, escucha y aprende. Lo que te digo es que ese Bojolly hará algo más que matar a Rastignac para probar que es digno de esa muchacha norteamericana, y, por mi parte, no le otorgo su mano hasta que nos dé muestras y pruebas de que es el partido número uno y que todos los demás no valen dos centavos. ¿Me entiendes? Y cuanto antes mejor, porque ahora es el héroe herido y ella le hace las curas. Ya sabes que las mujeres suelen enamorarse de los heridos a quienes cuidan. Me refiero, naturalmente, a las aficionadas, pues las enfermeras profesionales ya no son tan tiernas.

—Tienes razón, hijo. Una vez estuve yo en el hospital, y en las puertas de la muerte, y si la vieja enfermera que me cuidaba se hubiese enamorado de mí, estoy seguro de que me habría ido al otro barrio para huir de su amor.

Al parecer, el Emir tenía aquella mañana un humor irónico, síntoma, bastante frecuente en su caso, de que estaba preocupado y ansioso.

Su amigo conocía muy bien esta singularidad, y en su extrañeza la clasificaba con otras de las particularidades de Hank; tales como la de estar taciturno y mudo durante días enteros y luego pasarse una hora charlando sin cesar, o su costumbre de hablar a veces como un lechuguino oriental, en vez de hacerlo cual correspondía a un hombre viril y rudo. Sin embargo, cualquier cosa que hiciese o dijese Hank merecía la aprobación de aquel hombre cuya corriente de afecto se dirigía derechamente y sin cesar hacia él, pues era su héroe, su amigo y su ideal.

—Bueno. Probaremos a Bojolly tan pronto como sea posible o antes —continuó el Visir—. No ha recibido más que algunos rasguños en la lucha encarnizada de esta mañana, de modo que dentro de veinticuatro horas ya estará en disposición de ocuparse de asuntos de importancia. ¿Crees que Rastignac se curará?

—No. Esta vez Rastignac ha recibido lo suyo. Y lo merece por cerdo. Lo enterrarán en la tierra donde las tumbas florecen bajo los sauces llorones y los pajaritos silvestres lloran a sus parejas — opinó el Emir.

—Bueno, el mundo y yo nos pasaremos muy bien sin él, aunque me atrevo a hacer observar que ha muerto como vivió, es decir, molestando y tratando de fastidiar al prójimo con alegre corazón — observó el Visir poniendo boca abajo una taza vacía... de barro... y escanciando una infusión de café con abundante poso —. ¿Y qué haremos ahora con ese charlatán que se trajo consigo, si Rastignac se va a organizar motines contra el diablo? — preguntó.

—Pues dejarle marchar con una suave respuesta que aleje la cólera... después de haberle aligerado del dinero que trae — replicó el Emir.

—¿De modo que opinas que la proposición de Bojolly es la mejor? — preguntó el Visir.

—Indudablemente, hijo. Así es. Sin duda alguna. Y además tengo una razón especialísima para escuchar las palabras de Bojolly. Hemos de marchar de acuerdo con él.

—Tienes razón, Jeque Hank. No hay necesidad ninguna de ir del brazo con una pandilla de negros, turcos, *tuareg*, *senussi* y todos los adversarios de los blancos. Nosotros no somos franceses ni tenemos motivos para quererles mucho, mas, sin embargo, hemos de ser amigos suyos por el hecho de que son blancos. Y además obtendremos unos cuantos sacos de oro que valdrán un millón de francos. Y aun suponiendo que un día nos cogiesen los sabuesos de la Legión y para nosotros se dispusiera un ejercicio de tiro al blanco al apuntar el alba, es posible que los del Servicio Secreto francés dijese: «Olvidadlo y perdonadles, porque son dos muchachos muy útiles y los necesitamos en el Gran Oasis.» ¿No te parece?

—Tú te lo dices todo, hijo — convino el Emir.

Y dando una palmada ordenó al esclavo, que esperaba a respetuosa distancia, que trajese los *narghilehs*.

2

Quién era ese pobre hombre a quien el mayor De Beaujolais creyó conveniente matar? — preguntó María Vanbrugh durante el paseo nocturno con el Emir el Hamel el Kebir —. Puesto que también era francés, ¿por qué fue tratado como enemigo?

—Nosotros no lo tratamos como enemigo, aunque lo ha-

bríamos hecho muy pronto — le replicó el Emir —. Lo recibimos cortésmente y escuchamos cuanto tenía que decirnos. Y hasta le escuchamos demasiado tiempo por lo que se refiere a nuestra seguridad.

—¿Y dijo algo interesante? — preguntó la joven.

—¿Algo? Lo era mucho — replicó el Emir —. Se enteró de que aquí había un oficial que vestía sin disimulo su uniforme y de que le acompañaban dos mujeres blancas. Nos indicó exactamente lo que yo debería hacer con los tres y me ofreció mucho dinero a cambio de que cumpliese sus indicaciones.

—Y ¿qué... era ello? — preguntó la joven.

—No puedo... decirlo con claridad — contestó el Emir —. Pero si se imagina lo peor y lo más horrible que pudiera acontecerle y luego lo doblase, apenas estaría al principio de ello, señorita María Vanbrugh.

—¡Oh! — exclamó la joven —. ¿Y por eso peleó con él el mayor De Beaujolais?

—En parte sí, según creo, aunque supongo que también había otras razones. Desde luego eso no le fue beneficioso a ese hombre y el mayor sabía bien lo que él se proponía hacer con usted.

—¿Y cómo se enteró? — preguntó la señorita Vanbrugh.

—Eso es lo que hemos de descubrir todavía, aunque para ello me sea preciso fingir que no firmaré el tratado a menos que me lo diga. Creo que sería capaz de hacer cualquier cosa para conseguir tal resultado.

—Cualquier cosa, no — dijo la joven mirando hacia delante, aunque sin fijarse en nada determinado.

—Bueno. Tal vez nos cercioraremos de ello a su debido tiempo — contestó enigmáticamente el Emir —. La vida es cosa muy querida y la ambición de una vida lo es a veces todavía más.

El Emir hablaba en inglés, con palabras, acento y entonación de una persona culta y refinada; y su compañera lo miraba pensativa, preocupada y triste.

CAPÍTULO X

LA SITT LEILA NAKHLA, SULEIMAN EL FUERTE Y ALGUNAS OTRAS PERSONAS

I

En plena noche, el Jeque el Habibka el Visir se despertó con la sensación de que ocurría algo desagradable.

Hasta donde alcanzaban sus recuerdos, siempre poseyó este don valiosísimo; tal vez porque también desde los más remotos tiempos de su vida había vivido rodeado de peligros y en tales condiciones que el sueño ligero y el despertarse rápidamente le era esencial para no perder la existencia.

También el hecho de que algunos meses antes de su nacimiento su madre dormía sola en una cabaña de troncos, con un fusil apoyado en la cama y con el oído subconscientemente a tono con el sonido de la aproximación de los mayores terrores, es decir, los indios, los lobos, los «leones», hombres malos y, el peor de todos, su marido..., todo eso tal vez podía explicar aquel instinto animal o sexto sentido que Buddy poseía en realidad.

Alguien había pasado junto a la tienda con ligeros pasos. El centinela lo hizo antes un centenar de veces, pero eso era muy distinto.

El Visir pasó sin transición del sueño profundo a la puerta de su tienda, con la pistola al nivel del estómago de cualquiera que estuviese dispuesto a buscarle un disgusto.

—*Min da?* — gruñó mirando hacia el exterior.

Nadie... Se acercó al pabellón del Emir... Nada tampoco. Sí. Una sombra junto a la tienda de los huéspedes. Era un centinela, un recluta joven llamado Gharibeel Zarrug.

No debía haber ninguna sombra en aquella noche sin luna.

La sombra se inclinó y entró en la tienda utilizando la puerta reservada a los hombres.

De haberlo hecho por la otra entrada, el Visir hubiese disparado, porque una persona que va vestida de negro, para hacerse más invisible, no entra en los *anderuns* a medianoche para nada bueno.

El Visir dio una vuelta alrededor de la tienda de los huéspedes, aprovechando la mayor oscuridad que había junto a los grupos de palmeras, se acercó y se acurrucó al lado de la gruesa tela. ¡Ah..., el excelente y piadoso Hadji Abdul Sa-

lam! ¿Qué decía? ¿Asesinato, eh? ¡Maldito cerdo traidor!

¿De modo que Suleiman el Fuerte había vuelto? ¿Y quién podría ser el otro? ¡Ah, el excelente Bojolly! Hablaba como un hombre. No quería abandonar a las muchachas ni aun a costa de salvar su vida y de llevarse el tratado firmado. Tampoco quería saber nada del asesinato del Emir ni del Visir. Muy bien. Bojolly era un hombre blanco.

El Visir rodeó la tienda hasta llegar a la entrada, y las rodillas de Gharibeel Zarrug empezaron a temblar cuando vio que se aparecía una figura a su lado y que la voz del Jeque el Habibka el Visir le saludó con sarcasmo.

Pocos minutos después el Visir también saludó con sarcasmo al Hadji Abdul Salam y dijo que le acompañaría hasta su tienda. Y el santo hombre no se atrevió a rehusar aquella oferta de compañía.

2

Cuando el Emir el Kebir salió de su pabellón a la mañana siguiente antes de amanecer y se acercó adonde El R'Orab el Cuervo paseaba su espléndido caballo, se le reunió el Visir.

Así que los dos estuvieron lejos de las tiendas que formaban el núcleo de la «Capital» del Oasis, el Visir refirió al Emir los sucesos de la noche anterior.

—Lo peor con respecto a esos santos *marabuts*, *hadjis*, *imams* y otros tipos semejantes, es que siguen siendo santos para esos ignorantes *indios*, a pesar de cuanto puedan hacer; y uno no puede librarse de ellos — observó el Emir —. Si hubiese una rebelión, yo me apoderaría del excelente Abdul y le colgaría de un árbol, aunque lo sentiría mucho, porque en realidad me gusta ese hombre que siempre está contento y alegre.

—Demasiado, Hank — opinó el Visir —. Pero, como dices, en nuestro Estado no se puede linchar a los santos pecadores. Aquí uno puede cortarle el cuello a su madre, robar caballos y seguir siendo un hombre santo y aceptable a los ojos de Alá.

—Mejor será que hablemos un poco con el anciano Dawad Fetata — dijo el Emir —. Él conoce muy bien la etiqueta conveniente para tratar a esos sinvergüenzas cuando empiezan a abusar... *Bismillah!* Es preciso no hacer ningún movimiento falso con respecto al asunto religioso, hijo. Podría haber un gran conflicto.

—Sin duda — replicó el Visir —; pero el viejo papá Fetata no está dispuesto a perdonar esta conspiración para asesinar al Emir... Él sin duda sabrá cómo se arregla eso. Celebraremos

una *mejliiss*, a la que no asistirá Abdul. ¿Qué te parece que hagamos con este Suleiman, que ha venido con intenciones nada agradables para ti? ¿Quién es?

—¿No te acuerdas de que te hablé de él? Te dije que lo echamos de la tribu antes de que llegases tú. Fue a refugiarse al lado del Emir Mohammed Bishari bin Mustapha Korayim, a quien derrotamos en Bab-el-Haggar. Es el mismo Suleiman el Fuerte; y me mandó el asesino contra quien disparaste. Déjale que se acerque cuanto crea conveniente, porque esta vez va a recibir lo suyo — replicó el Emir.

—Oye, ¿y por qué no organizamos la cacería de un hombre? — sugirió el Visir —. Es un entretenimiento muy bonito, y, en cambio, esto de que alguien venga armado de un cuchillo, con el deseo de clavártelo en el cuerpo, resulta bastante desagradable. Cógelo vivo y pélalo jugando al póquer.

—Yo creo que todo serán mentiras de ese Abdul — dijo el Emir —. Suleiman debe de haber muerto hace mucho tiempo. Y si viviese no estaría rondando por estos lugares. Me parece que su mayor deseo será alejarse de mí. No hay que hablar más de él. Y ¿qué le has hecho al pobre Abdul?

—Lo he puesto blanco de miedo... '*Lhamdoulah!* Ciertamente, puse en su alma el temor de Dios. Me divertí practicando un poco la magia en él y le saqué del cuerpo algunas cosas que no tenía. Le dije que tuviera mucho cuidado con sus ojos y con sus dientes porque se le caerían pronto; que se fijase en sus brazos y en sus piernas, porque se le encogerían resecos; que vigilase su comida porque se convertiría en arena; que observase también su *laghbi* secreta, porque le herviría en el vientre. No dejé de recomendarle, también, que vigilase a sus mujeres, porque cada una de ellas tenía un amante... secreto, y que por las noches, especialmente, no dejase de estar atento, pues la Muerte y el Diablo se estaban acercando a él. Y ahora el pobre está que no vive y con ojos como puños. Tengo la seguridad de que esta mañana está enfermo y no me extrañaría nada que se muriese.

—¡Pobre Abdul! Tendré que ir a verle para darle ánimos — dijo el Emir —. Le prometeré un magnífico entierro y le daré la seguridad de que le construiré una tumba espléndida, que será un lugar de peregrinación para millares de personas. Mira, hijo — añadió —, no sabes cuánto me alegro de que el mayor haya obrado con nobleza. Ya te dije que es un blanco que tiene toda la nobleza de los blancos.

—Se ha portado bastante bien — admitió el Visir —; pero la verdad es que no me gusta. Hasta ahora todo esto son pompas de jabón. Se figura todavía que podrá ganar el juego. Ade-

más, me revienta la importancia que se da. Es uno de esos tipos de cara dura y de manos suaves que tanto gustan a las mujeres.

—Pues mira, tú tienes la cara dura, la mano dura, el corazón duro y la cabeza dura. Eso es. Tu cabeza es de hueso sólido.

—Ya lo pondremos en claro, Jeque Hank — replicó el Visir sin hacer caso de las palabras de su señor —. Ya nos venceremos... *Abka ala Kheir*.

3

Y se convencieron.

Jamás en la vida el Emir y su Visir se asustaron o corrieron ante hombres armados, como se alarmaron y huyeron de la cólera de la mujer que salió ante ellos aquella noche, al oír el grito ahogado del hombre a quien villanamente asesinaron.

—¡Dios mío! ¡Tú lo has asesinado! ¡Lo has matado! ¡Lo has envenenado como a una rata! ¿Qué demonios ha sucedido, búfalo imbécil? — exclamó el Emir jadeante mientras los dos huían de la tienda de los huéspedes para cobijarse en el pabellón de Hank.

—Lo ignoro en absoluto — replicó el Visir tan asustado como él.

El Emir cogió a su amigo por el brazo y le miró fijamente al rostro.

—¿No me has engañado envenenando a ese hombre con toda intención? ¿Lo has envenenado? ¿Serías tan perro como para hacer eso? — preguntó con severidad.

—¡No seas imbécil! — replicó el Visir —. Le di leche de camella de la misma que tomamos durante la cena. Él es quien nos ha engañado. Gritó para que le oyese la señorita Vanbrugh y luego fingió caer sin sentido.

—Mira; no digas tonterías. Él vio morir al perro y se bebió un líquido que, según creía, mató al pobre animal. Y se quedó sin respiración como el can; se cayó y se quedó blanco y frío. Te digo que está muerto. ¡Dios mío! ¿Cómo me atreveré a presentarme a María? Si me figurase, Buddy, que tú...

—Ya me estás cansando, Hank. Si ha muerto lo mató la leche. Desde luego, la leche es un veneno, porque yo mismo estuve a punto de morir la primera vez que la probé. Hank, estás insultando mis sentimientos. Me has visto dar muerte a algunos hombres, pero jamás has podido ver que los envenenase. Estás pensando en cosas estúpidas, Jeque Hank.

Se quedaron silenciosos por unos momentos.

—Oye, Hank — dijo de pronto el Visir —. Me parece que ella faltará a su promesa y dirá a Bojolly en su lecho de muerte que somos un par de falsarios. O por lo menos se lo dirá mañana si aún vive.

—Nada de eso, hijo. Antes se moriría. Ella sabe que el mayor se saltaría la tapa de los sesos de rabia y disgusto y también por miedo al ridículo si se descubriese que el *Mahdi* a quien había logrado engañar, gracias a su superior diplomacia del Servicio Secreto, le hubiese engañado a él, el orgullo del *Bureau d'Intelligence de France*, haciéndole firmar un tratado por un millón de francos. La gente diría que no sabía distinguir a un *Mahdi* de un tuno norteamericano.

El Emir se puso en pie diciendo:

—Yo me vuelvo allá. Si ha muerto, esa muchacha se volverá loca. Ahora parece que no grita. Creo que tiene una pistola y no dudo de que en cuanto me vea me pegará un tiro. Yo cargaré con la culpa por haber permitido esa broma estúpida, que no debía haber consentido. Vengan esos cinco, muchacho, porque ya sé que no te proponías lo que ha ocurrido.

—Puedes estar seguro, Hank. Yo tan sólo quería el bien de ella. Pero miento. Y así arda en el infierno como embustero. La verdad es que estaba celoso de un hombre mejor que yo, y él lo es. Cometí un acto despreciable... Le pondré mi revólver en su muerta mano, y luego me pegaré un tiro. Estoy seguro de que esto le satisfará — añadió mientras el Emir salía de la tienda.

4

Al poco rato volvió el Emir sonriendo y radiante de satisfacción.

—¡Están abrazándose! — exclamó —. Yo no me atreví a interrumpirles, y no me han visto. Él le estaba besando la cara. De eso tú tienes la culpa, Buddy Bashaw, y te está muy bien empleado. Han llegado a ello gracias a ti. Yo, en el lugar de Bojolly, te nombraría mi padrino de boda.

—Pero entonces, ¿qué sucedió, dando por sentado que no fingiera el ataque? — preguntó el maravillado Visir.

—Pues mira, yo te lo diré — replicó —. Él estaba tan seguro de que se tragaba un veneno, que experimentó sus efectos. Sintió lo mismo que, según pudo ver, había sentido el perro. Conozco el caso de un indio a quien sus compañeros dieron una noche una broma, pues le clavaron un tenedor en

el pie y se echaron a gritar como si acabasen de ver una serpiente. Esto asustó tanto al pobre muchacho que al poco rato se murió con los mismos síntomas que si le hubiese mordido una serpiente de cascabel.

—Vale más que te guardes estas mentiras, porque aquí no cuelan — dijo el Visir.

—Son la pura verdad, hijo. Como lo que le ocurrió al doctor Winter, en el Colorado. De eso ya hace algún tiempo. Un día, como no podía salir a visitar, escribió dos cartas, una de ellas diciendo al enfermo que mejor sería que hiciese testamento y la otra asegurando a un petimetre del Este que tenía la salud más fuerte que la mejor mula de un batallón. El caso es que se equivocó de sobres y el petimetre hizo testamento y murió y el otro enfermo se levantó, se comió un guisado de carne y ya no volvió a tener ni un solo dolor en la vida.

—Pues mira, en Idaho — replicó el Visir — ocurrió una cosa muy parecida a ésta. Ahora, que en este caso la enferma era una recién casada, y un solterón, tratante en ganados, se figuraba que lo estaba. En fin, una equivocación muy semejante a la tuya, Hank.

—¿Qué ocurrió? — preguntó el Emir.

—Pues que el solterón tuvo un niño — contestó el otro —. Es el único caso que se recuerda, según creo.

—Probablemente — convino el Emir —. ¿Y qué le ocurrió al mayor?

—Pero, ¡cómo! ¿Acaso, también, ha tenido un...?

—No — interrumpió el Emir —. No piensas más que en tonterías, Buddy... Se figuró que la leche era veneno y lo pensó con tanta intensidad que por un corto espacio de tiempo lo fue en realidad y operó como veneno.

—Este mundo es feroz, Hank. Vamos a echar un sueñecito aquí. Dentro de una hora será de día. Dios nos ayude por la mañana cuando se levante la señorita Vanbrugh. ¡No sabes cuánto me alegro de que tú seas el Emir y no yo!

Y los dos estadistas se echaron a dormir.

5

Mientras tanto, dos hombres de pasiones sencillas y de sencillos modos de expresarlas se prepararon para obrar con energía.

Llevando el mínimo de ropa y el máximo de cuchillo afiladísimo, Suleiman el Fuerte y Abdullah el Jemmal saltaban de una a otra sombra hasta que pudieron ver el pabellón del

Emir, dentro del cual ardía una sola bujía, en la palmatoria *shamadan*, a prueba de viento, que colgaba del poste del centro.

No lejos de la enorme tienda, un centinela, un tal Gharibeel Zarrug, se apoyaba pesadamente sobre su fusil, cruzando las manos por encima de la boca, la cabeza recostada sobre los brazos.

Considerando debidamente que el lugar de un estratega es un lugar seguro, en donde puede dedicarse en paz a la estrategia, Suleiman el Fuerte mandó a Abdullah, el camellero, a reconocer la tienda y volver a darle cuenta de lo que observara. Como una negra serpiente en la oscuridad, Abdullah se arrastró hasta un lugar más oscuro, cerca de la tienda de los huéspedes, desde donde podía ver una porción del interior alumbrado.

Nadie se movía allí dentro, y después de un período de paciente observación se arrastró como un gusano hasta llegar a la abertura en donde una cortina de fieltro grueso no cerraba por completo la entrada de la tienda.

Dentro reinaba completa tranquilidad y tan sólo interrumpía el silencio el rumor de la respiración.

¿Cuántos eran los que respiraban?

Era un detalle desgraciado, pero intencionado por parte de los ocupantes, que la bujía colgase precisamente en un lugar donde cualquiera que entrase no viese más que la luz, de modo que la parte posterior de la tienda quedaba en la oscuridad y la delantera muy bien alumbrada.

Abdullah aceptó la situación y se movió con lentitud, en silencio y casi de un modo imperceptible a través de la alumbrada alfombra. Cuando la luz quedó a su espalda, vio que el Emir el Kebir y el Visir el Habibka reposaban en sus tapices durmiendo con el sueño profundo de los inocentes y los justos; el Visir era el que tenía más cerca.

¿Qué ocurriría si daba dos puñaladas?

No, aquellos hombres no eran como los mortales ordinarios. El Visir haría ruido al morir y el gran brazo del Emir saldría disparado y se apoderaría del asesino... Abdullah había tenido ocasión de ver a aquellos dos hombres actuando con gran rapidez.

No. Valía más sujetarse al programa y obedecer al pie de la letra las órdenes de su jefe.

Retrocedió, arrastrándose con el mismo silencio que al llegar, y se alejó de la tienda.

—Ha cumplido su cometido limpia y diestramente — exclamó el Emir en cuanto Abdullah se hubo alejado.

—No lo ha hecho mal, pero sí un poco despacio — añadió el Visir —. Me parece que estás demasiado cerca de la tienda. ¿No lo crees así?

—Sobra sitio, hijo. Pero no se molestarán en venir por aquí mientras puedan hacerlo por la puerta. ¿Puedes ver desde aquí su estúpido rostro?

—No, pero me parece que es ese Suleiman de quien el Hadji estaba hablando con Bojolly.

—Lo has adivinado, hijo. Suleiman el Fuerte es un hombre muy grande. Por lo menos es de doble tamaño que ese imbécil — dijo el Emir bostezando de un modo enorme.

—¿Y para qué crees que se ha alejado, Hank?

—Pues en busca de las herramientas o de su compañero, supongo.

—Me gustaría que se diesen prisa, porque tengo mucho sueño. Me parece que en cuanto se haga de día deberemos apresurarnos a ahorcar a ese señor Gharibeel Zarrug.

—Se lo entregaremos a Marbruk ben Hassan y a la guardia de corps. Así podrán distraerse celebrando una *mejli* que se parezca a un Consejo de guerra. Van a estar divertidos durante todo el día.

—El pobre señor Gharibeel se va a ver sin su hermoso pellejo. Creo que lo van a tratar muy mal.

—Así aprenderá a no traicionar a nadie. Aunque en realidad debieran ahorcar al viejo Hadji Abdul Salam.

—Tienes razón, hijo. Es un sinvergüenza de cuerpo entero. ¡Buenas noches, muchacho!

—Los dos están ahí dentro, Sidi — murmuró Abdullah el camellero a Suleiman el Fuerte —. Están durmiendo en sus tapices como fumadores de *kif* borrachos, pero el Emir duerme más allá del Visir y no se puede llegar a él. El Habibka ha de ser el primero en morir.

Y procedió a explicar con exactitud el estado del asunto y la posición de las presuntas víctimas.

—Ahora escucha bien y fíjate — gruñó Suleiman cuando se hubo enterado de todo —. Vuelve a la tienda y acurrúcate lo preciso para poder herir... en cuanto llegue el momento.

—¿Y cuándo será eso? — preguntó Abdullah, cuyo cuchillo era más brillante y agudo que su inteligencia.

—Escucha, perro — le respondió Suleiman —. Procura estar dispuesto para herir a El Habibka en el momento en que yo hiera a El Hamel. Fíjate en la pared de la tienda inmediata a él. Yo entraré por allí. Y nuestros cuchillos caerán en el mismo instante. Cuando claves el tuyo en el corazón de El

Habibka, ponle la mano izquierda en la boca para que no grite. Han de morir los dos y en silencio. Entonces echaremos a correr hacia el *fondouk* y mañana me presentaré a mis amigos y me proclamaré Jeque Regente de la Tribu.

—Y yo no seré ya más camellero — dijo Abdullah.

—No, ya no serás camellero a partir de mañana — convino Suleiman, que repitió sus instrucciones con el mayor detalle —. Ahora — terminó diciendo —, la mano izquierda de la aurora aparecerá en el cielo dentro de media hora. Acuérdate de lo que será de ti si cometes una estupidez...

Arrodillado junto al dormido Visir, Abdullah el Jemmel equilibró su largo cuchillo sobre su cabeza y se quedó mirando fijamente a la pared de la tienda que había más allá del tendido cuerpo del Emir.

En su sueño, el Emir dio media vuelta con su gran cabeza y, roncando, se volvió hacia el mismo lugar que vigilaba Abdullah.

Una hoja brillante penetró silenciosa a través de la tela de la tienda. Bajó despacio, y la cabeza de Suleiman el Fuerte apareció a través de la abertura cuando el cuchillo hubo completado el corte y cayó al suelo.

Con suavidad, Suleiman introdujo el cuerpo hasta que sus brazos y sus hombros hubieron seguido a su cabeza. Cuando se incorporaba sobre sus codos, Abdullah levantó su cuchillo un poco más, respiró profundamente, y antes de que terminase de hacerlo, el silencio fue interrumpido por el penetrante grito de una mujer loca de dolor y de espanto. Resonó un tiro de fusil.

Abdullah, asustado, hirió con toda su fuerza, pero su mano chocó con violencia contra la del vigilante Visir, que con la otra cogió el cuerpo de Abdullah como si fuese un cepo de acero.

Suleiman, blasfemando y luchando, quiso retroceder y el Emir, saltando a través de los cuerpos del Visir y Abdullah, salió de la tienda después de pronunciar en voz baja la exhortación: «¡Ánimo, Buddy! No lo dejes escapar.» Y dio la vuelta en torno de la tienda a tiempo para ver a Suleiman el Fuerte clavar su cuchillo en el pecho de una mujer (que luchaba con él ferozmente) en el instante en que El R'Orab saltaba sobre la espalda del asesino.

Otra mujer gritaba como una loca. Acudieron los centinelas y el oficial francés salió de su tienda empuñando la espada.

El asesino fue sujetado después de una lucha terrible y atado con cuerdas de pelo de camello.

Tan pronto como el Emir logró que la mujer que gritaba hablase de un modo coherente, se supo que Sitt Leila, que dormía muy mal, tenía la costumbre de levantarse a dar un paseo una hora antes de amanecer, «cuando podía gozar ella sola del mundo», según dijo sollozando la anciana, «y, sin ser vista, pasar junto a la tienda del Emir, implorando del cielo toda suerte de bendiciones sobre la dormida cabeza de éste».

Un momento antes, cuando las dos mujeres discurrían por el camino que pasaba por detrás del pabellón del Emir, vieron a un hombre echado, con la cabeza y la parte anterior del cuerpo introducidas en la tienda.

Comprendiendo que esto tan sólo podía significar una cosa, la joven dio un grito terrible y se arrojó sobre aquel hombre... le cogió y le sujetó el pie con la fuerza y el ánimo que da el amor.

—Aquel hombre — añadió llorosa la vieja Bint Fatma — empezó a cocear y a luchar derribando a la joven, y echándose hacia atrás se levantó y se volvió para huir, en tanto que Sitt Leila saltaba de nuevo contra él y le agarraba como si fuese la Muerte.

Con el mismo cariño que una madre cuida a su hijo enfermo, el enorme Emir sostuvo a la moribunda joven junto a su pecho mientras ella le rodeaba el cuello con sus brazos y fijaba sus ojos en los de aquel hombre con la fidelidad propia de un perro. Y si alguna mujer murió dichosa fue, sin duda, aquella jovencita árabe.

Llegó Yussuf Latif Fetata a toda velocidad con la guardia, y, aun en aquel momento, el hombre que les convirtió en lo que eran observó complacido que aquel grupo de hombres constituían una guardia disciplinada al mando de un oficial y no una multitud de sudaneses que siguieran a un excitado árabe.

—Custodiad a ese hombre y no le toquéis siquiera un pelo de su cabeza — ordenó el Emir —. Pronto volveré.

Y se alejó llevando en brazos a la pobre muerta, en dirección a las tiendas de Dawad Fetata.

Al regresar, el Visir salió del pabellón.

—Lo siento mucho, hijo — murmuró —, pero lo he estrangulado.

—Está bien — gruñó el Emir —. Pronto me verás a mí habérmelas con el otro.

Y fue evidente para el Visir que su amigo estaba entonces

animado por su terrible y fría cólera, que lo hacía verdaderamente peligroso.

Él mismo había gozado de aquel rato que tanto deseara, como expresó poco antes, pues pudo empeñar una discusión algo animada acerca de un caso justísimo y con un enemigo digno de él.

Abdullah se defendió como un hombre y así lo reconocía el Visir, de manera que transcurrieron varios minutos y tuvo que apelar a toda suerte de tretas antes de tener a su visitante en la situación que le convenía, es decir, sujeto con la mayor firmeza a su pecho por su brazo derecho, poderoso como un cable de navío, en tanto que con el izquierdo, igualmente fuerte, retorció hacia atrás el brazo del asesino, obligándole a soltar el arma, y dislocándoselo al ponerlo en una posición que nunca pudo haber ocupado naturalmente.

Abdullah gritó como un caballo herido en el momento de sentirse el brazo dislocado; la mano soltó el cuchillo y entonces el Visir, con las dos suyas, lo agarró por el cuello. Transcurrieron algunos minutos.

—Eso le servirá de lección, señor Asesino — gruñó el Visir soltando al hombre.

Mas, por desgracia, aquella fue la lección final de su vida mal empleada e ignorante.

—Que la guardia cargue sus fusiles y se forme en fila — dijo el Emir a Yussuf Latif Fetata, quien aparte de que tenía la cara muy pálida y de color verdoso no demostraba sus sentimientos.

Nadie podría haberse imaginado que aquel estoico acababa de ver, en los brazos de otro hombre, el inanimado cuerpo de la joven por la que habría dado su alma y su vida.

—Si el preso trata de huir, dadle cincuenta metros de ventaja y haced una descarga cerrada.

Entonces el Emir ordenó a El R'Orab y a los centinelas que habían cogido a Suleiman el Fuerte que lo desataran y le friccionaran los miembros.

—¿Tienes sed, perro? — preguntó.

—¡De tu sangre, cerdo! — contestó el preso.

El Emir no contestó y se limitó a esperar a que aumentasen la fuerza del preso y la luz del día.

—Dadle su cuchillo — dijo tomando el suyo propio.

El Visir empuñó el revólver y se situó junto a Suleiman el Fuerte.

—Ahora, perro — dijo el Emir —, procura emplear tu cuchillo contra un hombre esta vez, no contra una jovencita ni contra uno que duerme, Suleiman el Chacal, el Perro Paria.

Los dos hombres se pusieron frente a frente: el Emir gigantesco y Suleiman, cuya fuerza era proverbial en su tribu. Los espectadores que miraban conteniendo el aliento fueron testigos de una lucha cada uno de cuyos incidentes recordaron hasta la hora de su muerte.

—Verdaderamente — dijo más tarde El R'Orab el Cuervo a Marbruk ben Hassan, que con gran dolor por su parte había estado ausente, de descubierta —, fue la lucha de dos leones del desierto sedientos de sangre y locos de ferocidad. Y giraban, saltaban y se atacaban como lo hacen los leones.

»De vez en cuando la punta de los cuchillos estaba amenazando los ojos, la garganta y el corazón de cada uno, pero las armas se veían detenidas en el momento de llegar a la piel. A veces, también, la mano izquierda de cada uno de ellos sostenía la derecha de su adversario y se quedaban quietos por un momento, inmóviles como estatuas, mientras los músculos de hierro contenían a otros músculos de acero y su poderosa fuerza impedía que los cuchillos se moviesen si quiera una pulgada.

»Luego Suleiman se debilitó un poco y la mano derecha de nuestro señor hizo descender la izquierda de su enemigo, poquito a poco, y su izquierda contuvo la derecha de Suleiman, alejándola de su propio cuerpo. Lentamente, el cuchillo de nuestro señor descendió acercándose al cuello del perro, pulgada a pulgada, y Suleiman sudaba como un caballo y parecía como si sus ojos fueran a salirse de sus órbitas.

»A cada momento que transcurría se debilitaba más su mano izquierda, y la del Emir, que contenía Suleiman, se acercaba cada vez más a la garganta de éste.

»Mientras la hoja de acero se aproximaba al cuello de aquel hombre no se oía el más leve ruido en todo el desierto, hasta que Suleiman dio un grito, como hizo la pobre Sitt Leila, pues acababa de pincharle la punta del cuchillo del Emir haciendo surgir una gota de sangre en el centro de su maldito cuello.

»Entonces oímos la voz de nuestro señor, que decía: «¡Leila! ¡Leila! ¡Leila!» Y cada vez que pronunciaba este nombre, *empujaba, empujaba y empujaba* el arma, hasta que Suleiman perdió la fuerza y vimos la punta del cuchillo aparecer en la base del cráneo del asesino. Lo atravesó de parte a parte... *Wallah!* Nuestro señor es un *hombre*.

Y desde aquella atmósfera de expresión primitiva de una pasión propia del siglo xvi, que de vez en cuando dominaba en el Oasis, el Emir volvió lentamente al siglo xx y recibió los concisos comentarios de aprobación por parte de su Visir.

Y encontraron, esperándoles en el pabellón del Emir, a una joven muy siglo xx cuando, una hora más tarde, llegaron allí después de visitar las tiendas de Dawad Fetata y de ver cómo los cadáveres de Suleiman el Fuerte y Abdullah el camellero eran arrastrados a lo lejos por el burro de un aguador, mientras los seguía una irritada multitud que insultaba y escupía a aquella maldita carroña.

La señorita María Vanbrugh solicitó el privilegio, si no el placer, de celebrar una entrevista particular con el Emir el Hamel el Kebir, y el Visir partió precipitadamente hacia sus propias tiendas.

El relato que luego hizo el Emir acerca de la entrevista confirmó la opinión preconcebida del Visir de que había hecho muy bien en alejarse.

—Ya te dije que asumía la responsabilidad de esa tontería, hijo — empezó diciendo el Emir —, y por cierto que lo conseguí. Me figuraba conocer ya todo lo peor de mi mala condición. Pero me equivocaba, hijo, porque no me conocí por completo hasta que María me informó acerca del particular.

—¡Claro! Siempre dije que eres un Jeque muy malo — replicó el Visir acariciándose la barba.

—Pues mira, lo hice por ti, hijo, y te aseguro que no lo volvería a hacer. Esa señorita es muy inteligente para conocer el carácter de las personas. Cuando hubo dicho todo lo que pensaba de mí y dejó a Barba Azul, a Jezabel, a César Borgia, a Cleopatra y a Judas Iscariote convertidos en unos niños inocentes y sonrientes en comparación conmigo; cuando lo hubo hecho, añadió: *«Y no dudo de que usted fue un hombre bastante decente hasta que sufrió la influencia de ese horrible y maldito microbio que le extravió y le arruinó su cuerpo y su alma.»*

—Muy bien, y todo eso porque el viejo Bojolly tiene demasiada imaginación y porque Dios nos ha concedido el don de tener unos semblantes muy apropiados para jugar al póquer — observó el Visir —. ¿Y no le dijiste que tan sólo fue una broma y que quisimos probarlo para saber si era digno de ella?

—¡Claro! Y me contestó que le habría gustado mucho que él nos hubiese probado con un revólver y que, además, fuimos demasiado atrevidos para sospechar, ni por un solo momento, que su mayor De Bojolly pudiera no ser el héroe más valiente y más noble del mundo entero. Y si Bojolly no tiene hasta el

día de su muerte a una mujer que lo adore y que le sea fiel sobre toda ponderación, merecerá sin duda que lo ahorquen. Le dije que, con toda seguridad, era un noble héroe y un gran caballero. Le dirigí toda suerte de alabanzas y añadí que había dejado pequeñitos al mismo Napoleón Bonaparte, a Abraham Lincoln, a Horacio Nelson, a Alfredo el Grande y a Juan L. Sullivan. Ella me contestó que tenía razón, y en cuanto hube hablado un rato en este sentido empezó a calmarse. En vista de mis alabanzas de Bojolly me dijo que yo no era en realidad un hombre malo, sino tan sólo un descarriado, pero tú eres el padre de todos los gatos cervales e hijo de un chivo calvo.

—¿Son éstas sus propias palabras, Hank? — preguntó el Visir muy interesado.

—No, hijo, quiero ser sincero. No fueron ésas sus mismas palabras, sino otras muy equivalentes y que suelen emplear en los cuartelillos de policía. Ella y el mayor van a casarse en cuanto estén lejos de nosotros, indignos salvajes, y así que hayan regresado a los lugares civilizados. Y creo que quieren marcharse hoy mismo.

—¿Maudie también?

—No. Maudie dijo a la señorita María que ni siquiera los camellos salvajes la harían salir de aquí y la señorita María está conforme con ello. Asistirá a nuestra segunda boda, que se celebrará en Zaguig, porque pronto habrá allí una misión de frailes blancos.

—Pero ¿no son católicos romanos? — preguntó.

—Sí. Y Maudie y yo también lo seremos entonces.

—¿Y qué sois ahora?

—Pues ahora musulmanes los dos, como se comprende.

—Entonces, cuando nos retiremos del negocio y estemos de nuevo en nuestra patria, ¿volverás a ser metodista y asistirás a su capilla?

—No hay duda. Nos casaremos por tercera vez.

—Bueno, Jeque Hank. Estoy seguro de que así llegarás al cielo por uno u otro camino.

—Lo mismo creo, Buddy.

—Y que tú y Maudie tendréis que divorciaros muchas veces antes de que acabéis de casaros de un modo definitivo.

—También es verdad, hijo, y esto es bastante agradable. Maudie es la primera y única mujer a quien he besado y será la última...

—¡Qué vida tan aburrida, Jeque Hank!

—Ya no lo será más, hijo. Maudie es encantadora, y, por su alegría, un verdadero rayo de sol.

—En efecto... y no comprendo por qué te interpusiste entre mí y ella, Jeque Hank.

—Acuérdate, hijo, de que entonces tenías el corazón destrozado y yo no creía que se te arreglase tan pronto.

—¡Qué vamos a hacer! Supongo que moriré soltero.

—Esto es seguro, Buddy. Las muchachas son muy listas. Aunque podría ocurrir lo contrario. Es posible que te ahorques joven.

CAPÍTULO XI

«ET VALE»

1

La imponente caravana y escolta del mayor Enrique de Beaujolais y de la señorita María Vanbrugh habíase alejado ya y una suave tristeza invadía el alma del Jeque el Habibka el Visir, que iba a quedarse solo, en un lugar muy populoso, en tanto que el Emir se marchaba a pasar la luna de miel.

Aquel hombre previsor había hecho instalar un hermoso campamento en un lugar muy agradable, lejos, en el desierto, y allí se dirigía con su esposa después de la ceremonia y de un gran festín nupcial... Se dirigían «hacia el Sol poniente», hacia el Paraíso... Maudie y su Jeque... Los sueños se convierten en realidad.

El Emir y el Visir pasaban a solas la última hora de la vida de soltero del primero, y en la voz del Visir no hubo demasiada melancolía cuando dijo:

—Las mujeres siempre se interponen entre los hombres y sus amigos, Hank, querido compañero. Vale más que yo me aleje de ti antes de que Maudie nos obligue a separarnos.

—Mira, Buddy, siempre has sido un tonto y continuas siéndolo. Si no me constara que Maudie te quiere casi tanto como a mí, jamás me habría casado con ella, y ten la seguridad de que no me casaría si creyese que esto ha de alterar en lo más mínimo nuestra amistad. Nosotros somos como Saúl y David... cuya hermosa amistad no pudieron alterar sus respectivos casamientos. La misma Maudie dijo que casi le parecía que iba a casarse con dos Jeques.

—Por mi parte no esperaba tal ganga — observó Buddy.

—Voy a darte un disgusto si haces estas insinuaciones malévolas, Buddy Bashaw. Mira, hijo — continuó el Emir —: he de decirte algo, relacionado con la señorita Vanbrugh,

aunque le prometí solemnemente que no se lo diría a nadie.

—Pues entonces, ¿por qué me lo dices a mí?

—Pues porque tú no eres nadie. Además ya sabes que no tengo secretos para ti... Por consiguiente, alégrate, muchacho. Ya recuerdas que, según te dije, habría dado con gusto mi mano derecha a cambio de que os casarais si os hubieseis amado.

—Ya me acuerdo. ¿Y por qué, Hank?

—Pues porque *María es mi hermana*.

El Visir dio un salto sobre el tapiz y con la boca abierta se quedó mirando a su amigo.

—¿Quieres tomarme el pelo? — preguntó débilmente.

—Te digo la verdad. Es mi hermana María.

—¡Qué embustero eres, Jeque Hank! ¿Cuándo la reconociste? — murmuró el Visir dejándose caer anonadado.

—En el momento en que el mayor dijo: «*Ésta es la Sitt Miriyam Hankinson el Vanbrugh.*»

—¿De modo que éste es tu nombre, Hank?

—Sin duda. Me llamo Noel Hankinson Vanbrugh.

—¡Por los calcetines de domingo de Samuel! Ésa es la primera cosa interesante que he averiguado en mi tranquila y aburrida vida. Estaba convencido de que no tenías parientes y de que creciste solito, Hank.

—La verdad es que ni yo mismo me acordé de decírtelo hasta que Bojolly lo mencionó, Buddy. Reconozco que en eso hice mal.

—¿Y no se lo dirá ella?

—No, imbécil. ¿No te he dicho cien veces que ella haría cualquier cosa antes de permitir que el mayor Bojolly supiese que ha sido víctima de un impostor? El pobre hombre se moriría de disgusto y vergüenza creyendo que todo el mundo se iba a reír de él. Este asunto es muy serio a sus ojos. Incluso nos hará ir a París para presentarnos al Presidente de la República Francesa si cumplimos honradamente el tratado.

—Esto me gusta. Y me parece muy bien. Causaremos sensación en París. Tengo entendido que allí hay muchas muchachas muy bonitas. Y dime, ¿cómo te reconoció ella, hijo?

—Pues, según parece, se fijó en mi gran nariz y en una pequeña cicatriz que en ella tengo, como habrás observado. También notó mis ojos grises, las cejas negras y el dedo al que le falta una falange. La perdí en el rancho un día que estábamos ocupados en echar el lazo a los potros salvajes. Ella entonces era muy niña y se figuró que con un poco de goma me podía pegar la falange cortada. Y así fue como me reconoció casi al mismo tiempo que yo a ella.

—¿Y por qué no me lo dijiste, Hank?

—Porque me hizo jurar no decirlo a alma viviente. Ni siquiera Maudie lo sabe, pues temía una indiscreción y que se enterase Bojolly. Ella quiere que su marido sea un personaje importante en el futuro Imperio Africano de Francia... con su ayuda. Tampoco desea que nadie sepa que somos los dos norteamericanos que desertaron de la Legión en Zinderneuf. Nos cogerían, hijo, y nos pondrían contra una pared, al amanecer, alejándonos del Gran Oasis, que ahora marcha tan bien. Y ten en cuenta que entonces vendrían aquí toda clase de sinvergüenzas destruyendo este Paraíso. Y ahora, como ya he encontrado a mi Eva, tú podrás hacer de serpiente. Por otra parte, quiero que asistas a la ceremonia nupcial en calidad de testigo, a no ser que prefieras representar el papel de novia.

—¿Y qué hay con respecto a mi boda, señor Adán Hank? Me parece que no tendré más remedio que casarme con esas cuatro árabes y convertirme en hombre respetable.

—Mira, Buddy — le dijo el Emir —, lo mejor que podrías hacer es abandonar el cargo de Jeque y marcharte a los Mares del Sur.

—¿Y para qué, Jeque Hank?

—Pues para ser el rey de las islas Caníbales

DENVER PUBLIC SCHOOLS
BILINGUAL RESOURCE CENT

ÍNDICE

PRIMERA PARTE - FRACASO

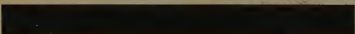
I. Surjo de las profundidades	7
II. Tío	11
III. El húsar azul	15
IV. Un día perfecto	30
V. Becque y Raúl D'Auray de Redon	36
VI. África	49
VII. Zaguig	60
VIII. « <i>Femme souvent variee</i> »	94
IX. Los «tuareg» y «querido Iván»	97
X. El abandono	105
XI. La cruz del deber	114
XII. El emir y el visir	121
XIII. «Elige»	133
XIV. Un segundo factor	140
XV. La hora de la muerte	151
XVI. Por mi dama	165

SEGUNDA PARTE - ÉXITO

I.	Perdido	174
II.	El Hamel	177
III.	El Habibka	197
IV.	La confederación	200
V.	Una voz del pasado	214
VI.	Más voces del pasado	220
VII.	El hombre propone	237
VIII.	La mujer dispone	250
IX.	Los autócratas a la hora de almorzar	260
X.	La Sitt Leila Nakhla, Suleiman el Fuerte y algunas otras personas	265
XI.	«Et vale»	279

Beau Sabreur Wren

Esta novela forma parte de la famosa trilogía sobre la Legión iniciada con *Beau Geste*. Enrique de Beaujolais es enviado a África con una misión secreta. La caravana del valiente oficial recorre el desierto del Sahara, viéndose envuelta en dramáticas aventuras hasta desembocar en un interesante desenlace. Un libro apasionante y humano, bello agua-fuerte de la grandeza del desierto y de los hombres que velan desde sus arenas infinitas.



Wren, antes de dedicarse a la literatura fue miembro de la Caballería Británica y más tarde ostentó el rango de mayor en la Legión Extranjera Francesa. La experiencia personal en Marruecos y su penetrante capacidad psicológica le sirvieron para convertirse, por la humanidad de sus personajes y la hábil recreación de escenarios, en uno de los clásicos de la novela de aventuras.

